LA IGLESIA OCUPADA

Libro de Jacques Ploncard d'Assac

CAPITULO I - EL HUEVO DE ERASMO

La mayoría de los errores de los hombres proceden menos de que éstos razonen mal partiendo de principios verdaderos, que de que razonen bien partiendo de juicios inexactos o de principios falsos.

Sainte-Beuve, Causerie du Lundi, t.X,p.36

Si se llega a demostrar que todas las "novedades" que confunden hoy a la Iglesia no son más que antiguos errores, constantemente condenados por Roma, se podrá sacar la conclusión que la Iglesia en este final del siglo XX está ocupada por una secta extranjera, de la misma forma que un país puede estar ocupado por un ejército enemigo.

El fin de esta obra es llevar a cabo esta demostración para la tranquilidad de las almas inquietas y para llegar a una más justa apreciación de los hombres y de las cosas.

J. P. d'A

La perfección de una idea falsa es llegar al absurdo.
LOUIS VEUILLOT

Que Dios nos conceda aplastar los huevos y matar a los polluelos.
UN MONJE DE COLONIA (s. XVI)

Si se hubiese envenenado a Lutero y a Calvino cuando aparecieron, se habrían ahorrado grandes males a la religión y mucha sangre a Europa.
CARDENAL DE RICHELIEU

¡Ay! de los luteranos, es muy mala la causa, pero muy bien la defienden; y por fatal desgracia, la nuestra es buena y mal la defendemos.
RONSARD

“Cada hombre posee la teología verdadera” — Las “nuevas ideas” en el siglo XVI Nunca empieza nada, ni termina nada — El monje de Colonia — Los liberales obligados a escoger — Adán y Eva o la primera revolución democrática — La demostración de Louis Veuillot — “Decidme quien tiene razón” — La emancipación de la Razón — “Veo que una gran peste va a nacer en la Iglesia, contra la Iglesia” — La cólera de Ronsard — La conclusión de Bossuet.

* * *

Ya hace cuatro siglos, Erasmo profesaba que “cada hombre posee la teología verdadera”, que está “inspirado y guiado por el espíritu de Cristo, ya sea picapedrero o tejedor”.



ERASMO

Cuando Erasmo habla así, todavía no se conoce a Lutero, el “protestantismo” no existe, aunque ya la insidiosa herejía va deslizándose en la Iglesia del siglo XVI. El mensaje de Erasmo “apareció como un mensaje nuevo y fecundo, susceptible de llevar una renovación a la Iglesia, desde el interior”.

Erasmo encontró un terreno particularmente favorable en España “donde las clases superiores estaban profundamente influenciadas por la levadura de los judíos conversos” . Su doctrina se extiende en el siglo XVI, igual que la filosofía masónica se extenderá en el siglo XVIII mediante la conquista de los soberanos y de sus consejeros. El mismo Erasmo era consejero del archiduque Carlos, gobernador de los Países Bajos, y a este príncipe dedica su tratado *De la educación de un príncipe cristiano*. En 1520, Carlos se ha convertido en el monarca más poderoso de la época.

Reina en Alemania y en España. Su camarilla está llena de “erasmistas”. Mercurio Gattinara, su canciller piamontés, es un discípulo del filósofo flamenco, lo mismo que su inseparable secretario, Alonso de Valdés. Pero el acontecimiento capital sobreviene en 1521, cuando Adriano de Utrecht, un flamenco “erasmista” es elegido Papa. Adriano VI lleva consigo a Roma “un grupo de gente de su país” ganado a las nuevas ideas.

Los “innovadores” arremetieron primeramente contra las órdenes monásticas.

Se reconoce el espíritu del error en que ataca más a las Instituciones que a los hombres. En lugar de reformar, suprime. Ahora bien, las instituciones, fruto de la experiencia y de la historia, tienen siempre una razón de ser y es malo destruirlas. Llevado por el espíritu innovador, vemos que el futuro Papa Paulo IV preconiza la supresión paulatina de las órdenes monásticas en toda la cristiandad.

Los monjes se defendieron:

“La sabiduría cristiana —dijeron— es lo perfecto para los hombres instruidos, para los obispos y el alto clero, para los príncipes, los altos funcionarios, los negociantes cultivados, los juristas, los eruditos, toda esta burguesía instruida donde Erasmo reclutaba a sus discípulos. Pero ¿qué pasaba con el pobre y el ignorante que no podían comprender un mensaje tan intelectual? Para esas gentes, las imágenes visibles, las ‘devociones mecánicas’, las peregrinaciones, las reliquias, las ceremonias religiosas, constituían otras tantas representaciones de la Iglesia. Las imágenes tan criticadas por los reformadores eran la Biblia del iletrado”.

Evidentemente, los monjes se burlaban de los “cultivados burgueses”, quienes no debieron percibir la ironía. Les faltaba la sencillez de corazón.

Fue necesario que llegase Lutero atacando ahora de frente a la Iglesia, para darse cuenta del peligro. Y entonces sucedió lo que acontece siempre en casos semejantes: los protestantes buscaron la alianza de Erasmo, quien tan bien les había abierto el camino y Roma se volvió hacia el mismo Erasmo como hacia una “tercera fuerza” que impediría a la herejía ir demasiado lejos.
Pero Erasmo, consciente de las potencias de destrucción que ha desencadenado, no osa pronunciarse. Prefiere conservar su confort y su tranquilidad espiritual; el liberal se calla. Ya sólo quedan frente a frente la Revolución y la Contrarrevolución, la Reforma y la Contrarreforma.



ADRIANO VI

Un monje de Colonia resume con humor y sentido común las responsabilidades del liberal Erasmo en la Reforma: "Erasmo ha puesto el huevo; Lutero hará salir el pollo".

Y, belicoso, concluía:
"Que Dios nos conceda aplastar los huevos y matar a los polluelos".

No hay que ir muy lejos para encontrar en Erasmo al demócrata-cristiano de nuestros días:

"Han hecho bien —escribe— en elegir el águila como símbolo de la realeza, puesto que ni es hermosa, ni canta bien, ni es comestible; pero es carnívora, rapaz, todo el mundo la detesta. Es una verdadera plaga: puede y quiere hacer más daño que nadie".

Estas palabras se habrían esperado de un convencional de 1793. Las ideas son siempre mucho más antiguas de lo que parecen.
Erasmo murió en 1536, en Basilea, en tierra protestante. El Papa "erasmista" le había ofrecido el capelo cardenalicio. Lo rechazó. Sabía que estaba vencido por Lutero quien había llevado sus principios hasta las últimas consecuencias.

" Qué buen defensor de la libertad evangélica es Lutero! —escribe—, gracias a él, el yugo que soportamos va a hacerse el doble de pesado. Simples opiniones van a convertirse en dogmas".

H. R. Trévor-Roper, que recoge estas citas, concluye su ensayo sobre Erasmo con

estas palabras que conviene meditar: "La historia de esa generación está llena de interés, pues se parece bastante a la nuestra. Estaba constituida por liberales que se vieron obligados a elegir entre dos ortodoxias rivales" .

Pero el asunto no quedó ahí.

Todos los libros de Erasmo fueron puestos en el Indice. Sólo fueron reeditados en países protestantes, donde se sabía por experiencia que el liberalismo es el camino hacia la contestación, el libre examen y la rebelión.

Y hay que retener esta observación. Veremos que el "erasmismo" vuelve a apoderarse de los Países Bajos, esta tierra donde siempre parece que renace alguna herejía. De ahí llegará a la Sorbona, contaminará a los jansenistas, pasará por la Revolución, alcanzará a Lamennais y nos alcanzará a nosotros en la segunda mitad del siglo XIX.

Nunca comienza nada, ni termina. Las ideas fluyen como esos arroyos que desaparecen bruscamente, corren bajo tierra y reaparecen más lejos.

Louis Veuillot usaba una bella imagen para explicar los comienzos de los errores humanos. Eso, decía, venía desde el día en que Adán y Eva "comieron el fruto prohibido para hacerse semejantes a Dios y hacer la primera revolución democrática, que consistiría en reducir a Dios a la condición de simple habitante del Paraíso, sin perjuicio de expulsarle más tarde".
Lutero repite el pecado de Adán.

Sigamos con Veuillot el desarrollo de la idea protestante, sus prolongaciones filosóficas y políticas:

"Al pretender liberar la razón humana — observa Veuillot—, Lutero ha sido para sus adeptos una causa inmediata de hundimiento intelectual y moral; asimismo, la razón humana 'emancipada' se ha convertido en el principio de las aberraciones filosóficas y políticas de lo tiempos modernos y de los desórdenes sociales".

Veuillot ha demostrado admirablemente cómo la esencia del cristianismo es "la unión de Dios y del hombre". "Al tener el hombre por todas partes y siempre con él el elemento divino (. . .) sólo puede errar y caer por un abuso del más bello atributo que ha recibido de Dios: la libertad". Dentro del orden es invencible; si quiere salir del orden, puede hacerlo fácilmente, pero está perdido.

"Para pervertir al hombre bastaba con separarle del elemento divino, es decir, REDUCIRLE A SUS PROPIAS FUERZAS."
Lo más difícil era "aislar al hombre y separarle de Dios, AÚN EN EL SENO DE LA RELIGIÓN; crear un cristiano que en presencia de la Iglesia, depositaria e intérprete de

la verdad de Dios, proclamase la soberanía de su propia razón. Este horrible prodigio lo ha obrado Lutero”.

La razón “emancipada”, ¿cómo va a comportarse?



LUTERO

“Súbitamente —escribe Veuillot— hela aquí vagando a través de las opiniones religiosas, sin encontrar un motivo suficiente para detenerse en ninguna. De una sumisión ciega a la palabra de los innovadores, pasa directamente a la independencia absoluta y esta independencia se inclina con una indiferencia vergonzosa, bajo cualquier dictadura. Se ha abandonado la fe de la Iglesia y se reciben los dogmas imperiosos de Lutero, de Calvino, de Isabel, de Gustavo Adolfo. Ya no se está con el Papa, pero se está con los Cuáqueros, con los hermanos Moravos, con Stork, con Knox, con Ronge y con mil más que no demuestran más que impotencia para encontrar la verdad”.

Ya tenemos el principio de Lutero volviéndose contra Lutero:

“Lutero emplea inútilmente la espada de los príncipes para apoyar su doctrina y protegerla contra el espíritu innovador del cual ella es, a la vez, resultado y causa: de cada pueblo sale un teólogo dispuesto a reformar al reformador”.

Las consecuencias del principio de Lutero no se limitan a las cuestiones religiosas y una vez más conviene que sigamos con Veuillot el encadenamiento lógico de las cosas:

“Era imposible que la razón individual habiendo sido proclamada soberana, limitase su

plenitud de poder a escoger una religión y una filosofía y volviese a entrar después dócilmente en el orden social, respetando en la autoridad temporal el carácter divino que rechazaba en toda otra autoridad. Pero, ¿qué sería de la libertad de pensar sin la libertad de hablar? ¿Y la libertad de expresión sin la libertad de acción? ¿Y la libertad de acción si hubiese cualquier ley que jamás pudiese ser atacada? Tal es la constancia inexorable con la que los principios admitidos engendran iguales consecuencias en todo lo que se refiere a la humanidad".

"La razón individual, soberana en religión, soberana en filosofía, se vuelve soberana también en política. Después de haberse hecho a su gusto una religión y una filosofía, el individuo quiere hacerse de nuevo un gobierno que siga las ideas y los gustos que le han guiado en la elección de lo demás. . .". De ahora en adelante el campo está libre para los combates "de los intereses individuales, armados unos contra otros con toda la fuerza y la terquedad del egoísmo".

Sigamos la admirable demostración de Veuillot:

"Dios —prosigue—, habiendo misericordiosamente creado al hombre demasiado débil para que pueda hacer prevalecer su voluntad personal, cada individuo busca fortalecerse asociándose a los que comparten o se aproximan a sus opiniones; así se conserva siempre alguna forma de autoridad (...), pero el hombre cae inmediatamente bajo el yugo del hombre.
"En esta fragmentación y en esta imitación de la autoridad, la sociedad que era una familia, degenera en una mezcolanza de tribus cuyo más ardiente deseo es el de aniquilarse recíprocamente. ¡ Cuán viva imagen de las sectas del protestantismo y de las escuelas filosóficas! Los mismos principios, el mismo resultado, igual derecho. Suprimamos la idea del deber, que no viene más que de Dios, puesto que el hombre no puede imponer nada al hombre, y DIGAMOS DESPUÉS QUIÉN TIENE RAZÓN".



JUAN CALVINO

Conviene recoger aquí la poderosa demostración de Louis Veuillot. Ni ha envejecido ni ha perdido su fuerza. Los acontecimientos que se han desarrollado desde el tiempo en que fue escrita, hace más de un siglo, la han. confirmado aún más. El interés de las grandes páginas de verdades religiosas, sociales y políticas es que no envejecen nunca. Como siempre es el mismo error el que reaparece a lo largo del tiempo, las refutaciones que fueron hechas entonces conservan toda su fuerza. De ahí el interés de lo que León Daudet llamaba la ‘‘Biblioteca del Orden’’, la que recomendaba se opusiese a la ‘‘Biblioteca del Desorden’’.
¿Dónde han llevado, históricamente, las ideas que el monje de Colonia, en el siglo XVI, descubría ya en ‘‘el huevo de Erasmo’’?
Abramos otra vez la obra de Veuillot, puesto que en ella todo está magníficamente dicho:

“Desde que la Filosofía se ha divorciado de la Revelación, como el Protestantismo se había divorciado de la Iglesia, la Razón, errando al azar por el desierto del pensamiento poblado de fantasmas y lleno de espejismos, y no encontrando en ninguna parte un jalón para reconocer su camino, sucesivamente ha sometido todo a sus investigaciones, ha afirmado todo, ha puesto en duda todo, ha negado todo: de extravagancia en extravagancia, SE HA NEGADO A SI MISMA, pero ¡ay!, no para confesar su impotencia, sino por un último exceso de orgullo y, como para castigarse por el instinto que la empuja a volver a Dios, a la verdad” .

No habiendo podido fundar nada estable, ni en religión, ni en filosofía, ni en política, puesto que es la DUDA, sólo encuentra cierta verdad en su lucha contra la Verdad, pues es el objeto de su combate, el que unifica sus tropas y sus argumentos.

“La razón emancipada, es decir, incrédula, desde su victoria, no ha hecho otra cosa más que trabajar para destruir lo que la razón sometida, es decir, creyente, había edificado tras largos siglos e ingentes trabajos”. Pero no ha terminado, pues “por un lado, era tal la grandeza y la solidez de la obra, que ciertas partes resisten todavía y, por otro lado, es tal el frenesí de destrucción que nada entorpece su camino, ni lo detiene”, así pues, concluía Veuillot, “el trabajo continúa”.

Ante nuestros ojos lo vemos continuar y vemos caer partes que aún resistían. Lo importante no es enumerar los bastiones que ceden, sino comprender POR QUÉ ceden.

Veuillot había captado muy bien el mecanismo, lo que tiene de fuerte y también lo que tiene de frágil, si se sabe desarticularlo en el sitio exacto:

“La política de la Razón soberana —decía— SE REDUCE AL MANEJO DE LAS MASAS”, ahora bien, “a las masas se las excita por la pasión, por el error, por el temor y de esta fermentación se desprende una fuerza que lo puede todo, pero que pasa pronto y que NO CREA NADA POR SI MISMA; irresistible como el vapor, tan sutil y estéril como él”.

He aquí el punto débil del error: no crea nada. Desorganiza, siembra la duda, trastorna la sociedad pero es impotente para reconstruirla. Ahora bien, la sociedad no puede vivir de dudas, de desorden, de ausencia de estructuras duraderas.

Es el punto exacto a donde debemos llegar con nuestra “Biblioteca del Orden”.

La Cristiandad experimentó ante la herejía de Lutero un violento sobresalto. Cuando no se le condena, se intenta disculparle y disculparnos de ello. Pero Veuillot, veía las cosas de otra manera.
“Nuestros antecesores —decía— creían que el heresiarca era más peligroso que el ladrón y tenían razón. Su doctrina herética era una doctrina revolucionaria. De ella salían confusiones, sediciones, robos, asesinatos, toda clase de crímenes contra los particulares y contra el Estado; se caía en la guerra civil, se hacían alianzas con el extranjero y estaba amenazada la nacionalidad, así como la vida y la fortuna de los individuos. La herejía, que es un mal religioso muy grande, era también un crimen político muy grande. Esto no necesita demostrarse a las personas Instruidas y de buena fe; a los demás... no se les demuestra nada. La pronta represión de los discípulos de Lutero, una cruzada contra el protestantismo, habría ahorrado a Europa tres siglos de discordias y de catástrofes en los que pudieron perecer Francia y la civilización”

Esta era la opinión de Richelieu cuando escribía a su sobrina la duquesa d’Aiguillon: “Si se hubiese envenenado a Lutero y a Calvino cuando aparecieron, se habrían ahorrado grandes males a la religión y mucha sangre a Europa”

Erasmo mismo, el hombre del HUEVO, al regresar de su visita a Calvino en Basilea, decía aterrado:

“Veo que una gran peste va a nacer en la Iglesia contra la Iglesia” .

La mayor demostración del error de los Reformadores se encuentra en el hecho de que no podían mantenerse más que contraviniendo sus propios principios.

Hay que leer lo que Veuillot cuenta sobre Calvino en su obra *Pelerinages de Suisse*. Demasiado lo olvidamos cuando nos paseamos en Ginebra por el apacible parque de los Reformadores:

“la vida estaba en juego en Ginebra cuando se hacía uso demasiado libremente del derecho del libre examen. Calvino que no aguantaba ni la contradicción ni la competencia, quemaba a cualquiera que se atreviese a dogmatizar a su lado y en sus libros acribillaba de atroces injurias a los que no podía alcanzar de otra manera”.

Pasemos las hojas de la historia:

“Epifanio, obispo apóstata de Nevers, consultado a menudo por los magistrados, fue decapitado; la misma suerte alcanzó a Gruet, culpable de haber escrito contra el reformador. Un pobre tintorero metido en teología tuvo que pedir perdón de rodillas por haber dicho que Calvino bien podía haberse confundido y no debería avergonzarse de reconocer su error, como hizo San Agustín en una ocasión semejante.



SERVET

“Servet, médico español, había sostenido contra Calvino una polémica al estilo de la época; Calvino supo atraerle pérfidamente a Ginebra, le acusó de herejía, le mandó procesar sin concederle siquiera un abogado, y le hizo condenar.

“Servet,, dice Allwardin, fue atado de pie a un poste clavado en el suelo, una cadena de hierro ligaba su cuerpo y cuatro o cinco vueltas de gruesa soga sujetaban su cuello. Su libro estaba colgado a su lado, una corona de paja o de follaje untada de azufre cubría su cabeza. El verdugo, a quien rogaba abreviase su suplicio, prendió el fuego ante sus ojos y después, acercó las llamas en círculo a su alrededor. Servet al verlo, lanzó un grito tan horrible que los asistentes se estremecieron de horror y hubo hombres que viéndole durar mucho tiempo se apresuraron a arrojar haces de leña a la pira. Al fin, después de media hora de tormentos, entregó su alma gritando con voz lastimera: ¡ Jesús, Hijo de Dios eterno, ten piedad de mí !“. Calvino tuvo miedo de que Servet pasase por un mártir y reanudó sus ultrajes. “Para que los miserables a quienes ha conmovido su suplicio, escribió, no se vanaglorien de la terquedad de este hombre como de la perseverancia de un mártir, tengo que señalar que en el momento de su muerte mostró una estupidez completamente animal; cuando se le comunicó la sentencia, unas veces permanecía en la actitud de una persona estúpida, otras veces lanzaba profundos suspiros, o bien gritos furiosos y esta última manía le duró tanto, que no se le oía más que mugir como las vacas de su país: ¡ Misericordia! ¡ misericordia !“

He ahí a dónde llevaba la emancipación de la razón, el derecho al libre examen, la promesa de la libertad. Miremos ahora las revoluciones nacidas de estos principios:

en 1789, 1830, 1848, 1871, 1944, todas ellas nos ofrecen escenas semejantes y los regímenes que instauran se fundan en la sangre y la opresión de aquellos cuyo "libre examen" no se doblega a las ideas de los demócratas del día. Luego el error, tiene que estar en el principio mismo que es su base.

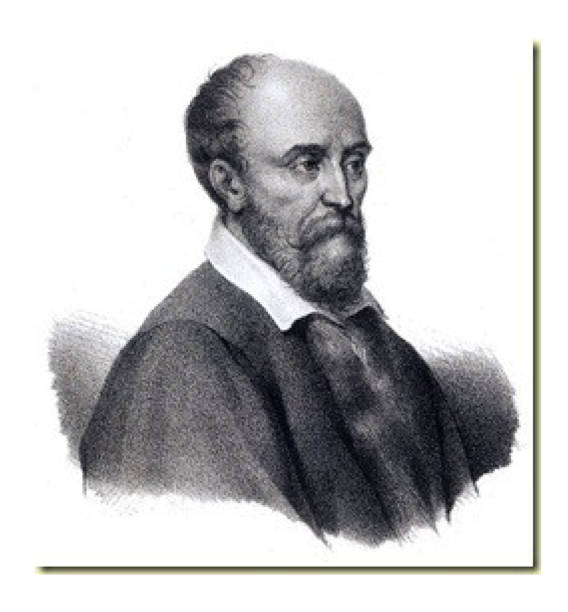
No hay que creer que los contemporáneos de Lutero y de Calvino no fueran conscientes de la formidable batalla de ideas que iba a entablarse. Ronsard, en el momento más duro de la Reforma, denunciaba "la insuficiencia de la defensa intelectual y moral del catolicismo respecto a la propaganda protestante".

En 1560, en su *Elégie á Guillaume des Autels*, proponía un plan, no ya de discusión defensiva, sino de réplica ofensiva en el terreno que era el suyo, el de las letras. No es con las armas como hay que responder al adversario, sino CON LA RAZÓN, CON LA RAZÓN VIVA:

Así como el enemigo ha seducido con libros al pueblo descarriado que falsamente le sigue, hay que, discutiendo, con libros responderle, con libros asaltarle, con libros confundirle.
Se quejaba de no ver "a nadie que empuje desde lo alto de la brecha y rechace al enemigo",...nadie toma la pluma y por escrito, defiende nuestra ley.

A M. Henri Longnon le había llamado la atención esta queja de Ronsard:

"En efecto, observaba, cuanto más ardiente, pronta, inalcanzable era la propaganda protestante, que se hace a carretadas bien camufladas de vivos libelos y de alegres panfletos firmados por mentes activas, instruidas, mordaces y hechas para la disputa, tanto más la réplica católica era pesada, pedante, o bien blanda, desmayada y sin alcance (...) era como para creer que todo vigor intelectual se hubiese retirado de la Iglesia Católica",



PIERRE DE RONSARD

¡Ay!, rabiaba Ronsard, i ay! de los luteranos; es muy mala la causa y la defienden bien; mas, por desgracia fatal, la nuestra es buena y santa y la defendemos mal.

Ronsard no se contentaba con lamentarse:

"Tomó sobre sí la improvisación de esta defensa necesaria. Había que golpear a los enemigos con rapidez y energía, atacar al adversario en sus propias líneas y puesto que aquél multiplicaba los panfletos en francés, responderle con panfletos en francés que el pueblo leería igual que leía los de los hugonotes. Llamó al orden a la Brigade , despertó a Baïf, despertó a Belleau, despertó a des Autels y a Daurat, y él fue el primero en tomar la ofensiva (...) Pues, ¿ no estaba todo el talento del lado de la Reforma?... Los católicos atemorizados volvieron a tener confianza en sí mismos. Tenían a Ronsard a la cabeza".

Si bien Ronsard no tenía gran estima de la Opinión, cuya verdadera esencia conocía:
Se dice, contaba el poeta,
se dice que Júpiter, enojado contra la raza
de los hombres, que quería por curiosa osadía hacer llegar sus razones hasta el cielo, para saber los altos secretos divinos que el hombre no debe ver un día, sintiéndose alegre, escogió por amiga a la Presunción, la vidente dormida
al pie del monto Olimpo y besándola de repente concibió a la Opinión, peste del género humano creer fue su nodriza y fue llevada a la escuela de Orgullo, Fantasía y Loca Juventud.

Pero, por muy desdeñoso que fuese con la Opinión, Ronsard sabía, tenía presente que el enemigo la manipulaba y él no quería consentir que se corrompiera. Tanto más cuanto que los "reformadores" eran muy hábiles. Jacques Maritain nos narra en *Trois Réformateurs*, con qué procedimientos se impuso la Reforma:

“El pueblo quería permanecer fiel a su religión, un cambio brutal habría provocado sublevaciones. ¿Qué se hizo, entonces? Por una serie de medidas hábilmente calculadas, SE GRADUARON LAS NOVEDADES EN LA DOCTRINA Y EN EL CULTO, de manera que no se percibieran; se separó al pueblo de la comunión con la Iglesia SIN QUE SE DIESE CUENTA DE ELLO. Lutero escribía en 1545: ‘Porque entonces (poco después de su apostasía) nuestra doctrina era nueva y ESCANDALIZABA A LAS MASAS en el mundo entero, tuve que avanzar con precaución y, a causa de los débiles, dejar de lado muchos puntos, cosa que ya no he hecho después’ “.

Por ejemplo, según palabras de Mélanchton, “el mundo estaba tan unido a la misa, que parecía que nadie podría arrancarla del corazón de los hombres”. Por eso, LUTERO HABIA CONSERVADO LA MISA en los formularios oficiales de 1527 y de 1528, en Sajonia. La elevación de la hostia y del cáliz se mantenían. PERO LUTERO HABIA SUPRIMIDO EL CANON SIN ADVERTIR AL PÚBLICO. “El sacerdote, decía, puede arreglárselas muy bien, de manera que el hombre del pueblo ignore siempre el cambio efectuado y pueda asistir a misa sin encontrar de qué escandalizarse…”

En su opúsculo sobre LA CELEBRACIÓN DE LA MISA EN ALEMÁN decía también: “Los sacerdotes saben las razones que les obligan a suprimir el canon” (Lutero negaba EL SACRIFICIO de la misa); respecto a los laicos, es inútil tratar con ellos sobre este punto”.

¿No nos recuerda nada todo esto?

Qué mejor manera de terminar este capítulo que con una página de Bossuet que dice todo, resume todo y aclara todo:



BOSSUET

"Dios —escribía el obispo de Meaux— ha querido que la verdad llegase a nosotros de transmisor en transmisor y de mano en mano, sin que nunca se percibiese innovación alguna. En esto se reconoce lo que se ha creído siempre y por consiguiente lo que debe ser creído siempre. Y es, por así decirlo, en este SIEMPRE donde aparece la fuerza de la verdad y de la promesa y se pierde totalmente cuando hallamos que se interrumpe en un solo lugar".

* * *

CAPITULO II - EL "ORBIS CHRISTIÁNUS"

Todo se miraba bajo SPECIAE AETERNITAS,

desde el punto de vista eterno.
C. V. GHEORGHIU

Reducere ad unum — Octubre 1517 — La Reforma y el nacimiento del Capitalismo — Un tiempo eterno — Consecuencias políticas de la Reforma — Primer error sobre la libertad — Las diferencias necesarias — La lógica de la historia.



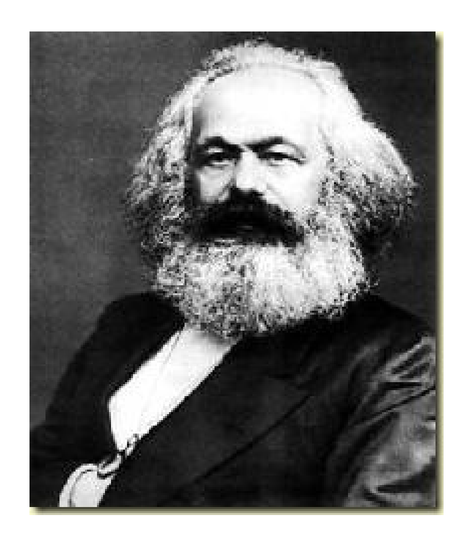
La Edad Media

La Edad Media duró mil años. Mil años durante los cuales se forja el ORBIS CHRISTIANUS, el Universo cristiano. Es el más formidable ensayo de imperio universal que jamás haya sido intentado, conseguido y mantenido.

“El esfuerzo principal de la clase dirigente —la clase eclesiástica— era unificar el planeta. La consigna era: REDUCERE AD UNUM. Un solo jefe: el representante de Dios en la tierra. Una sola lengua: el latín. Una sola ley: la ley de la Iglesia. El ideal era hacer depender de la Iglesia todas las formas de vida, con todos sus valores y todas sus virtudes, no negadas pero sí avasalladas”.

Al cabo de estos mil años, un fenómeno trastorna todo: la aparición del Capitalismo. ¿Cómo se produjo? Muy sencillamente, las finanzas y la economía consiguieron escapar de las normas de la Iglesia y comenzaron a desarrollarse según la ley de la ganancia. Esto sucede cuando Lutero fija sus tesis en la puerta de la catedral de Wittenberg, en octubre de 1517. El ORBIS CHRISTIANUS estalla. Se entra en el mundo moderno.

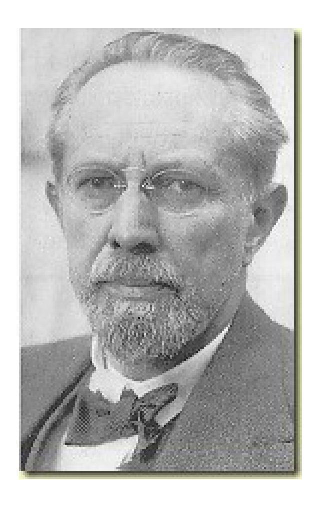
Este mundo moderno que, observa C. V. Gheorghiu, cesará “un mes de octubre —siempre octubre— de 1917. En el momento del estallido del mundo moderno y del advenimiento de la revolución rusa, a partir de la muerte de la sociedad moderna, todas las ramas de la actividad dejan de ser independientes. Están subordinadas a la idea central, absoluta y considerada como inviolable. En octubre de 1917, SE REANUDA LA FÓRMULA DE VIDA DE LA EDAD MEDIA. Karl Marx es el continuador de Santo Tomás de Aquino, en cuanto a la concepción de la organización social. Así como en la Edad Media no se concebía más que una filosofía cristiana, unas matemáticas cristianas, una medicina cristiana y un amor cristiano, allí donde son aplicadas las reglas de la nueva sociedad, en la mitad del planeta, no existe exclusivamente más que una filosofía marxista, una literatura marxista, una moral marxista y un ejército marxista (...) Así como antes no existía rama de la actividad humana sin la opinión y la aprobación de la religión, no existe en la sociedad marxista ninguna especie de actividad que no esté controlada y dirigida por la idea central marxista. La sociedad que ha surgido en octubre de 1917 es una continuación de la Edad Media EN LA QUE DIOS FALTA y el equipo técnico sobra. El resto es exactamente igual, idéntico”.
Así, la sociedad capitalista no habría sido más que un enorme paréntesis entre dos sociedades universalistas, SIN DIOS la segunda.



Karl Marx

Karl Marx, escribe M. Trévor-Roper, vive en el protestantismo la ideología propia del capitalismo, el epifenómeno religioso de un fenómeno económico. Max Weber y Werner Sombart invierten la proposición.

“Considerando que el espíritu liberal precedía a la letra, lanzaron la hipótesis de un espíritu creador, el ESPÍRITU DEL CAPITALISMO. Weber y Sombart, como Marx, situaron el desarrollo del capitalismo moderno en el siglo XVI y, por consiguiente, ambos buscaron el origen de este nuevo ESPÍRITU DEL CAPITALISMO entre los acontecimientos de ese siglo. Weber, seguido en esto por Ernest Troeltsch, encontró este origen en la Reforma; el espíritu del capitalismo, dice, es una consecuencia directa de la nueva “ética protestante, tal como la enseñaba Calvino”.



Werner Sombart

Sombart fue más lejos que Weber y vio en los judíos sefardíes, que en el siglo XVI huyeron de Lisboa y de Sevilla y llegaron a Hamburgo y Amsterdam, a los verdaderos instauradores del capitalismo, cuyo ESPÍRITU denunciaba en la ética judía del TALMUD.

Las dos tesis no son inconciliables, incluso se complementan y forman una nueva tesis que se podría expresar así: el hundimiento de la ética cristiana en el siglo XVI, bajo los golpes del liberalismo erasmista, de la Reforma luterana y calvinista, de la ética judía, permitió el nacimiento de un capitalismo de especulación que tiende a la plutocracia.

H. R. Trévor-Roper demuestra que en el siglo XVI, en los países católicos y protestantes, los hombres de negocios son calvinistas. "Constituyen —escribe—, una fuerza internacional, la *¿élite* económica de Europa. Es como si fuesen los únicos capaces de hacer fructificar el comercio y la industria y al hacerlo administran importantes sumas de dinero destinadas, bien a mantener ejércitos, bien a reinvertir en otras grandes empresas económicas".



Maximilian Weber

Se trata de una clase apátrida, no solamente formada por calvinistas: "Analizando la clase de empresarios de las nuevas ciudades 'capitalistas' del siglo XVI, se descubre que esta clase está esencialmente formada por emigrantes y que éstos, cualquiera que sea su religión, provienen esencialmente de cuatro regiones. Primeramente, vienen los flamencos calvinistas, lo que permite a Weber defender su tesis. Después vienen los judíos de Lisboa y de Sevilla a los que Sombart hizo rivales de los calvinistas de Weber. En tercer lugar, están los alemanes del Sur, en particular de Augsburgo. Por último, en cuarto lugar los italianos, sobre todo los de Como, Locarno, Milán y Lucca".

Todos tienen un denominador común: HAN ROTO CON LA CRISTIANDAD.

¿Por qué aparece de repente esta clase capitalista apátrida? ¿Por razones económicas, como cree Karl Marx? Por eso no. Aparece porque la Iglesia de la Contrarreforma ha vuelto a tomar en sus manos la estructura social.

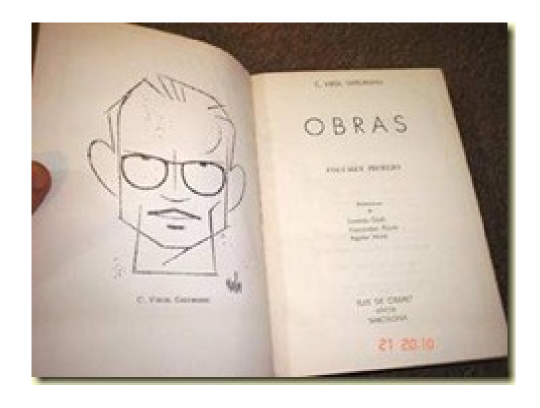
La creación de la Internacional capitalista que se forma en el Norte de Europa en el siglo XVI, se debe a las medidas religiosas, políticas y sociales de la Contrarreforma. El protestantismo ha engendrado un nuevo tipo de hombres que engendran a su vez el capitalismo apátrida, porque la Iglesia de la Contrarreforma rechazó el capitalismo liberal que se había introducido bajo el amparo del liberalismo erasmista.

Esta Internacional del Oro, esta Plutocracia "flor del mal del peor capitalismo", se forma y se adhiere a las Corporaciones cuyo control conserva la Iglesia.

Dos tipos de sociedad se enfrentan: la sociedad corporativa cristiana, que busca proteger el empleo reglamentando los cambios de técnicas, y la sociedad capitalista, que busca acrecentar sin límite sus beneficios por la aceleración de los cambios técnicos. Es la sociedad del interés y de consumo.

No hay pues, en absoluto, como lo ha creído Marx, una causa económica que engendra un estado de espíritu, sino al contrario, un estado de espíritu que, rechazando las reglas del ORBIS CHRISTIANUS milenario, tendió al provecho individual y engendró una economía capitalista.

La resistencia a este empuje fue aplicada en el sitio debido por la Contrarreforma, pero la Reforma sirvió de refugio ideológico y territorial a la nueva internacional, la del Oro.

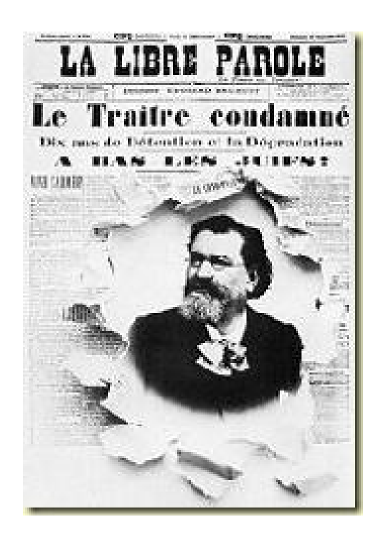


Obras de C. Virgil Gheorghiu

Esta se funda, dirá C. V. Gheorghiu, “en un descubrimiento a primera vista pueril. La Iglesia, la autoridad suprema, única, de todas las actividades y de la vida humana en la tierra, enseña a los fieles que: PECUNIA PECUNIAM NON PARERE POTEST, lo cual quiere decir una moneda no puede tener hijos. Ahora bien, los hombres han visto con sus propios ojos de qué forma las monedas producen otras. A causa de este descubrimiento el ORBIS CHRISTIANUS y la organización social de la Edad Media se han derrumbado”.

Pero esto se ha hecho en contra de la ley de la Iglesia.

“El interés del capital es un robo”, había dicho San Bernardo. El ORBIS CHRISTIANUS consideraba que el derecho de propiedad “pertenecía en primer lugar al género humano considerado como unidad moral”. Edouard Drumont lo ha recordado en un capítulo muy notable de *La Fin, d’un Monde*: “Originariamente, escribe, nadie tiene derecho a sustraer de la comunidad una parte de los bienes terrestres y de apropiársela con exclusión de los demás. Según la ley natural, los bienes temporales serían más bien comunes. Si los hombres fuesen tales que la ley natural pudiese ser aplicada, pura y simplemente, es decir, si se encontrasen en la condición íntegra de su primera naturaleza, la comunidad de los bienes terrestres sería el mejor y el más preferible de los estados.



Edouard Drumont, escritor católico.

“Este estado de naturaleza ideal, soñado tan a menudo, no habiendo existido jamás y no pudiendo realizarse ni en el presente, ni en el futuro, desde la caída del hombre, la comunidad absoluta de bienes no ha podido ser aplicada nunca, ni lo será jamás fuera de las asociaciones religiosas cuyos miembros tienden a aproximarse a la entera perfección”.

Luego, la propiedad privada no se admite más que “como un orden, en la mayoría de los casos, más ventajoso para la colectividad que la comunidad de bienes”.

Pero aunque la Iglesia admita la propiedad privada, “no ha dejado menos de conservarle su carácter de usufructo, de simple delegación, unida a la obligación de no disfrutar de la propiedad más que dentro de muy estrictos límites, y de distribuir su parte a los que sufren”.

El ORBIS CHRISTIANUS fundado sobre esta concepción de la propiedad no podía admitir que “la moneda engendrase monedas”. San Gregorio Nacianceno había dicho que “el que llamase ROBO y PARRICIDIO a la inicua invención del interés del capital no estaría muy alejado de la verdad. En efecto ¡qué importa que te adueñes del bien ajeno escalando muros o matando a los caminantes o que adquieras lo que no te pertenece por los efectos despiadados del préstamo!”.

En el ORBIS CHRISTIANUS la moneda es sólo un instrumento de medida. Por lo demás se utiliza poco, el comercio es esencialmente un trueque.

Salvo a los judíos a quienes la Iglesia tolera en sus ghettos, el ORBIS CHRISTIANUS sólo abarca a los cristianos y “la Iglesia no es un ejemplo de verdades especulativas con las cuales la fe o la razón puedan estar de acuerdo o en conflicto. Se impone con el mismo derecho que una constitución política o que las leyes jurídicas”.

En esta sociedad, las relaciones sociales no se imponen por exigencias humanas, tales como las concebimos hoy en día, sino por exigencias divinas. El hombre forma parte del tiempo eterno, con las Estaciones, los Angeles, el Paraíso y el Infierno, “con unidades de medida tales como el Cielo y la Eternidad, la manera que tenía el hombre de mirar las cosas, los acontecimientos y la vida era totalmente diferente de la del hombre moderno. Todo se miraba bajo SPECIAE AETERNITAS, desde el punto de vista eterno”.



En esta sociedad todo se encadena con lógica: “El hombre medieval considera el universo como una máquina creada por Dios (...) El único camino por el que el hombre puede subir al Paraíso, son los peldaños de la Iglesia. EL QUE LOS ESCALA ENCONTRARÁ A DIOS. Con el fin de facilitar la obra de la salvación del planeta, “LA MÁQUINA PARA SALVAR A LAS ALMAS” ha dividido la población de la tierra en tres categorías... los BELLATORES o los que combaten, los ORATORES o los que rezan los LABORATORES o los que trabajan para alimentar, vestir y servir a las dos categorías primeras”.

Estas divisiones descansan a la vez en el empleo de las capacidades de cada uno. Ninguna discriminación de valor entre estas clases. “Por inferior que sea la función que el hombre ejerza, forma parte del cuerpo del universo (. . .). Gracias a esta doctrina, los contrastes que en el mundo moderno son considerados como antítesis irreconciliables, se presentan en el mundo medieval bajo el aspecto de una perfecta armonía”.

La conciencia del carácter efímero de la vida humana, la convicción de que no es más que un período de paso hacia la vida verdadera, un tiempo de prueba, son tan vivas en la sociedad del ORBIS CHRISTIANUS que los mismos comerciantes tienen buen cuidado en no ceder a la tentación de las posibilidades de ganancias que se les ofrecen.

“Nadie habría aceptado una transacción que le hubiese llevado —automáticamente— al Infierno o al Purgatorio, igual que hoy ningún hombre sensato aceptaría hacer un negocio que lo llevase automáticamente a la cárcel. Los hombres de negocios del ORBIS CHRISTIANUS tenían todos un consejero eclesiástico a quien consultar antes de cada operación, como los hombres de negocios de los tiempos modernos tienen un consejero jurídico a quien consultar para no acabar en la cárcel” .

Al primer gran capitalista del siglo XVI, Jacques Fugger, le vemos dudar todavía e

inquietarse ante ciertos negocios. Por mediación de Johannes Eck, accede al Papa "con el fin de obtener licencia y absolución para ciertas operaciones que, normalmente, conducen al Infierno al que se dedica a ellas".

Pero desde que Fugger y sus semejantes han descubierto que la moneda se reproduce, la tentación es fuerte y todos ceden a ella, incluso los teólogos.

Durante cierto tiempo, los "astutos" creyeron mantener dentro de ciertos límites el capitalismo naciente. Erasmo, por ejemplo, "no condena la riqueza en sí, ni la libertad de empresa que permite a los hábiles negociantes hacer fructificar su capital" (...). Su cristianismo liberal no se asombra de tal comportamiento. "Cristo —escribe en su *Banquet religieux*— no ha prohibido la habilidad para los negocios, sino la preocupación tiránica del lucro".

Erasmo es el comensal de los Fugger de Augsburgo y de los Welsers de Amberes pero, tan fuerte es el poder de las costumbres cristianas que todavía se estremece cuando descubre los procedimientos de los "acaparadores' que hacen pasar hambre al pueblo, provocando alzas artificiales de productos coloniales tales como el azúcar. En su dedicatoria de las obras de San Juan Crisóstomo, vemos a Erasmo meterse con los monopolios que, a pesar del descubrimiento de las nuevas vías marítimas de las Indias, no hacen que se note un descenso del precio de los productos exóticos. Hubo incluso algunos problemas con la censura de Lisboa a propósito del monopolio arrendado a poderosos traficantes que no pensaban en absoluto bajar los precios, pues la disminución del precio de costo servía para enriquecerlos con más rapidez.

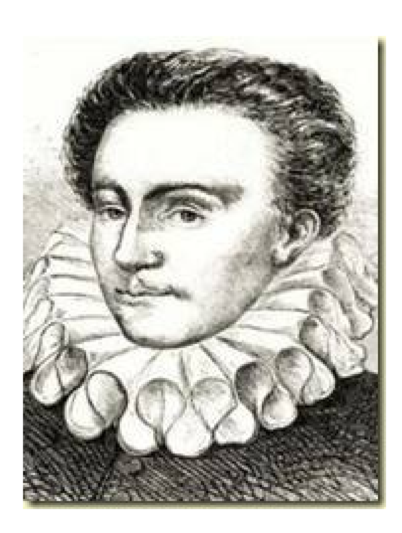
Inquieto porque prevé las consecuencias del desarrollo del liberalismo económico, no contando ya con la fuerza moral que él ha contribuido a debilitar, Erasmo, para restablecer la igualdad de cargas, no ve más solución que los impuestos.

"Deseaba un sistema fiscal que desgravase los artículos de primera necesidad de los que el pueblo hace o debería hacer gran consumo, tales como el trigo, el pan, el vino, la cerveza, las telas y que gravase con pesadas tasas los productos de lujo tales como el lino, la seda, las materias primas para tinturas, las especias, las piedras preciosas".

En este ORBIS CHRISTIANUS que se deshace, donde la autoridad de la Iglesia se debilita, Erasmo se vuelve hacia el Estado para pedirle que vigile el bien común.

"Es al Estado al que corresponde estimular las actividades económicas en expansión y no alentar las formas de industria y de comercio que no enriquecen al país, sino que crean, por el contrario, necesidades ficticias y que no interesan más que a una minoría de privilegiados. Es el Estado el que debe decidir opciones fundamentales, como las de una economía agrícola mejor que industrial, la apertura o cierre de ciertos mercados, mirando sólo el interés común".

Se adivina la inquietud que nace de la dislocación de un orden social cuyos frenos estaban en el INTERIOR DE LOS INDIVIDUOS, en su conciencia, y en la aparición de un mundo nuevo en el cual los frenos sólo podrán actuar desde el exterior.
Esos frenos, ¿en qué manos van a estar? ¿En las del Estado? Pero, ¿qué Estado?



Etienne de la Boétie

Ya estamos tocando las consecuencias políticas de la Reforma. La Boétie, en su *Discours sur 1a servitude volontaire*, pone ya todas las condiciones de la democracia permisiva. Por lo demás el sofisma es hábil: “Ciertamente —escribe— no hay nada claro ni visible en la naturaleza en lo que no podamos hacernos los ciegos, así es como la naturaleza, este ministro de Dios y Gobernador de los hombres, ha hecho a todos de la misma forma y según parece de un mismo molde, a fin de que nos reconozcamos todos por compañeros o más bien HERMANOS.

“Entonces, puesto que esta buena madre nos ha dado a todos la tierra como morada, nos ha albergado a todos un una misma casa, nos ha configurado a todos de la misma pasta, para que cada uno se pueda mirar y casi reconocer uno en otro; si ha mostrado en todas las cosas que nos quería unidos a todos, todos UNOS (es decir iguales), no hay que dudar de que todos seamos NATURALMENTE LIBRES”.

La Iglesia y la Sociedad ya no van a dejar de verse turbadas por estas falsas concepciones de la igualdad y de la libertad.



El Papa León XIII

Cuando la crisis alcance su punto culminante, a finales del siglo XIX, León XIII tendrá que recordar que la libertad es SOLAMENTE "la facultad de hacer el bien, sin trabas y siguiendo las normas impuestas por la eterna justicia", es decir Dios, y que esta libertad "es la única digna del hombre y ÚTIL A LA SOCIEDAD".

Reprobará con energía la libertad "acordada indistintamente a la verdad y al error, al bien y al mal". Condenará la idea de que la autoridad pueda residir en "la mayoría popular" y que pueda no estar "sometida a otras leyes más que a las que ella misma haya traído según su capricho".

En efecto, ¿cuáles serían las consecuencias de tal interpretación de la libertad? Sería admitir que el hombre tiene el derecho "de sustraerse a la voluntad de Dios" y, a partir de entonces, "ninguna ley podría moderar la libertad humana".

Todas las consecuencias a las que hemos llegado en este fin de siglo y cuyo daño comprobamos, han sido anunciadas por León XIII: "El juicio y la apreciación de las ideas y por ello naturalmente también de los actos puestos en manos de todo hombre hace que la autoridad pública de los gobernantes se encuentre disminuida y debilitada. Pues sería extraordinario que los que están persuadidos de esta opinión, la más perversa de todas, de que de ninguna manera están sujetos al gobierno y obediencia de Dios, reconozcan alguna autoridad humana y que se sometan a ella.

"Así pues, habiendo derribado los fundamentos sobre los que se apoya toda autoridad, la sociedad civil se disuelve y se desvanece; ya no hay Estado y sólo queda el dominio de la fuerza y del crimen"

¿Asombrosa premonición de los tiempos actuales? No, sino apreciación lógica de las consecuencias de los principios planteados por la herejía del siglo XVI. En cuanto a la idea de igualdad, tal como la entendía La Boétie, León XIII nos muestra por el contrario que "la naturaleza ha puesto diferencias tan variadas como profundas entre los hombres: diferencias de inteligencia, de talento, de habilidad, de salud, de fuerza: DIFERENCIAS NECESARIAS de donde nace espontáneamente la desigualdad de condiciones".

Entonces, ¿es injusta la naturaleza? No, puesto que esta desigualdad "sirve al provecho de todos, tanto de la sociedad como de los individuos, pues la vida social requiere un organismo muy variado y con muy diversas funciones, y lo que precisamente lleva a los hombres a la distribución de estas funciones es sobre todo la diferencia de sus condiciones respectivas".

Lejos de haber armado a los hombres unos contra otros, la naturaleza ha dispuesto la sociedad como el cuerpo humano en el cual "los miembros, a pesar de su diversidad, se adaptan maravillosamente uno a otro, de manera que formen un todo exactamente proporcionado".

El huevo de Erasmo había estallado, incubado por Lutero, Rosseau, Lammenais y sus émulos. Hoy vemos qué asombroso gallinero ha creado.

¿De qué serviría analizar los efectos sin remontarse a las causas? Tal ha sido la ambición de este corto capítulo. Creo que he dicho lo bastante para suscitar al menos la curiosidad de conocer más sobre ello y sembrar la duda en el espíritu de los que creen en el "sentido de la historia" cuando, en realidad, nos encontramos ante la lógica de la historia.

* * *

CAPITULO III - DE LA DEMOCRACIA POLITICA

"*Si existiese un pueblo de dioses,*

se gobernaría democráticamente.

Un gobierno tan perfecto

no está hecho para los hombres".
J. J. ROUSSEAU

"El pueblo ha encontrado en el pueblo su propio tirano."
GOETHE

"No podemos saber hasta dónde pueden llegar los hombres

en las épocas de descomposición social. "
TALLEYRAND

J. J. Rousseau — ¿Se ha leído el Contrato social? — El despotismo de la libertad — La advertencia de Bossuet — Voltaire — Los francmasones — Pío VI y la Revolución de 1789 — La tentación de Pío VII — Las confesiones de Talleyrand — Jesús, el "sans culotte" — La eucaristía de los Jacobinos.

Cuando J.J. Rousseau lanza su famosa afirmación: "El hombre nace naturalmente bueno, la sociedad es la que le ha corrompido", ¿ve que acaba de encerrarse en una contradicción sin salida? Siendo la sociedad obra de los hombres, regida por hombres, ¿cómo ha podido corromperse si esta corrupción no estuviese en cada uno de ellos?



Jean Jacques Rousseau

Rousseau no tiene en cuenta la naturaleza del hombre, sino su sola libertad. Pretende "encontrar una fórmula de asociación (…) por la cual, uniéndose cada uno a todos, sólo se obedezca a sí mismo y permanezca tan libre como antes". Esto será "el cuerpo político", emanación de la voluntad general. El hombre obedece, pero se obedece a sí mismo, a través de la ficción de la "voluntad general". Sofisma evidente, pues lejos de obedecerse, obedece a la mayoría; si ésta no existe, entonces obedece A LOS OTROS.

La libertad que nos trae J. J. Rousseau no tiene en cuenta la opinión de la minoría; "cualquiera que se niegue a obedecer la voluntad general —escribe— será FORZADO a ello por la sociedad, lo cual no significa otra cosa sino que SE LE FORZARÁ A SER LIBRE".

Rousseau no ha podido dejar de ver que su sistema podía conducir a una situación tal, que un país corriera el riesgo de encontrarse dividido en dos facciones de igual poder y que bastaría con que una voz se desplazase hacia una u otra, para que los súbditos pasasen a señores y los señores a súbditos. Por una mayoría de un voto más, Luis XVI es condenado a muerte, por un voto más la III República queda instituida y por ínfimas mayorías, las grandes democracias designan a los jefes de gobierno para cuatro o siete años.

Rousseau intenta salvar la dificultad, afirmando LA INFALIBILIDAD de la mayoría porque, dice, "por lo menos en su intención, la ley escogida por el pueblo no puede ser injusta, puesto que nadie es injusto contra sí mismo". Otro sofisma. Lo más frecuente es que los pueblos estén mal informados, y no bien, de sus intereses.

También sabemos que coaliciones de intereses privados pueden pesar fuertemente sobre las decisiones de la mayoría y que la democracia evoluciona necesariamente en plutocracia. En fin, hoy día se sabe por experiencia que el fraccionamiento de las opiniones no da jamás a la "voluntad general" más que una base disparatada, de modo que esta voluntad presuntamente general no es, en el mejor de los casos, más que una torpe adición de voluntades diversas.

Rousseau había visto bien la objeción que podría hacerse a su teoría de la "voluntad general": ¿cómo estar seguros de su autenticidad? Ya debía presentir los juegos de influencia de las propagandas, de los intereses, de los partidos. Entonces es cuando declara que no deben formarse partidos en una democracia. "Es importante —escribe— para que quede claramente manifiesta la expresión de la voluntad general, que no haya sociedad parcial en el Estado y que cada ciudadano no opine más que por sí".

Esto es desviar la cuestión.

¿Cómo se forma la opinión, si no es por lo que se le dice? Hasta tal punto, que el que DICE, el que tiene LOS MEDIOS DE DECIR, posee la realidad del poder.

O bien, sólo uno informa a la opinión y poseyendo el monopolio de la información, detenta el poder de hecho, o bien son varios y, entonces, los hombres tienden naturalmente a aproximarse cuando tienen las mismas ideas y a expresarlas y a imponerlas: han nacido los partidos políticos, la división está en el seno de la sociedad.

¿Habrá, por lo menos, en el Estado rousseauniano una Constitución, un conjunto de convenciones, de preceptos que no sean puestos en duda? No, responde Rousseau, lógico con su sistema, el pueblo siempre tiene el derecho de deshacer lo que ha hecho. Esto es dar al Pueblo Soberano poderes que se asemejan a la tiranía más absoluta. No puede haber ley fundamental, escribe, "ni siquiera para el Contrato Social".



Pero Rousseau es incoherente. Apenas acaba de reconocer una autoridad sin límites a la mayoría, cuando escribe páginas sobre el Legislador en un tono completamente distinto.

"Para descubrir las reglas de sociedad que mejor convengan a las naciones —escribe— haría falta una inteligencia superior que viese todas las pasiones y que no experimentase ninguna, que no tuviese ninguna relación con nuestra naturaleza y que

la conociese a fondo, cuya felicidad fuese independiente de nosotros y que, sin embargo, quisiera ocuparse de la nuestra, en fin que, con el progreso de los tiempos, preparándose una distante gloria, pudiese trabajar en un siglo y gozar en el otro.

HARÍAN FALTA DIOSES PARA DAR LEYES A LOS HOMBRES".

Y, como si se encarnizase bruscamente en destruir todos los sofismas que había acumulado en los primeros capítulos del *Contrato social*, Rousseau se desvirtúa a sí mismo, como nadie lo ha hecho jamás. Nos muestra a los ''sabios'' que quieren hablar al pueblo con su lenguaje y "no serían comprendidos" porque hay "mil clases de ideas que es imposible traducir en la lengua del pueblo. Las visiones de conjunto y las cosas demasiado distantes están igualmente fuera de su alcance; como a cada individuo no le gusta otro plan de gobierno que el que tiene relación con su interés particular, difícilmente percibe las ventajas que debe sacar de las continuas privaciones que imponen las buenas leyes".

Asombroso Rousseau, que destruye sus propios sofismas con una palabra; parece no darse cuenta de ello y prosigue su fatal sueño.

Las últimas páginas del *Contrato social* son desoladoras. Rousseau, que acaba de reconocer que el pueblo, tomado como masa inorgánica, es incapaz de concebir el interés general, sucumbe a la tentación y escribe con fatalismo: "en cualquier caso, un pueblo es siempre dueño de cambiar sus leyes, incluso las mejores, pues SI LE GUSTA HACERSE DAÑO, ¿QUIÉN TIENE DERECHO A IMPEDÍRSELO?".

¿Se ha leído bien el *Contrato social*?

¿No reconoce Rousseau la imposibilidad de la democracia? Al fin y al cabo ¿no es él quien ha escrito: "tomando el término en su concepción más rigurosa, JAMÁS

HA EXISTIDO VERDADERA DEMOCRACIA Y NO EXISTIRÁ JAMÁS"?

"Añadamos —prosigue el desconcertante ginebrino- que no existe gobierno más sujeto a las guerras civiles y a las agitaciones internas que el democrático o popular, porque no hay ninguno que tienda tan fuerte y continuamente a cambiar de forma, ni que exija mayor vigilancia y valor para ser mantenido en la suya (. . .). Si existiese un pueblo de dioses, se gobernaría democráticamente. UN GOBIERNO TAN PERFECTO NO ESTÁ HECHO PARA LOS HOMBRES".

Al final del *Contrato social* escribe: "Cuando se desea saber de forma absoluta cuál es el mejor gobierno, se plantea una pregunta insoluble, indefinida o, si se prefiere, con tantas buenas soluciones como combinaciones posibles existen en las posiciones absolutas y relativas de los pueblos".

Y Rousseau acaba por confesar que el buen gobierno es aquél "que garantiza la conservación y la prosperidad de sus miembros".

Esto, la teoría no lo enseña. Sólo la experiencia lo enseña. Es el fundamento de la "política experimental": estudiemos la historia para reunir los hechos y sacar sus propias conclusiones. La decepción de Rousseau ante sus propios sofismas conduce así, de forma bastante inesperada, a Joseph de Maistre...

En el cuarto y último libro, Rousseau, que ha notado, de todas maneras, lo que había de extravagante en su definición de la "voluntad general", vuelve a ella buscando apartar la objeción que le obsesiona.

"Uno se pregunta -escribe- ¿cómo un hombre puede ser libre y verse forzado a conformarse con voluntades que no son las suyas? ¿Cómo pueden ser libres los que se oponen y están sometidos a unas leyes que ellos no han consentido ?". Someterse a la mayoría o someterse al Príncipe viene a ser, respecto a la libertad del oponente, estrictamente lo mismo. Luego, si la libertad no puede garantizarse ¿no es más prudente definir los límites de la autoridad, que pretender una imposible libertad para todos?

Pero Rousseau prosigue con su quimera: "Cuando se propone una ley en la asamblea popular —intenta explicar— lo que se le pide (a los ciudadanos) no es precisamente si aprueban la propuesta o la rechazan, sino si está conforme o no con la voluntad general, que es la suya; cada uno, al dar su voto, dice cuál es su opinión sobre ello, y del cálculo de los votos se saca la declaración de la voluntad general. Cuando la opinión contraria a la mía gana, esto demuestra nada más que yo me había confundido y que lo que yo creía ser la voluntad general no lo era. Si mi opinión particular hubiese ganado, habría hecho una cosa distinta de la que había querido y, entonces, es cuando no habría sido libre".

Rousseau está en el límite de la impostura y tiene miedo de que su lector se le escape, asfixiado por la idea de que sólo es libre en la medida en que su opinión está conforme con la de la mayoría, pues "la diferencia de un solo voto rompe la igualdad". Entonces, para ganarse al lector, Rousseau reniega de la ley de "la mitad más uno" y habla de mayorías diferentes según la importancia de los problemas a tratar, pues dice, "cuanto más importantes y graves sean las deliberaciones, tanto más la opinión que prevalezca deberá acercarse a la unanimidad".

¿Y si no se consigue? ¿Si el fraccionamiento de las opiniones es tal que sea imposible alcanzar la unanimidad? Rousseau no ha conocido las democracias salidas de estos sofismas. Hubiese comprobado que jamás han podido reunir mayorías coherentes, que han abolido las libertades concretas de las cuales disfrutaban los cuerpos intermedios y han dado el poder a las oligarquías de intereses, a la plutocracia, justificando así la terrible frase de Goethe: "El pueblo ha encontrado en el pueblo su propio tirano".



Johann Wolfgang von Goethe

Es interesante comprobar que Rousseau y Voltaire, a los que se presenta como Padres de la Libertad, desembocan, de hecho, el primero en la tiranía de la mayoría; el segundo en la del "déspota ilustrado".

En su sistema, después de haberse desplazado la autoridad, ésta no es menos absoluta qué antes. Incluso la divinizan con el nombre de Razón y veremos a Robespierre declarando en la Convención: el Gobierno de la República es el DESPOTISMO DE LA LIBERTAD contra la Tiranía".



Maximilien de Robespierre

No siendo la libertad otra cosa más que una autoridad, ser libre es poder hacer lo que se quiera, por lo tanto, ejercer una autoridad; conviene desconfiar tanto de la libertad como de la autoridad, puesto que se trata de lo mismo observado desde puntos diferentes.

Una libertad sin determinar: libertad de esto, libertad de aquello, engendra la tiranía, exactamente igual que una autoridad que ya no lo es.

"La libertad, según la enseñanza de León XIII, en la Encíclica *Immortale Dei*, debe moverse en la esfera de la verdad y del bien. Ahora bien, la naturaleza del bien y de la verdad no puede cambiar según el capricho del hombre; permanece siempre la misma y no es menos inmutable que la esencia misma de las cosas. Si la inteligencia se adhiere a opiniones falsas, si la voluntad consiente este daño y se vincula a él, lejos de elevarse a la perfección de su naturaleza, ambas rebajan su dignidad original y caminan a la depravación".

No es pues la libertad la que debe ir en primer lugar, sino la verdad. La verdad no se vota, se descubre.

En su *Quinto aviso a los protestantes*, Bossuet, al describir la situación de los hombres "tal como son según su naturaleza y antes de cualquier gobierno implantado" observaba que en este estado "sólo se encuentra la anarquía, es decir, una libertad feroz y salvaje, donde cada uno puede pretender todo y al mismo tiempo discutir todo: donde todos están en guardia y por consiguiente en guerra perpetua contra todos: donde la razón nada puede, porque cada uno llama razón a la pasión que le arrastra; donde el mismo derecho de la naturaleza se queda sin fuerza, puesto que la razón no lo tiene; donde, por consiguiente, no hay ni propiedad, ni dominio, ni bien, ni descanso asegurado, ni, a decir verdad, ningún derecho, salvo el del más fuerte; y además sin saber quien lo es, puesto que cada uno puede llegar a serlo a su vez, según las pasiones puedan conjurar juntas a más o menos gente".

Bossuet responde a Rousseau, un siglo antes de los sofismas del *Contrato social*.

Es interesante ver que al refutar a Lutero, Bossuet refuta por adelantado a Rousseau. Es que, como lo había dicho Veuillot, "era imposible que la razón individual proclamada soberana, limitase su pleno poder a elegirse una religión y una filosofía, y volviese después dócilmente al orden social, dejando a la autoridad temporal el carácter divino que negaba a toda autoridad (...) Después de haberse inventado, a su gusto, una religión y una filosofía, el individuo quiere inventarse un gobierno (...) De ahora en adelante, el campo queda libre para el combate de los intereses individuales, armados unos contra otros con toda la fuerza y toda la terquedad del egoísmo".

Volvamos a Bossuet:

"Lejos de ser el pueblo soberano en tal estado, ya ni siquiera existe pueblo. Puede haber familias, aunque mal gobernadas y mal defendidas, puede haber también un tropel, un montón de gente, una multitud confusa pero no puede haber pueblo, porque UN PUEBLO SUPONE YA ALGO QUE REÚNA un comportamiento ordenado y algún derecho establecido".
"Aunque no se tuviese que conducir más que un caballo o un rebaño —decía Bossuet bromeando— no podemos hacerlo sin ayuda de la razón".

Y la razón no es la expresión desordenada de los deseos de los individuos, sino la conformidad del deseo con las leyes naturales que rigen las sociedades.

No hay manera de escapar a la condición humana. Además bien sabemos que en la Creación existe un orden en todo. ¿Por qué Dios habría dejado de poner alguno en el gobierno de las sociedades?



"La toma de la Bastilla" Revolución Francesa

En 1789, el mundo había vuelto la espalda a su constitución esencial. De ahí han venido todos los males que no han hecho más que agravarse desde hace dos siglos, con algunas treguas, algunas reacciones, pero insuficientes porque no llegaron a los principios, sino solamente a los efectos.

Mientras el viejo fondo de las tradiciones se ha mantenido en las familias, la crisis sólo ha sido política, después se ha convertido en social, religiosa y moral.

Todo se ha mantenido al principio, dentro del sofisma expresado por el abate Sieyès en sus *Perspectivas sobre los medios ejecutivos* publicada en 1788: "Me parece —escribe— que juzgar lo que sucede por lo que ha sucedido, es juzgar lo conocido por lo desconocido. Es más justo juzgar el pasado por el presente y admitir que las pretendidas verdades históricas no tienen más realidad que las pretendidas verdades religiosas".

Ha sucedido lo que tenía que suceder: las mal conocidas verdades históricas se han vengado con su propio silencio; al no ser enseñadas por la experiencia, los innovadores han edificado en las nubes. La imaginación ha tomado el poder, pero la sociedad no se somete a la imaginación. Aquélla tiene sus leyes inexorables. La sabiduría antigua las había buscado, descubierto, codificado. El Imbécil y vanidoso Sieyès ha echado al fuego el conjunto de ellas y el Progreso sin Tradición, al no continuar nada, pretendiendo inventar todo, ha producido una aceleración loca de la historia, corriendo de una experiencia a otra, negándose a tener en cuenta lo que había aprendido la víspera, vuelto hacia un oscuro futuro al que ya no servían las lecciones del pasado, y hoy se ha llegado al último grado de este rechazo fanático de las realidades por medio de la evasión a los paraísos artificiales de la droga, más fáciles de alcanzar que el imposible paraíso terrestre.

"¿Qué es lo que ha derribado la monarquía francesa? — se preguntaba Louis Veuillot—. ¿Una guerra, una conspiración, un partido en armas, un gran desastre? Cien veces había sufrido estos accidentes de la vida de las naciones y cien veces había resistido a ellas. Lo que la ha hecho caer, SON LAS IDEAS DE LAS QUE SE HABÍA HECHO CÓMPLICE y que la separaba del pueblo al separarla de Dios. Algunos panfletos bastaron para derribar esta monarquía secular".

Dos hombres dominan la pre-Revolución: Voltaire y Rousseau.

"Rousseau —decía Veuillot— sigue a Voltaire como el castigo sigue al crimen" y con una palabra ejecutaba a Voltaire: "Voltaire, tan conocido, no fue más que un hombre en el anonimato durante toda su vida. Asestaba sus golpes por la espalda a la vuelta de una esquina, envuelto en su capa".

Una tarde de marzo de 1894, el abate Garnier daba una conferencia en Argenteuil. Recordó las palabras de Voltaire: "Mentid, mentid, siempre quedará algo". Fue requerido por un oyente para que dijera en qué línea, en qué página, en qué capítulo se encontraba esta frase. "Os daré la respuesta, en el *Peuple Français*", respondió el abate. Mantuvo su palabra y el 16 de marzo de 1894 publicaba la referencia prometida: "La frase que he citado se encuentra en una carta escrita a Thiriot, con fecha 21 de octubre de 1936; en ella Voltaire añadía incluso esto: 'Hay que mentir como un demonio, no tímidamente, ni por algún tiempo, sino osadamente y siempre' ". Se comprende la frase de Veuillot sobre Voltaire cuando decía que éste "asestaba sus golpes por la espalda".



François Marie Arouet, más conocido como Voltaire

Cuando en plena Revolución, Condorcet dijo: "Voltaire no ha visto todo lo que hacemos, pero ha hecho todo lo que vemos", sabía lo que decía. Todo esto era el resultado del "abominable complot" que había previsto Pío VI; el mismo complot que descubría María Antonieta en 1790 y que le hacía escribir a su hermano el emperador Leopoldo II: "Tened mucho cuidado, ahí (en Austria) con cualquier asociación de francmasones. Ya os lo habrán advertido; por este camino es por el que todos los monstruos de aquí cuentan con llegar al mismo fin en todos los países".

Los avisos no habían faltado, pero, como hoy, se había creado una conspiración del silencio.

En 1785, un sacerdote apóstata austríaco, llamado Lang, fue herido por un rayo cuando llevaba importantes mensajes del jefe de la Masonería de los Iluminados de Baviera, el doctor Weishaupt. Los papeles que se le encontraron permitieron el arresto de los principales afiliados. Tuvo lugar un proceso cuyas piezas de autos fueron hechas públicas por el Elector de Baviera, con el fin de informar a todas las potencias cristianas del complot tramado contra todas ellas. El abate Burruel los publicó también, cuando estaba en el exilio en Hamburgo, en 1795, en sus *Memorias para servir a la historia del jacobinismo*". Podemos leer en ellas esta consigna de Weishaupt:

"Los francmasones deben ejercer el imperio sobre los hombres de cualquier Estado, de cualquier nación y de CUALQUIER RELIGIÓN, dominarlos sin ninguna violencia externa, mantenerlos unidos por vínculos duraderos, inspirarles UNA MISMA IDEA, animarles de un mismo espíritu, en el mayor silencio y con toda la actividad posible, dirigir a todos los hombres de la tierra hacia el mismo fin.



Sociedad de Francmasones

EN LA INTIMIDAD DE LAS SOCIEDADES SECRETAS ES DONDE HAY QUE SABER PREPARAR LA OPINIÓN''.

Verdaderamente, sería una singular crítica histórica la que quisiese ignorar lo que está entre los bastidores de la historia.

En junio de 1895, se abre una discusión en *El Rappel* sobre el origen de la divisa: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Un miembro de la logia Unidad Masónica, M. Henry Vaudémont escribe al periódico:

"El origen de la divisa republicana: Libertad, Igualdad, Fraternidad, es conocido desde hace largo tiempo: era la de hace cerca de un siglo y es todavía, la de la francmasonería. Si estaba en germen en el Juramento del Jeu de Paume, si fue aprobada por el Club de los Cordeliers y preconizada por el impresor Momoro, es simplemente porque la mayoría de los hombres que dirigieron en sus comienzos el inolvidable movimiento de 1789, eran francmasones.



El lema: Libertad-Igualdad-Fraternidad

“En efecto, desde hace cerca de un siglo, en las logias a puerta cerrada, bullían entonces todas las nuevas ideas filosóficas que poco a poco iban tomando cuerpo, se armonizaban, se fundían, se transformaban en principio convertido rápidamente en máximas e incluso se formulaban en casi proyecto de leyes.

“Basta con ojear las reseñas de las logias para encontrar en ellas los elementos de donde brotaron con una espontaneidad y unanimidad, que serían inexplicables de otra manera, esos maravillosos cuadernos del Tercer- Estado, cuya puesta en marcha fue toda la Revolución”.

M. G. Boris comentaba esta carta en la *Vérité* del 28 de junio de 1895: “M. Vaudémont está incontestablemente en la verdad histórica, pero no precisa la fecha de la introducción de la divisa.

“En nuestra opinión, coincide con la introducción de la abreviatura que sólo aparece después de la fusión de los ritos masónicos en uno solo, con el título de Gran Oriente de Francia bajo el mando del duque de Orléans. Antes, la abreviatura se componía de un solo punto”.

El redactor de la *Vérité* refiere que en 1848, un comerciante de tabaco humorista y antirrepublicano colgó debajo de cada una de las tres palabras de la divisa una bolsa de tabaco y se inventó esta muestra: ¡LA CASA DE LAS TRES BROMAS! (Juego de palabras, porque “blague” significa “broma” y también “bolsa de tabaco”).

Cuando el 11 de junio de 1793 Pío VI, en una página admirable por su lucidez juzgó a la Revolución Francesa, hacía menos de seis meses que Luis XVI había sido guillotinado.

La sentencia que ha condenado al rey de Francia, declara el Papa, “la Convención nacional no tenía derecho, ni autoridad para pronunciarla”.

“En efecto, después de haber abolido la monarquía, EL MEJOR DE LOS GOBIERNOS, había hecho pasar todo el poder público al pueblo, que no se dirige ni por la razón, ni por el consejo; en ningún punto se adapta a las justas ideas, aprecia pocas cosas según la verdad y evalúa gran número de ellas según la opinión, que siempre es inconstante, fácil para dejarse engañar, se arrastra a todos los excesos, es ingrata, arrogante y cruel”.



El papa Pio VI

Y Pío VI se pregunta cómo se ha llegado hasta ahí. Es una pregunta que sus sucesores no dejarán nunca de hacerse, a cada nueva etapa del progreso de las ideas revolucionarias. Si no se incorpora la primera respuesta a las respuestas siguientes, se falsea toda la perspectiva histórica, se puede pensar en una irrupción espontánea, que, en realidad, no es más que una consecuencia lógica de cierta actitud tomada en una época determinada, en unas condiciones hoy conocidas perfectamente. Además no imaginemos que los contemporáneos fueron totalmente inconscientes de ello. Pío VI, en todo caso, veía muy bien lo que había sucedido: "Ya desde hace mucho tiempo —explicaba— los calvinistas habían empezado a preparar en Francia la ruina de la religión católica.

"Pero para conseguirlo, hizo falta preparar las mentes y empapar a los pueblos de estos principios impíos, que los innovadores no han cesado de extender después en libros que no respiran más que la perfidia y la sedición. Con este propósito se han ligado a filósofos perversos.

"La Asamblea general del Clero de Francia, en 1735, había descubierto y denunciado los abominables COMPLOTS de estos artesanos de la impiedad. Y Nos mismo también, desde el comienzo de nuestro Pontificado, previendo las execrables MANIOBRAS DE UN PARTIDO tan pérfido, Nos anunciábamos el inminente peligro que amenazaba a Europa en nuestra Carta encíclica dirigida a todos los Obispos de la Iglesia católica. Si hubiesen sido escuchadas nuestras observaciones y avisos, no tendríamos que lamentarnos ahora de esta VASTA CONJURACIÓN tramada contra los reyes y contra los imperios".

Desearía que se pusiese atención en los términos de que se sirve Pío VI, contemporáneo de estos acontecimientos, para designar su causa, lo que hoy se conoce bajo el nombre de Revolución Francesa. Pío VI habla de una "vasta conjuración tramada". No habla de "sentido histórico", de evolución espontánea de las mentes. No, él dice: ha sido tramada una vasta conjuración.

Esto es importante, porque la influencia que ha podido ejercer en el curso de la historia una reunión de hombres asociados por ciertas ideas, otra reunión de hombres asociados por un principio contrario, puede también hacerlo e invertir el sentido de la historia.

La conjuración que denuncia Pío VI en junio de 1793, se desarrolló bajo la máscara de la LIBERTAD. El Soberano Pontífice recordaba que había denunciado el carácter ESPECIOSO de esta palabra LIBERTAD.



"La libertad guiando al pueblo", Delacroix.

"Los filósofos desenfrenados —decía— se proponen romper los vínculos que unen a todos los hombres entre sí, los ligan a sus Soberanos y los mantienen en el deber. Dicen y repiten hasta la saciedad que el hombre nace libre y que no está sometido a la autoridad de nadie. En consecuencia, presentan la sociedad como un atajo de idiotas, cuya estupidez se postema ante los Reyes que los oprimen, de manera que la armonía entre el Sacerdocio y el Imperio no es más que una bárbara conjuración contra la libertad del hombre".

A la "engañosa" palabra de "libertad", prosigue Pío VI, se ha añadido la de IGUALDAD "que no lo es menos". La sociedad no puede apoyarse sobre estos dos conceptos contrarios a la naturaleza humana. Recuerda que "la religión es la más segura protección o el más sólido fundamento de los imperios, puesto que lo mismo reprime los abusos de autoridad de las potencias que gobiernan, que los abusos de libertad de los súbditos que obedecen; por eso los facciosos, adversarios de las prerrogativas reales, intentan destruirlas, esforzándose primero en conseguir la renuncia a la fe católica".

Sabemos que a los noventa y un años, Pío VI, enfermo, arrancado de Roma, fue deportado a Francia por los ejércitos revolucionarios. En Valence, agonizando, mandó que se le revistiera de los ornamentos pontificales y declaró:

—En la medida de lo posible, ¡muramos de pie!
Después añadió:

—Que mi sucesor perdone a los franceses como yo les perdono de todo corazón.
Murió en la noche del 27 de agosto de 1799.

El ciudadano Deydier, administrador del Dróme, escribió al Directorio:
"El antes de ahora Papa acaba de morir, ¡será el último y el fin de la superstición!".

Generalmente, los historiadores soslayan la figura de Pío VI. Se habla más fácilmente de Pío VII que fue a París para coronar a Bonaparte, cosa que no le dio resultado, pues tuvo que volver allí prisionero de Napoleón. Sin embargo es más interesante observar la figura de Pío VI, Porque él fue el testigo lúcido de esa Revolución, nacida de una conjura tramada en el fondo de las logias masónicas y cuyo mecanismo había comprendido perfectamente.

Su sucesor Pío VII se encontró en una situación difícil. En 1799, intentó un acercamiento a la República francesa, una especie de "Ralliement" anticipado:

"El régimen democrático —declaró— no se opone al Evangelio, por el contrario, pide el concurso de éste, pues las virtudes que exige sobrepasan las fuerzas de la naturaleza y requieren las gracias y las luces de la fe".

Esto era el primero y tímido ensayo de "democracia cristiana" Hoy sabemos que los dos términos son antagónicos, pues el Cristianismo se apoya en la Revelación y la democracia en el libre-examen. ¿Qué puede decir la Iglesia el día en que la mayoría decida que Dios no existe? Sólo puede oponer la ley de Dios a la ley del Número y la contradicción estalla.

Cuando, en nombre de las nuevas ideas, Napoleón pretende establecer la igualdad de cultos, Pío VII se dará cuenta y dirá: "Bajo la igual protección de todos los cultos se esconde y se disfraza la más peligrosa y astuta persecución que pueda imaginarse contra la Iglesia de Jesucristo y, desgraciadamente, la mejor preparada para confundirla y destruirla, si fuese posible que la fuerza y las astucias del infierno pudiesen prevalecer contra ella"

Insiste aún sobre esta cuestión de la "libertad religiosa" y esto, al comienzo de la Restauración, el 24 de abril de 1814, y es para quejarse de la Carta de Luis XVIII:

"Por el hecho de establecer la libertad de cultos sin distinción, se confunden la libertad y el error y se pone en el mismo rango de las sectas heréticas e incluso de la perfidia judaica, a la Esposa santa e inmaculada de Cristo, a la Iglesia, fuera de la cual no puede haber salvación (...). Nuestro asombro y Nuestro dolor no han sido menores cuando Nos hemos leído el artículo 23 de la Constitución que mantiene y permite la libertad de prensa, libertad que amenaza la fe y las costumbres con los mayores peligros y con una ruina segura. Si alguien pudiese dudar de ello, la experiencia del pasado bastará por sí sola para enseñárselo.

"Es un hecho plenamente comprobado: esta libertad de prensa ha sido el instrumento principal que, primeramente, ha depravado las costumbres de los pueblos, después ha corrompido y destruido su fe, y por fin ha levantado sediciones, disturbios, sublevaciones. Aún serían de temer estos desgraciados resultados, a la vista de la gran maldad de los hombres si, no lo permita Dios, se concediese a cada uno la libertad de imprimir lo que quisiera".

Sabemos lo que sucedió después.

“La prensa —cuenta Veuillot— multiplicó el montón de escritos abyectos que habían nacido de su irradiación; la fermentación que produjeron engendró otros escritos tan culpables como aquéllos. Verdaderos talentos a los que rodeó en seguida la popularidad, se dedicaron a esta guerra indigna: la poesía, la filosofía, la historia, la elocuencia, la enseñanza, el teatro, el panfleto, la prensa, la caricatura, lo que hay de más alto y de más bajo, el orador y el histrión, todo habló contra la Iglesia”

Entre los obispos que cayeron en las nuevas ideas el más conocido es sin lugar a duda el obispo de Autun, el príncipe de Talleyrand. No deja de tener interés conocer el juicio que más tarde él mismo emitió sobre sus extravíos.



Charles Maurice de Talleyrand

En el atardecer de su vida, en Valençay, conversando con su sobrina la duquesa de Dino, que ocupó un gran lugar en su existencia, Talleyrand confesaba que los recuerdos del pasado le turbaban. Al preguntarle madame de Dino sobre algunos hechos de su vida, que tanto habían escandalizado a la Iglesia y al mundo, el viejo diplomático tuvo esta respuesta:
—En verdad, no puedo daros ninguna explicación satisfactoria. Esto sucedió en una época de desorden general: entonces no se daba importancia a nada, ni a uno mismo ni a otros. NO PODÉIS SABER HASTA DÓNDE PUEDEN DESVIARSE LOS HOMBRES EN LAS ÉPOCAS DE DESCOMPOSICIÓN SOCIAL.

“Un día —cuenta también la duquesa de Dino—, en el verano de 1835, mi tío me mandó llamar. Le encontré leyendo en su habitación.

—“Venid, me dijo, quiero enseñaros de qué manera hay que hablar de los misterios; leed, leed en voz alta y leed lentamente. —Yo leí lo que sigue:

“En el año cuatro mil del mundo, Jesucristo, hijo de Abraham en el tiempo, Hijo de Dios en la eternidad, nació de una Virgen’. —Aprended este pasaje de memoria, prosiguió M. de Talleyrand, y ved con qué autoridad, con qué sencillez, se encuentran concentrados en tan pocas líneas todos los misterios. Así y solamente así, es como conviene hablar de las cosas sagradas. Se las impone, no se las explica, únicamente esto puede lograr que sean aceptadas, cualquier otra forma no vale nada, PUES LA DUDA SE PRESENTA CUANDO FALTA LA AUTORIDAD Y la autoridad, la tradición, el magisterio no se revelan suficientemente más que en la Iglesia católica”

Los vicarios de poco fuste que quieran explicar todo en el lenguaje del siglo, no saben cuánta fuerza gastan rechazando la autoridad de la Tradición.

El anciano obispo de Autun, por muy pecador que hubiera sido, sabía de eso mucho más que ellos.

Además, la sabiduría no viene siempre por el camino de la virtud. Cuando Talleyrand decía que no se puede saber hasta dónde pueden llegar los hombres en las épocas de descomposición social, le bastaba con acudir a sus recuerdos.

Si miramos el estado actual de la Iglesia y se lo compara con lo que sucedió en el siglo XVIII, tenemos que preguntarnos: ¿en qué fase de la Revolución estamos?

“El partido del clero encontró en sí mismo la derrota —escribieron los Goncourt— y fueron algunos de sus miembros los que le dieron los más rudos golpes y las heridas menos curables” y nombraban al abate Gregoire, al obispo de Autun y al abate Fauchet.

“El abate Gregoire llevaba a la filosofía las armas de la Iglesia, las habilidades y las experiencias de la dialéctica. El obispo de Autun llevaba menos: llevaba su conciencia (...) El abate Fauchet era un tránsfuga más temible.



El abate Claude Fauchet

“De tierna imaginación y espíritu alimentado del Evangelio, se complacía con preferencia en la sencillez de los primeros tiempos de la Iglesia; corazón débil seducido por la ambición de representar un gran papel de caridad, cabeza indefensa contra la utopía, presbiteriano sensible, Fauchet parecía un Fénelon revolucionario (...) El abate Fauchet aportaba a la Revolución entusiasmo, elocuencia y una paradoja. QUERÍA VINCULAR SU SIGLO A DIOS, EL EVANGELIO A LA REVOLUCIÓN, A LA PASCUA DE LA LIBERTAD. Según él, la filosofía era la aliada de la Providencia y la reverenciaba como el instrumento santo traído por ella para que llegasen a la humanidad los derechos del hombre y del ciudadano”.

Siempre se encuentra entre los clérigos, al comienzo de las revoluciones, cuando éstas maduran en los espíritus antes de desbordarse por la calle, espíritus intrigantes o simplemente ambiciosos que hablan de casar el Evangelio con un centenar de mujeres de un patriotismo y de una virtud probadas, con el propósito de tener Pequeños Fauchet de los que se harían buenos sacerdotes”.

“En fin, se llegaba al día en que Fauchet, arrebatado por el impulso, desde lo alto de su estrado coronaba al Pueblo-Cristo: ‘La aristocracia es la que ha crucificado al Hijo de Dios’. ‘Todo poder viene del pueblo’, añadía.

“Clubs, banquetes, iglesias, todo resonaba con la voz impía e incansable de este terrible enemigo del clero, escuchado por las multitudes, por las mujeres y por los ilustrados, de este Fauchet que tranquilizaba las conciencias timoratas, acomodando la devoción a las nuevas ideas, que prometía el paraíso al patriotismo, juntando, alrededor del Dios del 14 de julio, a las gentes piadosas asombradas y asustadas, volviendo la cruz en contra de la contrarrevolución”.

Gran página de la historia terriblemente aleccionadora. Si las revoluciones se comparan por la semejanza de sus fases, el aviso es serio.



Edmond y Jules, los hermanos Goncourt

"Los asesinatos de l'Abbaye —decían también los Goncourt— se realizan el 10 de agosto en contra de la Providencia. Ya en la prisión Luis XVI, la revolución proclama la muerte de Dios, rompe la religión, depone la fe, acosa al clero no juramentado como a la Vendée y hace declarar al otro clero: 'Soy sacerdote, soy párroco, es decir charlatán, hasta aquí charlatán de buena fe; he engañado por estar yo mismo engañado, ahora que estoy civilizado' ... Jesucristo es ya EL SANS-CULOTTE JESÚS, O EL EN OTRO TIEMPO DIGAMOS REY DE NAZARET O DIFUNTO JESUCRISTO, MUERTO EN LA ÉPOCA DE LAS REVOLUCIONES DE JUDEA POR HABER INTENTADO UNA CONTRARREVOLUCIÓN CONTRADICTORIA A LA AUTORIDAD DEL EMPERADOR".

¿No tenemos ya a la vista toda nuestra época resumida? ¿Desde la "muerte de Dios" al "Cristo Che Guevara"?
Nos queda por ver "la eucaristía de los Jacobinos". Los Goncourt han querido cerrar su estudio sobre *La Société française pendat* la Révolution con esta página. Hagamos como ellos. Acaso el horror dará ánimos a los que se entregan:

¡El abate Morellet propuso que los patriotas comiesen la carne de sus víctimas! "Proponía la instalación de una carnicería nacional según los planos del gran artista y del gran patriota David". Reclamaba "una ley que obligase a los ciudadanos a proveerse allí por lo menos una vez por semana, bajo pena de ser encarcelados, deportados y ahorcados como sospechosos".

"El abate Morellet pedía que en toda fiesta patriótica, hubiese un plato de este género, que sería la verdadera comunión de los patriotas, LA EUCARISTÍA DE LOS JACOBINOS".

Esto es lo que sucede cuando las mentes se trastornan hasta perder el juicio...

* * *

CAPITULO IV - LAMENNAIS O LA REVOLUCION POR MEDIO DE LA IGLESIA

"*Tanto por su carácter como por su espíritu, sólo podía detenerse cuando ya no quedaba nada por destruir*".
LACORDAIRE

"*Tenemos continuamente ante los ojos, su rostro de condenado*".
LEÓN XII

"*Desearía veros Papa*".
CHATEAUBRIAND A LAMENNAIS

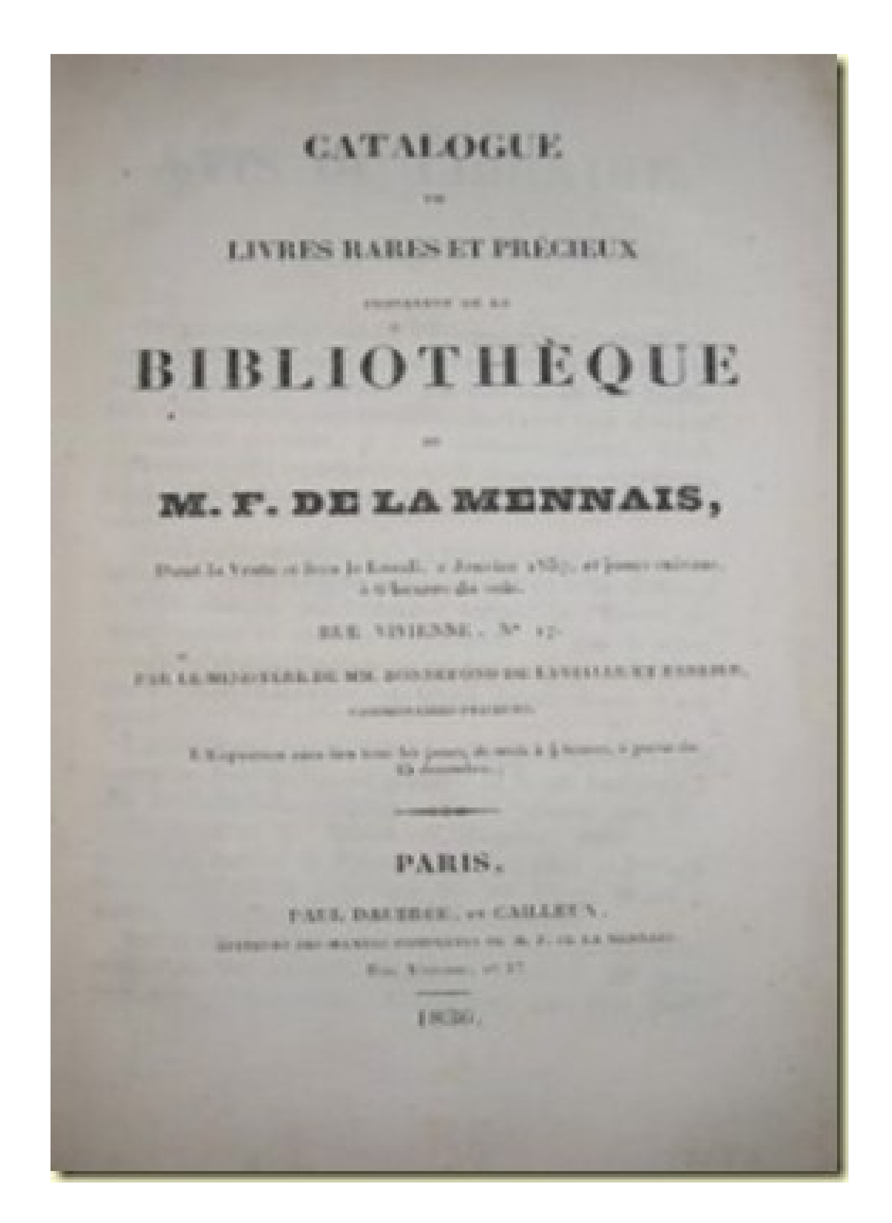
Un romántico que se aburre... — L'ESSAI SUR L'INDIFFERENCE (ENSAYO SOBRE LA INDIFERENCIA) El germen de la herejía — Primer viaje a Roma — "Tarde o temprano, una gran religión..." — L'Avenir, rue Jacob n° 20 — La Revolución en la Iglesia — La República Universal — Los "peregrinos de Dios y de la Libertad" — El banquete de Munich — La encíclica del 15 de agosto de 1832 — El plan de la Alta Venta — Una revolución de tiara y capa pluvial — La última Pascua — Un nuevo Mesías: el pueblo — LES PAROLES D'UN CROYANT (LAS PALABRAS DE UN CREYENTE) — Maurras y Lamennais — Chateaubriand y Lamennais — Lamennais y el comunismo — El secularizado — La muerte.

Escondida en medio del bosque, cerca de Combourg, La Chesnaie es una casa blanca de tejado puntiagudo, rodeada de árboles y agobiada bajo un cielo generalmente cargado de nubes. En esta morada se desarrolló a principios del pasado siglo un gran drama religioso, cuyas repercusiones han alcanzado nuestros tiempos.



El Château de La Chesnaie, comuna de St-Pierre-de-Plesguen

Fue en 1805, a la edad de veintitrés años, cuando Félicité de La Mennais se encerró en La Chesnaie con su hermano sacerdote Jean Marie de La Mennais. Su única distracción era la amplia biblioteca, formada por volúmenes que provenían de los monasterios devastados por la revolución y los paseos por el bosque y la landa.


CATALOGUE

LIVRES RARES ET PRÉCIEUX

BIBLIOTHÈQUE

M. F. DE LA MENNAIS,

RUE VIVIENNE, N° 17

PARIS,

1836.

"Libros raros y valiosos", Catálogo de la biblioteca de la familia La Mennais.

Los La Mennais, que pertenecían a la alta burguesía, habían alcanzado la nobleza en 1798, justo en vísperas de la Revolución. Era ya un poco tarde.

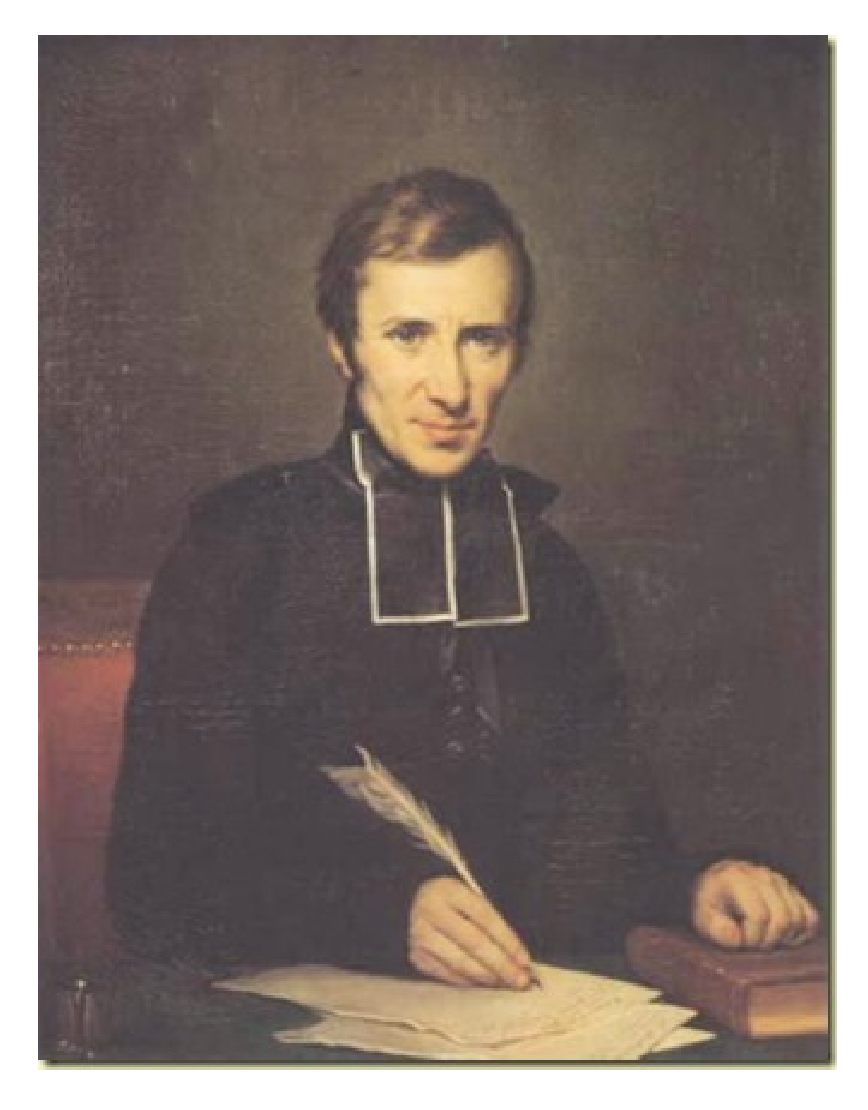
Félicité, tuvo la desgracia de perder a su madre siendo joven. Aprendió el latín, el griego, se apasionó por Jean Jacques Rousseau y se ocupó sin entusiasmo de los negocios de su padre que era naviero. Lo que no cabe duda es que se aburrió mucho y lo confesará con un sarcasmo: "el aburrimiento nació en familia durante una velada de invierno".

En La Chesnaie desde 1805, la influencia de su hermano clérigo va a ser decisiva y le llevará al sacerdocio que nunca ha deseado, pero que aceptará porque parece que no hay otra salida a esta "soledad de tres: dos hermanos y la teología". Félicité se convirtió a los veintidós años e hizo su primera comunión en 1804. En 1809 recibirá las

órdenes menores y solamente siete años más tarde, a los treinta y cuatro años, será ordenado sacerdote.

Durante todo este tiempo, arrastra los días sin alegría en La Chesnaie, entre los libros y el bosque:
No puedo decir que me aburra, no puedo decir que me divierto, no puedo decir que esté ocioso, no puedo decir trabaje…Mi vida transcurre en una especie de ambiente impreciso en medio de todas estas cosas, con una inclinación muy fuerte a una indolencia del espíritu y del cuerpo, triste, amarga, más fatigosa que cualquier trabajo y sin embargo insuperable''

Una vez, abandonó La Chesnaie, la landa y el bosque para ir a París, pero precisamente para encerrarse en el seminario de la rue du Bac. Allí no permanecerá siquiera un año:



Hughes Félicité Robert de La Mennais. Más tarde, para indicar su paso al Pueblo, hará unir su apellido: Lammenais.

“No tengo ánimo para nada —escribirá—— el siglo es demasiado necio y además una nueva voltereta me parece tan inevitable que creo más prudente hacer mi equipaje que escribir libros”.
De los trabajos hechos en La Chesnaie, sin alegría, han salido los tres volúmenes de la TRADITION DE L’EGLISE SUR L’INSTITUTION DES EVEQUES (TRADICIÓN DE LA IGLESIA SOBRE LA INSTITUCIÓN DE LOS OBISPOS) y las REFLEXIONS SUR LA SITUATION DE L’EGLISE EN FRANCE PENDANT
LE XIII SIÉCLE ET SUR SA SITUATION ACTUELLE (reflexiones sobre la situación de la iglesia en Francia durante el siglo XIII y su situación actual).

Estos libros no se venden bien y Lamennais anota melancólicamente: “no hay más que una opinión sobre la TRADICIÓN, todo el mundo la alaba pero nadie la compra”.
Aparte de sus serios estudios, madurados en la soledad de La Chesnaie, Lamennais se había comprometido con un memorial contra la Universidad imperial. Al regreso de Napoleón de la isla de Elba tuvo miedo y marchó a Inglaterra. Allí, para subsistir, dio clases en un pensionado y conoció a un viejo sacerdote emigrado, el Padre Carron, con el cual volvió a Francia al día siguiente de Waterloo. Se instaló en las Feuillantines, residencia del querido padre que había conseguido una enorme influencia sobre él, y después en el seminario de Saint-Sulpice.

El 23 de marzo de 1816, Félicité de La Mennais era ordenado sacerdote. Obedeció al padre Carron, pero pone interés en subrayar que su entrada en las órdenes no ha sido más que un acto de obediencia:
“Decidiéndome, o más bien dejándome decidir por el partido que se me ha aconsejado tome, ciertamente no sigo ni mi voluntad, ni mi inclinación.., creo, por el contrario, que nada en el mundo sería más opuesto a ello”.

Tres meses después de su ordenación confía a su hermano el sacerdote Jean Marie:

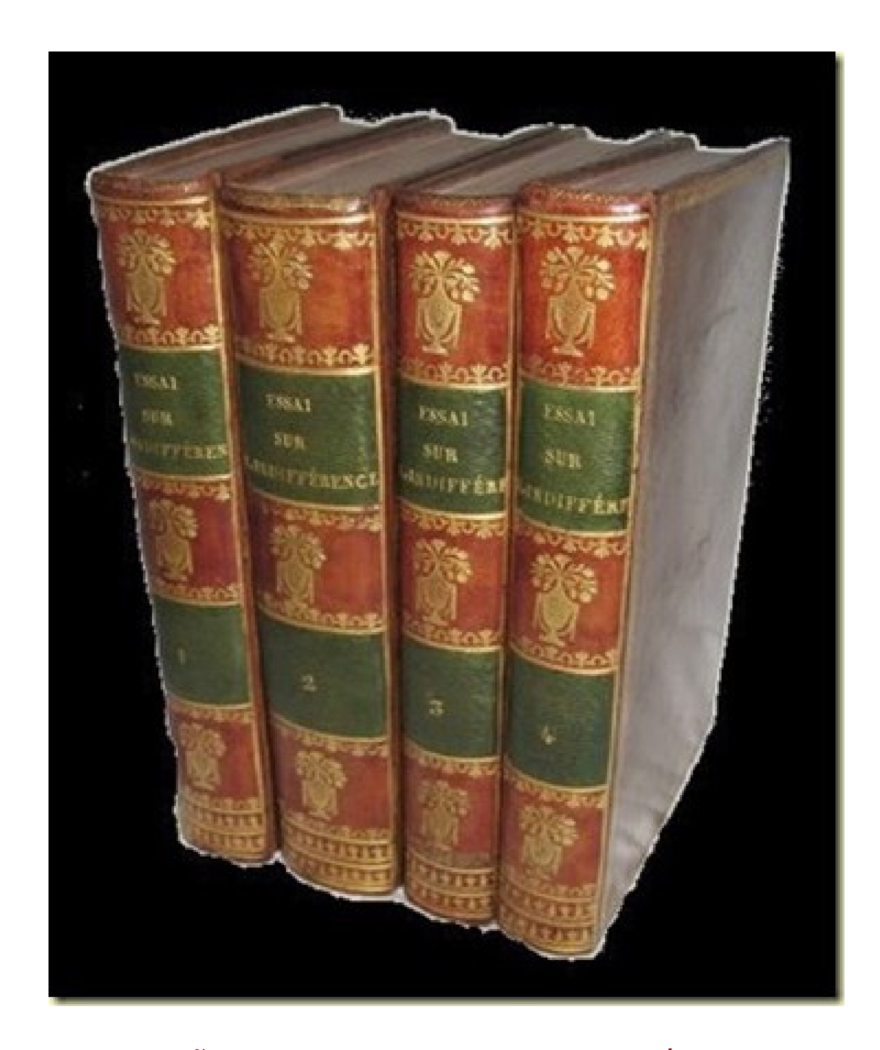
“Desde ahora no soy y no puedo ser sino extraordinariamente desgraciado... No aspiro más que al olvido en todos los sentidos y ¡quiera Dios que pueda olvidarme de mí mismo!... Todo lo que me queda por hacer es arreglarme lo mejor que pueda y, si es posible, adormecerme al pie del poste donde han remachado mi cadena”.

Sacerdote a pesar suyo, La Mennais en esta época de su vida es “un clericucho enclenque, desdichado, desmedrado, ceñudo”. Tiene una larga nariz, la frente surcada de arrugas, los ojos son hermosos pero atormentados. Lleva la cabeza inclinada, habla “frotando suavemente sus manos juntas una contra otra”. Es de pequeña estatura, parece que es “el sacristán de la parroquia”.

Tal es el autor de L’Essai sur l’Indifference en matière de religion (Ensayo sobre la indiferencia en materia religiosa), la “pesada cimentación teológica” que será el acontecimiento literario de la Restauración.

M. Mourre dirá bromeando: “se izó al autor entre Pascal y Bossuet”, M. de Chateaubriand prometió la inmortalidad; Ampère recomendó a sus amigos que leyeran este libro, “ese libro que reanimaría a un muerto” según la opinión de M. de Frayssinous; Lamartine juzgó que estaba “pensado como Maistre, escrito como Rousseau” y Maistre mismo saludaba a este “trueno bajo un cielo de plomo”. En fin, Hugo tuvo una frase insólita, pero la más justa de todas: “un libro con un porvenir temible”. –

Hoy sabemos que L’Essai no había sido escrito con alegría:
“Apenas avanzo en mi obra, me aburre —escribía La Mennais en 1816—. Escribir es para mí un suplicio. Detesto París, detesto todo. Esta vida es para mí un infierno. He desperdiciado la ocasión de vivir según mi carácter y mi gusto. Esto no tiene remedio”.



El mismo año en que aparece L’Essai escribe lúgubremente:

“Para qué sirven los libros? No conozco más que un libro alegre, consolador y que siempre se ve con placer, es un registro de defunciones. Todo lo demás es vano, no va a lo esencial”,
¿Cuál era el tema de este libro “con un porvenir temible” escrito con tedio, por ese “enclenque clericucho” bretón que parecía un sacristán?

La Mennais descubriría en las tradiciones de los pueblos antiguos la idea de lo que debía un día constituir el cristianismo. Este aparecía como un vestigio persistente de la Revelación primitiva.

"Los cristianos —escribía La Mennais— creen todo lo que creía el género humano antes de Jesucristo, y el género humano creía todo lo que creen los cristianos; puesto que las verdades de la religión se encadenan una a otra y se suponen mutuamente, estaban todas encerradas en la primera revelación, como las verdades que Dios reserva a los elegidos están encerradas en aquellas que aquí abajo son objeto de su fe".

Con tal perspectiva, el cristianismo corre el riesgo de no presentarse más que como un momento de la Revelación en marcha a través de los tiempos. El sincretismo es el resultado fatal de esta visión: una religión única, universal, futura, reconciliando todas las culturas y en la historia de la cual la venida de Cristo es sólo un episodio.

Para La Mennais, las otras religiones son un esbozo del CRISTIANISMO ESENCIAL.

Si el primer tomo del Essai (Ensayo) había logrado un éxito fulgurante, tomándose tiempo para reflexionar, la brillantez del estilo no bastó para ocultar, sobre todo en los tomos siguientes, las aventuradas perspectivas del joven teólogo. Se hizo notar la hostilidad del clero y La Mennais mismo lo constata: "el clero está muy indignado contra mi libro".

La venta descendió y, en 1822, confiesa: "hace diez meses que no he visto un céntimo de mis libros, esto me fastidia bastante".

Va a ser necesario dejar París y volver a La Chesnaie bajo los grandes árboles.

Sacerdote sin vocación, teólogo sin prestigio, no por eso La Mennais da menos que hablar. Es de esos personajes que se hacen notar, no por las luces que aportan, sino por la inquietud que siembran.

Irritado, irritante, ha echado la culpa a todo el mundo. Por lo demás, tiene un mirada perspicaz para las faltas de los otros : esa monarquía que duda "entre Voltaire y San Luis no puede ni terminar con la revolución, ni continuarla por su cuenta y, al comprobar la debilidad del Trono surge en La Mennais la idea de apoyar a la Sociedad sobre el único Altar.

Mientras tanto, colabora en el ultra Conservateur y no está poco orgulloso de ello: "Cuando supieron que estaba en el Conservateur —dice— hablando de los ultras y que consentía en darles mis artículos, se mostraron encantados. Chateaubriand vino a yerme, estuvo muy amable y me dijo que habíamos nacido sobre la misma roca y que habíamos escuchado las mismas olas, etc. . . . ".

Pero, ¿veían las mismas cosas? Barrès refiere que "contemplando una tempestad desde las murallas de Saint-Malo, La Mennais decía: todo el mundo mira lo que yo miro, pero nadie ve lo que yo veo".

Del ilustre Vizconde, La Mennais escribirá desdeñosamente: "su gloria pasará rápidamente. Como ciertos arbustos no se aumentó más que por las hojas". Sin embargo, Chateaubriand se proclamó su discípulo.

En 1824, La Mennais realizó su primer viaje a Roma. Una maravilla. Descubre ese cristianismo italiano que "bajo todas sus formas, en todos los instantes está en

contacto con el pueblo, se adueña de su pensamiento por los sentidos y se convierte, sin que él mismo se dé cuenta, en la parte principal de su existencia".

La acogida que le reserva León XII colma su vanidad. Refiere que el Papa no tiene en su habitación más que dos imágenes: una de la Virgen y otra... de La Mennais; que se le va a hacer cardenal; que León XII le ha ofrecido un apartamento en su palacio; que el Papa le ha recibido. En resumen, "tiene conmigo mil atenciones".

Al final La Mennais no se había alojado en el Vaticano, sino con el teatino Ventura y, en sus conversaciones bajo los claustros de San Andrés della Valle, "los innovadores" se exaltan y edifican "su" Iglesia.

El 30 de agosto de 1824, el cardenal Bernetti escribía al duque de Laval-Montmorency, una carta reveladora de los verdaderos sentimientos que se vivían en Roma hacia el demasiado satisfecho autor de L'Essai sur l'Indifférence (Ensayo sobre la Indiferencia): "Tenemos en Roma al Padre La Mennais y me parece que no hay ninguna relación entre él y su inmensa reputación".

Al cardenal le había impresionado el aspecto físico del Padre: "Tiene en su fisonomía y en su porte algo de raquítico o de turbado que hace daño". Y proseguía así:

"En una de mis últimas audiencias, el Santo Padre me preguntó si había visto al padre La Mennais y lo que pensaba de él. No queriendo aventurarme en ese terreno y habiendo oído decir que el Papa se mostraba bien dispuesto hacia él, di una respuesta dilatoria. Pronto, me quedé asombrado, cuando el Santo Padre con voz tranquila y casi triste me dijo:

"Pues bien, Nos, le habíamos juzgado mejor que ninguno. Cuando Nos le recibimos y conversamos con él, nos sobrecogimos de espanto. Desde ese día, tenemos continuamente ante los ojos su rostro de condenado.

"El Santo Padre me decía esto tan seriamente que no pude evitar una sonrisa. 'Sí, añadió mirándome fijamente, sí, este sacerdote tiene un rostro de condenado. Tiene algo de heresiarca en su frente. Sus amigos de Francia y de Italia desearían para él un capelo cardenalicio. Este hombre está demasiado poseído por el orgullo para no hacer que la Santa Sede se arrepienta de una bondad que sería justicia si no se consideraran más que sus obras actuales; pero estudiadle a fondo; precisad los rasgos de su rostro, y decidme si no hay en ellos una huella visible de la maldición celeste' ".



El cardenal invitó a cenar a La Mennais y no descubrió “nada infernal en aquel hombrecillo enclenque cuya conversación hace tan poco honor a su genio”, y apenas le encontró otro reproche que su manía de comparar las costumbres romanas y las de su país.

“Me atreví —prosigue el cardenal riéndose— a comunicar al Santo Padre mis reflexiones... ‘ Ah!, me respondió, vos también, como Soglia, no veis la mano de Dios’ ”.

La Mennais volvió a París a fines de septiembre de 1824. Se instaló en casa de su hermano, en la calle de Bourbon, en la Gran Capellanía de Francia, pero el príncipe de Croy, Gran Capellán, vio con malos ojos que este sacerdote discutido, querellado con el episcopado, se alojase en un edificio oficial de la Iglesia de Francia y ordenó le hicieran cambiar de alojamiento.

La Mennais tomó su pluma y escribió al príncipe:

“Monseñor, dentro de una hora habré salido del alojamiento que Vos me invitáis a ABANDONAR RÁPIDAMENTE. Hace tres semanas, el Soberano Pontífice roe pedía con insistencia que aceptase un apartamento en el Vaticano. Os doy las gracias por haberme permitido, en tan poco tiempo, apreciar las diferencias de hombres y de países”. La nota era espiritual, pero insolente.

A su vuelta de Roma, tiene un gran sueño; escribe a su hermano: “El mundo espera un gran Papa; en muchos aspectos podría suplir a los grandes reyes”. “La Nación —añade — está entregada a los hombres de dinero, y a poco que se sueñe con algún provecho, vendida acaso a algún judío”. Las monarquías se hunden, parecen no creer ya en su fundamento, viven al día, disputando a la opinión un resto de autoridad que se desmorona, con el respeto que desaparece. Entonces, La Mennais ofrece la Monarquía Universal al Papa.

El Papa se calla. Pues bien, piensa La Mennais, prescindiremos del Papa. Después de todo la Religión no se ha terminado. Reléase L'Essai (El Ensayo). La revelación es una larga evolución. La razón general pertenece al género humano "por encima de Roma, está la autoridad del género humano... el cristianismo no está terminado, le falta una política". Y La Mennais profetiza:

"Tarde o temprano saldrá del caos actual una gran religión, inmutablemente una (. . .) y realizará entre los hombres una más amplia unidad que el pasado no ha conocido jamás".

Esta es la brecha por la cual va a pasar el modernismo. Si la religión no está terminada, no hay límites a la evolución de la Iglesia.

Roma se calla.

La Mennais escribe el 18 de marzo de 1826: "Asombra el silencio de Roma y nadie puede saber en qué se convertiría este asombro si se prolongase".

Y he aquí, que una palabra estalla de la pluma de La Mennais: ¡la LIBERTAD!

"Veinte millones de hombres en Italia, como en España y en Portugal se levantarán de repente al primer grito de ¡LIBERTAD! que saldrá de aquí… el género humano quiere otro estado, ¡no hay otra explicación!".

Ahora La Mennais ha roto completamente con sus amigos monárquicos. Quiere una república francamente declarada. A sus ojos, es la resistencia del Trono la que da un pretexto a la agitación. En el fondo no está lejos de decir a Carlos X: "Marchaos, pues si no habrá que poneros a la puerta y esto creará algún desorden". Esto es ya la teoría de la transición pacífica o no pacífica al nuevo poder sacado del "sentido de la historia". Por lo demás se expresa en los siguientes términos:

"No creáis que se puede parar el movimiento que arrastra a la sociedad, ni adueñarse de su dirección por alguno de los medios que suministra la política. Este movimiento está en los espíritus que preocupados por las nuevas ideas, en parte falsas, en parte verdaderas, avanzan hacia un futuro tan desconocido como inevitable".

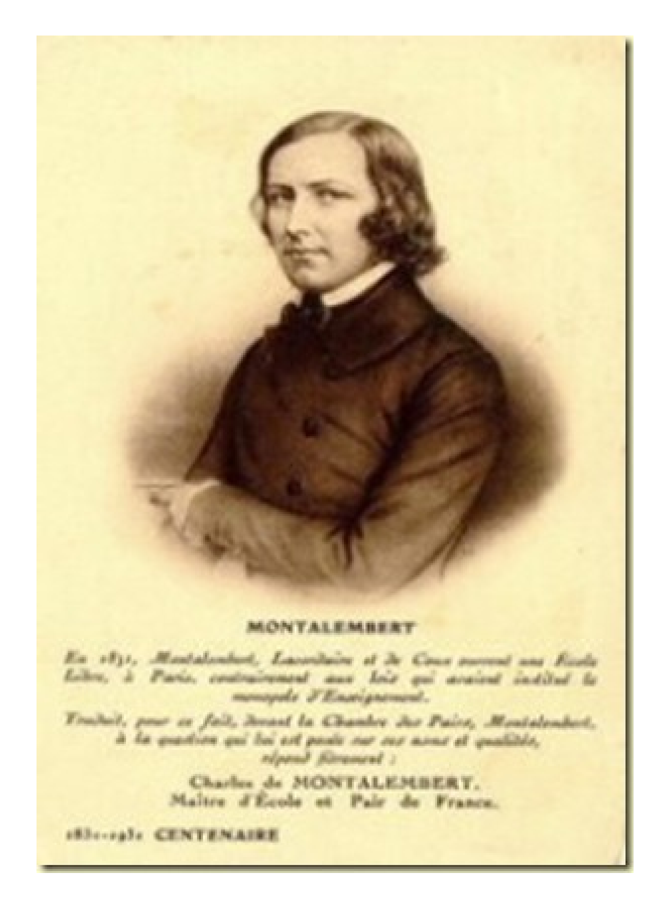
Como todos los liberales del siglo XIX, La Mennais ve que la Verdad avanza apoyada sobre el brazo de la libertad:

"Una inmensa libertad —escribe en 1828— es necesaria para que las verdades que salvarán al mundo, si debe ser salvado, puedan desarrollarse como deben".

El año 1828 es importante en la vida de La Mennais: funda la "Congregación de San Pedro" de la que desea hacer una especie de Compañía de Jesús democrática. En La Chesnaie reúne algunas inteligencias brillantes: Lacordaire, Guéranguer, Gerbert, Salinis, Gousset.

Lo que hay de preocupante en este clan lamenesiano es que organiza dentro de la Iglesia algo así como otra Iglesia.
Puesto que Roma no responde a la llamada de La Mennais, él responderá por Roma. Funda un diario: L'Avenir, instalado el 16 de octubre de 1830 en la calle Jacob, 110 20.

No se ha señalado convenientemente cuanta importancia iba a dar al joven clero el desarrollo de la prensa. Por el solo hecho de imprimir algo, cualquier cura resulta ser una autoridad, frecuentemente más escuchada que la Jerarquía.



Charles Forbes René de Montalembert

La Mennais, Lacordaire y Montalembert son las figuras más destacadas de L'Avenir; "dos sacerdotes sin ministerio y un aristócrata vagabundo". De hecho, unos hombres de ardiente imaginación, salidos de su ambiente y que han cesado de pertenecer a un cuerpo para entregarse a una idea.

"La primera virtud hoy día, enseña Lacordaire, no es la fe ¡sino el amor sincero de la libertad!".

"La libertad —sostiene L'Avenir— tiene su principio indestructible en la ley primera y fundamental, en virtud de la cual la humanidad tiende a desprenderse progresivamente de los vínculos de la infancia a medida que la inteligencia es liberada por el cristianismo creciente, y desarrollándose, los pueblos alcanzan por así decir la edad adulta".

Toda la herejía modernista está contenida en estas pocas líneas que anuncian el evolucionismo de Teilhard de Chardin, el progresismo cristiano de fines del siglo XX y esa idea de una Iglesia en vías de desarrollo, que escapa a la fijeza del dogma y

conduce a los pueblos a ‵‵la edad adulta”. Es el Mito del Progreso, de un progreso ganado por la destrucción del pasado. Es la revolución dentro de la Iglesia, como en 1789 fue la revolución en la sociedad. La nueva legitimidad a la que debe vincularse la Iglesia, igual que la sociedad política, es la Democracia.

“Las prerrogativas con las que los católicos creen investida sobrenaturalmente a la Iglesia —escribe L’Avenir— pertenecen naturalmente a la HUMANIDAD; ELLA ES LA VERDADERA IGLESIA instituida por Dios por el hecho mismo de la Creación y todas sus altas prerrogativas, sus divinos atributos, forman en su conjunto lo que se ha llamado la SOBERANÍA DEL PUEBLO. A él le pertenece el mando supremo, la última decisión SOBRE TODAS LAS COSAS, EL JUICIO INFALIBLE: VOX POPULI, VOX DEI”.

Para La Mennais, el cristianismo tal como lo entiende ahora, va a ser el motor de la Revolución; su desarrollo “suspendido desde hace siglos” va a continuar y va a fundar “el nuevo orden social”.

¡Qué decir de este desarrollo de la Iglesia “suspendida desde hace siglos” y que se habría vuelto a poner en marcha en la calle Jacob n° 20, redacción de L’Avenir!

Desde 1831, el episcopado reacciona contra la nueva doctrina y lanza condenaciones. Los suscriptores de L’Avenir disminuyen; de 3.000 su número ha pasado a 1.500; entonces La Mennais decide dar un gran golpe: irá a Roma para preguntar al Papa: “¿Estáis a favor nuestro o en contra?”.

El 25 de noviembre de 1831, L’Avenir anuncia que dejará de aparecer hasta la respuesta del Papa y La Mennais escribe: “Peregrino de Dios y de la Libertad, partimos para ir, como Israel en otro tiempo, a invocar al Señor en Silo′′.
L’Avenir había durado un año y un mes.

Realmente, “los peregrinos de Dios y de la Libertad” llegaban a Roma en un mal momento: los carbonarios habían aprovechado el interregno del Cónclave, a la muerte de Pío VIII, para proclamar la República romana. Cuando Gregorio XVI tomó la tiara en febrero de 1831, Bolonia, Ferrara y Ravena sublevadas, habían proclamado la prescripción de su dependencia y enarbolado la bandera verde, blanca y roja. La Romaña estaba en abierta rebelión, las ciudades se negaban a pagar el impuesto. Cuando La Mennais, Lacordaire y Montalembert llegan a Roma, el Papa acaba de enviar un cardenal y 5.000 hombres contra los sublevados. No hay pues de qué asombrarse si, quince días después de su llegada, los tres peregrinos de la Libertad no han sido todavía recibidos por el Papa.

Sólo más tarde, por su correspondencia, es cuando se conoce verdaderamente a los hombres. Mientras La Mennais y sus amigos se consumen a la sombra del mudo Vaticano, el ‵‵enclenque clericucho′′ escribe a su amigo Gerbert: “Representaos a este anciano (el Papa) rodeado de hombres que llevan los asuntos y (le los cuales varios no están ni siquiera tonsurados; hombres para quienes la religión les es tan indiferente como lo es a todos los gabinetes de Europa, ambiciosos, codiciosos, avaros, cobardes como un estilete, ciegos e imbéciles como eunucos del Bajo Imperio; este es el gobierno de este país, éstos son los que dirigen todo y los que sacrifican diariamente a la Iglesia a los intereses más miserables, concebidos neciamente, referentes a sus negocios temporales”.

A fines de febrero, el Papa hizo saber a La Mennais y a sus amigos que podían regresar y que sus doctrinas serían examinadas. ¿Cómo se las arregló La Mennais? Lo cierto es que Gregorio XVI, el 13 de marzo de 1832, concedió la audiencia que había sido rechazada. Unicamente no habló de L'Avenir. Habló deladre Jean Marie de La Mennais, el hermano de Félicité, de las obras piadosas de este primogénito del que se sirve como reproche indirecto. A Montalambert le habla de la piedad de su madre. Habla de las campanadas de San Pedro que resuenan en el invierno romano. También habla de arte, hace admirar a La Mennais una reproducción del Moisés de Miguel Angel, le ofrece una toma de rapé, distribuye medallas de San Gregorio, bendice rosarios y despide a los tres "peregrinos de la Libertad". La audiencia ha durado un cuarto de hora.

"Ya no hay Papado, ¡así están las cosas!", decreta La Mennais.

Sin Monarquía, sin Papado, ¿qué queda? Queda el pueblo.

En junio de 1832, La Mennais abandona Roma, "la gran tumba donde sólo se encuentran huesos". Dejó el relato de su marcha:

"Era el mes de julio, hacia el atardecer. Desde las alturas que dominan la cuenca donde serpentea el Tíber, lanzamos una triste y última mirada sobre la Ciudad Eterna. Los rayos del sol poniente inflamaban la cúpula de San Pedro, imagen y reflejo del antiguo esplendor del Papado".

La Mennais no regresa directamente a París. Pasa por Munich donde cuenta con numerosos discípulos. Parece que confía en la decisión final de Roma y hasta escribe tranquilamente a su hermano el padre Jean Marie: "Nuestra misión aquí (en Roma) ya está cumplida. Las personas más destacadas ven como ganada nuestra causa cerca de la Santa Sede".

El 31 de julio, en Venecia, incluso había anunciado su decisión de reanudar la publicación de L'Avenir cuando regresase a París.

El 12 (le agosto había llegado a Munich.

Lo que La Mennais ignoraba, es que tres días antes, Ia Congregación de Cardenales había dado el último toque a la encíclica Mirari Vos.

Es en Munich, el 30 de agosto, en el transcurso de un banquete ofrecido en su honor cuando La Mennais recibió un pliego de la Santa Sede que contenía el texto de la Encíclica. La anécdota refiere que le fue llevado sobre una bandeja de plata. El hotel debía de ser de primera clase.

La encíclica Mirari Vos es un documento de considerable importancia: es la primera condenación hecha en contra de esta herejía difusa a la que se denominará sucesivamente: liberalismo católico, modernismo, sillonismo, democracia-cristiana, progresismo e izquierda cristiana.

Gregorio XVI, cuyo primer acto de su pontificado era éste, anunciaba que se estaba en la hora del poder de las tinieblas:

“Las lecciones y los ejemplos de los maestros pervierten a la juventud —decía el Papa —; los desastres de la religión se acrecientan inmensamente y la inmoralidad más espantosa triunfa y se extiende. Así, una vez que han sido rechazados con desprecio los vínculos sagrados de la religión, los únicos que conservan los reinos y mantienen la fuerza y el vigor de la autoridad, vemos desaparecer el orden público, declinar la soberanía y todo poder legítimo amenazado por una revolución cada vez más cercana”.

Y el Papa acusaba a las sociedades secretas de haber “por así decirlo, vomitado en una especie de sentina, todo lo que hay en su seno de licencioso, de sacrílego y de blasfemo”. Gregorio XVI sabía de qué hablaba. Había tenido en sus manos las Instrucciones de la Alta Venta de los Carbonarios, cuyo texto hará publicar Pío IX algunos años más tarde, en 1860.

“El trabajo que vamos a emprender —escribían los conjurados— no es obra de un día, ni de un mes, ni de un año; puede durar varios años, acaso un siglo (...). Lo que debemos buscar y esperar, como los judíos esperan al Mesías, es un Papa según nuestras necesidades”.

¿Y de qué manera?

“Ante todo se trata de prepararle, a este Papa, una generación digna del reino que soñamos (…). Que el clero camine bajo nuestro estandarte creyendo siempre que camina bajo la bandera de las Llaves Apostólicas (…). Habréis predicado una revolución de tiara y capa pluvial, caminando con la cruz y el estandarte, una revolución que no necesitará más que ser ligeramente estimulada para prender fuego en todos los extremos de la tierra”.

Uno de los jefes de la secta del que únicamente se sabe que era un banquero judío y que viajaba mucho, escribía a sus cómplices: “La revolución en la Iglesia es la revolución continua. . . “.

Tal es la coyuntura histórica en la cual conviene situar la encíclica Mirari Vos.

“El lugar que Nos ocupamos —decía Gregorio XVI— nos advierte que no basta con lamentar estas innumerables desdichas, si Nos no hacemos también todos nuestros esfuerzos para secar sus fuentes”, y él comenzaba por establecer que “toda novedad abre una brecha en la Iglesia Universal”, que “nada de lo que ha sido convenientemente definido admite ni disminución ni cambio, ni adición y rechaza toda alteración del sentido e incluso de las palabras”.

Condenación doctrinal y sin equívoco de todo AGGIORNAMENTO.

“Puesto que, para servirnos de las palabras de los Padres de Trento —proseguía Gregorio XVI— es una verdad que la Iglesia ha sido instruida por Jesucristo y por sus apóstoles y que el Espíritu Santo, por su continua asistencia , jamás deja de enseñarle toda verdad, es el colmo del absurdo y del ultraje hacia ella pretender que una RESTAURACIÓN y que una REGENERACIÓN le sean necesarias para asegurar su existencia y sus progresos, como si pudiese creerse que ella también estuviese sujeta, sea al desfallecimiento, sea a la oscuridad, sea a cualquier otra alteración de este género. ¿Y qué quieren estos innovadores temerarios, si no dar nuevos fundamentos a una institución que ya no sería, precisamente por esto, más que la obra del hombre... volviendo a la Iglesia, que es divina, humana?”.

Tal es la condenación que cae sobre los "innovadores", sobre los de hoy, como sobre los de ayer, pues un error no deja de ser un error.

Gregorio XVI condenaba a continuación a los que —ya entonces— reclamaban el matrimonio de los sacerdotes, la misa en lengua vulgar y la "libertad de conciencia". A propósito de esto, recordaba lo que decía San Agustín: " Qué muerte hay más funesta para las almas que la libertad del error!".

Luego, venía la gran página donde Gregorio XVI se expresaba sobre la libertad de opinión. Página admirable por el estilo y por la profundidad del pensamiento. ¿Pues quién hoy en día se atrevería todavía a ir así hasta el fondo de las cosas? Cuanto más caminamos, más nos tapamos los oídos y más nos vendamos los ojos por miedo a escuchar y ver la verdad. He aquí la página de la que hablo:

"En efecto, viendo quitar así a los hombres todo freno capaz de retenerlos en los senderos de la verdad, arrastrados como ya lo están a su perdición por una natural inclinación al mal, es una realidad que Nos digamos que está abierto el POZO DEL ABISMO, del que San Juan vio ascender una humareda que oscurecía el sol y langostas salidas para la devastación de la tierra. De ahí, en efecto, la poca estabilidad de los espíritus; de ahí, la corrupción siempre creciente de los jóvenes; de ahí, en el pueblo, el desprecio de los derechos sagrados y de las cosas y de las leyes más santas; de ahí, en una palabra, la plaga más funesta que pueda devastar los Estados, puesto que la experiencia nos atestigua y la antigüedad más remota nos enseña que ciudades poderosas en riquezas, en dominación y en gloria, han perecido por este único mal: la libertad sin freno de las opiniones, la licencia de los discursos públicos, la pasión de las novedades."

Y Gregorio XVI mostraba el trabajo de zapa realizado por "una multitud inmensa de libros, de folletos y de otros escritos, pequeños en volumen es verdad, pero enormes en perversidad". Y no se pretenda "que el diluvio de errores que de ahí se desprende está compensado con la abundancia suficiente por la publicación de algún libro impreso para defender, en medio de este montón de iniquidades, la verdad y la religión. Es sin duda un crimen, y un crimen reprobado por cualquier derecho, el cometer con propósito deliberado un mal real y muy grande con la esperanza de que acaso resulte de él algún bien; ¿y qué hombre sensato osará jamás decir que está permitido difundir venenos, tomarlos con avidez bajo pretexto de que existe algún remedio que ha arrancado a veces de la muerte a quienes se han servido de ellos?".

A quienes han caminado demasiado tiempo en las tinieblas, la luz demasiado viva les hiere la vista.

La Encíclica terminaba con una llamada a la obediencia debida a los soberanos; en resumen, La Mennais no había sido nombrado una sola vez y en todas partes se apuntaba a él.

La tarde del 30 de agosto de 1832, La Mennais, aturdido por el golpe que le habían dirigido, declara que sus amigos y él mismo se someten y que L'Avenir no reaparecerá.

A fines de septiembre, La Mennais lleno de deudas, y a quien Guizot ha librado de la prisión y Montalembert ha concedido una renta de doscientos francos por mes, se retira a la Chesnaie.

Lacordaire es el primero que va a romper. Comprendió muy bien que La Mennais no se había sometido realmente. Pues, ¿no había empleado en su declaración esta singular expresión: que sus amigos y él "abandonaban la lid"? Esto no quería decir que La Mennais aceptase la doctrina de Mirari Vos. Sencillamente, constataba que en la Iglesia la defensa de las ideas de L'Avenir ya no era posible; pero, ¿fuera de la Iglesia?



Jean-Baptiste Henri Lacordaire

De noche, después de un esfuerzo supremo, Lacordaire huye de La Chesnaie, dejando una carta de despedida: "… Os dejo, con la convicción de que mi vida en adelante os sería inútil a causa de la diferencia de nuestros pensamientos sobre la Iglesia y la Sociedad".

Desde su regreso de Roma, La Mennais no ha publicado nada, pero mantiene una abundante correspondencia que nos permite reconstituir su estado de ánimo:

"El catolicismo —escribe el 1° de noviembre de 1832— era mi vida, porque era la de la humanidad; quería defenderlo, quería sacarlo del abismo en el que se va hundiendo cada día; nada era más fácil. Los obispos han visto que esto no les convenía. Quedaba Roma, he ido allí y allí he visto la más infame cloaca que jamás haya manchado la mirada humana. La cloaca gigantesca de Tarquino sería demasiado pequeña para dar paso a tantas inmundicias. Allí no hay otro Dios que el interés: allí se vendería a los pueblos, al género humano, allí se vendería a las Tres Personas de la Santísima Trinidad —una tras otra, o todas juntas— por un trozo de tierra o por algunas piastras".

"La carta del Papa, que no tiene ningún carácter dogmático, que no es, a los ojos de todos los que entienden esta clase de cosas, sino un acto de gobierno, bien podía imponerme momentáneamente la inacción, pero no alguna creencia" (15 de noviembre de 1832).

El tono de sus cartas es cada vez más áspero. De Monseñor de Quélen, arzobispo de París, escribe: "Este hombre está afectado de una enfermedad extraordinaria: se levanta por la noche lanzando gritos, hace llamar a su médico, a su confesor, y el mal, según unos, está sólo en su inquietud, otros dicen que en su conciencia". De Mons. de Frayssinous escribe que es ''un obispo cismático'' y que "cuando se haya sacado partido de este hombre se escupirá encima y estará hecho su epitafio''. Además, el cuerpo episcopal todo entero está formado por "lacayos tonsurados". "Son gentes que no quieren andar. ¡Pam! una patada en el... que les empuja cien pasos". Gregorio XVI no es más que "un cobarde e imbécil anciano". Conclusión: "Que el Papa y los obispos se las arreglen como puedan y en lugar de hacernos campeones del catolicismo, dejemos a la Jerarquía y presentémonos simplemente como los hombres de la libertad y de la humanidad".

En la soledad de La Chesnaie, el Maestro enseña todavía a algunos fieles discípulos. Maurice de Guérin, que es uno de ellos, nos ha dejado esta descripción de los días en La Chesnaie en 1832:



Maurice de Guérin

“El gran hombre es bajo, frágil, pálido, de ojos grises, cabeza alargada, nariz gruesa y larga, la frente surcada profundamente de arrugas que descienden por el entrecejo hasta el arranque de la nariz, vestido de gris de los pies a la cabeza, corriendo por la habitación hasta cansar nuestras jóvenes piernas, y cuando salimos a pasear, va siempre en cabeza, tocado con un mal sombrero de paja.

“Nos levantamos a las cinco, después viene la oración, la meditación espiritual. Cenamos a las ocho. A las diez, todo el mundo está en la cama. La Mennais cena un caldo de patatas y una taza de chocolate, pero cuando hay forasteros, ‘la cena es mucho mejor, con café y licores’ y después Félicité narra su ‘campaña de Italia’, como él llama a su último viaje a Roma.

“Después de cenar pasamos al salón. El (La Mennais) se echa en un inmenso sofá, viejo mueble de raído terciopelo carmesí, que se encuentra colocado precisamente bajo el retrato de su abuela; en él se observan algunos rasgos del nieto y parece

mirarle con complacencia. Es la hora de la charla Entonces, si entraseis en el salón veríais allí, en un rincón, una pequeña cabeza, nada más que la cabeza, el resto del cuerpo desaparece en el sofá, con ojos brillantes como carbunclos y girando sin cesar sobre su cuello, oiríais una voz, a veces grave, a veces burlona y de vez en cuando agudas y largas carcajadas: es nuestro hombre.

"El 5 de abril de 1833, por última vez, La Mennaís reunió a sus amigos. Era el día de Pascua, la puerta de la capilla se abrió, una pequeña sombra avanzaba hacia la pila del agua bendita y alguien se arrojaba de rodillas sobre el crujiente suelo, con una especie de anonadamiento. Después, todo volvía a quedar en silencio e inmóvil. F. de La Mennais rezaba ante el altar".

La homilía que va a pronunciar ese día está sacada de San Mateo: "Y vosotros también os escandalizaréis por mi causa, porque escrito está: heriré al pastor y se dispersará el rebaño".

Y el grito de La Mennais es la escena romántica:

"—Ya no hay razón para estar con vosotros. Yo sería para vosotros sujeto de escándalo, os desviaría, a pesar mío y para vuestra desgracia, del camino que os he trazado. El pastor ha sido herido de ceguera, ¿cómo podría conducir su rebaño? Dispersaos, amigos míos, mis bienamados hijos, mis ojos se cierran y mis caminos se vuelven oscuros, permaneced en la luz que os he dado y dejad que los muertos entierren a los muertos".

Y La Mennais cae desvanecido contra el altar.

Cuando se leen las cartas que La Mennais escribía entonces, se comprende que interiormente ya había abandonado la Iglesia —si alguna vez estuvo en ella.

"Ha llegado el tiempo de decirlo todo", anuncia y profetiza:
"Dentro de pocos años, la Iglesia, liberada por acontecimientos extraordinarios se regenerará y hasta ese momento no debe esperarse nada. Las cosas se preparan para una reforma inmensa.
"Las viejas Jerarquías, tanto políticas como eclesiásticas, desaparecerán juntas…"
"¿Qué será la nueva Iglesia?".
"Lo ignoro ——responde La Mennais —. No se sabía más cuando la Sinagoga expiró, o, mejor dicho, cuando sufrió la transformación profetizada'.

La Mennais parece tener razón cuando predice que se verá una nueva Iglesia. En efecto, estamos en ello, pero la "reforma inmensa" no es más que el resultado de un complot. Algunos hombres lo han concebido y proseguido durante años. Que otros hombres lo desenmascaren y arrojen toda la luz sobre sus intrigas subterráneas, su objetivo verdadero, y entonces, la historia dará la vuelta inmediatamente. Hay reacción. Se vio bajo San Pío X.

Por lo demás, La Mennais no está todavía tan seguro del futuro. Desearía ganar tiempo, no romper inmediatamente con Roma, esperar que los progresos de la Revolución lleven a Roma a un arreglo. Asegura su sumisión a los actos de la Santa Sede y proclama su resolución "de permanecer en el futuro, en sus escritos y en sus actos, totalmente apartado de las cosas que se refieren a la Iglesia".

¡Pobre astucia del diablo! La Mennais olvida que es sacerdote y que anunciar que, en adelante, ya no hablará de las cosas que se refieren a la Iglesia, es abandonar de hecho su ministerio.

El 4 de noviembre de 1833, el obispo de Rennes le retira sus poderes sacerdotales. El 11 de diciembre, La Mennais, acorralado, firma el texto siguiente:
"Yo, el que suscribe, declaro en los mismos términos de la fórmula contenida en el breve del Soberano Pontífice Gregorio XVI de fecha 5 de octubre de 1833, seguir única y absolutamente la doctrina expuesta en la encíclica del mismo Papa y me comprometo a no escribir nada, ni a aprobar nada que no esté conforme con ella".
—He firmado, he firmado —dirá a sus amigos— ¡habría firmado que la luna había caído en China!
Tres meses más tarde reanuda la guerra contra la Jerarquía que, dice, se ha puesto "fuera de lugar". "Se trata de una transformación análoga a la que aconteció hace dieciocho siglos. . ."

La Mennais está por excomulgar al Papa y a los obispos y anuncia un nuevo Mesías: el Pueblo.

Félicité de La Mennais ya no es en 1834 más que "un secularizado con un nombre ridículo que parece una burla del destino". Acaba de publicar el manifiesto de la democracia cristiana: Las paroles d'un Croyant (Palabras de un Creyente) y, para indicar su "paso al pueblo", en adelante firmará: Lamennais en una sola palabra, sin partícula, como esos nobles del tiempo de la Revolución aliados al nuevo régimen.

Las paroles d'un Croyant (Palabras de un Creyente) están dedicadas al Pueblo:
"Este libro ha sido hecho especialmente para vosotros. Es a vosotros a quienes lo ofrezco. ¡Ojalá pueda, en medio de tantos males que son vuestra herencia, de tantos dolores que os aquejan sin ningún reposo, animaros y consolaros un poco! Vosotros que lleváis el peso del día, querría que pudiese ser para vuestra pobre alma cansada lo que es al mediodía, en un rincón del campo, la sombra de un árbol, por raquítico que sea, para el que ha trabajado toda la mañana bajo los ardientes rayos del sol".

Lamennais se dedica a explicar que no hay incompatibilidad entre el Evangelio y la Libertad, que ésta solamente existe entre la religión tal como Roma la enseña y las aspiraciones del pueblo.

El libro es rico en imágenes de sombrío lirismo romántico, tal como la escena del banquete de los reyes bebiendo sangre en cráneos y confesando sus más secretos pensamientos: uno quiere abolir la religión porque ha abolido la esclavitud; otro propone ahogar la ciencia y el pensamiento, causas del despertar del pueblo; un tercero dice que hay que embrutecer al pueblo por la relajación de costumbres para que no note su miseria; el cuarto dice que hay que reinar por el terror y lo suplicios, pero el último, más agudo, explica que basta con ganar a los sacerdotes, porque con ellos se será dueño de todo.

Pero el Pueblo no puede nada si no está organizado:
"Cuando un árbol está solo, es golpeado por el viento y despojado de sus hojas, y sus ramas, en lugar de elevarse, se inclinan como si buscasen la tierra. "Cuando una planta está sola, no encontrando defensa alguna contra el ardor del sol, languidece, se seca y muere.

“Cuando el hombre está solo, el viento del poder le indina hacia la tierra y el ardor de la codicia de los grandes de este mundo absorbe la savia que le nutre. “Así pues, no seáis como la planta y el árbol que están solos, sino uníos unos a otros y apoyaos, y resguardaos mutuamente.

“Dios no os hizo para ser el rebaño de unos cuantos hombres. Os hizo para vivir libremente en sociedad como hermanos.

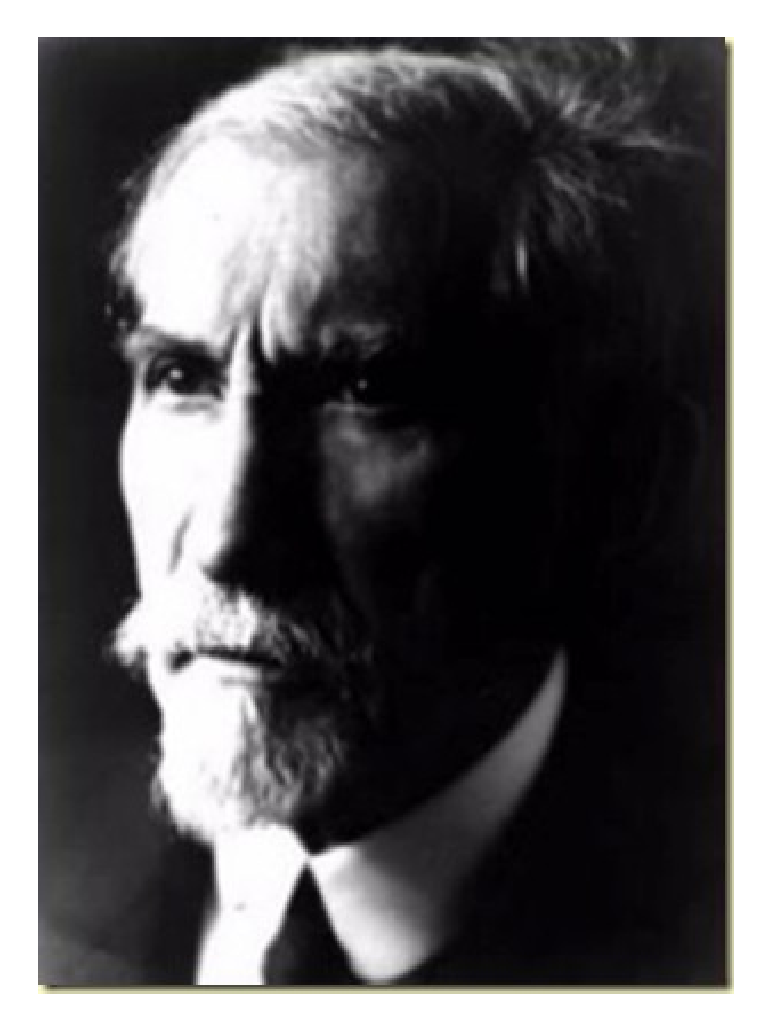
“Sed hombres: nadie es suficientemente poderoso para unciros al yugo a pesar vuestro; pero podéis pasar la cabeza por el collarón, si lo deseáis”.

Gregorio XVI ha visto el peligro de esta herejía de los tiempos modernos que sustituye la Revolución social a la revolución espiritual. El 25 de junio de 1834, condena Les paroles d’un Croyant (Palabras de un Creyente), “ese libro pequeño de dimensiones, pero inmenso de perversidad, en el que por un abuso impío de la palabra de Dios, los pueblos son criminalmente empujados a romper los vínculos de todo orden público, a derrocar a esta y a aquella autoridad, a excitar, a alimentar, extender y fortificar las sediciones en los imperios, los disturbios y las rebeliones, libro que encierra, por consiguiente, proposiciones respectivamente falsas, calumniosas, temerarias, que conducen a la anarquía, contrarias a la palabra de Dios, impías, escandalosas, erróneas, ya condenadas por la Iglesia especialmente en los Husitas, los Valdenses, los Wiclefitas y otros herejes de esta especie”.

No es lo menos interesante de esta encíclica (Singulari Vos) el subrayar la filiación de la herejía lamenesiana. Lamennais no aparece como un “innovador” sino a los ojos de los ignorantes; su doctrina no es nueva, no es más que una mezcla romántica de los postulados de los husitas, valdenses y otros herejes de los tiempos pasados.

Ocho ediciones en menos de un año, más de cien mil ejemplares vendidos, el consejo de ministros proyecta las medidas que debe tomar contra los posibles efectos de tal llamada a la rebeldía: Les Paroles d’un Croyant (Palabras de un Creyente) tuvieron un éxito enorme que pronto decayó.

Sin embargo, este librito continuó inquietando los espíritus largo tiempo. Charles Maurras refiere como, en el Liceo de Aix, leyó estas fogosas páginas y el efecto fulminante que le produjeron: “El mundo se me apareció dividido en opresores y oprimidos, explotados y explotadores; todos los ricos, perversos; los pobres, divinamente buenos; cada uno de los signos del poder o de la riqueza se correspondía con algún cuerno de la Bestia, toda rebelión justificada y colmada de bendiciones; esta noción de espartaquismo, alimentada de sentimientos piadosos y de una noción exaltada de la justicia divina y de humanidad indomable, no permitía en absoluto más que un tipo de régimen: la teocracia revolucionaria. Me hice pues republicano teócrata sin pensar en las consecuencias: comunidad de bienes, igualdad absoluta de padres e hijos, de maestros y discípulos…”



Charles Maurras, escritor francés y fundador de l'Action Française

Así pues, Maurras fue cierto tiempo demócrata cristiano, republicano teócrata, como dice más exactamente, porque hay en Lamennais un fondo de autoritarismo clerical mal encubierto por la demagogia de la prosa.

A fines de marzo de 1834, retirado en La Chesnaie, aún embrolla el alcance de la encíclica de Gregorio XVI. No es más, dice, que "la opinión personal de Mauro Capellari".

Su orgullo alcanza tales alturas que a veces uno se sentiría tentado a hablar de locura. El anota en sus Cuadernos, con fecha del trece de julio: "Dicen que estoy solo. Cuando Cristo murió en la cruz, también estaba solo".

¿Blasfemia? Seguro, pero no existe certeza de que Lamennais tenga conciencia de ello.

"Quise comenzar una vida totalmente nueva", escribe en enero de 1834. Esta vida nueva tiene algo de espantoso. Lacordaire lo narrará más tarde:
"En los últimos tiempos en que le vi, cuando su alma estaba turbada por la decadencia de su partido y el abandono en que Roma le había dejado, yo le sorprendía en actitudes sombrías y espantosas, me recordaba a Saúl.

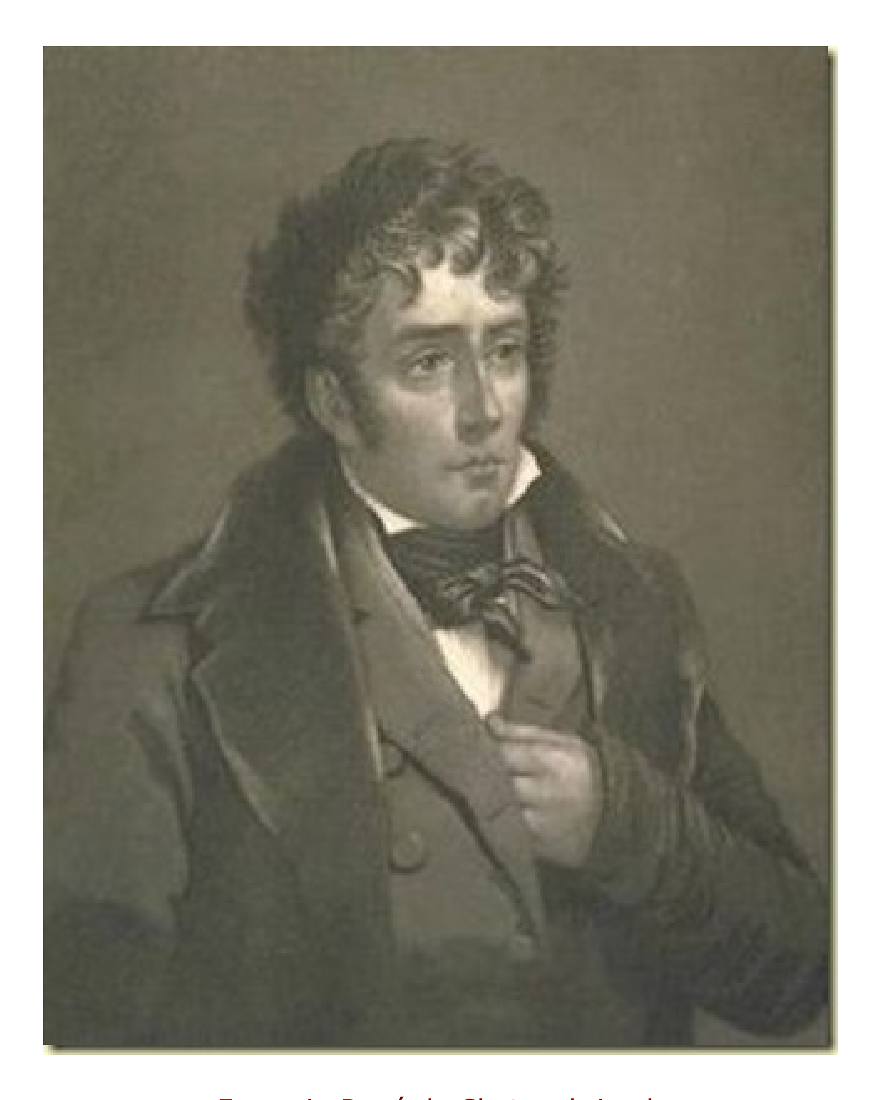
Tanto por su carácter como por su espíritu, sólo podía detenerse cuando ya no quedaba nada por destruir".

Después de Les paroles d'un Croyant (Las palabras de un Creyente) Lamennais se hunde en su error, buscando mediante libros cada vez más violentos, sublevar al pueblo predicando una "nueva sociedad". Además, esto está de moda. En el gran vacío dejado por la desaparición de la Legitimidad y la perturbación de la Iglesia, cada cual aportaba su sistema.

En los Affaires de Rome (Asuntos de Roma), que publica en 1837 y donde cuenta a su manera el viaje de los "peregrinos de Dios y de la Libertad" en 1832, también anuncia SU IGLESIA.

"Si los hombres acuciados por la imperiosa necesidad de reanudar, por así decir, su trato con Dios, de rellenar el vacío inmenso que la religión ha dejado en ellos al retirarse, se vuelven a hacer cristianos, que no se piense que el cristianismo al que se vuelven a vincular puede ser jamás el que se les presenta bajo el nombre de catolicismo. Hemos explicado el porqué, mostrando un futuro inevitable y ya cerca de nosotros, en el cual el cristianismo será concebido y el Evangelio interpretado de una manera por los pueblos, de otra manera por Roma; de un lado el pontificado, del otro la raza humana, esto lo dice todo".

Esta idea de un cristianismo interpretado directamente por el pueblo, evolutivo, político, ganó a mediados del siglo XIX muchas mentes. Generalmente se ignora que Chateaubriand fue al fin de su vida un discípulo de Lamennais.



François-René de Chateaubriand.

La inteligencia humana, piensa el ilustre Vizconde, se adentra cada vez más en el cristianismo con los siglos, "hace un inventario, lo deletrea, descubriendo hoy en él lo que no veía la víspera y que sin embargo estaba allí. La formulación es la que cambia y se precisa y se agranda a medida que el espíritu prosigue su obra explicativa. Y esta aparente "transformación" del cristianismo "encierra la transformación universal". "La libertad (…) entregará a las naciones este Nuevo Testamento escrito en su favor y hasta ahora trabado en sus cláusulas". "Todavía no se ha cumplido más que una muy pequeña parte de la misión evangélica". "Lejos de estar a su término, LA RELIGIÓN DEL LIBERTADOR ENTRA APENAS EN SU TERCER PERÍODO, EL PERÍODO POLÍTICO: LIBERTAD, IGUALDAD, FRATERNIDAD".



Le château de Combourg, Bretaña; hogar del Vizconde Chateaubriand

Chateaubriand no tuvo el ánimo taciturno de Lamennais, pero sabemos, por una carta de este último, que compartía su herejía. El 11 de febrero de 1846 Lamennais escribe a Marlon:
"Jesucristo (…) no solamente no ha ligado la ley que anunciaba a ninguna concepción dogmática, sino que ha querido, muy expresamente, que no lo fuese (...) yo hablaba de ello últimamente con Chateaubriand, quien me respondió: —Está claro como el día".

Espigando en los escritos de Chateaubriand, se hacen singulares descubrimientos: le vemos opinar que "los ornamentos del altar deben cambiar según los siglos", considerar al cristianismo como "la verdad religiosa", pero "no como Bossuet, haciendo del dogma un círculo inflexible, sino un círculo que se extiende a medida que las luces de la libertad se desarrollan".

Y es Chateaubriand quien escribirá un día a Lamennais:

"Desearía veros Papa".

¡Qué amable de su parte no pretender el puesto para él!

Tanto más cuanto que Lamennais, mala lengua, dirá del Vizconde: "no conozco hombre más curioso, él solo es toda una comedia".

Lo que sí es cierto, es que el último acto de la comedia fue progresista. Chateaubriand no ha hablado de ‛sentido de la historia", pero ya se encuentra en su pluma esta "fuerza de las cosas", que otro imitando su estilo traducirá por la pesada frase: "siendo

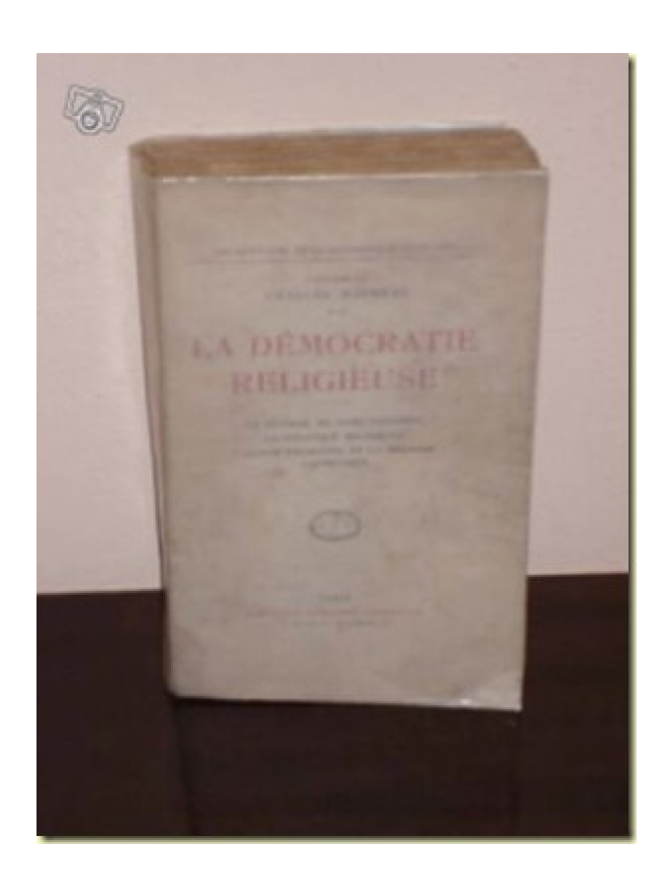
las cosas lo que son”.
“¿Queréis —escribe Chateaubriand— que la idea cristiana no sea la idea humana en progresión? Consiento en ello”.

Volvemos a encontrar aquí los grandes temas del MODERNISMO. No son pues ni nuevos, ni tan originales como querrían hacérnoslo creer. Tienen una edad de un siglo. Esto es molesto para los INNOVADORES.

¿No sería mejor confesar que el error no tiene edad y no hace sino disfrazarse de siglo en siglo, con nuevas palabras? Es verdad que entonces ya no bastaría proclamarse MODERNO, haría falta justificar SU VERDAD. Esto sería mucho más difícil.

Esta “nueva Iglesia” con la que sueñan Lamennais y Chateaubriand, ya no es “romana”, suprime la tiara, no tiene ninguna justificación, sencillamente ha nacido del tintero de F. de Lamennais y de M. de Chateaubriand, dos bretones románticos que escribían bien.

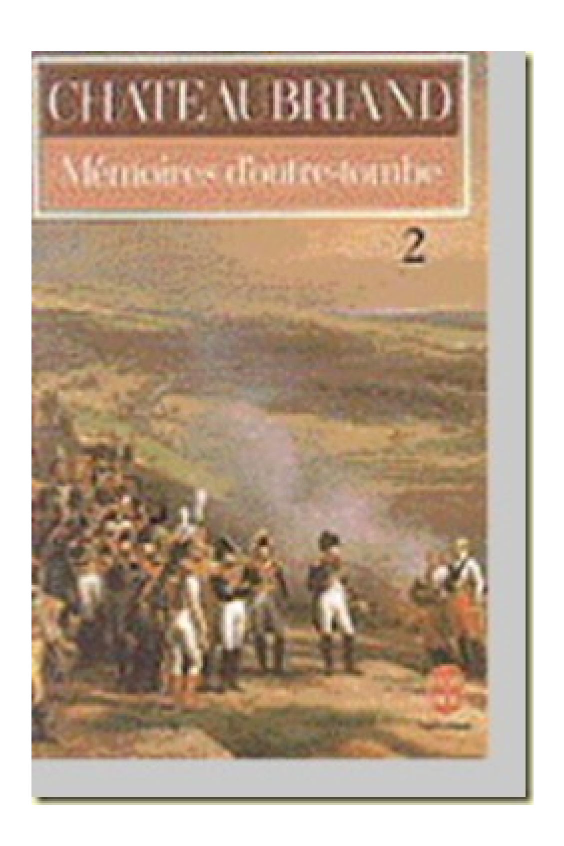
La crítica más pertinente que se haya hecho de este cristianismo democrático, es la de Charles Maurras en la Democratie religieuse (Democracia religiosa): “Suprimido lo ‘romano’ —decía— y con lo romano abatidas la unidad y la fuerza de la Tradición, los monumentos escritos de la fe católica obtendrán necesariamente toda la parte de la influencia religiosa arrebatada a Roma. Se leerá directamente en los textos, se leerá sobre todo en ellos la letra, esa letra que es judía, actuará, si Roma no lo explica, al estilo judío.



“Alejándose de Roma, nuestros clérigos evolucionaron cada vez más, como evolucionaron los clérigos de Inglaterra, de Alemania y de Suiza, incluso de Rusia y de Grecia. Convertidos de sacerdotes en “pastores” y en “ministros del Evangelio”, se volverán progresivamente al rabinismo y os harán virar poco a poco hacia Jerusalén... Apartada de la Sede romana, en ausencia de las tradiciones y de las interpretaciones de la Iglesia, la letra hebraica de las Escrituras, los comentarios de los rabinos y su exégesis, en una palabra, el espíritu judío, ganan todo lo que pierde el espíritu del catolicismo”.

Maurras escribía esto en 1906. Desde entonces las cosas han ido muy de prisa. A medida que transcurren los días, después de su ruptura con Roma, Lamennais se desprende de las cuestiones religiosas. Está dedicado totalmante a su nuevo mito: el Pueblo. Para él escribe en 1837, el Livre du Peuple (El libro del Pueblo). Divide la sociedad en dos: de un lado los privilegiados, del otro el Pueblo. El inmenso problema de la Caída, como decía Blanc de Saint-Bonnet, ni siquiera parece presentarse ya al espíritu del exclaustrado. Este hombre que, como sacerdote, habría debido penetrar en el fondo de las conciencias y reconocer en ellas el germen de los males de la Sociedad, se ha vuelto a convertir en el discípulo de Rousseau. Está dispuesto a decir que la sociedad es la que corrompe al hombre y que por lo tanto hay que cambiar la sociedad. No ve que la sociedad está corrompida porque está compuesta de hombres.

En 1838, Lamennais publica la Politique a l’usage du Peuple (La política para uso del Pueblo). Anuncia en ella la República Universal. Hacia 1840, hace el papel de jefe del partido avanzado y publica ese año un violento panfleto contra Luis Felipe: Le Pays et le Gouvernement (El País y el Gobierno) que le costará un año de prisión que cumple en Sainte-Pélagie donde Chateaubriand fue a verle “arriba, en la última habitación, bajo un techo rebajado que se puede tocar con la mano”, lo que nos ha valido una página sobre Lamennais en las Memoires d’Outre-Tombe (Memorias de Ultratumba).



Memorias de Ultratumba

“Fiel que profesa la herejía, el autor de L’Essai sur l’Indifférence (Ensayo sobre la Indiferencia) habla mi lengua con mis ideas. Si después de haber abrazado la enseñanza evangélica popular, se hubiese quedado vinculado al sacerdocio, habría conservado la autoridad que sus cambios han destruido. Los curas, los nuevos miembros del clero (y los más distinguidos entre estos levitas) iban a él; los obispos se hubieran visto comprometidos en su causa si se hubiese adherido a las libertades galicanas, sin dejar de reverenciar al sucesor de San Pedro y defendiendo la unidad.

“En Francia, la juventud hubiera rodeado al misionero en el que encontraba las ideas que ama y los progresos a los que aspira; en Europa, lo disidentes atentos no habrían puesto obstáculos, grandes pueblos católicos, los polacos, los irlandeses los españoles, habrían bendecido al predicador que había surgido. Incluso Roma, habría acabado por darse cuenta que el nuevo evangelista hacía renacer el dominio de la Iglesia y proporcionaba al Pontífice oprimido el medio de resistir a la influencia de lo reyes absolutos. ¡Qué potencia de vida! ¡La inteligencia, la religión, la libertad, representadas en un Sacerdote!

“Dios no lo ha querido: de repente, le faltó la luz a quien era la luz; al ocultarse el guía ha dejado al rebaño en la oscuridad. A mi compatriota, cuya carrera pública está interrumpida, siempre le quedará la superioridad privada y la preeminencia de los dones naturales; yo le emplazo a mi lecho de muerte para airear nuestras grandes discusiones ante esas puertas que sólo se traspasan una vez. Me gustaría que su genio derramase sobre mí la absolución que en otro tiempo su mano tenía derecho de hacer descender sobre mi cabeza. Hemos sido acunados por las mismas olas; que a mi

ardiente fe y a mi admiración sincera les sea permitido esperar que volveré a encontrar aún a mi amigo reconciliado, en la misma orilla de las cosas eternas".

La bella prosa romántica rueda como los guijarros llevados por la ola y reprocha suavemente a Lamennais el haber abandonado la Iglesia, pues hubiera bastado permanecer en ella para deslizar insensiblemente sus Ideas. . . La lección de Chateaubriand no se perderá para los sucesores de Lamennajs. No abandonarán la Iglesia, la mirarán desde el interior, engañando, ocultos como los carbonarios.

El último gran libro de Lamennais apareció en 1841, su título era: Du Passé et de l'Avenir du Peuple (Del Pasado y del Porvenir del Pueblo). En él se encuentra una interesante crítica del comunismo que comenzaba a inquietar al "innovador" ya sobrepasado:

"Habiendo sido abolida toda propiedad privada —escribía— no hay más poseedor de derecho que el Estado. Este modo de posesión, si es voluntario, es el del monje obligado por sus votos tanto a la obediencia como a la pobreza; si no es voluntario, es el del esclavo, donde nada modifica el rigor de su condición. Todos los lazos de la humanidad, las reacciones de simpatía, la entrega mutua, el intercambio de servicios, la libre entrega de sí, todo lo que hace el encanto de la vida y su grandeza, todo, todo ha desaparecido, desaparecido para siempre. De tal manera que todos los medios propuestos por los colectivistas para resolver el problema del futuro del pueblo van a parar a la negación de todas las condiciones indispensables de la existencia, destruyen, ya sea directa, ya sea implícitamente, el deber, el derecho, la familia, y no producirían, si pudiesen ser aplicados a la sociedad en lugar de la libertad en la cual se resume todo progreso real, más que una servidumbre a la que la historia, por mucho que nos remontemos en el pasado no ofrece nada comparable".

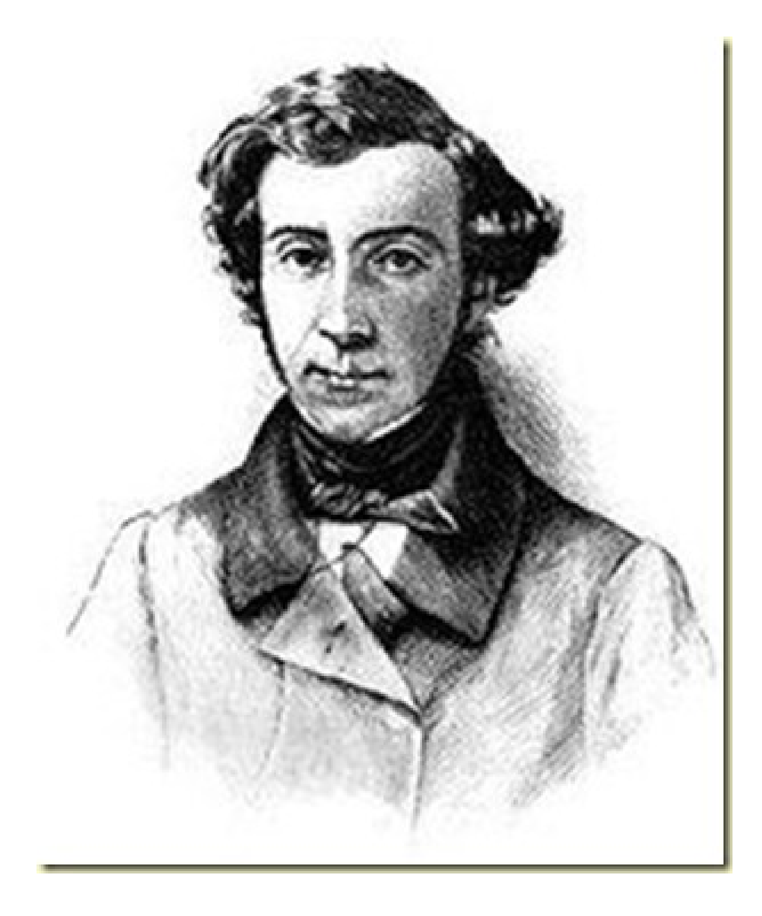
"Nada hay que oponer a esta lógica", decía M. de Chateaubriand. Sí, una cosa; su democratismo, su sumisión a la ley del Número debía arrastrarla a aceptar las peores consecuencias de las pasiones populares, incluso la pérdida de la libertad.

Una vez más, la Revolución de 1848, arrastra a Lamennais a los grandes movimientos populares. Es elegido diputado, se sienta a la izquierda y lanza un diario: Le Peple Constituant. Pero si Lamennais marcha siempre con la revolución, apenas la revuelta ha instaurado un nuevo poder, una insatisfacción perpetua se levanta contra éste. Es lo que también le sucede el 10 de julio de 1848; habiendo restablecido el gobierno la caución para contener la anarquía de la prensa, Lamennais hace salir su periódico enmarcado de negro y anuncia que en adelante dejará de aparecer.

"Le Peuple Constituant —escribía— ha comenzado con la República, termina con la República, pues lo que vemos no es ciertamente la República, ni siquiera algo que se llame de alguna manera".

¿Se da cuenta Lamennais que está en un callejón sin salida? ¿Que se ha equivocado sobre la monarquía, sobre la Iglesia y finalmente sobre la democracia?

Alexis de Tocqueville nos ha dejado un retrato de Lamennais diputado, que permite situar al hombre al final de su vida:



Alexis de Tocqueville

"Hay que considerar sobre todo a los sacerdotes secularizados —escribe Tocqueville— si queremos hacernos una idea exacta del poder indestructible y por así decir infinito, que ejercen el espíritu y las costumbres clericales sobre aquéllos que ya han estado sometidos a ellos. Por más que Lamennais llevase medias blancas, un chaleco amarillo, una corbata de colorines y una levita verde, no por ello dejaba de ser sacerdote por el carácter e incluso por su aspecto. Avanzaba con pasos cortos, apresurados y discretos, sin jamás volver la cabeza ni mirar a nadie, y así se deslizaba entre la multitud con un aspecto torpe y modesto, como si hubiese salido de una sacristía, y junto a esto un orgullo como para andar sobre cabezas de reyes y enfrentarse con Dios".

Después del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, Lamennais se recluye en la soledad, traduce la Divina Comedia y reúne sus pensamientos que aparecerán después de su muerte.
¿De qué vive? Crétineau-Joly refiere un hecho singular:

Lamennais había publicado con su nombre, en otro tiempo, opúsculos ascéticos y mientras sus grandes libros políticos no habían conocido más que un éxito efímero, tuvo asegurado el pan de su vejez por la venta regular de sus obras piadosas, "este pensamiento fue para él un tormento supremo".

Amargado, ya casi no veía a nadie y sólo visitaba todos los días a los animales del Jardín de Plantas.

A comienzos de 1854 enfermó de pleuresía. Sintió llegar la muerte. Entonces tomó sus últimas disposiciones, nombró sus albaceas testamentarios, legó sus obras y sus manuscritos a un antiguo redactor del National. M. Forgues, y pidió a sus últimos amigos: Henry Martin, Carnot, Barbet y algunos otros, que "le pusieran al abrigo de los sacerdotes".

"Quiero ser enterrado en medio de los pobres —había dispuesto— y como lo son los pobres. No se pondrá nada sobre mi tumba ni siquiera una simple losa. Mi cuerpo será llevado directamente al cementerio sin ser expuesto en ninguna iglesia".

El 27 de febrero de 1854, unas horas antes de morir, Lamennais quiso hablar, pero no conseguía articular palabra, "entonces se volvió hacia la pared con un movimiento de impaciencia desalentada".

¿Qué había querido decir?

Sus funerales tuvieron lugar furtivamente el 1º de marzo. Se había adelantado la hora porque la autoridad temía disturbios, seis u ocho personas seguían el coche fúnebre del que la fuerza armada alejaba a la multitud.

"El féretro fue bajado a una de esas largas y horribles zanjas donde se entierra al pueblo. Cuando se le recubrió de tierra, el enterrador preguntó: "HAY QUE PONER UNA CRUZ? M. Barbet respondió: No. F. de Lamennais había dicho: Sobre mi tumba no se pondrá nada".

Un día de 1895, la dirección del Ami du Clergé recibió una carta de un lector que relataba las confidencias hechas por un jesuita, el P. Bazin, a unos seminaristas de Rennes, hacia 1867:

"El P. Bazin (…) predicaba un retiro a los estudiantes del Seminario Mayor de Rennes y en una plática les habló de Lamennais, del cual había sido discípulo. Afirmó que después de la defección de su maestro no abandonó jamás sus relaciones con él y que, hasta su muerte, le veía por lo menos una vez por semana. El P. Bazin durante una conversación le hizo esta pregunta:

'Maestro, ¿recordáis que fuisteis vos quien me empujó a tomar el camino que ahora sigo?; he obedecido vuestros consejos. Hoy ¿qué me diríais?'. —'Has hecho bien', respondió Lamennais. —'Vos, Maestro, ya no estáis en el camino que habíais tomado al comienzo' y Lamennais, entonces, se limitó a bajar la cabeza".

Pero he aquí el hecho más importante que ha referido el P. Bazin: cuando el Maestro llegaba al final de su vida, dijo a su sobrina que fuese a buscar al P. Bazin; la sobrina obedeció y cuando volvió con el sacerdote, la puerta de la habitación estaba cerrada. El P. Bazin no pudo entrar, pero desde la habitación oyó la voz de su maestro que gritaba: "Quiero al P.Bazin…¡Dejad entrar al P.Bazin!" Los miserables guardianes dejaron la puerta cerrada y el Padre no pudo entrar. Pero pudo hablarle desde la antecámara y darle la absolución.

"Esto es lo que el P. Bazin refirió a los seminaristas de Rennes en el año 1867 ó 1868".

***

CAPITULO V - EL CRISTO REPUBLICANO

¡Pasémonos a los bárbaros!
OZANAM

Estoy preocupado por el clero. ¿No habéis visto los discursos de ciertos curas de París que han calificado a Nuestro Señor de DIVINO REPUBLICANO?
MONTALEMBERT (a dom Guéranger)

Un árbol con las raíces podridas — Una página de George Sand — Una anécdota de Sarcey — La Nueva era — Lacordaire y Montalembert — El choque entre dos familias con ingenio — Aprended el catecismo!

A veces una página es suficiente para describir un reinado. Que un escritor de genio capte el rasgo dominante de la época, que lo presente y todo se vuelve luminoso. Sobre el reinado de Luis-Felipe se ha escrito mucho, pero todo está contenido en una página de Louis Veuillot. Ella nos servirá de transición para abordar la Segunda República, la de 1848, la de los curas demócratas y el "Cristo republicano".

Veuillot resumía así el reinado de Luis Felipe:

"En diecisiete años, la disolución social, ya muy avanzada, alcanzó el punto culminante. Algunos la predecían sin poder hacerse escuchar. La realidad sobrepasa todos los temores. Mientras el espíritu burlón y destructivo de Voltaire tronaba en las Tullerías, en las Cámaras, en la Universidad, en los concejos municipales, en los teatros, en los libros, en los folletines, allí donde resonase una voz, allí donde corriera una pluma burguesa, el fanatismo socialista se volvía a encender en el pueblo, animado por individuos, en su mayoría, situados a bajo nivel y apenas conocidos del público y a los que la autoridad no veía como peligrosos. Pensamos que habríamos asombrado a M. Delessart si alguien, hojeando los registros de la policía y poniendo el dedo en ciertos nombres le hubiese dicho: 'Aquí están las personas que van a dominar inmediatamente en París y en Francia'. Y sin embargo esto fue lo que sucedió. Todo el edificio de febrero se hundió como un árbol con las raíces podridas. Ni el hacha ni la tormenta fueron necesarios, bastó con la sacudida del aire producida por los gritos y los movimientos de una revuelta de burgueses. En un día, en algunas horas, la nación que se complacía envaneciéndose de haber aniquilado la religión, la realeza, la aristocracia, había caído totalmente en las manos de algunos demagogos, pontífices de sectas odiosas y torpes, reyes de barricada, caballeros de periódicos, teatros y prisiones"

Se llegaba al período más extravagante de la historia de Francia.

Resulta divertido y un poco triste, releer las viejas gacetas. Pensamos que estas páginas han sido leídas, que el sábado 13 de mayo de 1848 ha habido personas que han leído el artículo de Mme. G. Sand en la Vraie Republique, que han vibrado con sus sueños, que han creído en ellos y que, en cierto modo, nuestros problemas han nacido de sus ilusiones.



Aurore Dupin, baronesa Dudevant, se hace llamar con el seudónimo: George Sand

Sonreímos al leer esta prosa que, sin embargo, tuvo su parte en la desorientación de las mentes. Lo que nos hace sonreír, es el ridículo que se ha hecho notar por el fracaso de las ilusiones; pero nuestro tiempo ¿no se forja otras aún más peligrosas? Existe un progreso en la tontería, incluso es el único que se hace evidente.

"¿Cuáles serán las formas del culto?, se preguntaba George Sand. Y contestaba: serán eternamente libres, eternamente modificables, eternamente progresivas como el genio de la humanidad. Se llamarán fiestas públicas y ya París y Francia han improvisado el boceto. El culto será más o menos hermoso, más o menos saludable según que la humanidad esté más o menos inspirada por los acontecimientos y por las ideas. Si volvemos a la monarquía, recaeremos en pleno catolicismo; si caminamos hacia una verdadera república, tendremos un verdadero culto, artistas inspirados, símbolos magníficos que ya no velarán los pensamientos, las maravillas de la invención y las obras maestras del arte. Pero no llegará la inspiración a los que dispongan las fiestas, mientras la inspiración no llegue a las masas. En la hora en que vivimos, hacen falta fiestas sencillas cuyo lujo no sea un insulto a la miseria del pueblo. En el futuro, las creaciones de genio volverán por derecho a la gran iglesia republicana igual que en otro tiempo volvían de hecho a la rica Iglesia Católica".

El Arzobispo de París veía con inquietud estas ideas sobre las fiestas litúrgicas republicanas y George Sand protestaba:

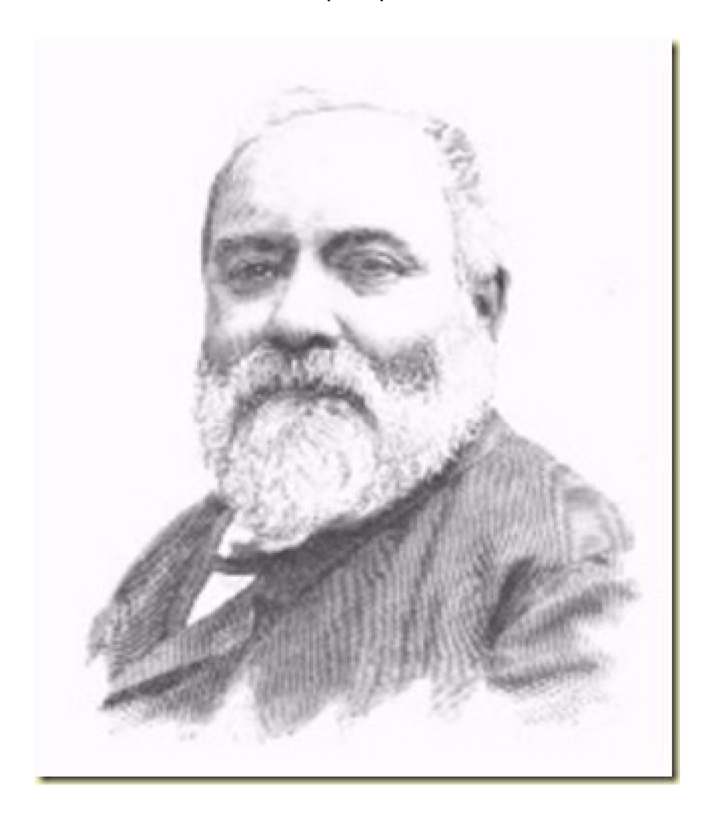
"El sacerdote quiere guardar en el fondo del santuario cuyas llaves posee, la imagen venerada de Jesús, el amigo y el profeta del pueblo. Las imágenes paganas de la Libertad, de la Igualdad y de la Fraternidad mancharían con su contacto la imagen del filósofo que ha santificado y predicado esta triple idea, madre de su doctrina".

El Cristo republicano, reducido al papel de filósofo amigo del pueblo y predicando la trilogía republicana, he aquí la herejía del siglo XIX, la que predicaba Lamennais y aplaudían G. Sand y Chateaubriand. Nuestros 'innovadores" de hoy no son más que los discípulos retrasados de los ideólogos de 1848. Tienen el cabello largo y las ideas cortas.

Las ideas de esta época fueron extravagantes, pero ejercieron una gran influencia

sobre la imaginación.

Sarcey narraba un día en el Temps un recuerdo de su juventud: "Era en 1848, en Uno de esos banquetes tan frecuentes entonces, donde se comía ternera fría y se bebía vino 'noble' para consolidar la República. Aquel banquete había sido organizado por la juventud de las Escuelas. Yo asistí porque a lo veinte años uno es tonto.



Francisque Sarcey

"En los postres dijeron muchas bobadas, se cantaron muchas canciones patrióticas y entre ellas una que tenía de refrán estos Versos miríficos:

"El socialismo tiene dos alas: el estudiante y el obrero. Estoy orgulloso de ser una de esas dos alas del socialismo".



http://en.wikipedia.org/wiki/File:Challemel.jpgPaul-Armand Challemel-Lacour

Entre los oradores figuraba Challemel-Lacour que transportó al auditorio.

"De esta jornada inolvidable me había quedado un recuerdo que aún me hacía latir el corazón después de más de cuarenta años. ¡Qué pena que este trozo de elocuencia no haya sido recogido!".

Sarcey expresó en un artículo este sentimiento de pesar.

Un día de 1898 encontró a Reinach:

"Podría Ud., por favor —me dijo con una sonrisa enigmática—, volver a leer este discurso?". Confió a Sarcey que estaba en su poder por habérselo pedido en otro tiempo al mismo Challemel-Lacourt, quien al dárselo le bahía dicho:

—Es demasiado malo, no lo publique jamás.

Reinach envió una copia a Sarcey quien volvió a leer aquel trozo de elocuencia de 1848.

"¡Ay!, tres veces ¡ay! ¡Qué fárrago de banalidades oratorias! ¡Qué ímpetu en todos los tópicos!

"¡Y esto es lo que habíamos admirado y aplaudido!

Y Sarcey concluye melancólicamente:

"El texto era el mismo; las pasiones que nos animaban y que le comunicaban su brillantez habían desaparecido"

Es bastante curioso ver que el historiador de la democracia cristiana, M. Vaussard, tiene como primer y auténtico precursor de ésta, en el siglo XIX, a Buchez, un carbonario que frecuentaba los medios sansimonianos. Aseguraba haberse convertido al catolicismo, pero reconoce M. Vaussard, que aunque se separa de los pontífices del sansimonismo, Bazard y Enfantin, no deja de permanecer vinculado a varios principios

de la doctrina de Saint Simon.
Buchez había tomado parte en la Revolución de 1830 en las filas de las sociedades secretas. Es un adepto del sufragio universal del que da esta curiosa definición:

"La soberanía del pueblo es católica porque manda a cada uno la obediencia a todos. Es católica porque comprende el pasado, el presente y el futuro, es decir, todas las generaciones. Es católica, porque tiende a hacer de toda la sociedad humana una sola nación sometida a la ley de la igualdad. Es católica, en fin, porque emana directamente de las enseñanzas de la Iglesia".

Después de Lamennais y Buchez, M. Vaussard, da como auténticos precursores del movimiento a los animadores de la Ere Nouvelle.

El 15 de abril de 1848 aparecía una hoja diaria: la Ere Nouvelle, cuyo manifiesto estaba firmado por Lacordaire, el cura Maret, Ozanam, Charles de Coux y otros cinco publicistas o profesores católicos amigos del P. Lacordaire quien asumía la dirección del periódico.



Henri-Dominique Lacordaire

Lacordaire se había colocado a la izquierda en la Asamblea nacional y esto hay que tenerlo en cuenta, porque los innovadores demócrata-cristianos van a hacer valer la idea de que la preocupación por lo social es patrimonio de la izquierda.

La Ere Nouvelle afirmaba que la Iglesia no encontraría su libertad y su protección más que en el marco de la democracia: "Si la Iglesia —podía leerse en el número del 4 de julio de 1848— se ha dado cuenta de que un nuevo poder (la Segunda República) acaba de surgir, es por el profundo respeto que la ha rodeado, por la libertad mayor de la que ha disfrutado".

"— ¡Pasémonos a los bárbaros! —exclama Ozanam—, pero no se bautiza a la

democracia igual que a Clodoveo. Clodoveo es un hombre, la democracia es una idea".

El programa de la Ere Nouvelle aseguraba que los principios de 1789 abrían "la era pública del cristianismo y del Evangelio".

Frédéric Antoine Ozanam, considerado uno de los precursores de la democracia cristiana.

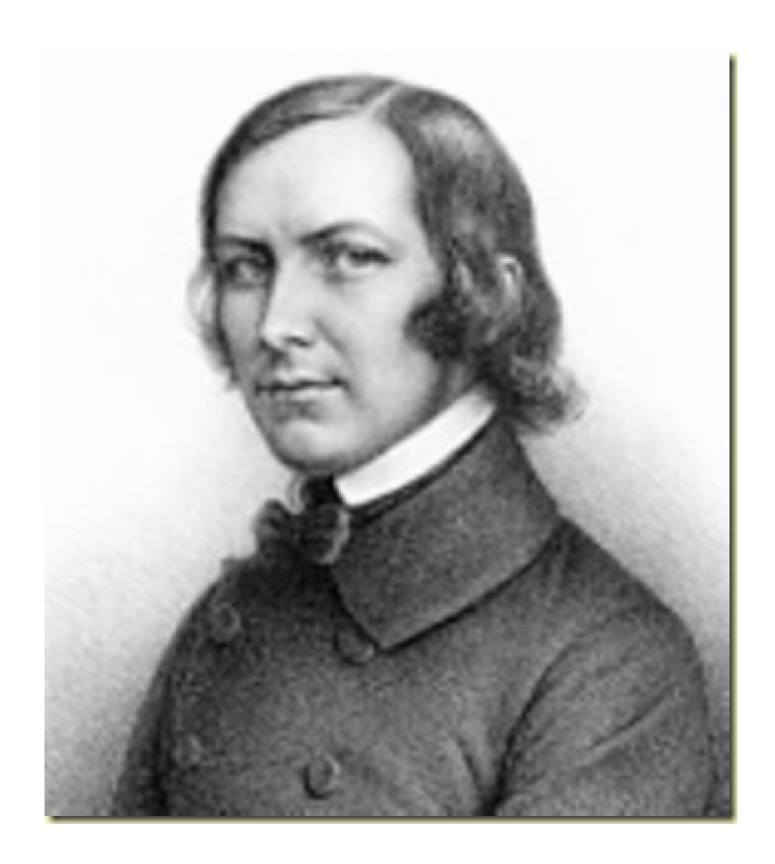
El error fundamental del equipo de este periódico va a ser el de querer confiar la recristianización de la sociedad a la democracia, que lo único que puede hacer es acelerar la corrupción. "Dios —decía Ozanam— no crea pobres: no envía a las criaturas a este mundo azaroso sin proveerlas de dos riquezas que son las primeras de todas, me refiero a la inteligencia y a la voluntad", y concluía diciendo que la sociedad era la que tenía que permitir su desarrollo. Sin duda, pero ¿cómo estos ideólogos han podido llegar a pensar en volver a poner la organización de la sociedad en manos de aquéllos que sin duda más lo necesitan, pero, con toda seguridad, son los menos aptos para establecer esta organización? Este es el error fundamental de los demócratas: niegan la preeminencia de la élite.

Si la sociedad capitalista del siglo XIX se revelaba muy a menudo dura y egoísta, esto indicaba una languidez en la fe y en la caridad cristiana bajo el empuje del liberalismo económico. Añadir a esto el liberalismo político, ¿qué probabilidades tenía de mejorar la situación?

Todo el esfuerzo hubiese debido dirigirse hacia la recristianización de las clases dirigentes. El resto se hubiese dado por añadidura. Debió haberse dicho: Aristocracia cristiana y no Democracia cristiana.

Lacordaire debía estar profundamente turbado por las sangrientas jornadas de junio de 1848. Tampoco podía ignorar la hostilidad del episcopado hacia las "nuevas ideas". Lo mismo que en la noche en que había huido de La Chesnaie, abandonando a Lamennais, va ahora a abandonar al equipo de la Ere Nouvelle. Incluso desea que el periódico deje de salir, como en otros tiempos el Avenir, pero sus amigos se obstinan. Entonces los deja solos. El abate Maret le sustituye en la dirección de la Ere Nouvelle. Lacordaire va a consagrarse a la predicación y a hacer notable la de Notre Dame. De vuelta de sus errores, dirá: "la democracia europea ha roto los lazos del presente con el pasado, ha enterrado los abusos en las raíces, ha construido aquí y allá una libertad precaria, más que renovar el mundo por medio de instituciones, lo ha agitado por acontecimientos y, dueña incontestable del futuro, nos prepara, si por fin no se forma y ordena, la espantosa alternativa de una demagogia sin fondo o de un despotismo sin freno"

Montalembert, el otro compañero de Lamennais, que había abandonado al herético quince años antes, lanza un grito de romántico —pues estos hombres de la Avenir y de la Ere Nouvelle son ante todo románticos—, frente a la triunfante democracia.



Charles Forbes, conde de Montalembert

"Yo la soporto sin negar la sublime ley por la cual Dios se complace en sacar bien del mal, pero sin querer tomar el mal por el bien. No sé si el triunfo de la democracia será durable, o si este torrente devastador no irá a perderse pronto en las aguas estancadas del despotismo. Pero, pase lo que pase, no quiero compartir ni la vergüenza de su derrota, ni la de su victoria. Me quedaré solo, pero DE PIE. El carro de la democracia, del falso progreso, de la tiranía mentirosa e impía, está lanzado. No seré yo quien lo detenga. Pero prefiero, cien veces más, ser aplastado bajo sus ruedas que subir atrás para servir de lacayo, de heraldo, o incluso de bedel a los sofistas, a los retóricos y a los espadones que la dirigen".

Lo que sobre todo inquieta a Montalembert es la manía por las nuevas ideas que ve en el clero. Escribe a Dom Guéranger: "Estoy preocupado por el clero. ¿No habéis oído acaso los discursos de ciertos curas de París que han calificado a Nuestro Señor Jesucristo de DIVINO REPUBLICANO? El espíritu siempre es el mismo, la adoración servil de la fuerza laica y del poder vencedor. Desgraciadamente este espíritu galicano se complica y se envenena por las tendencias demagógicas que han infectado al clero en un grado que no podía sospechar"

La Ere Nouvelle, bajo la dirección del padre Maret se desliza a la izquierda. Se desliza hacia la "Gran Tentación": la traducción temporal del mensaje evangélico. El 20 de octubre de 1848, el cura Maret había escrito a los obispos de Francia para pedirles que apoyasen la posición de la Ere Nouvelle. No le llegó ninguna respuesta favorable. En febrero de 1849, el obispo de Montauban, Monseñor Donay, condenaba incluso el periódico. El sacerdote no tenía más que un protector, el obispo de Troyes, que le nombró vicario general de su diócesis.

Así, desde sus orígenes, el "progresismo cristiano" divide a la Iglesia.

Louis Veuillot dirige una violenta campaña contra los redactores de la Ere Nouvelle, a quienes llama los "liberaloides", violenta campaña aprobada por la inmensa

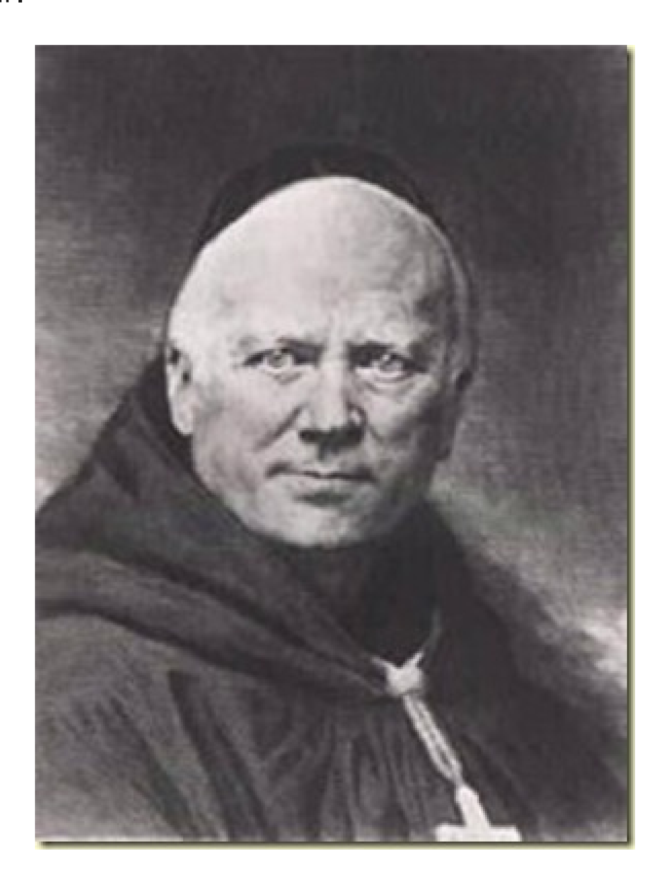
mayoría de los católicos, ya bastante ocupados en luchar contra el liberalismo masónico, como para no encontrar inconveniente y peligroso ver variar sus posiciones por un "liberalismo católico".

La Ere Nouvelle al perder sus abonados y sus lectores fue puesta en venta. Y... ¡fue comprada por un grupo de... legitimistas!

El sacerdote Chantôme recogió los restos de la Ere Nouvelle en su Revue des Réformes et du Progrés, pero sólo saldrán 25 números. El presbítero Chantôme, debido a sus osadías, fue suspendido en la diócesis de París por Monseñor Sibour, aunque éste era tenido por "abierto a las novedades". El se retira a Langres, pero es suspendido de nuevo por el obispo. Insiste, funda el Drapeau du Peuple, "periódico de la democracia y del socialismo cristiano". Publicará seis números y, en diciembre de 1852, seis días después del golpe de Estado de Luis Napoleón, se someterá a Monseñor Sibour.

Un laico, Victor Challand, intenta proseguir la campaña de la Ere Nouvelle en su Revue du Socialisme Chrétien que se hundirá en el séptimo número. Pierre Prodié, diputado de Aveyron, intenta a su vez lo mismo con su revista: la Republique Universelle, pero sólo se sostendrá un año. El caso de Prodié es interesante. Acabará por comprender que la verdadera solución de la cuestión social debe pasar por la restauración de las Corporaciones destruidas por la Revolución de 1789, y se convertirá en discípulo de Le Play ¡e incluso se hará adicto a la monarquía!

Sin embargo un gran número de mentes habían sido contaminadas y los errores renacerían sin cesar.



Dom Prosper Louis Pascal Guéranger

Dom Guéranger resumía así el conflicto fundamental que acababa de instaurarse en el seno de la Iglesia:

“Un ancho surco dividía de ahora en adelante a los católicos en dos grupos; los que tenían como principal preocupación la libertad de la Iglesia y el mantenimiento de sus derechos en una sociedad todavía cristiana, y los que se esforzarían primeramente en determinar qué cantidad de cristianismo podía soportar la sociedad moderna, para después invitar a la Iglesia a reducirse a ella. La media centuria que entonces comenzaba vibró con el choque de estas dos familias espirituales.

Era también así como Veuillot, con su genio sintetizador, resumía la situación:

“Lo que lleva sobre todo a nuestros adversarios a alentar los pasos que aparentemente se hacen hacia ellos, escribía, no es la esperanza de una reconciliación que no es objeto de sus deseos... Saben que nuestras más extravagantes concesiones jamás llegarán a mitad de camino de la meta a la que tienden sus doctrinas. Pero aún así, creen captar en nosotros un oculto desfallecimiento de esta fe que los asombra y los desespera. Si no tienen más que odio, su odio se aviva con nuestras incertidumbres; si tienen alguna quimera, algún absurdo sistema de renovación social, su confianza se acrecienta a medida que la nuestra parece disminuir (...). Basta para agradarles titularse la Ere Nouvelle; o hablar de NUEVAS EXIGENCIAS. ¡Vaya!, ¡nuevas necesidades!, por fin lo confiesan; la humanidad experimenta nuevas necesidades.

“A nuevas exigencias, nuevos dogmas; luego la pretendida revelación cristiana no está completa, la humanidad ha progresado y el cristianismo se ha estacionado, luego el cristianismo no es divino. La democracia da una respuesta a las nuevas necesidades del mundo, luego el verdadero cristianismo es la democracia. Estos son sus razonamientos. ¿Por qué no cortar por lo sano esta dialéctica que pretenden atribuirnos, diciéndoles de una vez, que la nueva necesidad de la humanidad es sencillamente aprender el catecismo y poner en práctica la fe, la esperanza y la caridad?” .

***

CAPITULO VI - EL SIGLO EN EL QUE TODO FUE POSIBLE Y TODO SE COMPROMETIO

Era una época anodina en la que los mejores se dejaban intimidar y desconcertar por los tontos.
LEÓN DAUDET

No creo que ninguna época haya padecido semejante desprecio y semejante incapacidad para la verdad.
LOUIS VEUILLOT

Le Play — El método de observación — La constitución esencial de la humanidad “Todo Se podía prever, menos un Papa liberal’’ — La heroína salvaje — El Syllabus — El Primer Concilio Vaticano — El testimonio del vizconde de Meaux — La bandera blanca — “Se oían venir por los caminos los caballos blancos que traían al rey. . .

Un hombre iba a marcar profundamente la época en el dominio de las ciencias sociales: Frédéric Le Play. Su pensamiento hará nacer la corriente social-cristiana que no cesará de disputar el terreno a la democracia cristiana.



Pierre Guillaume Frédéric Le Play

Frédéric Le Play había nacido en 1806, cerca de Honfleur, de familia modesta. En 1827, entra en la Escuela de Minas en donde va a trabar amistad con un condiscípulo, Jean Raynaud, muy atraído por las ideas sansimonianas, entonces de moda. Sus continuas discusiones no les hacían abandonar sus respectivas ideas. No conseguían convencerse mutuamente. Fue entonces cuando los dos jóvenes tuvieron una idea; irse de viaje y tomar por árbitro de sus juicios las realidades sociales que observasen.

Se ve lo interesante del método. Al comprobar que cualquier solución quedaba bloqueada en sus razonamientos, deciden remitirse a los hechos.

Así es cómo Raynaud y Le Play toman, en 1829, el camino de la Alemania del Norte.

No emprenden su viaje sin un plan bien trazado:

''Teníamos que conseguir, en cada región ——cuenta Le Play, tres metas principales: visitar los establecimientos especiales que para la ingeniería de minas presentasen los modelos a seguir y los escollos a evitar; permanecer en cada establecimiento el tiempo necesario para observar los hechos esenciales y después, redactar las actas que recogiesen el recuerdo de todo ello. Ponerse en íntima relación con gentes y lugares, con el fin de establecer una clara distinción entre los hechos esencialmente locales y los que tienen un carácter de interés general, buscar

solícitamente a las autoridades sociales de cada localidad, observar su forma de actuar, escuchar con respeto los juicios que emitiesen sobre los hombres y sobre las cosas”.

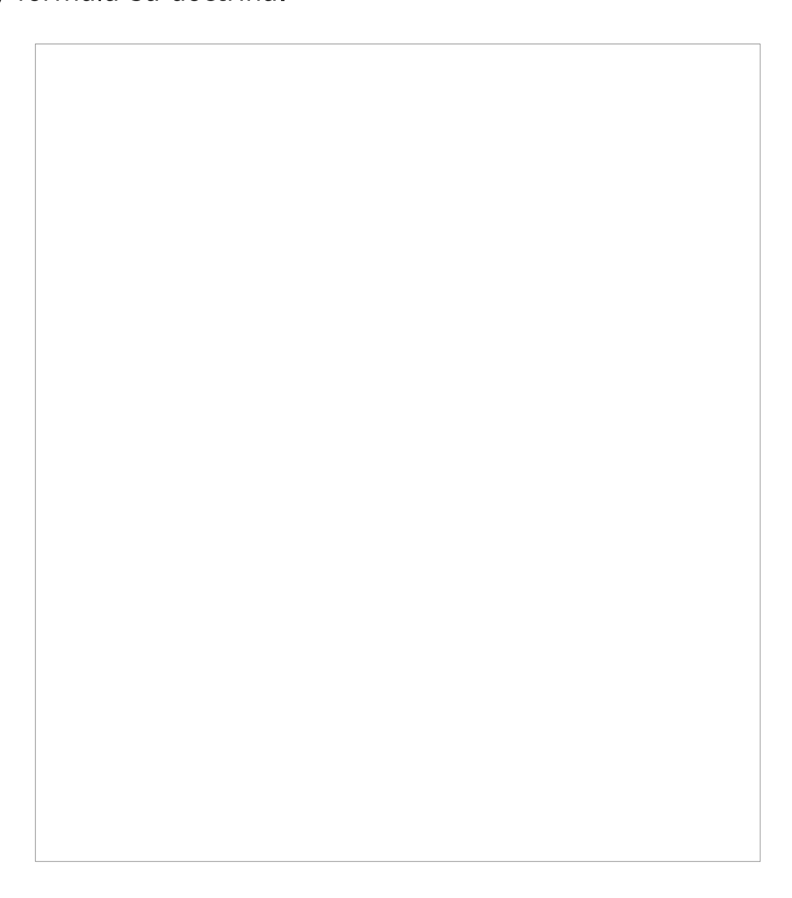
He aquí dos jóvenes responsables que acaban de hacer un importante descubrimiento: cuando la verdad ya no surge de los razonamientos, hay que ir a buscarla en los hechos.

Desde entonces, Le Play decide consagrar todos los años seis meses de viaje para sus estudios de metalurgia, simultáneos con los de las familias y las sociedades. Esto duró veinticinco años, sólo al término de los cuales presentará su primera obra: *Les ouvriers européens (Los obreros europeos) (1855).*

Al final de su investigación, Le Play puede escribir con serenidad:

“He llegado poco a poco a las verdades eternas, es decir, a aquéllas que han sido evidentes para los pueblos prósperos de todos los tiempos”.

En 1864, Le Play publica la *Réforme sociale (Reforma social)* donde resume sus conclusiones y formula su doctrina.



Pierre Guillaume Frédéric Le Play

En este siglo XIX, que Le Play domina gracias a la intrepidez de su gestión, chocan tanto las ideas entre sí que no hay manera de entenderse. Cada uno pretende “moldear la humanidad según un ideal ficticio y arbitrario”. El método de observación, explica Le Play, “nada pide a la pura abstracción, ni a la autoridad de un nombre conocido, no quita nada al organismo viviente y complejo de las sociedades, sino que apoyándose sobre los hechos bien observados y sobre la historia exacta, se decide por la restauración de las buenas costumbres del pasado y por la imitación de las sanas

prácticas del presente. En una palabra, la prosperidad de los pueblos modelo dirige su camino, analiza el mecanismo de su éxito e indaga sus causas profundas; entre los elementos sociales así estudiados, indica cuáles son aplicables al ambiente, estado actual y temperamento del país a reformar. Este trabajo no procede de la imaginación, de la metafísica o de las pasiones de partidos, es esencialmente una obra de ciencia y de verdad".

Le Play sitúa con exactitud el origen de los desórdenes de la sociedad:

"Cuando más busco la causa de nuestras revoluciones y de los males que llevan consigo —escribe— más la encuentro en los sofismas que han infectado nuestra nación a fines del siglo XVIII".

Una de las más interesantes observaciones de Le Play es que la Revolución cabe de hecho en una docena de palabras a las que no se define o cuyo sentido ha sido tergiversado, y cita entre ellas: libertad, igualdad, fraternidad, democracia, aristocracia, progreso, civilización, ciencia, espíritu moderno, etc.

"Los oradores de nuestras cincuenta mil tabernas y los periodistas que los adoctrinan —añadía Le Play—, explotan con la ayuda de estas palabras las vagas aspiraciones de las clases ignorantes, degradadas o desgraciadas. El que primero llegue adquiere así el poder de Propagar el error, le basta, en efecto, con pronunciar ciertas palabras, y ya no está obligado a crear con esfuerzo los sofismas que J.J. Rousseau, ante espíritus menos engañados, hábilmente apoyaba sobre razonamientos falsos y hechos inventados. En cuanto a las clases honradas y cultivadas, lo que hacen es intentar devolver a estas mismas palabras su verdadero sentido y así, el empleo que de ellas hacen empeora las cosas. La intervención de algunos eminentes escritores bastaría para desacreditar esta literatura revolucionaria y detendría a los hombres de bien en la pendiente peligrosa por la que se deslizan (...). Cuando nos hayan desembarazado de esta fraseología embrutecedora, volveremos a tomar posesión de nuestras fuerzas intelectuales".

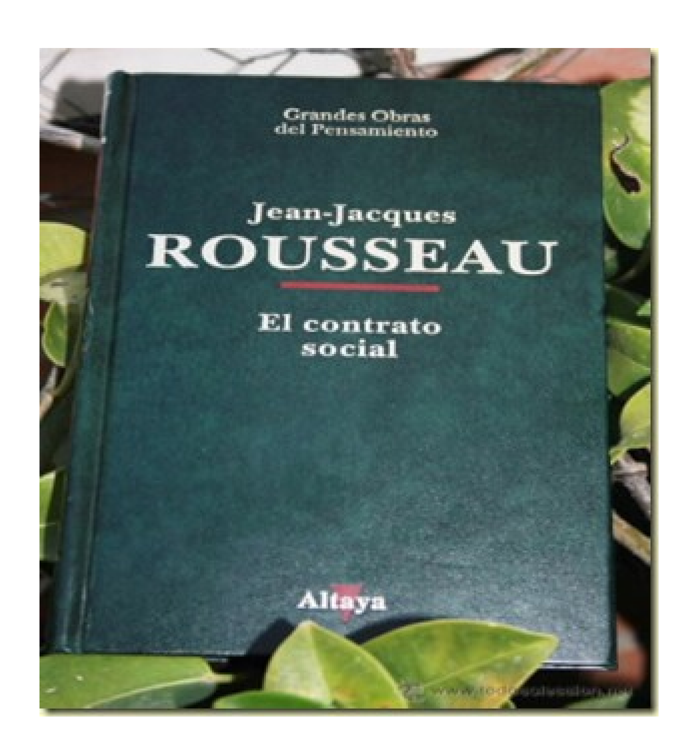
El mito de la Igualdad y el de la Libertad descansan sobre un error fundamental: la negación de la Caída.

Lo que a un gran filósofo, como Blanc de Saint-Bonnet, le llevó largo tiempo analizar, Le Play lo descubre con sus indagaciones. J. J. Rousseau ha falseado todo el razonamiento social el día en que ha proclamado, sin la menor prueba:

"El principio fundamental de toda la moral sobre el que he razonado todos mis escritos, es que el hombre es un ser bueno por naturaleza, amante de la justicia y el orden; que no hay maldad original en el corazón humano y que los primeros movimientos de la naturaleza son siempre rectos".

El mal sería extraño a la naturaleza del hombre, son las instituciones las que le corrompen y bastaría con cambiarlas para restablecer el reino del bien.

Desde entonces, observa Le Play, "el problema social no es como se ha creído hasta el presente, hacer respetar a las sociedades y a sus dirigentes las instituciones que han dado a los pueblos la mayor fuente de prosperidad, sino al contrario, destruir estas instituciones para extirpar la fuente del mal y devolver al hombre su estado original de perfección".



Este dogma rousseauniano es el verdadero fundamento de la subversión. Allí yace el Error Básico, la Gran Negación, el olvido del Pecado original.

El hombre escapa a toda disciplina, es libre, pero libre en contra de la naturaleza, que es tanto como decir que no lo es en absoluto pues si, por aberración, puede negar las leyes naturales, de ninguna manera puede sustraerse a su sanción. Cualquier error de apreciación con respecto a esto se paga con el sufrimiento. Quien pone su mano en el fuego se quema, a quien construye la sociedad sobre bases falsas, la sociedad se vuelve contra él. El hombre es libre, pero es castigado desde el momento en que usa mal de su libertad y se engaña sobre sus verdaderas relaciones con la Naturaleza, que son de dependencia y no de Libertad.

En este sentido es en el que se ha podido decir que toda política se prolongaba en metafísica. El que olvida la Caída, razona al revés. Todo se sostiene. La verdad no se suministra en porciones, es un bloque enorme y poderoso. Quien lo ignore se deja aplastar por ella.

Mientras Le Play encuentra, por vía de observación, lo que él llama la CONSTITUCIÓN ESENCIAL DE LA HUMANIDAD, comprueba que “en todas partes y siempre, la felicidad de los pueblos se presenta acompañada de un cierto conjunto de condiciones que faltan, no menos invariablemente, en los pueblos que sufren”. De ello saca la conclusión que “según esto, somos llevados a enlazar por la relación de la causa al efecto, la felicidad a este conjunto de condiciones y de principios, que responden desde los primeros tiempos, a los rasgos permanentes de la naturaleza humana”, volviendo así claramente la espalda al voluntarismo democrático, los católicos liberales prosiguen el cerco de la Iglesia.

Pudieron pensar por un momento que el cardenal Mastaï que asciende al trono pontificio el 17 de junio de 1816, con el nombre de Pío IX, es de los suyos. El príncipe de Metternich, al conocer la elección del cardenal Mastaï, dijo estas palabras:

“Todo se podía prever, menos un Papa liberal”.

Ozanam se enardece:

“El más firme sostén del pontífice reformador, después de Dios, es el pueblo” escribe y recordando que la Iglesia del siglo VII sojuzgada por los emperadores

bizantinos, se había vuelto hacia los bárbaros del Norte, pide que después de haber velado junto al lecho fúnebre de la monarquía, se vuelva hoy hacia la democracia, que vea en esta "heroína salvaje", el gran número de almas a conquistar y la pobreza. Termina con esta exclamación:



Frédéric Antoine Ozanam, beatificado por el papa Juan Pablo II en 1997…

"¡Pasémonos a los bárbaros y sigamos a Pío IX!".

La ilusión duro poco. Exactamente dos años, hasta el día en que Pío IX tendrá que huir de Roma, expulsado por la "heroína salvaje".

Desde París, la explosión revolucionaria de 1848 se había propagado por Europa. El primer ministro del Papa, Rossi, había sido asesinado. Pío IX se salvó huyendo precipitadamente a Gaeta. La República fue proclamada en Roma.



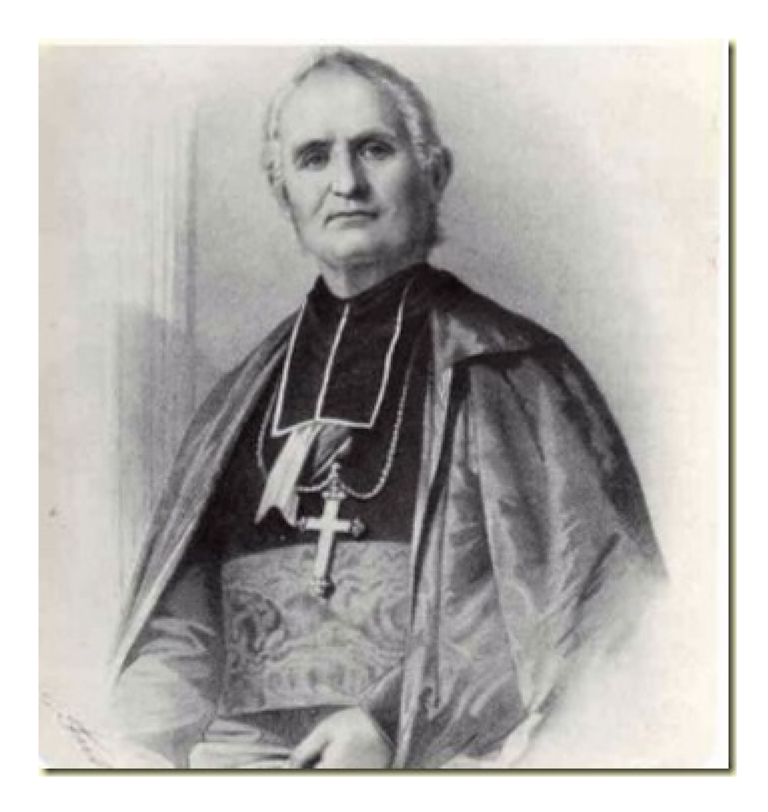
Papa Pio IX, beato.

Bajo la dura fuerza de la evidencia Pío IX reacciona y el 8 de diciembre de 1864 denuncia en la *Encíclica Quanta Cura* los monstruosos errores del liberalismo. Es falso, declara, pretender que "la sociedad humana debería estar constituida y gobernada (. . .) sin hacer diferencia alguna entre la verdadera religión y la religión falsa". Decidido a ir al fondo de las cosas, Pío IX añade a la Encíclica un catálogo de los "principales errores" de la época que será conocido con el nombre de *Syllabus*.

Esto produjo una protesta en los católicos liberales. Entonces Pío IX asesta un gran golpe: convoca el Concilio y proclama el dogma de la Infalibilidad pontificia.

De lo que sucedía entre bastidores en este Concilio poseemos una narración muy interesante del vizconde de Meaux, personalidad liberal hoy olvidada, de finales del siglo XIX. M. de Meaux acompañó a Monseñor Dupanloup, jefe de la facción liberal en el Concilio:

"Llegué a Roma hacia mediados de diciembre (1869) y salí de allí antes de finales de enero. Durante mi estancia frecuenté asiduamente la villa Grazioli, al fondo de una larga avenida, donde al amparo del ruido de Roma, EL JEFE DE LA OPOSICIÓN en el Concilio se concertaba con sus compañeros de armas y sus lugartenientes para dirigir la campaña, bien en el interior, bien en el exterior de la sala cerrada a los profanos. Allí, yo encontraba, no solamente a los obispos franceses de la minoría…sino también a los más famosos entre los obispos extranjeros... Había todos los domingos, en la villa Grazioli, una comida a la que asistían, entre varios prelados, los jóvenes que Monseñor Dupanloup empleaba para comunicarse, ya fuese con los periódicos, ya con las figuras políticas de Francia".



Monseñor Félix Dupanloup, jefe de los católicos liberales.

Con ello queda claramente situada la existencia del "partido liberal" de donde derivará el "modernismo" llamado hoy "progresismo".

"Cuando tuve que abandonar Roma —prosigue M. de Meaux— el Concilio no había comenzado todavía a deliberar sobre la Infalibilidad, preparaba un primer decreto que salía al encuentro de los errores contemporáneos sobre la fe, su campo de acción, su necesidad, su esencia y sus condiciones, considerada como gracia y virtud sobrenatural y, en la discusión entablada sobre este tema, la escuela opuesta a la nuestra, escuela a la que acusábamos de ser hostil tanto a la razón humana como a la libertad, no se imponía…"

Así pues, las cosas estaban bastante adelantadas en la contaminación del espíritu del siglo. En todo caso, el corte era claro, declarado, público.

"En los salones de la Ciudad Eterna donde la mayoría de los obispos se mezclaban con gentes de mundo, por ejemplo en el palacio Borghese o en el palacio Rospigliosi, las opiniones se dividían entre 'infalibilistas', 'antiinfalibilistas' y 'oportunistas' ".

Luego, estamos claramente ante un complot en el seno de la Iglesia. Acabamos de ver terminar otro, miremos de cerca el mecanismo del de 1870.

El vizconde de Meaux nos ha dejado un cuadro bastante vivo de las intrigas que entonces se desarrollaban en Roma:

"Había —relata— una princesa extranjera, Carolina Wittgenstein, cuya conversación me interesaba. Acababa de publicar un libro sobre la Murmuración en la Iglesia y en él, con el pretexto de denunciar el pecado, había descrito, sin incurrir en la censura, las faltas y los abusos observados de cerca alrededor del Vaticano. En otro tiempo, ella había estado muy enamorada de Liszt y se decía que, para escapar a la

perseverancia de su afecto, Liszt se había hecho sacerdote. Cuando la conocí, era vieja, tenía bigote, fumaba puros y recibía habitualmente a cardenales. De su relación con Liszt, conservaba sin embargo una viva simpatía por Emile Ollivier que se había casado con una hija del gran artista y que acababa de ser llamado al ministerio por el emperador. También, cuando me hablaba de los asuntos de Francia era para alabarme la adhesión al imperio liberal. Pero, en cuanto a mí, yo buscaba su conversación sobre los asuntos de Roma. El cardenal Antonelli de buena gana le hacía las confidencias que deseaba se difundiesen; de esta manera conocí los propósitos formados para intimidar y hundir a la minoría del Concilio y no dejé de informar de ello al obispo de Orléans.

"En esta controversia teológica, no eran las mujeres las menos ardientes en tomar partido. A las que más se ocupaban de ello se las llamaba en broma las 'madres de la Iglesia' y, entre éstas, más de una se mostraba muy celosa por Monseñor Dupanloup. Los partidarios de éste se reunían con preferencia en casa de Mme. Craven (…). Su salón era el más variado, el más europeo que se pudiese encontrar.

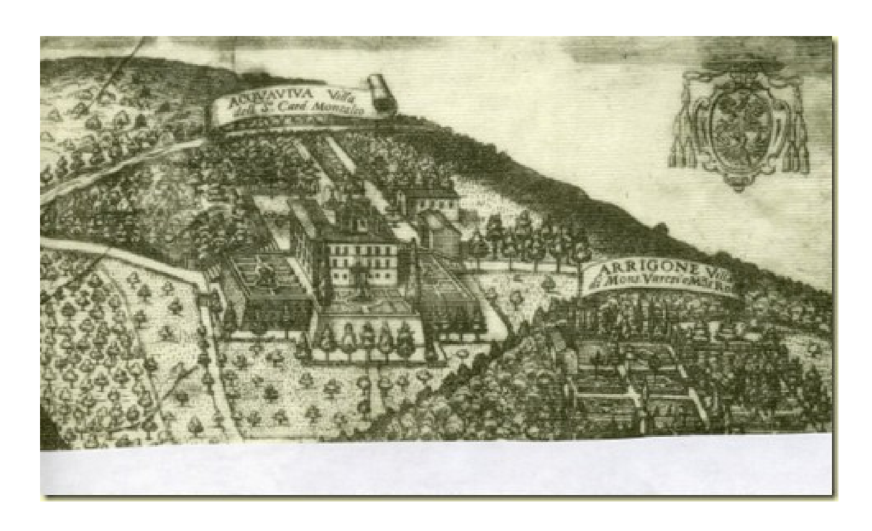
"Los ingleses se mezclaban allí con franceses y romanos, y además, las relaciones bastante sospechosas que M. Craven había trabado durante su estancia en Nápoles habían hecho que penetrasen algunos personajes que nosotros 'papales' no habíamos tenido ocasión de columbrar en otra parte; los 'patriotas' italianos".

Página curiosa ésta donde se ve cómo la intriga agitaba los salones romanos porque en ellos se formaba entonces la opinión. Hoy se trafica con ella en "coloquios", "simposios", "consejos" y otros parloteos, pero el método velado y secreto es el mismo. Los agentes del partido se presentan en ellos con su plan bien trazado. Conocen a los afiliados al complot, los reparten y quitan los votos, las mociones. HACEN literalmente la opinión.

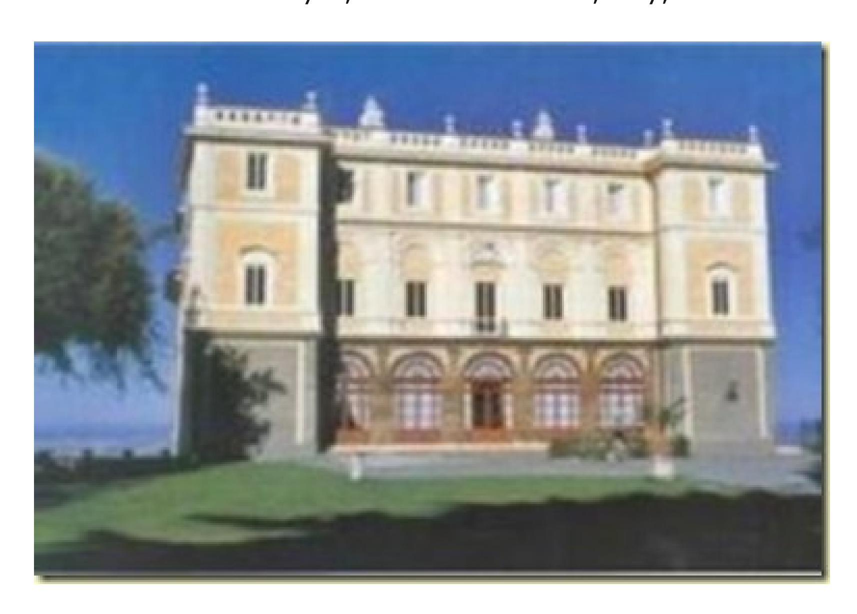
Las "relaciones bastante sospechosas" de las que habla el vizconde Meaux, con los "patriotas" italianos, es decir con los carbonarios y francmasones italianos prefiguran las relaciones del mundo progresista cristiano actual con los terroristas, maoístas, castristas u otros. Todo esto se ha desviado, pero el proceso es el mismo.

Los señores liberales se animaban mutuamente en u lucha contra Pío IX. La proclamación de la infalibilidad pontificia, medida contrarrevolucionaria que iba a bloquear los progresos del modernismo, era el objeto de su cólera. Veían en ella el fin de sus esperanzas de "democratizar" la Iglesia y, en efecto, les hizo falta cierto tiempo para rehacerse. No es imposible por lo demás que un día tengan un nuevo fracaso, pues el dogma proclamado hace un siglo hace que se cierna sobre el error la definición EX CATHEDRA que volverá a poner las cosas en su sitio. La hora y el Papa que empuñe este arma, no lo sabemos, pero esto puede producirse. El futuro no está cerrado a la esperanza. Las "puertas del Infierno" no prevalecerán.

Sin duda alguna, M. de Meaux era un hombre honrado y aunque su partido le había trastornado el juicio, le hacia sufrir su desacuerdo con el Papa: "Mientras la lucha permanecía abierta, dice, no dudé en tomar el partido del obispo de Orléans, entre los adversarios de la declaración (de infalibilidad). Mi conciencia, respecto a esto, estaba tranquila. M. P. Pététot, a quien se lo había confiado durante su corta estancia en Roma, me había dicho: 'Puesto que usted estima que la declaración sería funesta para la Iglesia, puede, e incluso debe hacer lo poco que de usted dependa para impedirlo'. Preparado con este consejo, que era conforme a mi propia idea, me asocié pues, sin descanso y sin preocupación, a la campaña que tenía su cuartel general en Villa Grazioli".



Villa Grazioli: ayer, casa cardenalicia; hoy, hotel.



¿Que dirían los modernistas triunfantes si se les devolviese el argumento?

"Cuando busco, a treinta años de distancia —confiesa M. de Meaux—, a qué obedecíamos los laicos como nosotros, por qué y cómo este debate eclesiástico tenía importancia a nuestros ojos y para la sociedad civil (...), no era el dogma de la infalibilidad lo que nos costaba admitir. Lo que temían, lo que temía nuestro partido, era el triunfo de aquellos que pretendían la proclamación de este dogma (...). Si el absolutismo triunfa en Roma, una política que sea liberal y cristiana a la vez, no será posible por mucho tiempo en París".

He aquí el secreto: la crisis religiosa es en realidad una crisis política. Es la contaminación del mundo católico por las ideas de 1789 la que ha desencadenado la crisis modernista. El progresismo no es más que una desviación de los mismos principios.

En 1871, al recibir Pío IX a una delegación de católicos franceses les decía:

"Tengo que decir la verdad a Francia. Existe un mal más temible que la Revolución, más temible que la Commune con sus hombres escapados del Infierno que

propagaron el fuego en París. Lo que yo temo, es esta desgraciada política, ES EL LIBERALISMO CATÓLICO, ÉL ES LA VERDADERA PLAGA…”

Dos años más tarde, en una carta al obispo Quimper, precisa: “No señalamos a los enemigos de la Iglesia, éstos son conocidos, sino a los que propagan y siembran la revolución, pretendiendo conciliar el catolicismo con la libertad”.

Estamos en el fondo del problema que ya no cesará de aguar a la Iglesia de ahora en adelante: ¿hay que pretender la restauración cristiana por la Contrarrevolución, o aceptar la Revolución y no reclamar para la Iglesia más que una precaria libertad, en una sociedad fundada sobre la voluntad del Hombre y no sobre la voluntad de Dios?

Lo que hay de asombroso en los católicos liberales, que aceptan la concepción del Estado salido de la Revolución de 1789, es que no ven que lo que una propaganda ha hecho, otra puede deshacerlo. Están tan intoxicados por la creencia en lo que todavía no se llama el “sentido de la Historia”, sino “el Progreso”, que no pueden imaginar que la Historia cambie de curso.

En lugar de lanzarse impetuosamente a la reconquista de los espíritus, no tienen más idea que la de no chocar con la opinión del momento.

M. Dansette ha señalado con qué vigor, por el contrario, manejan los republicanos la masa electoral: “Su propaganda cubre las paredes, sus candidatos van a llevar la palabra oportuna hasta las aldeas más pequeñas, e incluso, fuera de las elecciones, su literatura no cesa de ser divulgada en las ferias”.

Entre 1873 y 1875, el destino, para Francia, queda en suspenso. La Asamblea de Versalles, compuesta en su mayoría de monárquicos, puede restablecer la monarquía de la forma más legal del mundo. Ahora bien, no lo hace. ¿Por qué? Porque entre los monárquicos existe la misma facción liberal:

“Todo se viene abajo, porque el acuerdo que se establece sobre la cuestión de régimen, se deshace por la cuestión del liberalismo. El conde Chambord tenía una concepción de la Realeza tradicional y cristiana que repudiaban los parlamentarios liberales. Aceptaban a Enrique V, pero con la Monarquía acomodada a su gusto, es decir, siguiendo las palabras clave, ‘el rey atado como un embutido’. El incidente de la bandera no ha sido más que un pretexto del que se ha usado y abusado para cortar el camino a un programa que no agradaba”.



El conde de Chambord (Enrique V).

El 8 de mayo de 1871, el señor conde de Chambord, declara:

"Sepamos reconocer al fin que el abandono de nuestros principios es la verdadera causa de nuestros desastres. "Una nación cristiana no puede desgarrar impunemente las páginas seculares de su historia, romper la cadena de sus tradiciones, encabezar su Constitución con la negación de los derechos de Dios, desterrar todo pensamiento religioso de sus códigos y de su enseñanza pública.

"En estas condiciones, jamás hará otra cosa que un alto en el desorden, oscilará perpetuamente entre el cesarismo y la anarquía, esas dos formas igualmente vergonzosas de las decadencias paganas".

El fin del siglo XIX es uno de los períodos más dramáticos de la historia. Parece que por última vez la posibilidad de restaurar el Orden tradicional de las Sociedades se le ofrece a Francia y, tras ella, por el ejemplo que daría por la difusión de su cultura, a Europa, a lo que mañana se llamará el Occidente.

Se ha dicho: si la restauración de la monarquía no se ha hecho, es por culpa del conde de Chambord, que no ha querido ceder en la cuestión de la bandera. Louis Veuillot ha contestado muy bien a los orleanistas: "Si vuestra bandera tricolor es un símbolo, y si la aceptáis como símbolo, no se trata de reforma, sino de abjuración".

Algunos años más tarde, en el Orme du Mail, Anatole France, al evocar la situación de 1873, escribía:



Anatole François Thibault, que adoptó el sobrenombre de Anatole France

"Se oían venir por los caminos los caballos blancos que traían al rey. Enrique Deodato venía a restablecer el principio de autoridad de donde salen las dos fuerzas sociales: el mando y la obediencia; venía a restaurar el orden humano con el orden divino, la sabiduría política con el espíritu religioso, la jerarquía, la ley, los principios, las libertades verdaderas, la unidad. Removiendo sus tradiciones, la nación volvía a encontrar con el sentido de su misión el secreto de su poder, el signo de la victoria".

La oposición de Prusia, la astucia de las logias, la corrupción de la burguesía orleanista, la molicie de la gente de bien frustraron este posible destino, "y el pueblo cayó en la República: es decir, que repudió su herencia, que renunció a sus derechos y a sus deberes para gobernarse según su voluntad y vivir a su gusto en esa libertad a la que Dios pone trabas y que derriba sus imágenes temporales, el orden y la ley".

Admirable visión de la corriente que arrastrará en adelante a este final del siglo XIX, hacia los desórdenes que le esperan, los trastornos de los que, hoy todavía, sufrimos las consecuencias.

A casi un siglo del acontecimiento, la Revolución de 1789 vencía a los principios contrarios que la habían contenido durante todo el siglo XIX. Ese gran siglo de la Batalla de las Ideas, en el que todo fue posible y todo se comprometió.

CAPITULO VII - LOS SOCIAL CRISTIANOS

Un gendarme amigo de Joinville, le dice:
—Amigo, ¡arrojémonos sobre esta canalla!

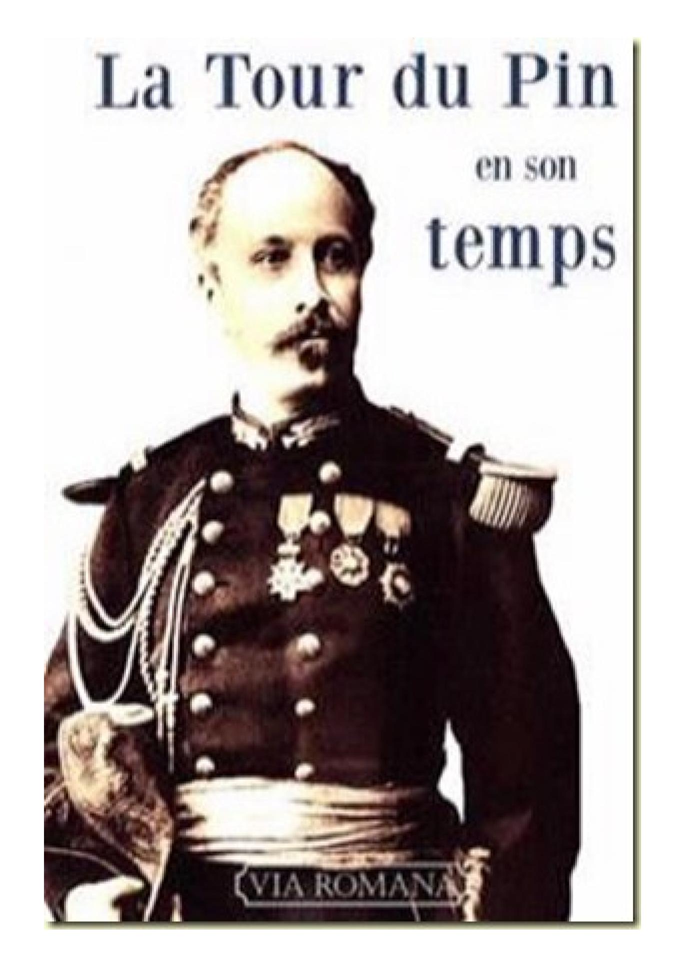
Albert de Mun y La Tour du Pin — Las corporaciones — Una carta de Louis Veuillot a de Mun — ¿Hacia un partido católico? — Por el pueblo y para el pueblo.

Los azares de la vida deciden las vocaciones más de lo que se cree y éstas, a su vez, traen consigo la formación de movimientos que influyen sobre la orientación de las ideas en una época dada.

Dos jóvenes oficiales franceses, Albert de Mun y René de la Tour du Pin, fueron hechos prisioneros en la guerra franco-prusiana de 1870. Durante su cautiverio tuvieron conocimiento del movimiento social cristiano alemán de Mons. von Ketteller. Este conocimiento les llevaría a estudiar a los sociólogos franceses, cuyas ideas eran semejantes a las del citado Monseñor.

Leyeron a Le Play.

René de la Tour du Pin, de ahora en adelante, llamará a Frédéric Le Play su "maestro" porque, decía, de él había aprendido que las instituciones pueden corromper a los hombres y que los "falsos dogmas de 1789" podían contarse entre ellos. Así pues, era importante restaurar instituciones que permitiesen que el Evangelio moralizase al Estado.



René-François-André de la Tour du Pin de la Charce.

De 1885 a 1891, La Tour du Pin y de Mun siguen apasionadamente el movimiento desencadenado por Mons. Mermillod, en Friburgo, y la UNIÓN DE ESTUDIOS, que había nacido con el propósito de definir y de preparar un "orden social cristiano".

Toda una élite europea sigue a la Unión de Friburgo que desarrolla esta idea fundamental, en oposición total con los dogmas democráticos de que los cuerpos profesionales son, no solamente cuerpos sociales, sino también "colegios electorales naturales e históricos, verdaderos cuerpos políticos".



Emblema de Du Pin: Armada del Rey

"El régimen corporativo —concluye La Tour du Pin— proporciona los mejores elementos de competencia y de estabilidad al régimen representativo en el orden político".

En la cima de su estructura, La Tour du Pin coloca al ESTADO, es decir, el conjunto de los poderes y fuerzas de una nación organizada con miras al bien común, al que llama interés nacional. Estos poderes son los del Príncipe en sus dictámenes, limitados éstos por las leyes fundamentales consentidas por el Pueblo en sus Estados".

Como ha observado M. Adrien Dansette en su *Histoire religieuse de la France contemporaine (Historia religiosa de la Francia contemporánea)* , "se trataba de edificar un sistema de representación de los derechos y de los intereses profesionales frente al sufragio universal y al régimen parlamentario, los cuales, manejados por la burguesía, aseguran de hecho el predominio capitalista".

Louis Veuillot, que seguía con simpatía la acción doctrinal de Albert de Mun, le escribió una carta el 15 de febrero de 1876, carta extremadamente curiosa, porque se nota en ella la irritación que le causan los discursos, sin duda admirables, del antiguo oficial de dragones, pero que le parecen de efecto demasiado remoto, ¡ en cambio el sable...! Pero, veamos lo que escribía Veuillot:

"Muy Sr. mío:

"Le he oído ayer por primera vez.

"Permítame que no haga un cumplido trivial a un hombre y a un talento que

merecen mucho más que eso. Hombre de bien y elocuente, lo es Ud., pero el ideal de Cicerón no puede bastarle a Ud. ni a nosotros. Hay que ir más lejos. En el discurso de un orador de uniforme, hace falta el sable o por lo menos la vaina. Ayer, brillaron por su ausencia. El sable es el que da valor a la charretera. El auditorio se desconcierta, cuando en lugar de un mandoble recibe una bendición.

"Después del acto, fui a una casa en la que las damas se quejaban de no haberse sentido bastante arrebatadas. Tenga cuidado, Ud. es capitán de dragones para arrebatar a las damas y para cortar las retiradas y los nudos gordianos. Si su elocuencia no tiene sello de cuartel, que puede y debe ser un sello de suprema distinción, no será más que una hermosa y honrada muchacha casadera, cosa que Juana de Arco no era. Al soldado orador que no tira de la espada, le falta el más bello de los gestos. Uno se pregunta por qué ese soldado no es abogado o sacerdote. ¡Desenvaine, reparta sablazos, acogote! Esto es lo que Dios le pide al darle el don de la elocuencia y al hacerlo dragón.



Conde Adrien Albert Marie de Mun

"Escuchándole, habría que sentir la necesidad de rendirse para no ser fusilado, porque así pedirá a la violencia lo que no va a obtener por el amor. Siendo justo Y deseando el bien, parte de la idea de que tiene derecho al amor y a la vida y de que no quiere morir prisionero, ni asesinado. Un dragón tiene derecho a morir en el campo de batalla. Está bien que tienda la mano, que ofrezca su corazón, es lo que un cristiano debe hacer; pero que no arroje jamás su sable, el que da tanto peso a la palabra de los sacerdotes. Hay que verle siempre a caballo, presto a desenvainar. Un sablazo dado a tiempo es una bella limosna, una caridad muy grande. Muchos pobres no piden más que eso y eso sólo es lo que tienen que recibir. En general el temor basta: entonces, registramos nuestra bolsa y la limosna no se pierde.

“Un buen gendarme amigo de Joinville viendo que los moros, aprovechándose de que era domingo, insultaban el campo cristiano, dijo a Joinville: ‘Amigo, ¡lancémonos sobre esta canalla!’. Señor mío, no pierda de vista esta palabra. No sea Ud. un hombre de gran mérito que dice inútilmente cosas buenas. Desenvaine y sea como San Luis, como esos mártires que no temen matar. También existen ángeles exterminadores”.

Veuillot había adivinado que la derecha iba a hundirse en la verborrea y que ya no saldría de ella, por gusto y por comodidad.

¿Cuáles eran las probabilidades del Sistema corporativo a fines del siglo XIX?

En todos los grandes países de Europa el problema se planteaba de forma perceptiblemente semejante, pues los intereses, los egoísmos y las pasiones se habían desarrollado simultáneamente en el mismo sentido.

En 1880, el marxismo tenía trece años y no disponía todavía de tropas. El mundo del trabajo estaba disponible. El reflejo egoísta de la burguesía del mundo de los negocios debía llevar al patronato a declararse hostil a las corporaciones, y a preferir, en lugar de los sindicatos mixtos que eran el cebo, los sindicatos puramente patronales organizados frente a los sindicatos obreros para la defensa de clases y que sólo podía llevar a la lucha de clases.

Albert de Mun comprendió entonces que no se podía transformar la condición social sin reemplazar, previamente, el Estado liberal por un Estado orgánico. Este fue el tema de su gran discurso de Vannes, en 1881:

En el estado en que la Revolución ha puesto a Francia, decía, “el gobierno, el orden legal, tiene tan gran dominio y un poder tan abrumador que, si es malo, si está viciado en sus orígenes, en sus doctrinas y en sus representantes, tiene en los destinos del país una influencia cada día más funesta y llega una hora en la que el despotismo del Estado acaba por ahogar la voz de la conciencia”.

A la tentativa católico liberal de Lamennais y de sus discípulos, condenados por Gregorio XVI y Pío IX, responde pues, en la segunda mitad del siglo XIX, una tentativa tradicionalista cristiana que se orienta hacia la vuelta de las corporaciones.

Muy pronto sus iniciadores se dan cuenta de que la organización corporativa no es muy compatible con el liberalismo político y llegan a la conclusión de que es necesario, en el orden de los medios, resolver primero el problema político.



Albert de Mun

En 1885, Albert de Mun intenta fundar un partido católico, como los que existían en Alemania y en Bélgica, pero tal partido, en el contexto político francés, estaría necesariamente en la oposición y constituido mayoritariamente por monárquicos. El gobierno de la III República, ejerció un típico chantaje sobre el Vaticano: la autorización dada por Roma para la fundación de tal partido, llevaría consigo una reacción anticlerical violenta por parte de los poderes públicos.

Pronto fue solucionado el asunto. El 8 de septiembre, de Mun anuncia la constitución de la "Unión Católica" y el 9 de noviembre, después de una conversación con el nuncio, de Mun anuncia que renuncia a su proyecto.

Siete años más tarde, en 1892, León XIII, que se había opuesto a la creación de un partido católico monárquico, incitaba a los católicos franceses a formar un partido católico republicano, y de Mun, por obediencia, aceptaba. Contaría después que León XIII llegó hasta "abrazarle suplicándole que se plegase a una táctica que él juzgaba necesaria para el bien de la Iglesia y de Francia".

La diferencia entre las dos tentativas era fundamental. Con la "Unión Católica", de Mun pretendía la destrucción de las instituciones basadas sobre los principios de la Revolución de 1789 y la instauración de una monarquía corporativa.

En su estudio sobre Jacques Piou, M. Joseph Denais señala sutilmente que las razones de la oposición romana a la idea de Albert de Mun fueron "la intransigencia de su posición contrarrevolucionaria" y "la audacia de su programa social".

Lo que León XIII había pedido a de Mun no era admitir los principios de 1789 —pues él mismo no los admitía—, sino aceptar la lucha en el marco de la democracia liberal. Cuestión de táctica, que el historiador sólo puede juzgar por sus resultados. Estos fueron catastróficos.

Antes de abordar la cuestión de la política vaticana del "Ralliement" (adhesión y aceptación de la República como régimen gubernamental), hay que subrayar bien la aprobación completa de lo principios corporativos hecha por León XIII. En la Encíclica Rerum Novarum (1891) el Papa condenaba formalmente el liberalismo económico y el

socialismo. Sobre el sistema corporativo, se expresaba así:

"Este siglo ha destruido, sin sustituirlas por nada, las antiguas corporaciones que eran una protección para los obreros; todo principio y todo sentimiento religioso han desaparecido de las leyes y de las instituciones públicas, y así, poco a poco, aislados los trabajadores y sin defensa, se han visto entregados con el tiempo, a la merced de amos inhumanos y a la codicia de una competencia desenfrenada.

"El primer lugar pertenece a las corporaciones obreras que abarcan en sí casi todas las obras. Nuestros antepasados experimentaron durante largo tiempo la influencia bienhechora de las corporaciones".

Albert de Mun reconoció en esta encíclica un "esfuerzo poderoso" del Jefe de la Iglesia, "para entrar en comunicación directa con el pueblo, al que la evolución de los tiempos ha convertido en la gran potencia espiritual de nuestra época".

Las clases dirigentes encerradas en el disfrute egoísta de los beneficios de la economía liberal, sin preocupación todavía ante las posibles reacciones de una clase obrera desorganizada, rehúsan favorecer el establecimiento de un régimen corporativo, por las mismas razones que le han hecho rechazar al conde de Chambord. Amenazado en sus intereses y en su poder político, los demo-plutócratas se dedican a frenar el movimiento socialcristiano.



El conde de Chambord (Enrique V).

León XIII busca entonces entrar "en comunicación directa con el pueblo". ¿No es éste último el Poder de hecho, puesto que dispone del sufragio popular?

Por el pueblo y para el pueblo se va a poder recristianizar la Sociedad. Para ello, basta con VOTAR BIEN.

Fue un error táctico. ¿Cómo León XIII llegó a cometerlo? Sin duda porque creía que los católicos tenían todavía en Francia la fuerza suficiente para derrotar a la democracia liberal con sus propias armas. El Papa había subestimado la penetración oculta de la Francmasonería —aunque desconfiaba de ella con gran perspicacia— e iba a lanzar a los católicos a las luchas electorales que la Masonería podía falsear de mil maneras. Se dio cuenta demasiado tarde y los últimos años de su vida estuvieron amargados por ello. Solía decir:



Papa León XIII

"Me han engañado, no me han comprendido". A M. Nizard, embajador de Francia, le había dicho el 10 de noviembre de 1900, que nunca había tenido otra idea que la de adherir a los católicos franceses "a una república cristiana, heredera de las tradiciones y continuadora del papel de gran nación católica que es Francia, pues si se tratase de una república donde prevaleciese el espíritu de secta y las pasiones de los enemigos irreconciliables de la Iglesia y de Cristo, ¿cómo podría esperarse del Soberano Pontífice que convidase a los católicos a adherirse a ella ?" .

Pero la política del "Ralliement" merece un estudio más profundo. Primero hay que comprenderla. Esto es lo que vamos a intentar en las páginas siguientes.

* * *

CAPITULO VIII - LE RALLIEMENT

* Aceptación de la República como régimen gubernamental y adhesión a aquélla.*

* * *

"Todas nuestras discusiones son palabras. Podemos encontrarlas prodigiosamente bizantinas y sin embargo, en último análisis, en la palabra es donde yace la causa profunda de las cosas."
CHARLES MAURRAS

Gazette de France, 14 de enero de 1904:
"Los dos elementos que quieren juntar se excluyen."
CLÉMENCEAU

"Sólo un momento..."
LEÓN XIII

* * *

Ideas y Regímenes — El prisionero del Vaticano — La combinazzione — La ley del Número — El brindis de Argel — La carta de los cardenales franceses — "En medio de las solicitudes" — ¿Habría que parar la historia en la III República? — Los "ralliés" — Sólo por un momento — La declaración de los "realistas" — El fracaso.

*** * ***

Hubo, a finales del siglo XIX, una gran confusión en las conciencias. Durante el siglo, tantas veces se había discutido la legitimidad del Poder, que la misma noción de legitimidad quedaba borrada. Entre los Borbones, los Orléans y los Bonaparte, Francia no llegaba a decidirse. El principio monárquico que representaban no lograba afianzarse en una dinastía, porque, tras la persona del Pretendiente, se perfilaban principios políticos diferentes. Se veía de pronto que la Institución monárquica era susceptible de abrigar regímenes corporativos o liberales parlamentarios o jerárquicos, y llamarse MONÁRQUICO ya no quería decir nada, había que añadir de qué monarquía se trataba.

Entonces, poco a poco, se abrió paso el pensamiento de que las ideas que se profesaban tenían más importancia que la forma del Régimen. Lo esencial era llevarlas al gobierno. La monarquía ya no se presentaba como una garantía de continuidad, ni como una seguridad contra los disturbios. Se la había sustituido, restaurado, sustituido de nuevo, abolido y restablecido en forma imperial. ¿Qué se iba a hacer de ella?

En 1873, el mariscal de Mac-Mahon, consciente, después de la carta del conde de Chambord sobre la bandera, de que era imposible unir a los orleanistas, pidió que se organizase el "Septenio". Es decir, que la Asamblea nacional proclamase al jefe de Estado por siete años. Todavía hoy, vivimos en Francia de esta fórmula de monarquía

electiva temporal.

Se comprende que a ciertos hombres de la Iglesia les viniese la idea de adueñarse de la República naciente Pero cuando lo intentaron era demasiado tarde. Los francmasones que habían creado la República, la ocupaban y no estaban dispuestos a ceder el sitio, ni a compartirlo.

El 31 de julio de 1881, durante el traslado de los restos mortales de Pío IX a la basílica vaticana de San Lorenzo Extramuros, el populacho había intentado adueñarse del ataúd para arrojarlo al Tíber al grito de "¡AL FIUME LA CAROGNA!". Roma estaba en manos de los francmasones y León XIII pensó en emigrar a Austria, España o Malta.



Papa Pio IX, cuyos restos mortales por poco son arrojados al Tiber por la turba.

¿Ha influido esta situación en la política de León XIII, en lo que concierne a Francia? Se ha sostenido esta opinión: la Italia que constituye para el Papado una amenaza inmediata, "se ha unido en el seno de la Tríplice", a la Alemania luterana de Bismarck, comprometida ella a su vez contra la Iglesia en la aventura de la KULTURKAMPF, y a la Austria católica, pero josefista - El josefismo era el sistema imaginado por José II, emperador de Austria, para subordinar la Iglesia al Estado -, que además no podía cambiar nada en la política religiosa de sus dos aliadas (...). ¿En qué otras potencias puede apoyarse la Santa Sede? ¿En la Inglaterra protestante

imbuida de prejuicios antipapistas? ¿En la Rusia cismática?"

Evidentemente, la respuesta es: no.

Queda Francia, también amenazada por la Tríplice y diplomáticamente aislada.

"Nos, ofrecemos a Francia la alianza de nuestra fuerza moral", dirá León XIII, en 1893, a Mons. Fonteneau, obispo de Agen. Sin duda, en la encíclica Inmortale Dei, el Soberano Pontífice permanece fiel a la doctrina y recuerda que el Estado debe ser católico, pero añade que la Iglesia "no condena, sin embargo, a los gobiernos (...) que, en vistas a un bien a alcanzar o a un mal a evitar, toleran pacientemente en las costumbres y en la práctica que esos diversos cultos tengan cada uno su lugar en el territorio del Estado". En fin, en la encíclica Libertas (1888) afirma que "es una calumnia inútil y sin fundamento pretender que la Iglesia vea con malos ojos las formas más modernas de los sistemas políticos".



Papa León XIII

Esto no quiere decir que León XIII tuviese nunca una especial simpatía por la III República. Incluso en una ocasión confesará a Jacques Piou: "En el fondo del corazón, soy monárquico yo también", pero "necesita a Francia, comprueba que vive con República y que esta República parece sólida y por tanto, le es necesario entenderse con ella".

Tocamos aquí un problema muy importante: para alcanzar un objetivo determinado, ¿puede la diplomacia ceder en los principios? La experiencia da una respuesta negativa, porque al ser la apariencia todo lo que ve la opinión, a ésta se le escapa la maniobra. No ve más que el abandono consentido, la restricción mental o la COMBINAZZIONE y lo que no es más que una maniobra, le parece adhesión sincera. Confundida, la opinión pierde gran parte de su ardor para defender las ideas que son combatidas por el régimen con el que se negocia. El avance del enemigo se encuentra tanto más facilitado y sus exigencias aumentan en la misma medida en que la diplomacia se vuelve más complaciente.

León XIII piensa poder manejar a los católicos franceses según las necesidades de su diplomacia. No presta atención a que los individuos se guían por convicciones y que llevarlos a dudar de ellas, es debilitar el instrumento del que se pretende disponer.

Prisionero de la maniobra diplomática que ha decidido, León XIII tiene que ordenar a los católicos franceses, en su inmensa mayoría monárquicos, que se adhieran a la República. Decisión dramática, porque va a desorientar a la Derecha, a lanzar a muchos militantes a la abstención, forzar al disimulo a espíritus rectos y reforzar, por el contrario, la combatividad de los republicanos que ven cómo el adversario abandona sus posiciones y solicita el armisticio.

El nuncio Czalcky explicaba al marqués de Dreux-Brézé que los legitimistas, al continuar luchando a favor de los principios de los que son representantes, ya no serían escuchados y verían disminuir progresivamente el número de sus afiliados. Su influencia, reconocida como muy valiosa en muchos aspectos, desaparecería y el bien moral, que lógicamente estarían llamados a hacer, sería para ellos irrealizable en adelante.

“Este bien —añade Mons. Czalcky, según cuenta M. de Dreux-Brézé— hay que enfocarlo ahora desde otro punto de vista, nuestros adictos deberán intentar llevarlo a cabo en otro terreno; este punto de vista es el del reconocimiento del hecho de la transformación de Francia en una república y el de la aceptación de esta transformación”.

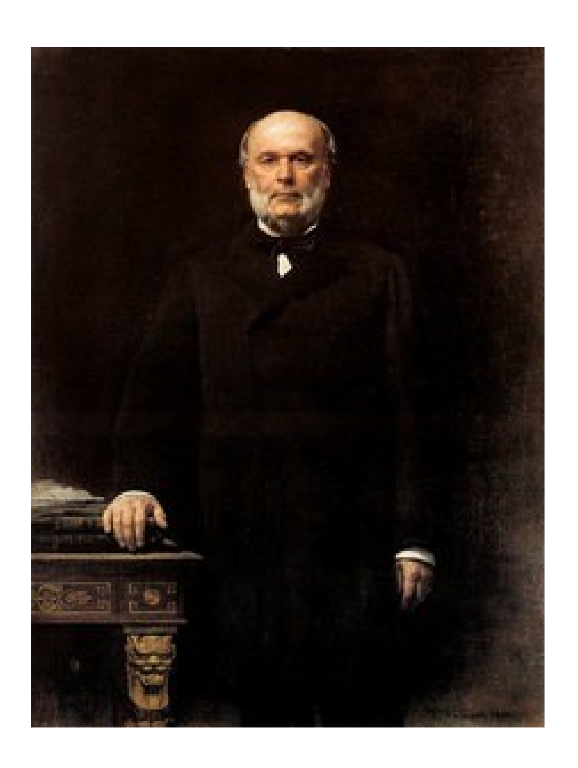
¡Estas expresiones son pasmosas! No solamente prefiguran una filosofía del “sentido de la Historia” IRREVERSIBLE, sino que parecen indicar una ignorancia total de los esfuerzos de propaganda de los republicanos para conquistar a las masas. No lo habían conseguido a la primera, ni fácilmente y, aunque el nuncio lo diga, no estaban seguros de tener siempre ventaja. Después de todo, hace solamente diez años, ¡no había más que cinco diputados republicanos en el Cuerpo Legislativo!

Parecía que el nuncio no aprendía nada de esta lección de propaganda dada por los republicanos. Lo que le interesaba era intentar formar una fuerza nueva con los católicos arrancados de sus fidelidades políticas.

“Yo me permití contestar a Mons. Czalcky —prosigue M. de Dreux-Brézé— indicándole que sus proposiciones, que su programa, eran para un legitimista, absolutamente inaceptables; que aceptándolos, si fuese posible adoptarlos, los realistas ya no serían comprendidos por nadie, que haciendo esto, en lugar de acrecentar su autoridad moral sobre la población entre la que vivían, perderían la que aún les aseguraba la estima y el respeto que les rodeaba”.

Se perdieron los principios y no se obtuvieron los votos.

Los únicos que se beneficiaron de la situación fueron los radicales. León XIII les hacía el juego anulando la oposición que más podían temer, e incluso escribiendo al presidente de la República pidiéndole que “usase de su autoridad, para que fuesen restablecidas las buenas relaciones entre la Iglesia y el Estado”



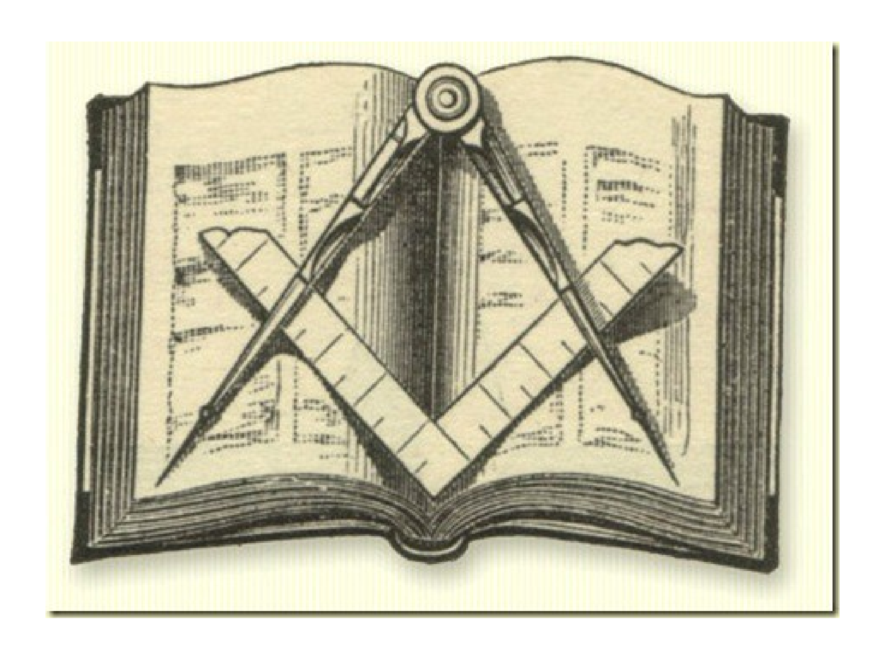
Jules Grévy, presidente de la República: 1879-1887

Jules Grévy respondió fríamente que si las cosas no iban bien entre la República y la Iglesia, la causa era "la actitud hostil de una parte del clero respecto a la República, en las luchas que aún sostiene diariamente contra sus mortales enemigos". Y añadía: "En este funesto conflicto, desgraciadamente, tengo muy poco poder sobre los enemigos de la Iglesia. Vuestra Santidad tiene mucho poder sobre los enemigos de la República".

León XIII está cogido en este engranaje. Le obliga a exigir a los católicos su adhesión a la República. La intrusión política era flagrante y fue desastrosa. Incapaces de adueñarse del poder por las elecciones, los "ralliés" tuvieron que soportar las leyes de descristianización que votaba alegremente la Cámara de los diputados. "Los católicos podían maldecir el laicismo, pero desde el momento que no habían podido adueñarse del poder político que les habría dado la fuerza de legislar a su conveniencia, no podían reprochar con razón al gobierno que aplicase su legislación".

Habían aceptado la ley del número y debían aceptar sus decisiones.

León XIII se dio cuenta pronto que el cuerpo electoral estaba manipulado por las Logias y que en la democracia el verdadero poder era la Francmasonería. Creo que en el fondo pensó entonces en organizar en torno a las parroquias una especie de contramasonería para entorpecer la labor de las Logias. En todo caso, no ahorró sus ataques contra la Masonería.



Masonería

"El fin de esta Secta —declara— es el de reducir a nada, en el seno de la sociedad civil, el poder y la autoridad de la Iglesia, excluir de las leyes y de la administración pública la muy saludable influencia de la religión católica y constituir todo el Estado fuera de las instituciones y de los preceptos de la Iglesia.

"Nuestra mejor y más sólida esperanza de curación está en la virtud de esta religión divina que los francmasones odian tanto, tanto más, cuanto más la temen, así pues, es sumamente importante hacer de ella el punto central de la resistencia contra el enemigo común. Que las gentes de bien se unan ellos también y formen una inmensa coalición de oraciones y de esfuerzos".

León XIII alentó una vasta campaña antimasónica pero, atacar a la Masonería sin tocar el régimen que ella dominaba, era un combate perdido de antemano.

Sin embargo, León XIII se aferraba más que nunca a su política del "Ralliement", que fue oficialmente propuesta a los católicos franceses por el cardenal Lavigerie, el 12 de noviembre de 1890 en Argel, en el curso de una comida ofrecida a los oficiales de la escuadra en el Palacio arzobispal.



Cardenal Carlos Lavigerie, misionero en Africa.

"Cuando la voluntad de un pueblo se ha asegurado —declaró el cardenal— de que la forma de gobierno no lleva consigo nada contrario, como lo proclama últimamente León XIII, a los únicos principios que pueden hacer vivir a las naciones cristianas y civilizadas, cuando para arrancar al país de los abismos que lo amenazan no queda más que la adhesión sin segunda intención a la forma de gobierno, llega el momento de declarar que la prueba se ha hecho y, para poner término a nuestras divisiones, sacrificar todo lo que la conciencia y el honor permitan y ordenen sacrificar a cada uno de nosotros para la salvación de la Patria.

"Esto es lo que enseño a mi alrededor, lo que deseo ver imitado en Francia por todo nuestro clero y, al hablar así, estoy seguro de que ninguna voz autorizada va a contradecirme".

—Brindo por Su Eminencia el Cardenal y por el clero de Argelia —se limitó a responder fríamente el almirante Duperré. Después de lo cual, la orquesta tocó La Marsellesa.



Cardenal Carlos Lavigerie en su juventud.

Se había bautizado a la República.

Pero el error político no era menos evidente. El cardenal había hablado de una forma de gobierno que no tenía nada en contra de los principios, únicos capaces de hacer vivir las naciones cristianas. Ahora bien, LA LEY DEL NÚMERO NO RECONOCE PRINCIPIOS, SINO SOLAMENTE LA VOLUNTAD MOMENTÁNEA DEL NÚMERO. Si el Número —la mayoría—— dice: Dios no existe, la legislación está obligada a aplicar la negación de Dios.

—¿Podría también hacer lo contrario?

—Desde luego, pero sin mañana, sólo hasta el próximo capricho de la mayoría.

A la monarquía tradicional, católica, al Soberano al que la Consagración confería un sacramento, Roma acababa de sustituirlo por la adhesión obligatoria a un régimen sin principios, que tiene por característica incluso el no tener ninguno, y todo con el pretexto de que el partido clerical se adueñaría de él, por medio de "unas buenas elecciones"; pero estas elecciones, las pierde todas.

En enero de 1892, los cardenales franceses publicaron una carta que no dejaba de ser algo comprometida para Roma, a la que de alguna manera devolvían su dialéctica. Los cardenales franceses admitían el punto de vista de León XIII y no presentaban

"oposición alguna a la forma de gobierno que Francia se había dado", pero añadían, recogiendo por lo demás palabras del Papa, que "si nosotros levantamos la voz es para pedir que las sectas anticristianas no tengan la pretensión de identificar con ellas al gobierno republicano y hacer de un conjunto de leyes antirreligiosas la constitución esencial de la República".

Extraña protesta, pues las sectas no introducían estas leyes por la fuerza, sino de la forma más legal del mundo, por los votos de la Cámara de los diputados, los cuales habían sido elegidos por el pueblo soberano. PROTESTAR CONTRA LA LEGISLACIÓN REPUBLICANA, ES NO RECONOCER LA LEGITIMIDAD DE LA LEY DEL NÚMERO, y desde luego, la Iglesia no podía abstenerse de hacerlo puesto que, como decían los cardenales "desde hacía doce años, el gobierno de la República… ha sido la personificación de una doctrina y de un programa en oposición absoluta con la fe católica".



Democracia: la ley del número.

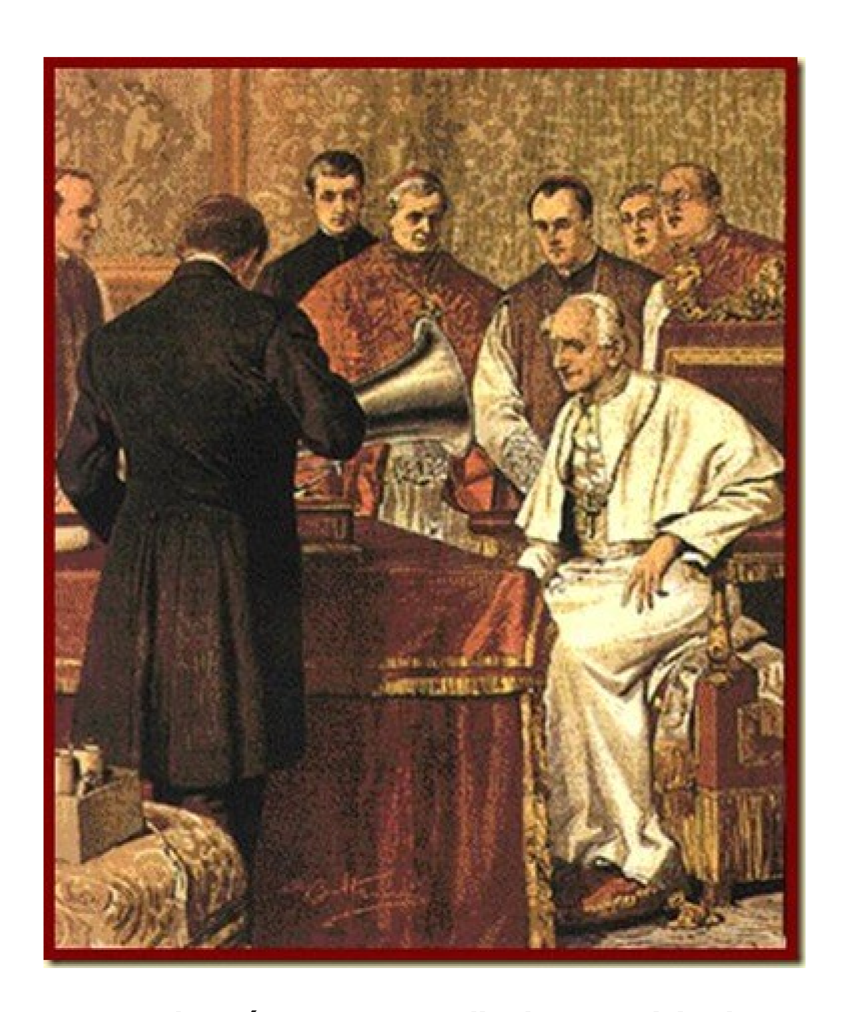
Oponiendo la ley de Dios a la ley del Número, los cardenales condenaban el mismo régimen republicano, pues el hecho de que una mayoría impusiese, desde hacía doce años, una legislación anticristiana no era lo más grave, pues ésta podía cambiar —e incluso esto era la única pequeña esperanza de los cardenales—, el hecho grave, era que Dios ya no estaba en el centro del sistema social. Era una "idea", sometida cada cuatro años al Número.

Del rey, sagrado Lugarteniente de Dios en la tierra, que reconocía como ley del reino la ley divina, los cardenales de 1892 tenían que reducirse a "la aceptación franca y leal de las Instituciones republicanas'' y a la restricción mental de la "firme resistencia a las intrusiones del poder secular en el dominio espiritual".

Uno se asombra cuando ve en qué condiciones psicológicas se hizo el "Ralliement". Si se hubiese notado alguna moderación en la legislación antirreligiosa, una simple voluntad de diálogo, de compromiso, por parte de la República, se hubiera podido admitir en el plano diplomático la conveniencia de tratar con el nuevo régimen,

pero la situación no era en absoluto favorable: la persecución sigue siendo feroz, la mayoría republicana vence con regularidad a los candidatos católicos, y éste es el momento que Roma elige para una intervención claramente política con los católicos franceses, para imponerles su adhesión a esta República.

Pío VII, consagrando emperador a Bonaparte, terminaba la Revolución, restauraba la monarquía —por una sustitución de dinastía, sin duda, pero permaneciendo fiel en gran parte a la organización tradicional de la sociedad, y el nuevo régimen restauraba la Iglesia en la mayoría de sus derechos legítimos—; en 1892, León XIII consolidaba un régimen anticristiano en su legislación y ateo en sus principios. El historiador no puede menos que asombrarse y tiene que sacar esta conclusión: fue una falta política inmensa.



Retrato de León XIII, en medio de las solicitudes...

En la encíclica *En medio de las solicitudes* que publicó el 16 de febrero de 1892, León XIII intervenía abiertamente en la política francesa:

"Diversos gobiernos políticos —escribía— se han sucedido en Francia en el curso de este siglo y cada uno con su forma distinta: imperios, monarquías, repúblicas. Encerrándonos en abstracciones, se llegaría a definir cuál es la mejor de estas formas consideradas en sí mismas; se puede afirmar igualmente, con toda verdad, que cada una de ellas es buena, con tal de que sepa ir derecha a su fin, es decir, el del bien

común para el cual se ha constituido la autoridad social, conviene añadir finalmente que, desde un punto de vista relativo, tal forma de gobierno puede ser preferible a tal otra, por adaptarse mejor al carácter y a las costumbres de tal nación o tal otra. En este orden de ideas especulativo, los católicos, como todo ciudadano, tienen plena libertad de preferir una forma de gobierno a otra, precisamente en virtud de que ninguna de estas fuerzas sociales se opone por sí misma a los fundamentos de la sana razón, ni a las máximas de la doctrina cristiana. Y es bastante para justificar plenamente la sabiduría de la Iglesia, cuando en sus relaciones con los poderes políticos, hace abstracción de las formas que los diferencian para tratar con ellos los grandes intereses religiosos de los pueblos, sabiendo que tiene el deber de velar sobre ellos por encima de cualquier otro interés".

Una cosa era la diplomacia de la Santa Sede, obligada a mantener relaciones con los gobiernos de hecho que existían en el mundo y otra cosa era el comportamiento de los ciudadanos de estos Estados QUE, COMO TALES, TENÍAN QUE ASEGURAR OTROS INTERESES QUE LOS ESPIRITUALES y que podían perfectamente pensar que un régimen basado sobre la voluntad fluctuante del Número, al no reconocer ninguna ley fundamental intangible, ninguna moral determinada, no era el idóneo para asegurar el bien de la Iglesia —aunque esta última era la llamada a juzgar— y el bien de la comunidad nacional y, en este punto, los ciudadanos eran los únicos jueces.

En la nueva definición de León XIII, el Estado se convertía en un Estado de hecho cuya forma nacía del "conjunto de las circunstancias históricas o nacionales, pero siempre humanas, que hacen surgir en una nación sus leyes tradicionales e incluso fundamentales y por éstas se encuentra determinada tal forma particular de gobierno, tales bases de transmisión de los poderes supremos".

"Inútil recordar —proseguía León XIII— que todos los individuos están obligados a ACEPTAR ESTOS GOBIERNOS y a no intentar nada para derrocarlos o cambiar la forma de ellos".

Así, después de haber explicado que las naciones evolucionan bajo la presión "de las circunstancias históricas o nacionales, pero siempre humanas", LEÓN XIII ¡PROPONÍA DETENER LA HISTORIA EN LA III REPÚBLICA!



Esta república a la que León XIII pedía a los católicos se adhiriesen, prohibiéndoles cualquier intento de derrocarla, era fuertemente anticristiana. Esto es lo que El llamaba: "¡una dificultad!".

"Se presenta una dificultad —escribía— se hace notar que esta República está animada de sentimientos tan anticristianos, que los hombres honrados, y mucho más los católicos no podrían aceptarla conscientemente. Ahí está sobre todo lo que ha dado nacimiento a las disensiones y las ha agravado. Se habrían evitado estas lastimosas divergencias, si se hubiera sabido tener en cuenta con atención —cuidadosamente— la distinción considerable que existe entre poderes constituidos y legislación".

Aquí, conviene seguir atentamente el razonamiento de León XIII:

"La legislación difiere a tal punto de los poderes políticos y de su forma, que bajo el régimen cuya forma fuese la más excelente, la legislación podría ser detestable, mientras que a la inversa, bajo el régimen cuya forma fuese la más imperfecta, podría encontrarse una legislación excelente (…). La legislación es la obra de los hombres investidos de poder. Las leyes serán más buenas o malas, según que los legisladores tengan el espíritu imbuido de buenos o de malos principios, y que se dejen dirigir por la prudencia política o por la pasión".

Esto es totalmente cierto, PERO LO QUE NO LO ES. ES QUE CUALQUIER RÉGIMEN FAVOREZCA LOS BUENOS PRINCIPIOS. El hombre democrático, que hace profesión de no reconocer ninguno, abre la puerta a los malos principios y deja que los espíritus se contaminen en nombre del liberalismo; y la Iglesia que se esfuerza en proteger la inteligencia, las costumbres y la virtud, aceptando el liberalismo, compromete virtud, costumbres e inteligencia. El curso de la historia lo ha demostrado sobradamente.



León XIII, Papa entre 1878-1903

León XIII podía aún hacerse algunas ilusiones. Nosotros, no. Bien es verdad que lanzaba una amenaza contra la III República pero, como no la alcanzaba en SU ESENCIA, era bastante inútil:

"El respeto que se debe a los poderes constituidos —decía— no podría impedir combatir 'por todos los medios legales y honrados' los progresivos abusos de la legislación. El respeto debido a los poderes constituidos no podría impedirlo; no puede imponer el respeto, ni mucho menos la obediencia sin límites a cualquier medida legislativa promulgada por estos mismos poderes. Que no se olvide, la ley es una prescripción ordenada según la razón y promulgada para el bien de la comunidad por aquéllos que han recibido con este fin el depósito del poder. En consecuencia, jamás se pueden aprobar puntos de legislación que sean hostiles a la religión y a Dios; por el contrario, es un deber reprobarlos".

Pero este era el punto de vista de la Iglesia. La democracia es indiferente a este aspecto de las cosas. Sólo conoce una ley: la voluntad de la mayoría. Si la Iglesia se somete a ella, viola la ley divina, si resiste, viola la ley democrática.

Quedan todavía suficientes recuerdos del tiempo de la monarquía cristiana milenaria en el espíritu de León XIII, para que fuese alcanzado por la pretensión democrática de separar el Estado de la Iglesia.

"No nos queremos detener —decía— en demostrar aquí todo lo que tiene de absurda la teoría de esta separación, cada uno lo comprenderá por sí mismo. Desde el momento en que el Estado rechaza dar a Dios lo que es le Dios, rechaza, por una consecuencia necesaria, dar a los ciudadanos aquello a lo que tienen derecho como hombres, pues, se quiera o no, lo verdaderos derechos del hombre nacen precisamente de sus deberes para con Dios. De donde se desprende que faltando el Estado, en lo que toca a esto, al fin principal de su institución, viene a parar en realidad a renegar de sí mismo y a desdecir lo que constituye la razón de su propia existencia".

Una vez más, éste era el punto de vista de la Iglesia. La democracia no conoce la Iglesia, no conoce más que la ley del Número. Lo que la mayoría decide es la ley. La democracia no admite ley alguna preexistente, natural, revelada, ninguna moral. NO ES UN PRINCIPIO, SINO UN MÉTODO; una especie de aparato fotográfico que da la imagen de la opinión. Lo que cuenta es la Opinión.

En su carta a los cardenales franceses, que reforzaba en cierta manera la encíclica En medio de las solicitudes, León XIII tres meses más tarde, reafirmaba que los católicos debían "aceptar sin reserva, con la perfecta lealtad que conviene al cristiano, el poder civil en la forma en que DE HECHO existe", porque cuando en una sociedad, "existe un poder constituido y en acción, el interés común se encuentra ligado a ese poder y se debe, por esta razón, aceptarlo TAL COMO ES… Aceptad la República, es decir, el poder constituido y existente entre vosotros, respetadlo sedle sumisos, como representando el poder venido de Dios''.



¡La República del Gran Oriente representando el poder venido de Dios! Los franceses no daban crédito a lo que oían.

Pero León XIII se obstinaba, buscaba en la historia la justificación de su teoría:

"Que pongan buen cuidado en reflexionar sobre ello —decía— si el poder político es siempre de Dios, no se deduce de ello que la designación divina afecte siempre y de forma inmediata los modos de transmisión de este poder, ni las formas contingentes que revista, ni las personas que sean objeto de él. La variedad misma de estos modos en las diversas naciones, evidencia el carácter humano de su origen".

¿Por qué no dejaba a los franceses la libertad de considerar qué instituciones les convenían? La intrusión de Roma en la política francesa ha sido desastrosa y ni la Iglesia, ni el país, han sacado nada bueno de ella.

La política de León XIII fue un fracaso total. De 575 diputados, en las elecciones que siguieron a la orden dada a los católicos de adherirse a la República, no fueron elegidos más que 35 de los "ralliés" y los dos que más garantizaban las miras políticas de León XIII, Albert de Mun y Jacques Piou, fueron derrotados.

Entonces comenzó la larga espera de "unas buenas elecciones". Habían sido vencidos, pero la próxima vez ganarían. La derecha, corrompida lentamente durante esta interminable espera, decepcionada siempre, comenzaba a derrumbarse. Un inmenso escepticismo, una repugnancia profunda aquejaba a unos hombres a los que se había dicho bruscamente que la legitimidad no existía, que los juramentos no contaban, que las ideas eran intercambiables, relativas. La izquierda no cesaba de triunfar PORQUE CAMINABA EN EL SENTIDO DE SUS PRINCIPIOS. Las Logias se complacían en humillar a los "ralliés" haciendo votar una legislación cada vez más antirreligiosa, expulsando a los monjes, laicizando la Escuela en donde iban a formar la nueva juventud, en fin, separando oficialmente el Estado de la Iglesia.

A un senador de derechas que había pedido que, por lo menos, se tuviese la delicadeza de modificar la denominación de la ley de SEPARACIÓN y que se la llamase:

“ley de las nuevas relaciones de la Iglesia y del Estado”, se le respondió —y con razón — que al no reconocer el Estado a la Iglesia, ya no había Poder Eclesiástico, ni por lo tanto, relaciones que mantener con él.

El Garde des Sceaux – ministro de justicia o canciller mayor de Francia -, M. Darlan, declaraba al Senado:

“Señores, ¿es que la actitud del Papa ha tenido alguna influencia sobre nuestras doctrinas, nuestros actos? Este Jefe ¿ha conseguido cambiar algo en nuestra conducta? ¿Se ha ablandado nuestra entereza? ¿Hemos abandonado algunos de nuestros principios?... No dejaremos periclitar en nuestras manos ninguna de las leyes que el Parlamento ha dado al País”.

“En política, como en la guerra —declaraba el F. Doumer—, la pacificación sólo es aceptable cuando el enemigo está vencido, aniquilado, sin posibilidad y sin esperanza de desquite, cuando los jefes han sido heridos, han caído o han desaparecido”.



Georges Clémenceau.

Clémenceau advertía a los “ralliés”:

“Me dicen que quieren separar la Iglesia de los partidos hostiles a la República y que harán entrar al país en el seno republicano. Es una empresa por encima de sus fuerzas, por encima de las fuerzas humanas PORQUE LOS DOS ELEMENTOS QUE QUIEREN JUNTAR SE EXCLUYEN”.

Y cuando los “ralliés”, como prueba de su vinculación a la Republica, hayan favorecido la elección a la presidencia de la Cámara de diputados del republicano Casimir Périer, fue para oír declarar a éste:



Jean Casimir Périer, presidente de la República: diciembre1893 - 30 mayo 1894.

“El ejército republicano no acepta y no acoge más que a lo que se alistan como soldados; ni la guardia de la ciudadela, ni el honor de la bandera los confía a quienes ayer lo combatían. No se pasa con el grado de general de un campo a otro. Pedir el precio de una conversión es hacer dudar de ella”.

¿Qué habían ganado los “ralliés”? Nada. Habían dividido a las fuerzas conservadoras y ni siquiera habían forzado las puertas de la República. Se los dejaba en el atrio y encima se burlaban de ellos.

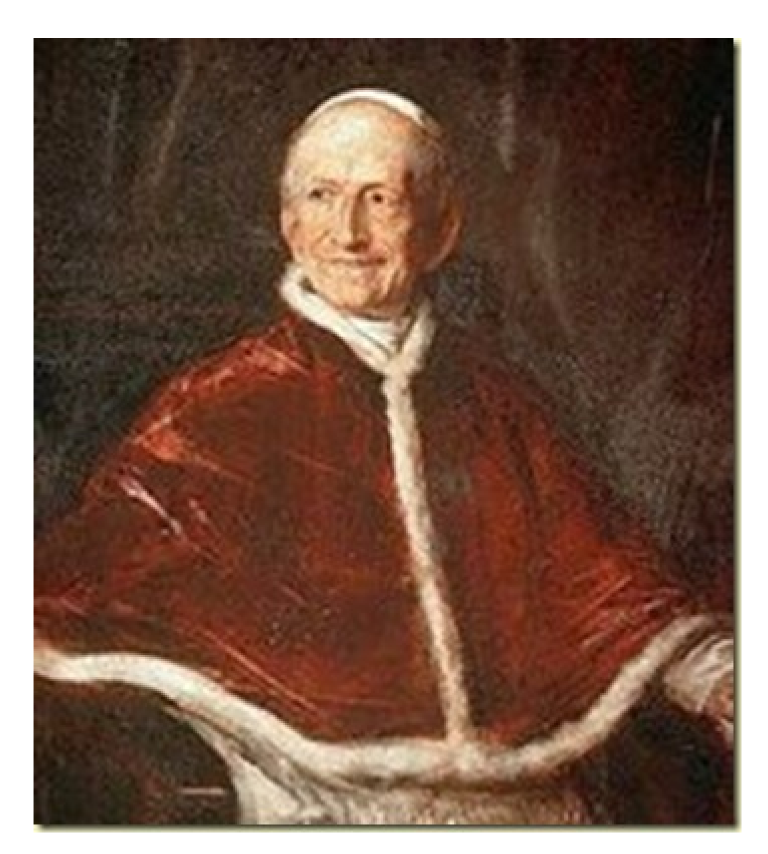
En una interviú concedida —entonces era una novedad— al Petit Journal, León XIII había sostenido la idea siguiente:

“Cada uno puede quedarse con sus preferencias; pero en el dominio de la acción, no hay más que el gobierno que Francia se ha dado. La República es una forma de

gobierno tan legítima como las demás".

Había una contradicción en estas palabras: si Francia se había dado este régimen, podía cambiarlo. Los monárquicos que no lo querían estaban tan en su derecho de querer derrocar la República, como los republicanos lo habían estado de derrocar la monarquía. En el fondo, sólo les faltaba triunfar para que León XIII, lógico consigo mismo, lanzara otra encíclica para imponer la adhesión a la monarquía.

Y lo hubiese hecho. Porque todo este asunto del "Ralliement" no era más que una intriga política.



Papa León XIII

En 1894, el barón de Montagnac contaba una conversación que había tenido con León XIII:

—Créame, señor barón —dijo el Santo Padre—, hágase republicano de una buena república. ¿Comprende? Quiero que todos los católicos, en tropel, penetren en la República ocupando puestos en ella.

—No puedo, Santo Padre —respondió el barón de Montagnac—, y no podré jamás abandonar la tradición que he recibido de los mío y que debo transmitir a mis herederos.

—Las tradiciones deben ceder, POR UN MOMENTO, ante el bien de la Iglesia. Las tradiciones LAS RECUPERARÁ después de rematada la obra, se lo aseguro. No comprende mi pensamiento. HAY QUE ABANDONAR LAS TRADICIONES POR EL MOMENTO, TAN SÓLO UN MOMENTO.

Y el Papa entusiasmado con su sueño se levantó, tomó con ambas manos al viejo soldado del altar y del trono y, acercándose a él, desveló sus intenciones:

"Usted y los otros se equivocan; no comprenden del todo mi pensamiento, no saben seguirlo hasta el fin. La adhesión a la República que tienen que hacer los

católicos ES SÓLO PROVISIONAL. La causa de que los católicos sean excluidos de todo, es que los creen monárquicos. CUANDO LOS CATÓLICOS HAYAN ENTRADO EN LA REPÚBLICA, LLEGARÁN A TODO, A LOS PUESTOS Y A LOS ESCAÑOS ELECTORALES Y ENTONCES SERÁN LOS DUEÑOS Y DERROCARÁN LA REPÚBLICA QUE SI QUIEREN REEMPLAZARÁN POR LA REALEZA. PUES CRÉAME, NADIE DESEA LA CAÍDA DE LA REPÚBLICA MÁS QUE YO".

León XIII había sostenido diálogos semejantes con Jacques Piou del que iba a hacer el jefe de los "ralliés":

—"Yo soy monárquico en el fondo del corazón, pero hay que resignarse a lo que sea necesario".

El Osservatore romano, en septiembre de 1893 confirmaba indirectamente las palabras de León XIII:

"El moderno derecho público —comentaba el periódico del Vaticano— ha confiado al pueblo el ejercicio de la soberanía y le ha hecho árbitro de sus destinos, por lo menos de palabra. Es pues muy natural que la Iglesia y el Papa deban DICTARLE las normas para el ejercicio de los nuevos derechos que le han sido confiados y de la autoridad social que se lo ha reconocido... No, no es el Papa quien lleva su acción al terreno político, es el derecho moderno el que ha desplazado el centro de la autoridad confiando ésta al pueblo y el Papa no hace más que ejercer, frente a él, la misión ejercida desde siempre y que es una parte esencial de su ministerio" .

Pero la democracia no puede dejarse DICTAR nada. Es ella la que dicta y quien no quiere aceptar la ley del Número, quien le fija NORMAS, actúa contra el principio mismo de la democracia.

En junio de 1892 el grupo realista de la Cámara votaba esta declaración:

"Como católicos, los realistas se inclinan con respeto ante la autoridad infalible del Santo Padre en materia de fe; como ciudadanos, reivindican el derecho que tienen todos los pueblos de pronunciarse libremente en las cuestiones que interesan al futuro y la grandeza de su país. La forma de gobierno es, por excelencia, una de estas cuestiones. Debe ser resuelto en Francia y entre franceses. Tal es la tradición nacional. La Santa Sede ha reconocido a todos los gobiernos desde el comienzo del siglo. Era una necesidad. Pero jamás ha pedido a los partidarios de los regímenes anteriores el olvido de su fidelidad y la renuncia a sus esperanzas".

Esto era la división irremediable de la Derecha; iba a ir a las elecciones en orden disperso. La presencia de un candidato "rallié" no conseguía más que dar oportunidades suplementarias a los candidatos de izquierdas. De esto es de lo que se dio cuenta M. Piou, jefe de los "ralliés", especie de "primer ministro de la política pontificia". La pena es que estas personas siempre se dan cuenta demasiado tarde de sus tonterías.

"Un partido católico —reconocía M. Piou— no puede ser un partido electoral en nuestro país... EN NUESTRAS LUCHAS POLÍTICAS NO ESTÁN COMPROMETIDOS MÁS QUE INTERESES RELIGIOSOS".

¡Qué fácil hubiese sido resolver este problema, complicado inútilmente por las consignas abusivas de León XIII! Sencillamente, los católicos podían haber sido invitados a votar únicamente por los candidatos que se comprometiesen a abolir la legislación antirreligiosa. Cada uno bajo su bandera, habría ido a defender los intereses nacionales, sin descuidar por ello los intereses religiosos. Incluso se hubiera producido una emulación entre los partidos interesados en atraer los votos católicos y esto, sin comprometer a la Iglesia con un régimen que además, le era fundamentalmente hostil.

Los "ralliés" fueron vencidos en 1893, vencidos en 1898, vencidos en 1902. Y también en 1906, en 1910, en 1914, hasta que su nombre mismo desaparece del vocabulario político. La República lo había arrastrado definitivamente sin ellos y contra

ellos.

A partir de entonces, vinieron las consecuencias.

Los espíritus entregados sin defensa a las más destructivas ideologías, se corrompieron, las costumbres se degradaron, la corrupción del Estado acompañó a la de la sociedad. No habiendo ningún principio que mantuviese unida a la comunidad, la noción misma de comunidad quedó borrada. Cada uno reivindicó para sí. Hubo clanes, partidos, grupos de presión. La opinión arrastrada por los periódicos y después por la radio y la televisión, fue una presa fácil para la plutocracia que tenía en sus manos estos medios de propaganda. La democracia derivó en plutocracia sin siquiera darse cuenta de ello.

Todos los cuerpos sociales fueron contaminados fácilmente y simultáneamente por una misma decadencia. El clero no escapó a ella, bebió los venenos del siglo y el mal se introdujo en la Iglesia. Los hombres de Iglesia, como los demás, comenzaron a decir las mismas palabras, a escuchar al siglo, en lugar de adoctrinarlo.

* * *

LA IGLESIA OCUPADA - CAPITULO IX

MONSIEUR PIOU

Cuántos hombres hoy día piensan llevar el mundo a una vida nueva, a una era mejor y lo conducen a su perdición.

BLANC DE SAINT-BONNET

No hay "gran" liberal que no sea un gran asno.

LÉON DAUDET, Le stupide XIXe siécle, p. 49

Hay algo peor que la negación manifiesta, es el complaciente abandono de los principios, es el lento deslizamiento con aires de fidelidad.

JACQUES PIOU

La Acción Liberal Popular — Monsieur Piou reclama un sitio en la República — Del peligro de jugar con las palabras — Los 20.000 votos — ¿Vox populi, vox Dei? — ¿Es Dios quien arranca los crucifijos? — El mal menor — El complaciente abandono de los principios.

La expresión política del “Ralliement” se tradujo en un movimiento dirigido por M. Jacques Piou: L’ACTION LIBÉRALE POPULAIRE. La gran idea de M. Piou es que, “al no ser ya atacada la República, va a romperse el único y casi indestructible lazo que une a los republicanos. Al romper con los revolucionarios los hombres de orden, se formará un gran partido moderado”. Para esto, M. Piou está dispuesto a todas las concesiones doctrinales. Publica en la Revue des Deux Mondes de 15 de junio de 1897 una especie de manifiesto:

“La evolución democrática —escribe— es la característica de este siglo. Cualquiera que sea el futuro, el presente pertenece a las ambiciones del pueblo que en todas partes se levanta y domina aquí y allá. Estas ambiciones, a veces son desordenadas en sus manifestaciones pero, ¿cómo negar que no sean legítimas en su base?

“Vienen, en descendencia directa, del mismo cristianismo. Las ideas de LIBERTAD, de IGUALDAD, de FRATERNIDAD, que las revoluciones llaman su conquista, no han sido traídas al mundo por ellas. No datan de un siglo, Sino de dieciocho siglos. Jamás ninguna sociedad civil realizará mejor el ideal democrático que la sociedad religiosa fundada por Jesucristo."

“Queríamos aplicar a la política la igualdad ‘que el Evangelio concede a los cristianos’, escribió en su testamento un jacobino más clarividente ante la muerte que durante su vida. ‘Sin el dogma de la igualdad de las almas en el cielo, dijo a su vez Mazzini, no habríamos llegado jamás a proclamar el dogma de la igualdad de los hombres en la tierra’. “

Esto era histórica y doctrinalmente falso. La idea, bastante pobre tácticamente, era encerrar a los republicanos en la noción de libertad con el fin de reclamarla para la Iglesia. Uno se hacía liberal para reclamar un sitio en la República.

— 31 —

ANNEXE N° 2.

DÉCRET DU 16 MARS 1906

portant règlement d'administration publique pour l'exécution de la loi du 9 décembre 1905 sur la séparation des Églises et de l'État en ce qui concerne : 1° l'attribution des biens ; 2° les édifices des cultes ; 3° les associations cultuelles ; 4° la police des cultes.

LE PRÉSIDENT DE LA RÉPUBLIQUE FRANÇAISE,

Sur le rapport du Ministre de l'Instruction publique, des Beaux-Arts et des Cultes, du Ministre des Finances et du Ministre de l'Intérieur,

Vu la loi du 9 décembre 1905, concernant la séparation des Églises et de l'État, et notamment l'article 43, § 1er, ainsi conçu : « Un règlement d'administration publique, rendu dans les trois mois qui suivront la promulgation de la présente loi, déterminera les mesures propres à assurer son application » ;

Vu le décret du 29 décembre 1905, portant règlement d'administration publique relativement à l'inventaire prescrit par l'article 3 de la loi susvisée et spécialement l'article 10 ainsi conçu : « Les autres mesures propres à assurer l'application de la loi du 9 décembre 1905, notamment en ce qui concerne l'attribution des biens, seront déterminées par des règlements d'administration publique ultérieurs » ;

Vu le décret en date du 19 janvier 1906, portant règlement d'administration publique relativement aux pensions et allocations prévues par l'article 11 de la loi susvisée ;

Decreto de la separación Iglesia-estado.

A pesar de unas primeras desilusiones graves, al comienzo del siglo XX Jacques Piou cree todavía en la llamada al cuerpo electoral y su “Action Libérale Populaire”, que funda en 1901, “tiene por fin —dice—— defender en el terreno constitucional por todos los medios legales, y en particular por la propaganda electoral, las libertades públicas”.

Ya estamos en la inconsistencia del vocabulario electoral, de esas fórmulas preparadas para atraer al mayor número de gente posible y que acaban por no significar ya nada.

La vérité
sur le DANGER CLÉRICAL

Vive la République patriotique et sociale, et liberté égale pour tous !

LE GROUPEMENT RÉMOIS DES SOCIALISTES FRANÇAIS.

Mezcla de ideas para atraer gente... y grito final: "¡ Viva la República patriótica social, y libertad equitativa para todos !"

Por lo demás, ¿era honrado poner un movimiento católico bajo el signo del LIBERALISMO, cuando los Papas —comprendido León XIII no habían cesado de condenar el error liberal? Uno de los cardenales del círculo más íntimo de Pío X dirá más tarde: “Es como si se hubiese dicho, en otra época, la acción pelagiana o la acción jansenista. En efecto, el liberalismo es un error proscripto por la Iglesia. No en vano se toma su distintivo. Las grandes desgracias de este siglo han sido concebidas por formas de expresión de las que ciertos hombres temerarios creían que el equívoco era favorable a la buena causa, pero que inventadas y extendidas por sus enemigos, acababan por hacer aceptar, con el nombre, lo que realmente significaban”.
Se empieza por jugar con las palabras, con la apariencia que —se cree— agrada

a la opinión pública, pero una vez situados en el terreno electoral somos esclavos de ellas. Cada palabra, cada objetivo se pesa no por su significación real, sino por su peso electoral.

Jacques Piou percibe pronto el peligro:

"Se pretende —reconoce— que invocar como principio esencial la libertad, es favorecer la libertad del mal; es testimoniar una detestable indiferencia respecto a toda doctrina y poner en un pie de igualdad, la verdad y el error. ¿Pero por qué? Nos remitimos a los términos mismos formulados por Santo Tomás de Aquino: 'La libertad es el poder de hacer el bien, como el entendimiento es la facultad de conocer la verdad. La posibilidad de hacer el mal no está en la esencia de la libertad, ni la posibilidad de equivocarse está en la esencia del entendimiento; como la posibilidad de estar enfermo no está en la esencia de la salud' ".

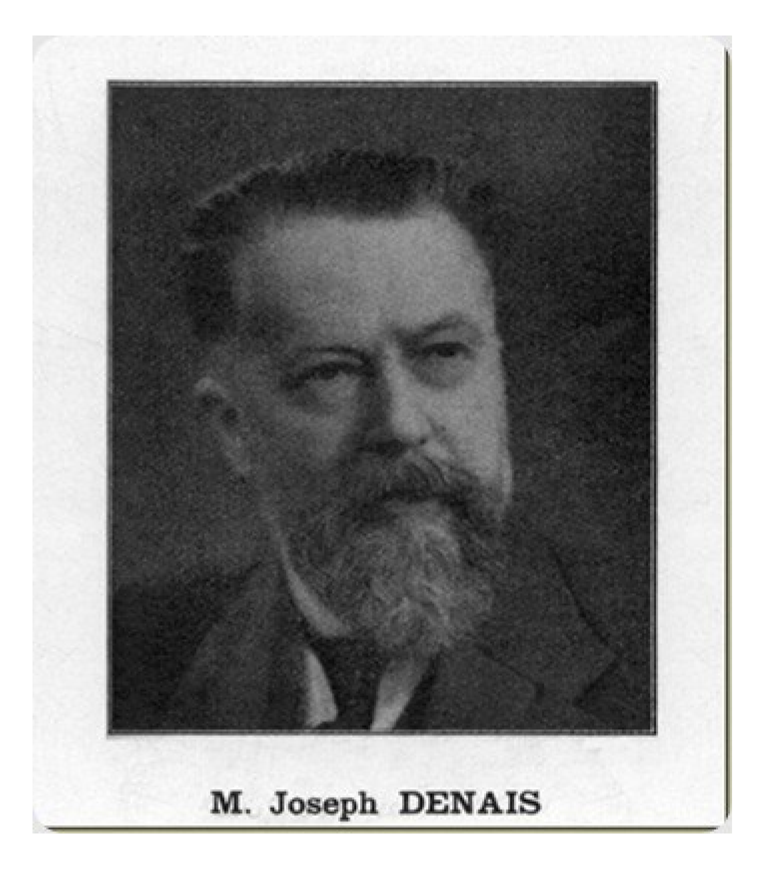
Pero ¡ay!, las sutilezas filosóficas no tienen sitio en política: fundamentar una sociedad sobre la libertad ilimitada de opinión y de acción, es entregarla sin control a las más fuertes pasiones. No es, en absoluto, darle "el poder de hacer el bien. Cuando los equipos 'del mal' están instalados en el poder por el libre juego de las instituciones democráticas, su primera preocupación es precisamente impedir a este 'poder' que haga el bien".

Este liberalismo de dirección única caía en el ridículo. Basta releer hoy ese pobre "Himno de la Acción Liberal Popular" que se entonaba a modo de canto en los mítines de Piou y en el cual la poesía es tan mediocre como el pensamiento. Lo cito, porque resume toda una época, como los corsés y el sombrero hongo:

Somos de acción liberal
Queremos vivir en libertad
Sí o no, a voluntad.
La Libertad es nuestra gloria
Gritemos: "¡Viva la Libertad!"
Queremos creer o no creer.
Refrán
Aclamemos la acción liberal
liberal, liberal

que la ley para todos sea igual,
sea igual.
Viva la acción liberal de Piou.

Respecto a la libertad, Piou y sus liberales iban a ver a los electores llevar al poder al F. Combes que debía desencadenar la persecución religiosa, cerrar los conventos, expulsar a los religiosos, confiscar las iglesias. La dictadura de la Masonería es total y del Gran Oriente de París con todos los recursos del poder, va a extender su acción a toda la Europa católica: en Italia, en España, en Portugal, se continuará esta infiltración visible por el canal de las logias y de la prensa cuyos órganos adoptan los mismos títulos: Le Progrés, Le Libéral, La Lanterne, La Marsellaise, Le Siécle, etc... Una segunda ola de jacobinismo se extiende por Europa.


M. Joseph DENAIS

"En 1902 —escribe M. Joseph Denais en su estudio sobre Jacques Piou— todo podía cambiarse con un desplazamiento de 200.000 votos". Por cerca de 200.000 votos, fue enseñado a los niños de Francia que Dios no existía.
Ante esta persecución, Piou se lamenta:

“La facilidad con la que se comete el atentado (se trata de la denuncia del Concordato), la impunidad que puede cubrirlo, sacan a la luz el vicio radical de las instituciones que nos rigen. Se las proclama liberales y son excelentes armas para lo arbitrario”.

Error. Las instituciones de la III República eran perfectamente liberales. Cada uno había acudido a la Ley del Número. El Número se había declarado contra M. Piou. Ya no había nada que decir.

Entonces, sutilizaba así:

“Se nos ha dicho —escribía— que tenemos una Constitución; de hecho, no tenemos sino la mitad de una. Una Constitución no es un simple conjunto de leyes que regulan la forma del gobierno y las relaciones de los poderes públicos; ES TAMBIÉN UN CONJUNTO DE GARANTÍAS QUE PROTEGEN, CONTRA LOS PODERES ANÓNIMOS DE LA MAYORÍA, EL DERECHO NATURAL Y LAS LIBERTADES ESENCIALES DE LOS CIUDADANOS”.

También ahí M. Piou se equivocaba. Estas “mayorías anónimas” son el mismo fundamento de la Democracia y ésta no tiene otro. No puede tener otro. J. J. Rousseau lo había dicho: “No puede haber ley fundamental, ni siquiera para el Contrato social”. Si M. Piou bautiza “mayoría anónima” a la voluntad del cuerpo electoral cuando aquélla se manifiesta contra sus ideas, es un mal demócrata.

Entonces, ¿qué es? No es más que un pobre hombre que ha jugado con palabras de moda que le han estallado en sus narices como un petardo de carnaval.

El 12 de octubre de 1905, debe reconocer que:

“La Francmasonería es la que inspira todo, dirige todo; es ella la que elige presidente, ministros, senadores, diputados; es ella la que vigila a los funcionarios, espía al ejército, manda arrancar los crucifijos de las paredes de las escuelas y de los ayuntamientos, proscribir a los religiosos, confiscar sus bienes, cerrar las escuelas libres, perseguir a los católicos”.

A TOUTES LES FRANÇAISES

Femmes Françaises,

Plus d'une fois, depuis quatorze cents ans que la France existe, elle a été sur le point de périr, soit par l'invasion des armées barbares, soit par les efforts des ennemis intérieurs. . . . . .

Souvent, dans ces périls extrêmes, une femme fut suscitée pour la sauver :

CLOTILDE, femme de CLOVIS, fondateur du pays de France ;

GENEVIÈVE, sainte bergère, qui sauva Paris de l'armée barbare d'Attila ;

JEANNE D'ARC, humble paysanne, qui délivra la France du joug des Anglais.

La France touche à une de ces crises terribles où il semble qu'elle va périr. *Les Femmes de France peuvent encore la sauver.* **Le voudront-elles ?**

25.000 francs-maçons ont fait de nous un peuple d'esclaves.

Depuis 20 ans, ils s'acharnent contre nos libertés. Ils les prennent une à une. Ils ont juré de les prendre toutes, et, comme ils le disent, « d'emporter le morceau », de sorte qu'à l'avenir « personne ne bouge en France sans leur permission ».

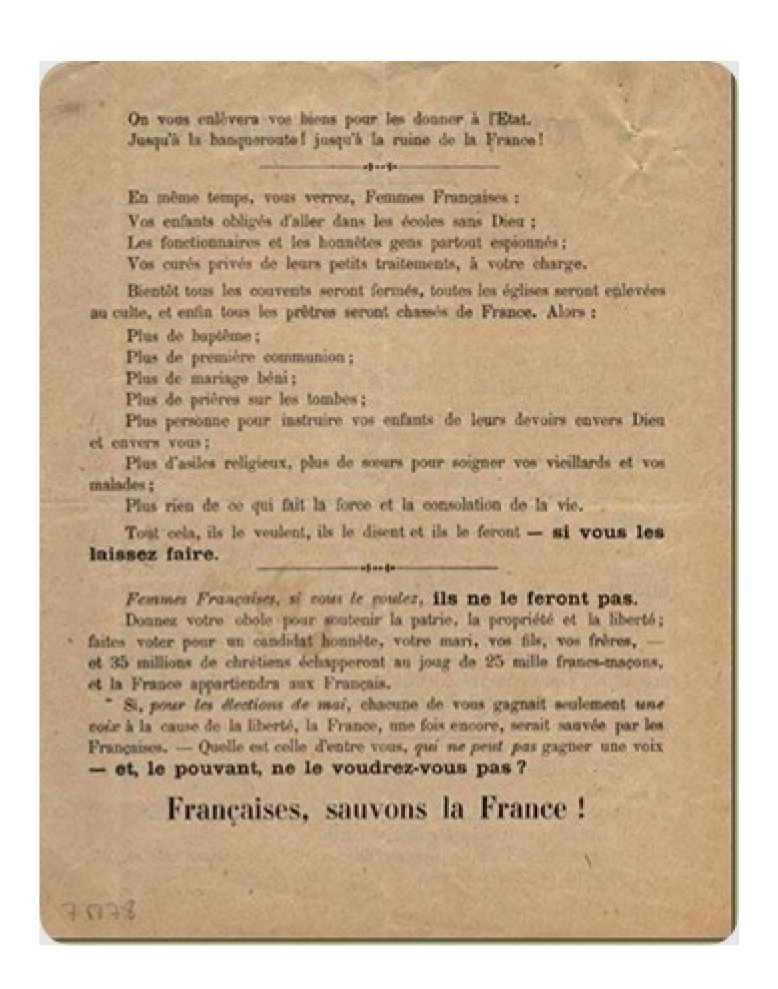
Si les élections du mois de mai en font encore nos maîtres, c'en est fait de la France.

On obligera les ouvriers à faire des grèves, même malgré eux.

On augmentera vos impôts déjà si lourds.

On vous empêchera de disposer de vos récoltes, *comme cela se fait déjà pour les bouilleurs de cru.*

T. S. V. P.



On vous enlèvera vos biens pour les donner à l'Etat.
Jusqu'à la banqueroute! jusqu'à la ruine de la France!

En même temps, vous verrez, Femmes Françaises :
Vos enfants obligés d'aller dans les écoles sans Dieu ;
Les fonctionnaires et les honnêtes gens partout espionnés ;
Vos curés privés de leurs petits traitements, à votre charge.

Bientôt tous les couvents seront fermés, toutes les églises seront enlevées au culte, et enfin tous les prêtres seront chassés de France. Alors :

Plus de baptême ;
Plus de première communion ;
Plus de mariage béni ;
Plus de prières sur les tombes ;
Plus personne pour instruire vos enfants de leurs devoirs envers Dieu et envers vous ;
Plus d'asiles religieux, plus de sœurs pour soigner vos vieillards et vos malades ;
Plus rien de ce qui fait la force et la consolation de la vie.

Tout cela, ils le veulent, ils le disent et ils le *feront* — **si vous les laissez faire.**

Femmes Françaises, si vous le voulez, **ils ne le feront pas.**

Donnez votre obole pour soutenir la patrie, la propriété et la liberté ; faites voter pour un candidat honnête, votre mari, vos fils, vos frères, — et 35 millions de chrétiens échapperont au joug de 25 mille francs-maçons, et la France appartiendra aux Français.

Si, *pour les élections de mai*, chacune de vous gagnait seulement *une voix* à la cause de la liberté, la France, une fois encore, serait sauvée par les Françaises. — Quelle est celle d'entre vous, *qui ne peut pas* gagner une voix **— et, le pouvant, ne le voudrez-vous pas ?**

Françaises, sauvons la France !

Interesante carta dirigida a los votantes, frente a las elecciones de 1902, advirtiendo sobre los peligros de la República, ocupada por masones.

Todo esto es verdad, pero el Número lo aplaude. ¿Entonces? ¿Vox populi, vox Dei? ¿Es Dios el que ordena arrancar los crucifijos?
Es el callejón sin salida dialéctico.
En diciembre de 1910, M. Piou juzgará con severidad la política que ha seguido, la que él ha creído que era el “mal menor”.
“El mal menor —dirá— ¡nos matará! El mal menor puede ser el peor de los males. El peor de los males es el abandono, la abdicación, la complacencia hacia los malos. Hay algo peor que la negación manifiesta, es EL ABANDONO COMPLACIENTE DE LOS PRINCIPIOS, es el lento deslizamiento con aires de fidelidad”
El 10 de julio de 1914, no hay más que 23 diputados de l’Action Libérale Populaire. Antes del “Ralliement”, había 200 diputados de la Unión Conservadora.

***

LA IGLESIA OCUPADA – CAPITULO X

DESCIENDEN HACIA LA LLANURA...

"¿No sería mejor que pidiesen a la humanidad

que se adaptase a la Iglesia?"
ARTHUR LoTH, La Vérité, 5 de junio de 1896

"¡El cisma! ¡el cisma! todo lo anuncia."
ÉMILE ZOLA

"¿El siglo? ¿dónde habita? ¿dónde se le encuentra?"
LOUIS DELSART
La Vérité, 11 de agosto de 1894

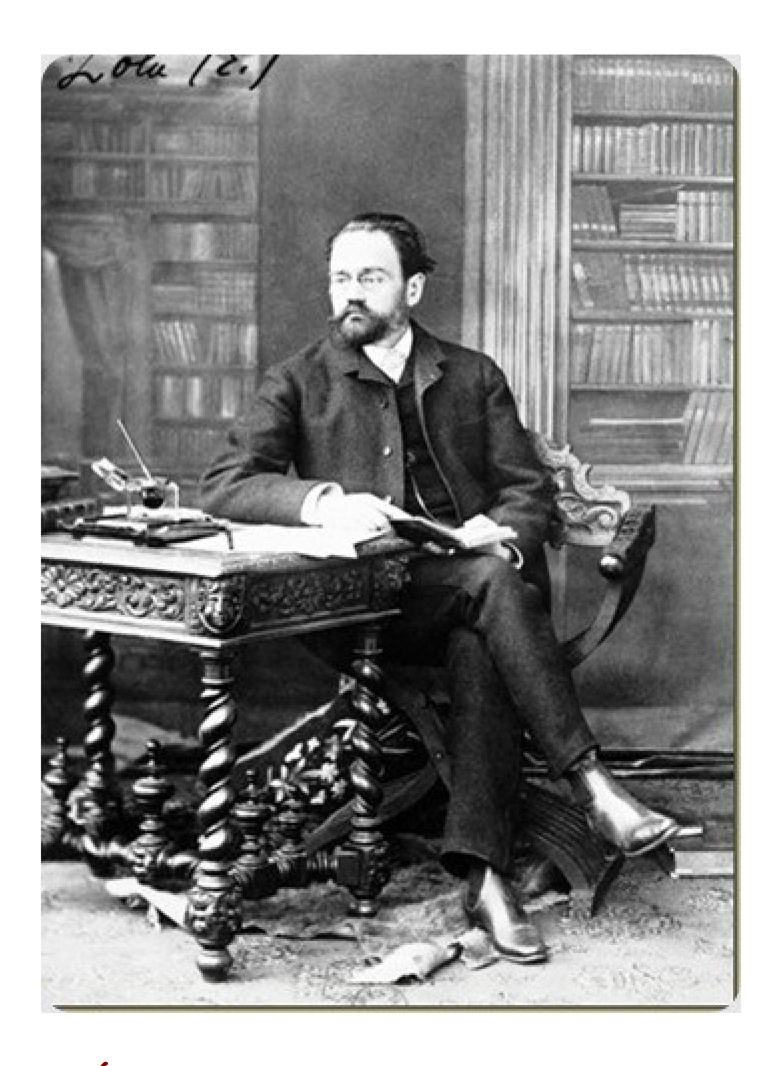
* * *

M. Emile Zola en Roma — Del Papa nada me es ajeno — París — "La mayor parte de la cosecha será para nosotros" — "No es la Iglesia la que debe cambiar, es el mundo" — ¿Hacia el cisma? — "M. Zola quiere que el siglo sea suyo".

* * *

En el verano de 1894, M. Emile Zola, hizo un viaje a Roma que provocó algunos comentarios. Zola, de quien los libros Roma y Lourdes acababan de ser puestos en el Indice, multiplicaba las declaraciones, entre las cuales la más incongruente sin duda era ésta: "Voy a decidir si la vuelta al Evangelio podría asegurar la tranquilidad del alma, la paz social. Es el punto capital de mi obra" El inquieto escritor naturalista incluso hizo correr la voz de que sería recibido

por el Papa, pero León XIII hizo saber que era inútil solicitar una audiencia y hasta dio consignas para que M. Zola no pudiese deslizarse entre la multitud de una audiencia pública. El escritor tuvo más suerte con el rey que se apresuró a recibirle, para provocar al prisionero del Vaticano.



Émile Zola, naturalista y escritor.

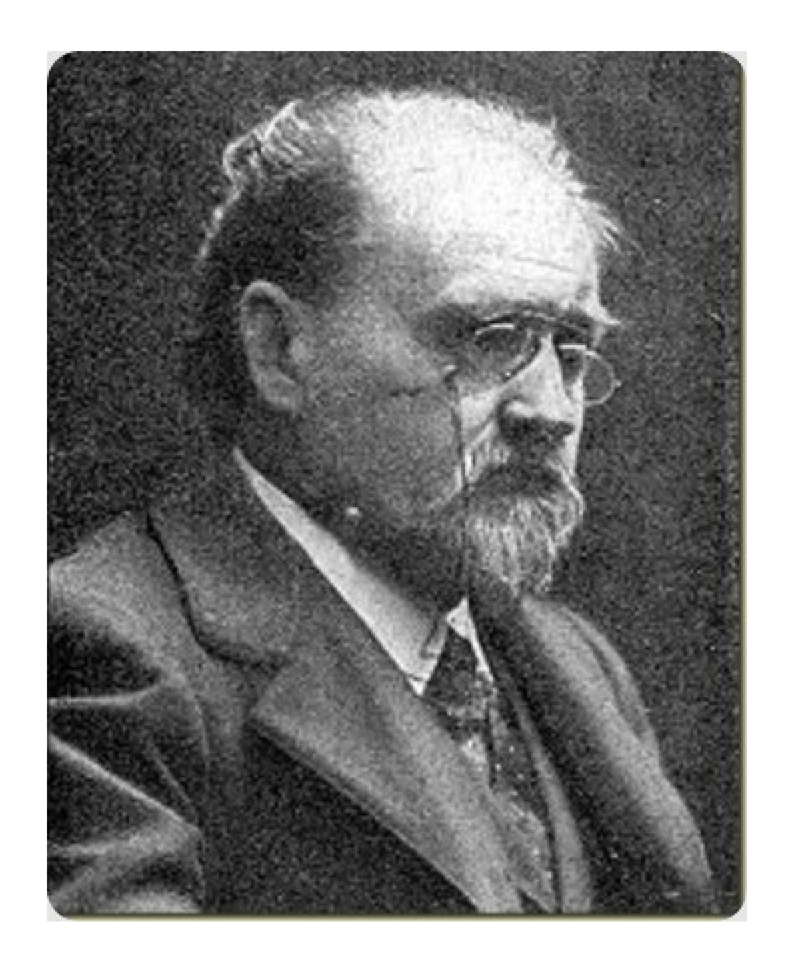
A Zola le humilló mucho el rechazo de León XIII y expuso su encono en Le Temps:

“Ciertamente —decía— me hubiera gustado ver al Papa, pero era para mí un formulismo, una especie de consagración pública de mi encuesta sobre el Vaticano. Evidentemente, esto no era indispensable, pues es probable que el Papa no me hubiera enseñado nada, ni de él, ni del mundo que le rodea. Mientras que el mundo que le rodea, me ha enseñado todo lo que he querido acerca del Papa (...) con paciencia, habilidad y propinas oportunas, uno se informa siempre y en todas partes. Yo sé muy bien cómo vive el Papa, cómo se levanta y cómo se acuesta, cómo es y cómo actúa y todo sin haberlo visto; no soy ajeno a nada de lo que al Papa concierne.

La obra de Zola apareció al año siguiente con el nombre de París. Su ambición era interpretar la fantástica empresa con la que soñaban los “innovadores” en este final del siglo XIX. Presentaba al protagonista, el P. Pierre Froment, un joven sacerdote ganado por las nuevas ideas, meditando sobre una conversación que había tenido en Roma con un cardenal:

“Ahí encontraba el ideal de un Papa demócrata, abandonando a las comprometidas monarquías y esforzándose en conquistar al pueblo. Puesto que se había derribado al César, ¿no podía el Papa realizar la ambición secular, de ser emperador y pontífice, el Dios soberano y universal? Era el sueño que él mismo, en su humanitaria ingenuidad de apóstol se había hecho otras veces al escribir su Nueva Roma, y del que le había curado tan duramente la Roma verdadera (...) la Iglesia acercándose a la ciencia, a las democracias, a las repúblicas, CONVENCIDA DE QUE LAS DEVORARÁ SI LE DAN TIEMPO PARA ELLO.

Pero, he aquí, que “toda una evolución sorda comenzaba en las sacristías, corrían órdenes venidas de Roma, se trataba de adherirse al nuevo gobierno y de absorberlo, invadiéndolo”.



Émile Zola, soñaba con un Papa demócrata.

Zola apenas exagera. Es difícil de imaginar hoy el entusiasmo que levantaba este sueño de un Papa demócrata emperador y pontífice. Pero Zola irónico señalaba:

“En esta áspera lucha de ambiciones entre diplomáticos, el obispo se servía del ministro que creía tener interés en apoyarse en el obispo. ¿Y CUÁL DE LOS DOS ACABARÍA POR COMERSE AL OTRO? ¡Y cuál sería el papel de la religión, arma electoral, apoyo de votos en las mayorías, razón decisiva y secreta para obtener o conservar una cartera! La caridad divina estaba ausente, la amargura inundó el corazón de Pierre con el recuerdo de la muerte

reciente del cardenal Bergerot, el último de los grandes santos, de las almas puras del episcopado francés donde en lo sucesivo parece ya no haber más QUE INCRÉDULOS Y NECIOS”.

Precisamente eran “los incrédulos y los necios” mitrados con los que contaba la Francmasonería para infiltrar sus ideas en el clero. Un alto dignatario de las Logias belgas, el senador Magnette, lo proclamaba abiertamente:

“Existe un medio que conseguirá mucho más rápidamente la infiltración de las ideas modernas, es el desarrollo de la democracia cristiana (...). La democracia cristiana será la cuña que ensanchará la abertura por donde penetrarán nuestras ideas en el denso bloque de las masas rurales y católicas.



La democracia cristiana, cuña utilizada por los masones para infiltrarse en las ideas católicas. En la foto: Ozanam, fundador de la democracia cristiana.

“Los ambientes que nos son obstinadamente hostiles y cerrados les son, por el contrario, de fácil acceso (a los demócratas cristianos), y la acogida, a veces marcada de salvajismo, que pueden esperar nuestros propagandistas, se hace para ellos acogedora y simpática. Ellos educan a esta masa inaccesible (…). Siembran, PERO LA MAYOR PARTE DE LA COSECHA SERÁ PARA NOSOTROS. ¡Dejémosles pues sembrar!”

“Tratemos bien a la democracia cristiana y favorezcámosla. No está en la vanguardia de nuestro ejército, se la puede comparar de alguna manera a los guerrilleros que exploran y dan a conocer un país antes de que pueda ser COLONIZADO Y EXPLOTADO”.

Como cinismo no hay nada mejor, pero los curas modernistas se obstinan en sembrar para los francmasones.

Zola había llevado a su héroe junto al Papa al que no había conseguido ver él mismo, pero del cuál sabía cómo se levantaba y cómo se acostaba, y el abate Froment preguntaba a León XIII si no tendría compasión “de esa multitud que busca vagamente la idea religiosa pero que ya no quiere creer con una fe completa; si a esa multitud, a la que estos nuevos profetas declaran liberada para siempre de la antigua sumisión a los dogmas, la Iglesia se aviniera a no predicarle más que el Evangelio de la fraternidad y de la justicia social, el Evangelio de la primitiva comunidad cristiana; ¿y si Roma, donde el Papa habla, consintiese este inmenso cambio no sería un inmenso beneficio para los pueblos?“.

No, respondía Zola en su libro, el catolicismo no puede ser la religión de la democracia, Roma no puede cambiar.

Sí y no, alegaba el abate Charbonnel quien algunos años más tarde abandonaría la Iglesia. La Iglesia no cambiará sus dogmas, pero en el plano social cambiará, ha cambiado ya. Y, lleno de un cómico respeto por M. Zola, el abate Charbonnel escribía en L'Eclair:

"Que si pretende, maestro, que la Iglesia vinculada a la tradición, encadenada por el dogma, tiene por primera y principal preocupación precisamente someter los espíritus a la fe íntegra, a las fórmulas literales y no dejar a la humanidad sacar del Evangelio el beneficio divino de las aspiraciones morales y de los sentimientos de solidaridad fraterna, sin haber soportado la dominación de un dogmatismo absoluto, yo diré: 'SÍ, ESTO ES VERDAD EN UNA PARTE DE LA IGLESIA, PARA UNA TRIBU DE VIEJOS MAYORDOMOS AUTORITARIOS que ponen todo el ideal del catolicismo en una credulidad pasiva y servil: PERO ESTO NO ES VERDAD EN TODA LA IGLESIA'.

"El liberalismo de algunos en la Iglesia, más jóvenes y más generosos, consiste en mirar la fe con toda seguridad, como el término supremo del progreso de la conciencia religiosa y, sin embargo, en reconocer FUERA DE LA FE un sentimiento religioso, inquietudes religiosas, toda la irreductible ley del fenómeno místico cuyo valor e importancia morales son innegables. Estos no se instalan como potencias olímpicas, en la cima de los anatemas, este 'rey de los horrores', que en efecto espanta y hace huir. No: DESCIENDEN HACIA LA LLANURA; van entre la multitud, vuelven a encontrar en su alma restos de un cristianismo olvidado, un ardiente deseo de fraternidad universal, de piedad, de justicia".

El abate Charbonnel en pleno delirio anuncia entonces que estos “innovadores” RESUCITARÁN A CRISTO. Para esto, no hay más que “hacer callar por algún tiempo” a los de las definiciones dogmáticas “que chocarían demasiado violentamente con la razón, penetrada como está de diversas filosofías”. Habrá que abstenerse de querer “imponer autoridad alguna a las almas, de ahora en adelante, apasionadas por la libertad”. Y el abate Charbonnel asegura a Zola: “verá que el grupo de aquéllos (los innovadores) irá fortaleciéndose y aumentando en número y en valentía. Libros tales como el suyo, maestro, ayudarán a ello por la discusión de estos altos y graves problemas, incluso aunque tengamos que protestar de algunas ideas emitidas. . .

El artículo del abate Charbonnel tuvo cierta repercusión y M. Arthur Loth, en La Vérité, hacía observar que tales afirmaciones revelaban “un estado de espíritu más general de lo que hoy se podría creer, HASTA EN LAS FILAS DEL CLERO.

“No faltan hoy celosos defensores de la sociedad moderna que sueñan con un cristianismo nuevo, con un cristianismo vago, sentimental, CASI SIN DOGMA Y SIN CULTO, acomodado a la apatía intelectual y moral de generaciones que ya no tienen ni la fuerza ni la Voluntad de creer. Con el pretexto de levantar a una sociedad decadente que inconscientemente se vuelve hacia el cristianismo, después de haberlo eliminado de su vida desde hace un siglo, nos proponen darle una religión sin fe, UNA RELIGIÓN A LA MEDIDA DE SU ESCEPTICISMO Y DE SU INDIFERENCIA.

“Querer una religión empequeñecida, disminuida y más humana que divina, no es ni remediar el mal presente, ni responder a las necesidades del futuro (. . .) y hay que tener cuidado con el EVANGELIO DEMOCRÁTICO Se lo predica mucho ahora, ‘pero’ la sociedad moderna, la democracia si se

quiere, necesita el EVANGELIO ÍNTEGRO, el cristianismo pleno y total. El cristianismo lleva en sí una doctrina divina; ES DE TODOS LOS TIEMPOS Y PARA TODOS LOS HOMBRES. Desde hace tres cuartos de siglo se habla de transformar el cristianismo Desde Lamennais han surgido toda clase de apóstoles de los nuevos tiempos y de reformadores, QUE HAN PEDIDO A LA IGLESIA QUE CAMINE CON LA HUMANIDAD, que se renueve con la renovación de la civilización, que se conforme al progrese de los tiempos que se reconcilie en fin con la sociedad moderna. ¿POR QUÉ NO HAN PEDIDO A LA HUMANIDAD QUE SE VUELVA A ADAPTAR A LA IGLESIA, a la civilización que se conforme con sus enseñanzas, a la sociedad moderna que se reconcilie con el cristianismo? HE AHÍ EL VERDADERO APOSTOLADO para las generaciones que sufren sobre todo por haber perdido la fe y además, con una sociedad que se desintegra y derrumba por todas partes PORQUE YA NO TIENE BASE RELIGIOSA.

"NO ES LA IGLESIA LA QUE DEBE CAMBIAR, ES EL MUNDO. La imposibilidad en que se encuentran todos los sistemas Políticos y filosóficos de proporcionar el medio de rehacer una Sociedad estable y mejor, ¿no sería la ocasión más favorable para recoger la tesis íntegra del Evangelio?"

Podéis pensar que si ordeno estas páginas olvidadas, no es sin segunda intención. En primer lugar desearía que el lector tuviese una idea clara sobre el engaño de los "innovadores" de finales del siglo XX. No hacen más que volver a tomar viejas teorías en las cuales M. Arthur Loth, en 1895, encontraba ya que tenían "tres cuartos de siglo", y estas teorías han sido formalmente condenadas por la Iglesia bajo el nombre de "modernismo"; servirse de ellas es tan extravagante como querer predicar el protestantismo o el pelagianismo a Pablo VI.

Zola mismo no creía que la Iglesia pudiese "ser ocupada" jamás por la secta modernista. Lo explicaba en Le Figaro del 2 de diciembre de 1895.

Veremos qué interesante es examinar cómo los hombres de fines del siglo XIX preveían la última parte del siglo XX.

“León XIII —escribía Zola— tiene conciencia del cisma amenazador, del cisma inminente que, fatalmente, tendrá que producirse un día. Ignoro si en el orgullo de su fe se ha confesado nunca a sí mismo su temor, que consciente o no, llevado detrás de los muros cerrados del Vaticano por todos los vientos del mundo moderno, este miedo del cisma está en él, explica por sí solo sus actos, su ardiente deseo de unidad. SU ADHESIÓN A LAS DEMOCRACIAS, SU INDULGENCIA CON LOS OBISPOS DEMOCRÁTICOS QUE SE HACEN ADORAR DE LAS MULTITUDES (alusión al obispo americano Ireland que predicaba un Parlamento de las Religiones).

“¡Oh! Agrupar todas las fuerzas cristianas en un solo ejército para resistir a la decisiva batalla que siente llegar; tener consigo al pueblo, al pueblo victorioso de los reyes, al pueblo que Jesús amaba, servirse de los nuevos apóstoles que surgen entre los humildes, reclamando la acción de la justicia que se avecina: sí, no hay otra táctica para la vieja Iglesia católica, apostólica y romana, si quiere vivir, regenerarse y someter por fin la tierra a su dominio.

“¡El cisma! ¡El cisma! Todo lo anuncia. Es inevitable, COMO YA LO HA SIDO UNA VEZ EN TIEMPOS DE LA REFORMA. Se le ve surgir de la tierra con las nuevas sociedades y tiene que crecer sobre las ruinas de todo lo que se desmoronan. Sin embargo, yo no creo que sea en Francia, nuestra tierra no es ya bastante nueva. Nuestro espíritu religioso es uno de los más rutinarios, de los más formalistas, de los más odiosamente estrechos que conozco. Aunque el abate Charbonnel sea puesto en entredicho dudo que se alce jamás a la talla de un Lutero.

“Pero allá en América, ¡qué tierra virgen y fecunda para la herejía

triunfante! ¡Qué fácil es imaginarse a un monseñor Ireland levantando un buen día el estandarte de la rebelión, haciéndose el apóstol de la nueva religión, UNA RELIGIÓN DESPRENDIDA DE LOS DOGMAS, MÁS HUMANA, LA RELIGIÓN QUE NUESTROS DEMÓCRATAS ESPERAN!



"Qué multitud apasionada arrastraría tras él, y qué grito de liberación universal! ¿Lo sabe León XIII? Para mí, lo repito, que por lo menos se estremece. Y LLEGARÁ EL DÍA EN QUE, DE CONCESIÓN EN CONCESIÓN, EL PAPA REINANTE SE ENCONTRARÁ REDUCIDO AL DOGMA. ESE DÍA NO PODRÁ IR MÁS LEJOS; será Roma, la eterna, con su masa enorme de tradiciones, sus siglos, sus ruinas, la que se convertirá en EL OBSTÁCULO INFRANQUEABLE. Incapaz de transformarse más, se derrumbará. Y si el

cristianismo brota otra vez, como las rosas de otoño, no volverá a florecer sino en una nueva tierra, menos saturada de historia”.

Confesad que cuando se leen hoy páginas como ésta, son para cortar la respiración.

Pero a finales del siglo XIX había todavía una prensa católica atenta a las maniobras del enemigo. Hubo reacciones: “¿El siglo? —preguntaba M. Louis del Sart, en La Vérité del 11 de agosto de 1894—. ¿Dónde habita? ¿Dónde se le encuentra? Imaginaos el apuro de los pobres hombres que reciben la misión de convertir al siglo. En los tiempos que corremos, se dan terribles batallas por esto; andan a la greña para hacerse con el siglo: Nosotros nos lo llevamos. —Se os escapa. —No. —Sí. —Es tan nuestro como vuestro...

“M. Zola quiere que el siglo sea suyo y hasta amenaza a los que piensan arrebatárselo”.

* * * * *

CAPITULO XI

LA DEMOCRACIA CRISTIANA

Cuando la insolencia del hombre ha rechazado a Dios obstinadamente, Dios le dice al fin:
“Hágase tu voluntad” y deja caer la última plaga. No es la peste, no es la muerte; es el hombre. Cuando el hombre es entregado al hombre, entonces se puede decir que conoce la ira de Dios.
LOUIS VEUILLOT

Tenemos un partido de innovadores que está inventando la Iglesia.
ARTHUR LOTH

La Vérité, 23 de septiembre de 1896
Los periódicos no deberían aparecer más que en blanco.
MONS. D'HULST

* * *

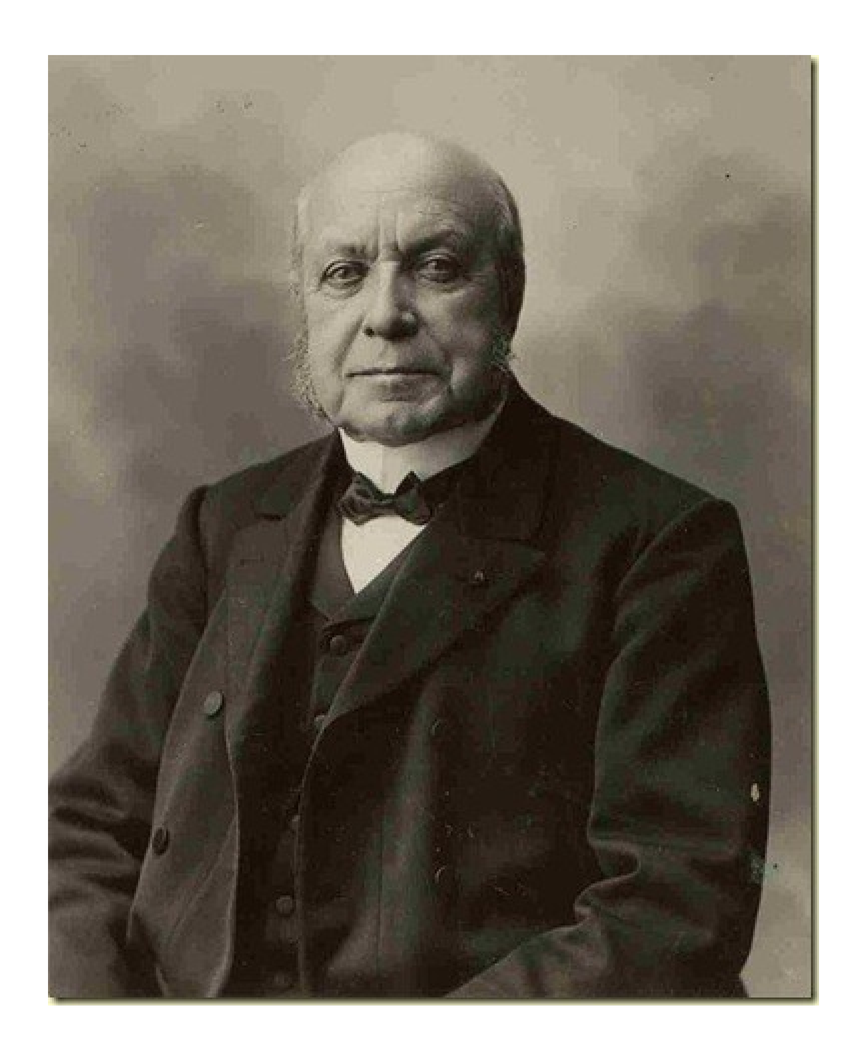
¿Qué perturbación es ésta? — ¿Democratizar a los católicos o cristianizar a los demócratas? — L'Etape de Paul Bourget — Abandono del orden corporativo — Las tres tendencias de la democracia cristiana — Un debate entre L'Univers y la Gazette de France — El becerro de oro — En todas las épocas hay personas que creen que todo comienza con ellos — Una sociedad de propaganda democrática — El padre Garnier — La ciudad dormida — León XIII reacciona — La palabra y la cosa.

¿Cuál es la perturbación que invade la Iglesia a finales del siglo XIX?
La Sociedad se organiza sobre bases que ya no son las bases cristianas. Las ideas de la Revolución de 1789 ganan al mundo. Ante tal situación, dos actitudes son posibles: resistir o adaptarse.
Resistir, quiere decir sostener las fuerzas políticas que tienen por objeto la restauración de la Sociedad sobre sus bases tradicionales; adaptarse, quiere decir buscar coexistir con principios opuestos.
Las ideas coexisten difícilmente. En estas situaciones siempre hay un vencido. La Iglesia, cuya doctrina servía de medida a la civilización occidental, era invitada a conciliar su doctrina con la de la Revolución.
Buscar un compromiso con el error, ¿no es, al mismo tiempo, comprometer la verdad? Y si uno sigue este camino ¿hasta dónde le llevará?

El compromiso político de los católicos tenía una importancia considerable. Literalmente podían modificar el “sentido de la historia”. ¿Iban a hacer frente resueltamente al sistema demoliberal, como Roma no había cesado de aconsejarles desde la Revolución, luchar por la restauración de un orden social, corporativo, jerarquizado, conforme a la Tradición, partiendo del principio de que lo que una propaganda había deshecho, otra propaganda podía restaurarlo? O bien, ¿iban a entrar en el sistema democrático liberal, aceptar no ser más que un elemento de él y no contar en los destinos del país más que por su peso electoral? Y, aún así, en el platillo de esta balanza electoral, donde aceptarían ver pesar la existencia o la no existencia de Dios, ¿qué programa, qué doctrina política social iban a poner?

* * *

Desde 1893, un patrón del norte, M. Léon Harmel convocaba cada año un Congreso Obrero Católico. El primero había reunido un centenar de participantes, el segundo seiscientos y se había decidido la creación de “Uniones Democráticas” departamentales.



M. Léon Harmel, reformista.

Fijemos desde ahora la corriente del pensamiento de la que va a salir la democracia cristiana: en primer lugar, en el plano de la estructura de la sociedad, Léon Harmel ha hecho triunfar la tendencia reformista contra la tendencia del sistema corporativo que preconizaba reformas de estructura. El principio de la sociedad capitalista liberal no se pone en duda.
En Lyon, en 1893, un grupo de jóvenes católicos lanza un semanario: *La France Libre,* que preconiza una democracia cristiana, por lo demás violentamente antisemita, su primer congreso fue preconizado por Edouard Drumont, autor de la *France juive.*
En 1897, ponen las bases de un "Consejo Nacional de la Democracia Cristiana" que dispone de numerosos diarios para difundir sus ideas: *La Croix, L'Univers, Le Peuple Français, La Justice Sociale, La France Libre.*

Albert de Mun captó todo el peligro de la organización en partido político de una fracción de los católicos:


Albert de Mun, intenta corregir el error en vano.

“Temo —escribía— que arrastrados por la acción política, por el ardor de las polémicas y la agitación de las necesidades públicas, perdáis un poco de vista lo que tendría que ser a mis ojos el principal objeto de vuestras preocupaciones, la organización profesional y las obras sociales (...) hacéis demasiada política”.

Esta lamentable orientación tomada a finales del siglo XIX, va a tener como consecuencia que la democracia cristiana hará mucho más por DEMOCRATIZAR a los católicos, que por CRISTIANIZAR A LOS DEMÓCRATAS.

Por la posición que han adoptado, los demócratas cristianos van a verse empujados a tomar con demasiada frecuencia “como adversario principal la antidemocracia de sus hermanos católicos”, singulares “convertidores”, pronto ganados para los mismos odios de sus aliados políticos.
El padre Paul Naudet había trazado las líneas generales del programa de la democracia cristiana con ocasión de un discurso pronunciado en Lieja el 6 de agosto de 1893:
“Desde el punto de vista político —declaró— los demócratas cristianos reclaman una organización normal del sufragio universal (...) el referéndum permitirá a la nación juzgar por sí misma y sin apelación, de sus más graves intereses”.
Los demócratas cristianos abandonaban la noción de un orden establecido por Dios para ligarse a un orden establecido por la ley del Número.


Paul Charles Joseph Bourget

En *L'Etape (La Etapa),* Paul Bourget, ha reflejado admirablemente este drama: Jean Monneron un incrédulo en vías de conversión choca con un sacerdote demócrata, el padre Chenut, que ve en el Evangelio el espíritu de la divisa republicana: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Monneron, que viene precisamente de este lado, le desengaña: él ve en el Evangelio otra divisa: Disciplina, Jerarquía, Caridad.
—"No hay contradicción entre los dos programas —dice el sacerdote.
—"Para usted no, Padre —respondió Jean—, porque Ud. admite la Iglesia, y por consiguiente el orden Romano que ella ha trasladado al orden espiritual pero, para los que no lo admiten, la primera de estas dos divisas es la anarquía. Peor, es la anarquía armada de principios".
Monneron hablaba con Pío IX que había establecido firmemente esta verdad política, moral y religiosa sobre Ia cual hay que sostenerse como sobre una

roca:
"No es cierto que la voluntad del pueblo, manifestada por la opinión pública o de cualquier otra manera, constituya la ley suprema, independiente de todo derecho divino o humano".
Monneron veía, como Louis Veuillot, la espantosa tiranía que se encuentra al final de esta aparente libertad:



Louis Veuillot, lo veía claro.

"Cuando la insolencia del hombre —decía Veuillot— ha rechazado obstinadamente a Dios, Dios le dice al fin:
'Hágase tu voluntad' y deja caer la última plaga. No es el hambre, no es la

peste, no es la muerte; es el hombre. Cuando el hombre es entregado al hombre, entonces se puede decir que conoce la ira de Dios”.
Al deslizamiento en el terreno político, preparado por la democracia cristiana, iba a corresponder un deslizamiento en el plano social. La democracia cristiana tiende a desprenderse de una concepción general de la sociedad y cae en el OBRERISMO. Se pierde de vista el conjunto para encerrarse en lo particular.
En 1893 tiene lugar el primer Congreso sindicalista cristiano en Reims. Esto era adoptar los métodos socialistas, pero sin poder quedarse en la lógica del sistema, y esta contradicción, que va a dominar el movimiento obrero cristiano, lo conducirá a aliarse con la dialéctica marxista, pues todo movimiento de clases tiende necesariamente a insertarse en una visión marxista del mundo.

La primera consecuencia de este Congreso de 1893 fue la de dar un duro golpe a los sindicatos mixtos pre-corporativos. Léon Harmel se ha pasado del lado del sindicato de clases. Leclerq funda uno de ellos entre los obreros metalúrgicos de Lille. Su periódico se llamará:
Le Peuple. Ya tenemos esta oposición entre “el pueblo” y ¿qué?, ¿la *élite?,* ¿los patronos’? Todavía no está definido, pero ya existe la promesa de un antagonismo.
Le Peuple se convertirá en el órgano de la Unión Democrática del Norte y el padre Six funda su revista:
la *Démocratie-chrétienne*. En los años 1894-95, surgen un poco por todas partes “Uniones Democráticas”. La idea es la de un partido obrero cristiano que se podría oponer al partido socialista. Idea generosa, pero se está en el terreno del adversario; los demócrata cristianos se han casado con el siglo y se han encontrado después en el lecho de la Revolución.
Desde sus primeros pasos, la democracia cristiana se encuentra repartida en tres tendencias:
Primero está la tendencia antiliberal, todavía fuertemente teñida de espíritu corporativo, que ha leído a Drumont y ha tomado conciencia del mecanismo de expoliación de la plutocracia. Es violentamente antisemita. Buen número

de sus partidarios se volverán a encontrar en la Ligue Antisémitique, y más tarde en L'Action Française.

La segunda tendencia, puramente caritativa, que expresa el verdadero pensamiento del Papa, acabará por perder toda influencia en provecho de la tercera tendencia, la de los demócratas obreros que se complacen en las alianzas con la izquierda y acabarán por triunfar, clasificando definitivamente el movimiento demócrata cristiano a la izquierda.
Algunos se inquietan por ello, como el padre Garnier que abandonará la política y lanzará la LIGUE DE L'EVANGELIQUE, lo que le valdrá esta curiosa observación de M. Vaussard en su *Histoire de la démocratie chrétienne (Historia de la democracia cristiana),* que el abate era "en el fondo, más clerical que demócrata".
Aceptando el liberalismo democrático, los demócrata cristianos se condenaban a aceptar la lucha de clases que nace necesariamente del enfrentamiento de intereses divergentes, libremente abandonados a proseguir su antagonismo, mientras que el sistema corporativo, lo evita fundando los diferentes intereses en el único, el de la profesión y, en el plano orgánico del Estado, basando el conjunto de los intereses profesionales en el interés nacional.
El sindicalismo democrático iba a reforzar las contradicciones internas de la sociedad democapitalista.

***

"No, realmente no —reconocerá el padre Dabry en 1904—, el Papa no había mandado ser republicano ni teórica, ni prácticamente. Había declarado y afirmado abiertamente que se podía serlo. Esto era un cambio enorme porque hasta entonces se había sostenido que república y catolicismo no concordaban" '.
Los curas demócratas de fines del siglo XIX se imaginaban ingenuamente que "la democracia es el fruto de la evolución histórica" y se alegraban de ello, pues les parecía conforme a la igualdad y la fraternidad evangélicas. "El

advenimiento de la democracia —declara el padre Gayraud—, considerado en sí mismo y abstracción hecha de las causas inmediatas que lo han traído, es el término de la evolución social comenzada en el mundo por la proclamación del dogma de la divina fraternidad".

En el plano social, se oponen a los social cristianos corporativistas como La Tour du Pin y de Mun, porque, nos lo dice M. Dansette —y esto es muy importante— "rechazan la jerarquía".



La idea democrática lleva consigo la negación de la idea de jerarquía y por eso mismo funda el poder en la masa indiferenciada. Así la Iglesia, en el momento en que comprueba que ha perdido el beneplácito de la mayoría del cuerpo electoral que envía regularmente a la Cámara de diputados mayorías anticlericales, juega su futuro con la democracia.

Si la democracia cristiana puede concebirse, es a partir de una sociedad cristiana en la cual la unidad de fe sería el fundamento del acuerdo entre los dirigentes; pero emprender la acción contraria, a partir de una sociedad hostil

a la concepción cristiana del mundo y someterse a la ley del Número es suicida.

León XIII tiene miedo. Ha querido romper la alianza secular del Trono y del Altar para atraerse a la República y he aquí que se deriva hacia una identificación de la Iglesia y de la Democracia. No es eso lo que quería. Lo dice en enero de 1901 en la encíclica *Graves de communi* donde se afana en retirar todo sentido político a la expresión democracia cristiana, para no dejarle más que el "de una beneficiosa acción religiosa en el pueblo".
Pero la moda entre el clero joven está por la democracia. La preparación de las elecciones, las campañas electorales permiten publicar periódicos, hacerse conocer. Se mezcla en ello una ingenua vanidad de sacerdote joven, feliz de tener un auditorio más amplio que en su homilía, aunque algo menos puro también, y así poder tratar de igual a igual con los obispos desde las columnas de su periódico. El padre Naudet tiene su *Justice Sociale,* el padre Davry su *Vie Catholique,* el padre Garnier su *Peu- ple Français*. Cuando al primero se le prohíbe su periódico por el obispo Périgueux, replica: "Un solo obispo es poco". El arzobispo de Rennes sigue el ejemplo del de Périgueux, el padre Naudet se enfada: "Monseñor, el arzobispo de Rennes ha creído acaso que se nos podía tratar como a pobres vicarios a quienes se habla desde arriba y a quienes obligan a inclinarse profundamente porque se tiene su destino entre las manos. Monseñor, el arzobispo de Rennes, se ha equivocado, no somos vicarios sin categoría".

Evidentemente, Roma debía intervenir y condenar a los padres Naudet y Davry; pero como sucede siempre en estas ocasiones, un movimiento había nacido, se había lanzado una idea que, por su novedad y hasta por su escándalo, iba a hacer vibrar a los seminaristas y a la juventud. La política del "Ralliement" —"sólo por un momento"— había desencadenado fuerzas insospechadas, había transformado la Iglesia, como decía *La Vérité Française,* en "sociedad de propaganda democrática".
Se comenzaban a oír extraños sermones en ciertas iglesias, tal como el que

dejó estupefactos a los fieles de la basílica del Sacré-Coeur, el 8 de mayo de 1894:
“Tú, Democracia, ¿escucharás a Lourdes, al Sagrado Corazón, a Juana misma que viene a invitarte a la consagración en nombre de Dios? Pero para que sea el Pueblo-rey de parte de Dios, hace falta que haya recibido de Dios la consagración de los reyes. Pero bien veo la corona sin heredero, como en tiempos del Delfín; busco sobre tu frente ¡oh Pueblo!, la unción del santo crisma, busco la consagración de los reyes y no la veo aún. Vamos, deprisa! Apresuremos el día de la consagración como Juana de Arco y, terminada la consagración, Francia será salvada. Mas, ¿cómo se puede consagrar a un pueblo? ¿Hay que convocarlo en Reims? No, la cabeza de un pueblo está en su capital; y su frente es este monumento que domina su cabeza... es la basílica del Sacré-Coeur... he aquí la frente de la Democracia francesa... el día de la consagración del Voto Nacional, ¡será el día de la consagración de la Democracia!“.

“He aquí —escribirá el cardenal Billot— un nuevo tipo de sacerdote, el sacerdote laico, despojado de su carácter divino, armonizando con el siglo su predicación, su enseñanza, su ministerio y su conducta”.
Cuando se examina hoy el fárrago de libros, de artículos y de discursos que han puesto frente a frente a los católicos en este fin del siglo XIX, en relación con la idea democrática, no podemos dejar de pensar que todo este papel, toda esta tinta, todo este talento hubiesen estado mejor empleados en la conversión de los pecadores.
Las divisiones fueron profundas, cada clan tuvo su prensa, sus autores. Ya no se podía decir: los católicos.
Había que precisar cuáles.



M. Eugène Veuillot: ¿Qué es la democracia?

"¿Qué es la democracia? —preguntaba M. Eugène Veuillot en *L'Univers—,* ¿es el desorden, la demagogia, el socialismo, el radicalismo, la revolución? No. No es necesariamente la República, es una forma de gobierno, una organización política donde el elemento popular, ACTUANDO SEGÚN UNAS REGLAS Y UNAS INSTITUCIONES DETERMINADAS, es preponderante y dispone en principio del poder".

A lo que el editorialista de la *Gazette de France* respondía: "El elemento popular, dice (M. Eugène Veuillot) que actúa según 'unas reglas', 'unas instituciones determinadas'.
"Se abstiene de definir estas reglas, de dar a conocer la fuente, el origen, el principio de ellas.
"Ahora bien, todo está ahí. Esta es la cuestión.
"La Democracia tiene por base el 'Número soberano', que CREA el Derecho, lo transforma a su manera y por consiguiente, lo cambia.
"El juego democrático es el Poder Pagano, ateo por excelencia, porque es la misma negación de la Ley Divina.
"La Democracia descansa sobre los Derechos absolutos del Hombre que ha sustituido a los Derechos de Dios y por consiguiente de la Iglesia.
"Mientras los cristianos repiten que todo poder viene de Dios, los demócratas

proclaman que todo poder viene del Hombre y está formulado por el Número".
El editorialista de la *Gazette de France* añadía, no sin ironía:
"Mientras Moisés escribía la Palabra de Dios, Aarón aplicaba el principio democrático, confeccionando un Becerro de Oro por deseo del Número y para el cual cada uno llevaba una parte del metal con el que debía ser fundido el dios de la Democracia, el dios de la multitud, de la mayoría".


El becerro de oro, una de las primeras expresiones democráticas.

Arthur Loth siempre en la avanzada tomaba el asunto bajo otro ángulo:
"Tenemos —escribía— un partido de innovadores que está inventando la Iglesia. A algunos de los que escriben en los periódicos, reforzados por curas demócratas, se les ha ocurrido que el clero debe acercarse al pueblo. Verdaderamente, ¡vaya descubrimiento después de dieciocho siglos de cristianismo! Pues, ¿qué ha hecho la Iglesia durante todo este tiempo? Se diría que ha nacido ayer, que proviene de ciertos movimientos de la opinión, de cierta evolución que hemos visto producirse ante nuestros ojos. En todas las épocas hay personas que creen que todo comienza con ellas... Sí, hay que acercarse al pueblo y la Iglesia no ha hecho más que eso desde que existe. Sí,

hay que acercarse al pueblo, y la historia de los progresos del Evangelio en el mundo no es sino la historia de toda clase de actuaciones de la Iglesia acerca de los pueblos, cerca de los individuos. ¿Es éste acaso un programa nuevo? Y, ¿ por qué toman aires de innovar, de predicar la reforma proclamándolo a toda voz, como si hubiese en el clero, entre los católicos, un partido que no estuviese de acuerdo en que hay que acercarse al pueblo Pero (para los innovadores) acercarse al pueblo no es como se ha creído hasta aquí, predicar, instruir, exhortar, administrar los sacramentos, rezar, dar buen consejo, practicar la caridad, hacer el bien en todas sus formas acercarse al pueblo, es (se nos sigue diciendo hoy) correr las calles, las plazas y las salas públicas.

"Sea, admitamos eso también. Pues, ¿quién ha pretendido jamás que el sacerdote debiera encerrarse en la sacristía y en su presbiterio; que el laico debiera limitarse a lamentarse al pie del altar de las desgracias de los tiempos? ¡Que se ensanche el campo de acción de los sacerdotes y de los fieles, nada mejor! pero, ante todo los reformadores deberán inspirarse en el verdadero espíritu del Evangelio, penetrarse del carácter sobrenatural del cristianismo, actuar más según la gracia que según la naturaleza, y no desear nada que no sea conforme a la divina institución de la Iglesia y que no encaje con el carácter apostólico del celo. También deberán tener en cuenta las dificultades de los tiempos. Se olvida demasiado que la Iglesia sufre todavía en Francia las terribles consecuencias de la Revolución, a la que desgraciadamente han contribuido demasiados eclesiásticos, ardientes partidarios, como algunos de nuestros curas de hoy, de las ideas liberales y de las reformas democráticas. Si el clero ha sido obstaculizado en su acción, si no ha podido trabajar mejor fuera, mezclarse más con el pueblo, entregarse al apostolado exterior, hacer además gran número de obras que le hubiesen acercado a las masas, es porque la Iglesia no disfruta ya en Francia desde hace un siglo, ni de la libertad, ni de la propiedad, ni del derecho propio que le son necesarios para cumplir toda su misión...

"Lo peor sería que para acercarse al pueblo, como ellos lo entienden, la Iglesia

se apartase de SU VERDADERO PAPEL, de su verdadera misión; que saliese de sus templos, que abandonase el púlpito y el confesionario e incluso el altar, PARA TRANSFORMARSE EN UNA SOCIEDAD DE PROPAGANDA DEMOCRÁTICA, predicando a tontas y a locas la justicia social en los clubes, denunciando los abusos de la sociedad burguesa en el mundo del trabajo, aferrándose más a hacer valer los perjuicios de las clases obreras que a hacer penetrar en ellas las lecciones de la religión.

"Ante todo, la misión de la Iglesia es una misión espiritual, SUS VERDADEROS MEDIOS DE ACCIÓN SON LOS MEDIOS ESPIRITUALES; su verdadero papel social es el de extender la enseñanza religiosa, comunicar la gracia divina por los sacramentos, aliviar las miserias, endulzar los infortunios, socorrer a los humildes y a los desgraciados, predicar a todos la justicia, el deber, la paz. Debe acercarse al pueblo, no tomando apariencias políticas, mezclándose en las luchas y en las pasiones sociales, sino quedándose en lo que es, una institución eminentemente espiritual, y no usando sino los medios de acción que le son propios, la predicación, el ejemplo, el celo, la caridad.

"La fuerza de la Iglesia está en sí misma; en su institución divina, en su disciplina, en su jerarquía, H su misión sobrenatural, en su santidad. Actúa sobre todo por la oración y la gracia. Desperdigándose demasiado hacia fuera, debilitaría su fuerza interior; queriendo actuar demasiado por medios humanos, perdería su eficacia espiritual. EL GRAN NEGOCIO DE LA IGLESIA ENTRE LOS HOMBRES ES SER SANTA. Que sea santa, que su clero sea santo, que sus fieles sean santos y así la habitará una gran virtud y el pueblo atraído por su divino ascendiente vendrá a ella".

Ya veis como la verdad es constante en su expresión. Esta gran página que está muy por encima de las polémicas de los tiempos, podría ser recogida palabra por palabra todavía hoy. Pertenece a esta "Biblioteca del Orden" de la que

hablaba Léon Daudet en el *Stupide XIX siècle (El estúpido siglo XIX)* y que aconsejaba oponer a la Biblioteca del Desorden.

* * *

Entre los "curas demócratas" uno de los que supo evitar ciertos excesos y a veces se le lee con interés, es el abate Garnier. Decía en su *Peuple Français* que había entrado en la República con "ímpetu", pero que no se había entregado al espíritu del partido. Daré una página suya que ha conservado algún interés:

El abate Garnier observa su época. Estamos a comienzos del año 1894 y ve a unos hombres "que cuentan en la acción política. Les hace falta —escribe— un hombre, una espada o un sable, un partido o un ejército.

No han comprendido nunca QUE LA TRANSFORMACIÓN SE REALIZA POCO A POCO, POR EL CAMBIO DE LAS IDEAS Y LOS SENTIMIENTOS EN LOS CORAZONES, parecido a como los albañiles edifican nuestras casas (. . .). Otros tienen instituciones para reformar la sociedad. Bien sean parecidas a las del pasado o bien presenten otra organización, cuentan con ellas como un medio infalible para todas las mejoras sociales. ¿No habría aquí un error tanto más desastroso cuanto que es fundamental? ESTAS INSTITUCIONES, ¿NO FUERON MÁS BIEN EFECTOS QUE CAUSAS? ¿No son más bien frutos que raíces?...

"La historia nos muestra que hace dos mil años, la sabiduría de los filósofos y la elocuencia de los oradores, todos los progresos de una dorada civilización y el último acabado de la perfección en la literatura de alto nivel o las bellas artes no impedían que la cuestión social estuviese en todo su apogeo. HAN HECHO FALTA LOS MEDIOS SOBRENATURALES, la presencia de un Redentor y los frutos de la Redención para comenzar el movimiento de salvación social. HA SIDO NECESARIO JESUCRISTO. HE AQUÍ LA BASE; no hay otra y no queremos otra.

"Han sido necesarias las instituciones de caridad y de justicia, la fundación de

escuelas y de colegios, de orfelinatos y de hospitales, con todo el régimen cristiano de la propiedad y del trabajo.
“PERO ERA UNA COSECHA, y durante siglos hizo falta arrojar la semilla para poder recogerla.
“Hicieron falta obras materiales, instituciones económicas, pero extraían su savia y encontraban su primer principio del espíritu mismo del Cristianismo, de las grandes verdades del Evangelio, que mueven profundamente las almas, y en la caridad, o mejor, en el amor divino que transforma el mundo.
“Hicieron falta instituciones políticas para regular los grandes intereses de un país y las relaciones de los pueblos entre sí; pero ESTAS INSTITUCIONES ERAN LA COPA DEL ÁRBOL, el tejado de la casa. ¡Qué error querer hoy volver a empezar por el tejado la construcción de esta casa en ruinas! ¿No sería extraño ver crecer el árbol por la copa?



N.° 103.

GAZETTE DE FRANCE,

Du Mardi 26 Décembre 1786.

De Pétersbourg, le 17 Novembre 1786.

LA navigation est interrompue par les glaces; plusieurs Bâtimens chargés de suif & de marchandises des manufactures Angloises, se trouvent pris dans la Newa, dont la navigation n'a été ouverte cette année que pendant 187 jours.

D'Upsal, le 24 Novembre 1786.

LE ROI & le Prince Royal continuent à séjourner dans cette ville, & à fréquenter les Cours académiques.

Hier, il y eut Cour chez le Roi; à cette occasion, le Baron de Juel, Envoyé extraordinaire de Danemarck, remit à Sa Majesté l'Ordre de l'Éléphant pour le Prince Royal, qui en fut décoré sur le champ.

De Madrid, le 7 Décembre 1786.

LA Princesse des Asturies, que son indisposition avoit empêché d'accompagner le Roi à son départ de l'Escurial, est revenue hier ici; elle n'a éprouvé aucune incommodité de ce voyage, & elle continue de se trouver beaucoup mieux.

Ce matin, Sa Majesté a assisté à la cérémonie des Chevaliers de l'Ordre de Charles III, qui a eu lieu dans la Chapelle du palais en la manière accoutumée.

On apprend de Valladolid, que l'Académie royale de Géographie & d'Histoire établie en cette ville, a tenu, le jour de la fête du Roi, sa séance publique d'usage. Le Marquis de Gallegos, Directeur, l'ouvrit par un Discours, qui fut suivi d'une Dissertation par D. Benoit Verdesotto, sur la cause du peu de découvertes que l'on fait en mathématiques, dans un temps où les secours sont si abondans. D. Manuel Lopez termina la séance par une Dissertation sur les funestes conséquences que l'ignorance de ce qui fait la véritable félicité des peuples, & les erreurs en matière de législation, produisent dans le Gouvernement politique & économique des Nations.

De Vienne, le 8 Décembre 1786.

L'ARCHIDUC FERDINAND & l'Archiduchesse son épouse, après avoir assisté le 3 de ce mois, à la fête de l'Ordre de la Toison d'or, sont partis le 4 avec toute leur suite pour retourner à Milan.

Le même jour, la Cour a pris un deuil de 8 jours pour la mort de la Princesse Amélie, tante du Roi d'Angleterre.

L'Empereur a fait présent à la Princesse Élisabeth de Wirtemberg, le jour de sa fête, de plusieurs parures garnies en diamans. Le même jour, il lui a remis l'Ordre de Sainte-Catherine, que l'Impératrice de Russie avoit envoyé pour cette Princesse.

Des lettres de Roveredo en Tyrol, en date du 10 Novembre, portent qu'après des pluies & des neiges abondantes qui ont duré 7 jours, il y a eu une inondation qui a causé beaucoup de dommages. Le ruisseau Lano grossit tellement qu'il détruisit les édifices voisins. Les travaux des moulins & des teintures furent suspendus, & on évalue la perte à 200,000 florins.

On a formé le projet de rétablir les anciennes salines près de la ville de Schelan. Les États Autrichiens ont du sel en abondance; on y consomme par an 1,372,000 quintaux de sel gemme, 1,363,480 de sel de source, & 18,000 de sel marin. L'exportation de cette denrée à l'étranger, consiste en 530,000 quintaux de sel gemme, 601,225 de source. La Stirie, la Carinthie & la Carniole tirent leur sel de Salsbourg.

De Francfort, le 8 Décembre 1786.

On apprend de Buckebourg que l...

“Verdaderamente la conducta de nuestros excelentes amigos de la *Gazette de France* y otros órganos nos parece bien extraña. Se podría traducir en los términos siguientes: ‘Ved a estos bribones de judíos y francmasones; desde hace dos siglos socavan los cimientos de la casa y, al mismo tiempo hacen vacilar los pisos superiores; ya han tirado el tejado que era la monarquía y con

ella, ¡cuántas partes vivas! ¡Pues bien! Vamos a jugarles una mala pasada, SIN OCUPARNOS DE LOS CIMIENTOS, VAMOS PRIMERO A RESTAURAR EL TEJADO, ¡venid, amigos, y que todos nuestros esfuerzos se concentren en este punto capital!'

"Lo malo es que el punto no es punto capital en absoluto, porque mientras estos esfuerzos se llevan a cabo, están condenados por adelantado a la esterilidad, y el enemigo continúa socavando los mismos cimientos de la casa.

"En cuanto a nosotros, queremos restablecer las cosas en su orden natural y necesario. Un estado social es una cosecha inmensa que hay que sembrar primero si se quiere recogerla después. Comencemos por sembrar".

"Cuando se nos decía: la monarquía es indispensable, aquí la forma puede más que el fondo..., hemos respondido con frecuencia: LA PRUEBA DE QUE LA MONARQUÍA NO TIENE TAL EFICACIA, ES QUE EL MAL SE HA HECHO BAJO EL RÉGIMEN MONÁRQUICO. Con la monarquía, el mal de la Revolución y de todas sus ruinas se ha preparado lenta y tranquilamente. No, no, la cuestión vital para Francia no está ahí, ESTÁ EN LOS PRINCIPIOS QUE SE LE DA, en la enseñanza con la que se la alimenta"

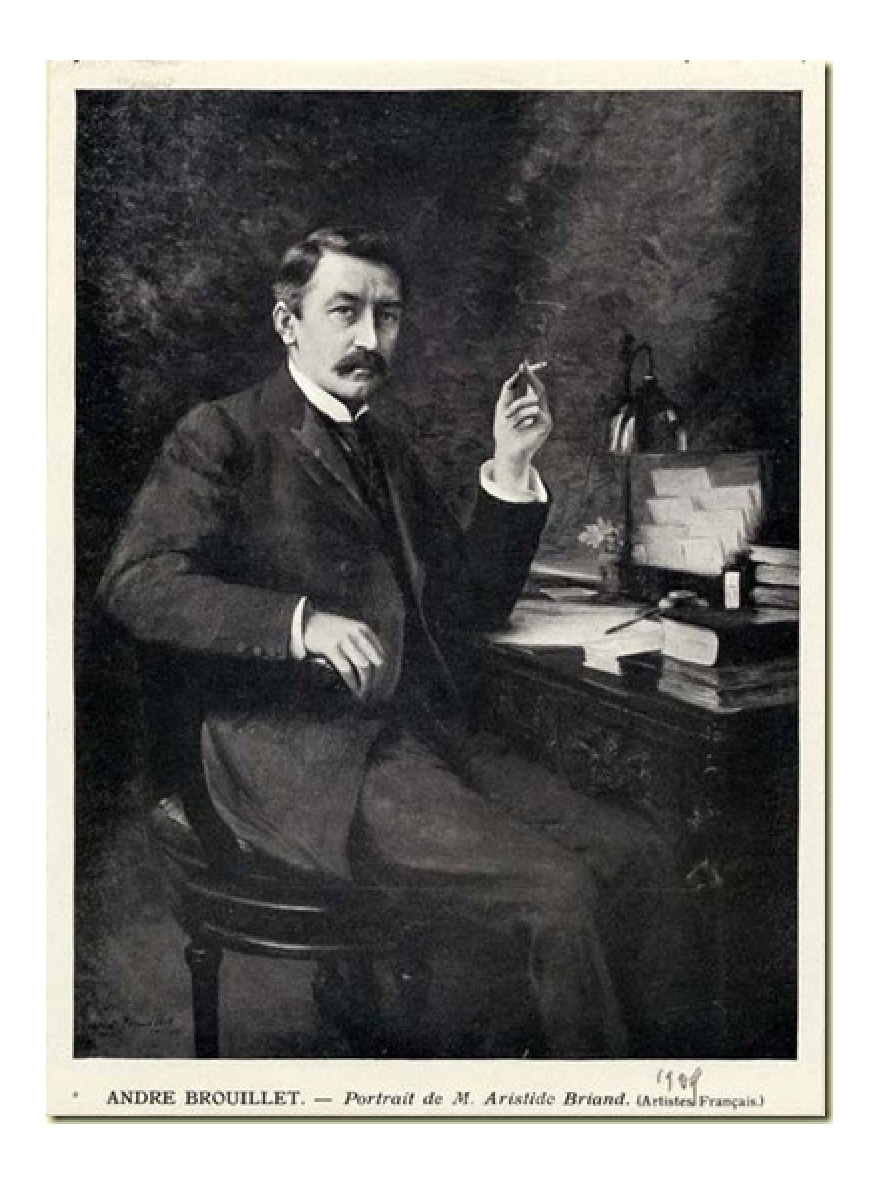
Esto merece una discusión.

No veo ningún inconveniente en conceder que las instituciones son "cosechas", que no pueden conformarse sino con los principios que coronan, que la monarquía era la copa del árbol. Todo esto es totalmente cierto. Tampoco veo inconveniente en aceptar que la Revolución se ha hecho bajo la monarquía y precisamente, porque la Institución ya no descansaba en el espíritu de los hombres de aquel tiempo, sobre los principios que ella corona. Los enciclopedistas, los francmasones y un cierto clero, habían hecho vacilar los cimientos y el tejado ha caído. También estoy de acuerdo en que volver a poner un tejado sobre una casa en ruinas es una bobada y un gasto inútil, pero.

Pero, ¿no es posible sembrar buenos principios diciendo de qué simiente se trata? ¿No es conveniente prever el tejado cuando se construyen los muros? Y además, los monárquicos católicos SABÍAN que el régimen que preconizaban era la coronación natural de los principios que defendía el abate Garnier, que

lo había sido de forma natural en el pasado, que no se había derrumbado sino DESPUÉS del hundimiento de los principios cristianos en el siglo XVIII, que las responsabilidades de la Revolución estaban por lo menos compartidas entre el Trono y el Altar, mientras que el abate Garnier NO SABÍA a dónde le arrastraba la democracia, y los principios sobre los que se apoyaba: ley del Número y voluntarismo democrático, eran contrarios a los de la Iglesia, igual que el principio de Lutero del que procedían.
Dicho esto, era exacto que "la cuestión vital para Francia" está "en los principios que se le dan y en la enseñanza con la que se la alimenta". El primer objetivo es pues la conquista del Estado.

Era hacer mal las cosas comenzar por consolidar la República masónica. A un redactor de *Le Matin* que había interrogado a un alto dignatario de la francmasonería, éste le contestó tranquilamente:
"Se dice que no somos liberales, que somos SECTARIOS.
Por mi parte, me honro con este reproche.
Tenemos que hacer triunfar un ideal que es la antítesis del ideal religioso (...).
Para asegurar el éxito final de nuestras ideas, para acabar con enemigos encarnizados es necesaria una organización duradera; los que asumen las responsabilidades deben saber hablar firme y saber hacerse obedecer.
Hacemos la guerra, somos un ejército, nada sin disciplina..., quieren acabar con nosotros, acaso nosotros acabaremos con nuestro adversario"



Aristide Briand.

En *L'Humanité,* Aristide Briand escribía con el mismo cinismo:
"La Iglesia es una ciudadela dormida, sus murallas están desprovistas de cañones, sus arsenales vacíos, sus ejércitos dispersos, sus jefes amodorrados. Si sabemos hacer la cosas, caeremos de improviso sobre esta ciudadela sin defensa y la tomaremos sin combate, como los soldados de Mahoma tomaron Bizancio".
Recorred los periódicos de la época, siempre es el mismo espectáculo: una República masónica, poderosa, agresiva, legislando con todas sus fuerzas contra los católicos; enfrente, unos demócrata cristianos minoritarios, hipnotizados por el espejismo de las BUENAS ELECCIONES que les darán el

poder, quedando siempre aplastados y cayendo al grito de: “ Viva la República !“. Es un espectáculo asombroso.
La posición de la democracia cristiana ofrecía también otro peligro que M. Nel Aries resumía en esta fórmula sorprendente:
“Los francmasones identifican MASONERÍA y democracia. Los demócratas cristianos identifican DEMOCRACIA Y CRISTIANISMO. Entonces, si dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí, resultaría que la Masonería sería el verdadero catolicismo”.
Estamos en ello.
Harto de todas estas polémicas Mons. d’Hulst tuvo un día una frase atroz:

—Los periódicos —dijo— no deberían aparecer más que en blanco.

Tenemos que ver ahora cuál fue la verdadera postura de León XIII ante la democracia cristiana.
En la medida en que ésta se presentaba como un desarrollo de la doctrina social de la Iglesia el Soberano Pontífice hacía notar que “al principio, esta especie de beneficencia pública (cooperación de católicos bajo los auspicios de la Iglesia en favor del pueblo) NO SE DISTINGUÍA GENERALMENTE POR NINGUNA APELACIÓN ESPECIAL. El término de SOCIALISMO CRISTIANO, introducido por algunos, y otras expresiones derivadas de ésta, han caído precisamente en desuso. Después, fue del agrado de algunos, y con buena razón, llamarla ACCIÓN CRISTIANA POPULAR. En algunos lugares, a los que se ocupan de estas cuestiones se los llama CRISTIANOS SOCIALES. En otros sitios, a lo mismo se le llama DEMOCRACIA CRISTIANA y a los que se entregan a ella DEMÓCRATA CRISTIANOS; por el contrario, al sistema defendido por los socialistas se lo designa bajo el nombre de DEMOCRACIA SOCIAL.

“Ahora bien, de las dos últimas expresiones enunciadas arriba, si la primera, CRISTIANOS SOCIALES, no levanta ninguna reclamación, la segunda, DEMOCRACIA CRISTIANA hiere a muchas gentes honradas que le

encuentran UN SENTIDO EQUÍVOCO Y PELIGROSO. Desconfían de esta denominación por más de un motivo. Temen que esta palabra disfrace mal al gobierno popular o marque a su favor una preferencia sobre las otras formas de gobierno. Temen que la virtud de la religión cristiana parezca como restringida a los intereses del pueblo dejando de lado, de alguna forma, a las otras clases de la sociedad. Temen en fin, que, BAJO ESTE NOMBRE ENGAÑOSO, se esconda algún propósito de desprestigiar cualquier clase de poder legítimo, ya sea civil, ya sea sagrado (...)".


El papa León XIII.

Y León XIII encerraba entonces la noción de DEMOCRACIA CRISTIANA en tan estrechos límites que desbordaba por todas partes.
"La democracia cristiana —decía—, por el solo hecho de decirse cristiana, debe apoyarse en los principios de la fe divina como en su propia base".
Esto era rechazar la idea democrática de sumisión a la ley del Número, infaliblemente condenada si se oponía a la ley divina.

León XIII también le cerraba el paso en otra dirección:
“Hay que conservar —decía—, al abrigo de todo daño, el DERECHO DE PROPIEDAD y de posesión, mantener LA DISTINCIÓN DE CLASE que, sin duda, es lo PROPIO DE UN ESTADO BIEN CONSTITUIDO; en fin, hace falta que acepte dar a la comunidad humana una forma y un carácter en armonía con los que ha establecido el Dios Creador”.
La referencia fundamental era pues la “constitución esencial de la humanidad” y no la voluntariedad democrática.
Finalmente, León XIII vaciaba literalmente la expresión de “democracia cristiana” de todo sentido político. Lo decía expresamente:
“SERÍA CONDENABLE DESVIAR EN UN SENTIDO POLÍTICO EL TÉRMINO DE DEMOCRACIA CRISTIANA. Sin duda la democracia, según la misma etimología de la palabra y el uso que han hecho de ella los filósofos, indica el régimen popular, pero, en las circunstancias actuales, hay que emplearlo únicamente QUITÁNDOLE TODO SENTIDO POLÍTICO y no dándole NINGUNA OTRA SIGNIFICACIÓN MÁS QUE LA DE UNA BIENHECHORA ACCIÓN CRISTIANA ENTRE EL PUEBLO (. . .). Las intenciones y la acción de los católicos que trabajan por el bien de los proletarios, no pueden con toda seguridad, TENDER JAMÁS A PREFERIR UN RÉGIMEN CIVIL A OTRO, NI A SERVIRLE COMO MEDIO de introducirlo”.

M. Fonsegrive confesará en *La Quinzaine* que habían sido necesarias “fuertes presiones” cerca de León XIII, para hacerle consentir que se diese el nombre de “democracia cristiana” a la acción popular inspirada por los principios cristianos que él deseaba.
El clan modernista se burlaba.
—Le hemos hecho tragarse la palabra, haremos que se trague la cosa.
Y el padre Davry escribía fríamente:
“La Iglesia recobra hoy el verdadero programa, el verdadero espíritu de la Revolución”.
Un afiliado a la democracia cristiana, Mons. Boeglin, corresponsal en Roma de un gran número de periódicos católicos, escribió bajo diversos seudónimos

que León XIII aprobaba "la palabra y la cosa".
Marc Sangnier, no se andaba con rodeos: "De ahora en adelante —escribía— la democracia cristiana forma parte del catolicismo; ya no se podrá ser católico sin ser demócrata cristiano"
Así, al magisterio de la Iglesia, venía a sustituirlo una especie de magisterio de la prensa demócrata cristiana.

* * * * *

LA IGLESIA OCUPADA – CAPITULO XII

¿LEON XIII DEMOCRATA?

"Los que hoy dicen que todo poder viene del pueblo siguen las huellas de los impíos que, en el pasado siglo, se adornaron con el título de filósofos"...

LEÓN XIII

* * *

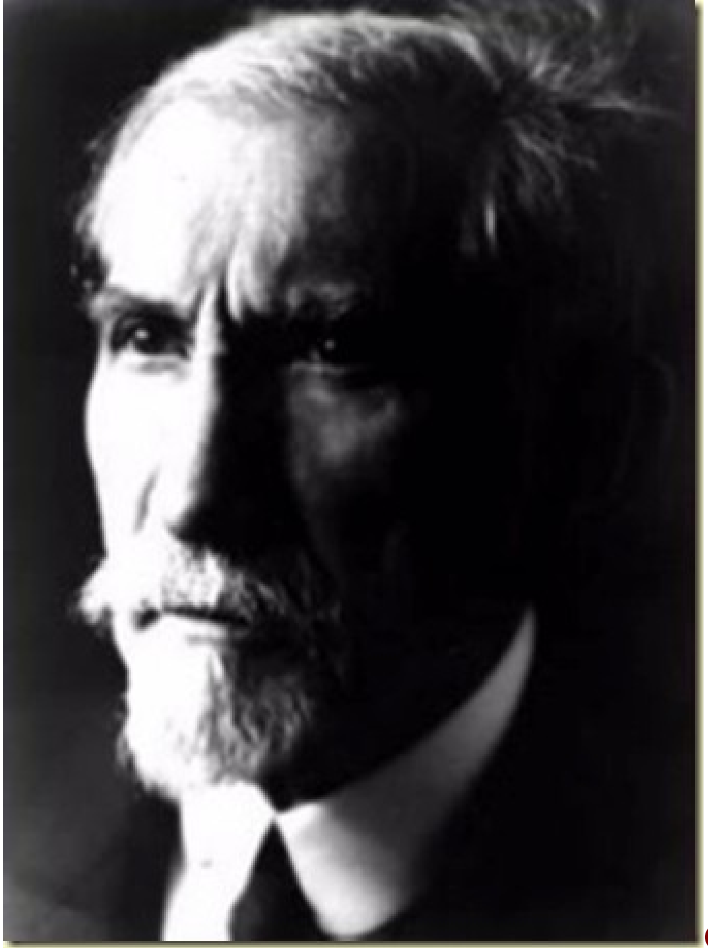
Un joven prelado italiano en 1830 — El juicio de Gambetta — Algunos textos de León XIII — El Doctor y el diplomático.

———

León XIII ha sido uno de los papas más discutidos de la historia contemporánea. Unos y otros han querido tenerle de su parte. ¿De dónde venía esta ambigüedad? ¿Era aparente o real?

Para Maurras, la explicación estaba en la edad del Pontífice:
"Cuanto más pienso en ello —escribía— más necesario me parece tener en cuenta las ideas personales de León XIII, su inclinación por Francia, sin olvidar tampoco la edad del Pontífice con el fin de comprender bien lo que

esto significa. No es nada decir que había nacido en 1810 si, al mismo tiempo, no se pone atención en que pertenecía a la generación de Alfred de Musset y de Montalembert, nacidos como él en 1810, de M. de Falloux, nacido en 1811, de Proudhon, nacido en 1809, y que el momento decisivo de su vida intelectual debió ser el año 1848.


Charles Maurras

"Tenía 38 años, todas sus ideas estaban maduras. Discípulo, pero discípulo ortodoxo de Lamennais, condiscípulo de Lacordaire y de Gerbet, necesariamente debía informarse con avidez de todo lo que hacía Francia en ese momento. Ahora bien, la Segunda República se caracterizaba por dos acontecimientos: el carácter ampliamente religioso del primer movimiento republicano y la intervención romana en 1849; al lado de los cuales, las jornadas de junio, la anarquía y el levantamiento, palidecían extraordinariamente para quien la miraba desde Roma.

“Al joven prelado italiano le debieron impresionar estos dos hechos, consecuencia uno del otro: desaparición de un gobierno disgustado con la Iglesia, advenimiento de una numerosa Asamblea que sintetizaba el espíritu católico de Francia. Habría sido necesario estar en Francia y además seguir los acontecimientos de muy cerca, para descubrir que las Asambleas de la Segunda República fueron muy superficialmente republicanas o no lo fueron en absoluto (los legitimistas habían tomado mucha parte en la Revolución de febrero). El espíritu monárquico dominó la Asamblea legislativa; hacía falta un sentido más vivo todavía de nuestras realidades francesas para observar que este sentimiento católico estaba profundamente impregnado de toda clase de sentimientos, de ideas, de costumbres, de gustos que se llamaban ya conservadores y que se habrían podido llamar nacionalistas”

Veamos, del otro lado, el testimonio de Gambetta. Escribe el 21 de febrero de 1878:

Léon Michel Gambetta, político francés.

“Hoy será un gran día. De Berlín llega la paz y acaso la conciliación con el Vaticano. Se ha nombrado al nuevo Papa. Es ese elegante y refinado cardenal Pecci, obispo de Perugia, a quien Pío IX había intentado quitar la tiara nombrándole camarlengo. Este italiano, aún más diplomático que sacerdote, ha pasado por todas las intrigas de los jesuitas y de los cleros exóticos. Es Papa, y el nombre de León XIII que ha tomado me parece de buen augurio.

“Saludo este acontecimiento lleno de promesas. El nuevo Papa no romperá abiertamente con las tradiciones y los declaraciones de su predecesor, pero su conducta, sus actos, sus relaciones, valdrán más que los discursos y, si no muere demasiado pronto, podemos esperar un matrimonio de razón con la Iglesia”.

Y el 22 de febrero de 1878:

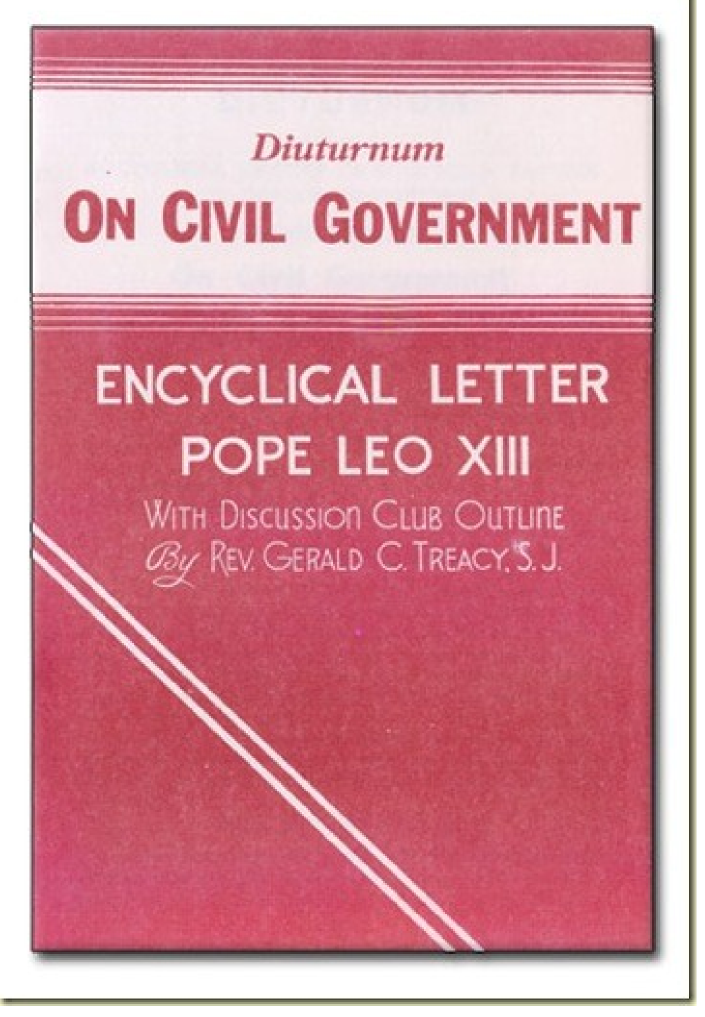
“Me congratulo infinitamente con este nuevo Papa por el nombre que se ha atrevido a tomar; es UN OPORTUNISTA SAGRADO. ¿Podremos tratar? ¡CHI LO SA!, como dicen los italianos”

Spuller, que estaba en la misma línea que Gambetta, hacía este razonamiento: “¿Qué dice la historia? Dice que la evolución política y social del catolicismo romano, del cual el Papa León XIIT ha querido ser el iniciador, ha sido descripta y anunciada en sus términos generales, predicha y preconizada en su espíritu de renovación verdaderamente cristiano, saludada en sus sueños y en sus esperanzas por un hombre de genio que el Papa Gregorio XVI ha podido fulminar con sus condenaciones, pero que no deja de ser, a pesar de ello, un vidente y un profeta del futuro; por el gran y desafortunado Lamennais.

“(Pero ahora) no es por el camino de la herejía, no es fuera de la jerarquía.., cuando la transformación, por no decir la Reforma de la Iglesia. . . va a realizarse, puesto que es el mismo jefe de la Jerarquía quien toma la iniciativa del movimiento” .

León XIII, ¿se hizo estas ilusiones?
Se estaría tentado de responder que sí, mirando su política del Ralliement, pero hay que fijarse en que esta política no ha sido jamás, en el espíritu de León XIII, sino una COMBINAZZIONE. No hay que olvidar el resto de su comportamiento que estuvo perfectamente dentro de la Tradición de la Iglesia y hoy estaríamos contentos de encontrar en una pluma contemporánea las ideas sobre la democracia que El mantenía en sus encíclicas.

Lancemos una breve ojeada:



Encíclica Diuturnum Illud, de León XIII

En la encíclica *Diuturnum illud,* León XIII ha indicado perfectamente como, en el siglo XVI, “tantos espíritus se extraviaron por una funesta corriente de nuevas ideas. Desde entonces, se vio a la multitud no solamente reivindicar una parte excesiva de libertad, sino intentar dar a la sociedad humana una base y una constitución arbitrarias con orígenes ficticios. Hoy se va más lejos; buen número de nuestros contemporáneos, siguiendo las huellas de los que en el pasado siglo se dieron el título de filósofos, pretenden que todo poder viene del pueblo; que en consecuencia. . . el pueblo puede siempre retirar a sus mandatarios el poder que les ha delegado”.

“Si la autoridad soberana dimana formalmente del consentimiento de la

multitud y no de Dios, principio supremo y eterno de todo poder, pierde a los ojos de los súbditos su carácter más augusto y degenera en UNA SOBERANÍA ARTIFICIAL que tiene por asiento bases inestables y cambiantes, como la voluntad de los hombres de la que se la hace derivar. ¿No vemos también las consecuencias de este error en las leyes? Demasiado frecuentemente, en efecto, en lugar de ser la razón escrita, estas leyes no expresan más que el PODER DEL NÚMERO y la voluntad predominante de un partido político. Así es como se halaga los apetitos culpables de las multitudes y se sueltan las riendas de las pasiones populares, incluso cuando éstas perturban la laboriosa tranquilidad de los ciudadanos, salvo que se recurra después, en casos extremos, a represiones violentas donde se ve correr la sangre".

"El hombre ha nacido para vivir en sociedad, pues no pudiendo vivir en el aislamiento, ni procurarse lo que es necesario y útil para la vida, ni adquirir la perfección del espíritu y del corazón, la Providencia le ha hecho unirse a sus semejantes en una sociedad tanto doméstica como civil, única capaz de proporcionar lo que hace falta para la perfección de la existencia. Pero como ninguna sociedad podría existir sin un jefe supremo y que imponga a cada uno un mismo impulso eficaz hacia el fin común, resulta de ello que para regir a los hombres constituidos en sociedad, es necesaria una autoridad que, tanto como la sociedad, PROCEDA DE LA NATURALEZA y, en consecuencia tenga a Dios por autor. También resulta de ello que el poder público no puede venir sino de Dios, Dios sólo en efecto, es el verdadero y soberano Dueño de las cosas y todas, cualesquiera que sean, deben necesariamente estarle sometidas y obedecerle; de tal manera que a cualquiera que tenga el derecho de mandar, no le viene este derecho sino de Dios, jefe supremo de todos.

Cualquiera que sea la forma de gobierno, todos los jefes de Estado deben tener totalmente fija la mirada en Dios, soberano Moderador del mundo y en el cumplimiento de su mandato tomarle por modelo y regla".

“Las teorías modernas sobre el poder político han causado ya grandes males y es de temer que estos males en el futuro lleguen a los últimos extremos (...)”.

Haciendo depender el poder público “de la voluntad del pueblo, se comete primero UN ERROR DE PRINCIPIO y además no se da a la autoridad más que un fundamento frágil y sin consistencia. Tales opiniones son como un estimulante de las pasiones populares que se verán crecer en audacia cada día y preparar la ruina pública abriendo el camino a las CONSPIRACIONES SECRETAS o a las sediciones abiertas. Ya en el pasado, el movimiento que se llama la REFORMA tuvo por auxiliares y por jefes, hombres que por su doctrina DERROCABAN DE ARRIBA A ABAJO LOS DOS PODERES, EL ESPIRITUAL Y EL TEMPORAL; disturbios repentinos, rebeliones audaces, principalmente en Alemania, fueron la consecuencia de estas novedades, y la guerra civil y el asesinato se desataron con tanta violencia que no hubo casi una sola región que no se entregase a las agitaciones y a las matanzas. FUE DE ESTA HEREJÍA de donde nacieron en el siglo pasado la falsa filosofía y lo que se llama el DERECHO MODERNO y la soberanía del pueblo, y esta licencia sin freno fuera de la cual muchos no saben ya ver verdadera libertad”.



El papa León XIII.

“Los que hacen proceder la sociedad civil de un libre contrato deben asignar a la autoridad el mismo origen; dicen entonces que cada particular ha cedido su derecho y que todos se han colocado voluntariamente bajo el poder de aquél en el que se han concentrado todos los derechos individuales. El gran error de estos filósofos consiste en no ver lo que sin embargo es evidente: que los hombres no constituyen una raza salvaje y solitaria; que antes de cualquier resolución de su voluntad, su condición natural es la de vivir en sociedad

“Esta convicción arraigada en el espíritu, de que nadie tiene autoridad sobre el hombre, trae como consecuencia que la causa eficiente de la comunidad civil y

de la sociedad debe ser buscada, no en un principio exterior y superior al hombre, sino en la libre voluntad de cada uno, y que el poder público emana de la multitud como de su primera fuente; además, lo que la razón individual es para el individuo, (…) la razón colectiva debe serlo para la comunidad en el orden de los asuntos públicos, de ahí que el poder perteneciente al número y la mayoría crean solos el derecho y el deber” .

“A causa de una nueva impiedad, desconocida incluso de los paganos, los Estados se han constituido sin tener en cuenta, ni a Dios, ni al orden establecido por El; ha sido declarado que la autoridad pública no toma de Dios, ni su principio, ni su majestad, ni su fuerza de mando, sino que proviene más bien de la multitud que, estimándose libre de toda sanción divina, no ha soportado estar sometida sino a las solas leyes que ella misma habría traído siguiendo su capricho”.

“En cuanto a la soberanía del pueblo que sin tener en cuenta a Dios se dice que reside por derecho natural en el pueblo, aunque ella sea especialmente apropiada para halagar e inflamar un montón de pasiones, no descansa en ningún fundamento sólido y no podría tener bastante fuerza para garantizar la seguridad pública y el mantenimiento posible del orden”.

Pienso que todo ello es bastante para aclarar la cuestión de un León XIII “demócrata”.

La diplomacia ha podido arrastrarle al paso en falso de la COMBINAZZIONE del “Ralliement”, el Doctor no se ha desviado de la enseñanza tradicional. Esto sólo es lo que importa en la historia de las ideas.

* * * * *

LA IGLESIA OCUPADA – CAPITULO XIII

LE SILLON

Se está más seguro de la rectitud de los sentimientos que de la rectitud de los pensamientos. Desgraciadamente, hay muchas personas que se creen rectas de mente porque tienen un corazón recto; son las que mejor hacen el mal, porque lo hacen con la tranquilidad de conciencia.
BONALD

No sabemos a dónde vamos.
MARC SANGNIER

El viento de la Revolución ha pasado por aquí.
SAN PIO X

Los verdaderos amigos del pueblo, no son ni revolucionarios, ni innovadores, sino tradicionalistas.
SAN PIO X

* * *

La Cripta — El pasaje peligroso — Poemas en prosa — Un romanticismo equívoco — El nuevo Mesías — *La Iglesia y el Siglo* — *La novela rusa* — ¿ Hay que disparar a los oficiales? — Un *Le Sillon* más amplio — El profetismo en la oscuridad — Los hijos de los "humildes párrocos del 89" — ¿ Se encontrará el Orden de un lado y el catolicismo del otro? — La condenación de *Le Sillon* por Pío X

* * *

Le Sillon fue la expresión más dañina de la democracia cristiana. Había nacido en los bancos del colegio Stanislas; el joven Marc Sangnier, hijo de burgueses ricos, reunía a sus camaradas en un aula del sótano del colegio a la cual habían dado un nombre romántico: la CRIPTA.

Marc Sangnier mismo ha contado cómo nació el movimiento:



Marc Sangnier, periodista y político

“Fue a comienzos del año 1894, éramos entonces alumnos de matemáticas especiales. No podíamos resignarnos a vivir en esa atmósfera sobrecargada de matemáticas, teniendo como único ideal el bicornio y la tangente de politécnicos. Necesitábamos un poco de aire puro, de ideal humano, de vida. Por eso tuvimos acaso una idea original, pero de la que con toda seguridad estábamos lejos de adivinar la fecundidad futura: pedimos y obtuvimos la autorización de tener todos los viernes, durante el recreo de doce a una, reuniones independientes, para discutir entre los alumnos de los diferentes cursos de mayores. Estas conferencias (...) revolucionaron al colegio durante algunos meses; incluso un día tuvimos la audacia de hacer venir a un joven obrero de Lille para hablarnos de la cuestión social: le llevamos en triunfo”.

Así se van preparando contactos seudoigualitarios que descubren en estos jóvenes burgueses una especie de complejo de culpabilidad. Sangnier

experimentará este sentimiento cuando hace su servicio militar como subteniente de reserva en Toul. Se irrita, nos dice uno de sus biógrafos, al descubrir entre él y sus hombres, "el foso que separa al oficial de los soldados". Le parece que "sus galones le separan de los soldados". Entonces, organiza charlas sobre el Ejército y la Democracia.

Al proporcionar fondos el padre de un alumno de Stanislas, Sangnier lanza una revista el 10 de enero de 1894: *Le Sillon*.

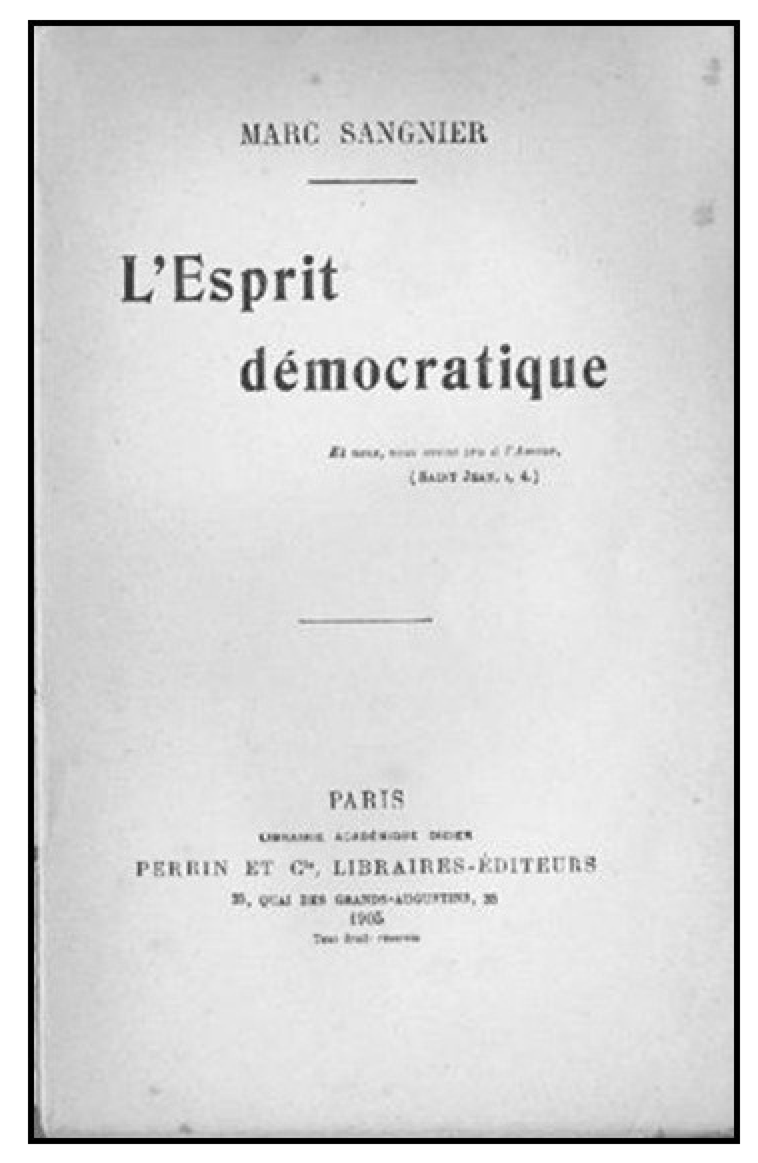
"Tenemos conciencia —decía— de que hace falta, al mezclarnos en la vida de nuestro siglo, llegar a amarla, A PESAR Y SOBRE TODO A CAUSA DE SUS PERTURBACIONES Y DE SUS MISERIAS".

He aquí el pasaje peligroso, indicará M. Nel Ariés en su estudio sobre *Le Sillon*. ¡Qué imprudencia cultivar el amor y los sentimientos, sin desarrollar al mismo tiempo el juicio, ni establecer principios firmes!... El amor que uno debe a su prójimo y a su país no se discute. Se trata del SIGLO, término vago donde el corazón distingue claramente criaturas humanas, enfermas, miserables, dignas de compasión, pero en el cual el espíritu comprende las ideas, las aspiraciones de una época y todo un conjunto moral e intelectual. En este terreno, a la miseria se la llama con su verdadero nombre: MAL y ERROR; y ni el mal ni el error son dignos, cualquiera que sea el siglo, de ninguna compasión, de ningún miramiento. ¿Por qué el presente siglo gozaría de un privilegio sobre los demás?.

Esta pequeña frase, sin duda alguna nos da el secreto de muchas "evoluciones". No hay que asombrarse pues de la de *Le Sillon,* ni incluso reprochársela demasiado duramente. Era fatal, y hay que hacer responsables a los padres, a los profesores, a los educadores, a todo ese ambiente imbuido de

liberalismo que permitió a unos colegiales partir a la conquista del futuro sin la menor defensa contra la seducción de falsas doctrinas.

“Cosa asombrosa, la ausencia de principios de los primeros ‘sillonistas’, o por mejor decir su ignorancia, se extiende incluso a la religión. No que ellos la despreciasen, ciertamente, pero no concibiéndola más que como ESPÍRITU, la reducían inconscientemente a una especie de exaltación interior. (...) Por el desprecio a las ideas “hechas”, perdieron de vista que el catolicismo, que no ha nacido ayer, es una doctrina que hay que aprender, no descubrir. No quieren que se les instruya, quieren instruir ellos”.



MARC SANGNIER

L'Esprit démocratique

PARIS

PERRIN ET Cie, LIBRAIRES-ÉDITEURS

1905

De los artículos en Le Sillon, a publicaciones de su doctrina

Los artículos de Sangnier "son una especie de poemas en prosa, leyendas, apólogos no desprovistos de encanto, de sentimientos muy puros y casi pueriles, expresados a menudo con un ardor algo inquietante. Las nebulosas narraciones ponen en escena personaies simbólicos, tales como el pobre leñador Plebs y el valiente joven Lumen que 'necesitaba alimentarse de almas vivas' y que, 'celoso de todo amor, hubiese querido estrecharlos con todos los brazos, besarlos con todos los labios'.

"Esta prosa poética es la imagen del alma de Lumen, 'a la vez voluptuosa y

casta’. Como los discursos de la Cripta, es toda efusiones: hay demasiado amor, abrazos, voluptuosidad, languidez. Pero también es lo que constituye su misticismo, el cual es un arte de la sensibilidad desviada y aplicada a temas que no le incumben”.

“Para poner su lenguaje de acuerdo con la exuberancia de sus sentimientos, algunos de los más exaltados, de los más ingenuos, se llaman unos a otros: PEDRO MÍO, PABLO MÍO, SANTIAGO MíO, siguiendo el ejemplo dado por su jefe que habla así a sus fieles (...) A veces se le ha visto, cuando era recibido abiertamente en los colegios, pasearse por los patios rodeado de alumnos, a los más próximos de los cuales estrechaba tiernamente por el cuello o los hombros, oprimiéndolos contra sí con aires estáticos” .

“En resumen, un romanticismo equívoco que da a Marc Sangnier en *Le Sillon,* poco más o menos el mismo lugar que antaño ocupaba Enfantin entre los saint-simonianos”.

Un periódico demócrata de Chambery escribió a propósito de una conferencia dada por Sangnier: “un nuevo mesías ha venido a anunciar el reino de la fraternidad humana”. Se le llama corrientemente “Apóstol” y “nuevo mesías”. “Los MESÍAS son los que hacen progresar la religión”, decía Fogazzaro.

En 1904, este inquietante joven tiene estas sorprendentes frases:
“Al reprocharnos las pocas afirmaciones precisas que se desprenden todavía del esfuerzo de nuestros amigos, se olvida que ahí precisamente está acaso la mejor garantía de la probidad científica de nuestro método... Por lo demás, no sabemos a dónde vamos” .
Así, estos jóvenes católicos “a la búsqueda”, no saben a dónde van. La Iglesia, su enseñanza secular, su cuerpo de doctrina, nada de todo esto les sirve de guía, de programa de apostolado. No saben a dónde van...

Hay motivo para pensar que irán a donde no deben.

En 1907 *Le Siflon* tiene sólo 3.000 abonados, un poco más de los que tenía Lamennais en el *Avenir,* pero tienen mucha repercusión.
En 1907 el P. Barbier observará: "Hay algo más que fórmulas vacías en estos principios sobre los cuales Marc Sangnier y sus lugartenientes afirmaban fundar su obra:

ante todo el catolicismo es una vida; la experiencia religiosa es nuestra guía, Cristo es más experiencia que demostración, etc. (...) Todo esto está lleno de la anarquía protestante y conduce a ese otro principio que se llama la inspiración interior.

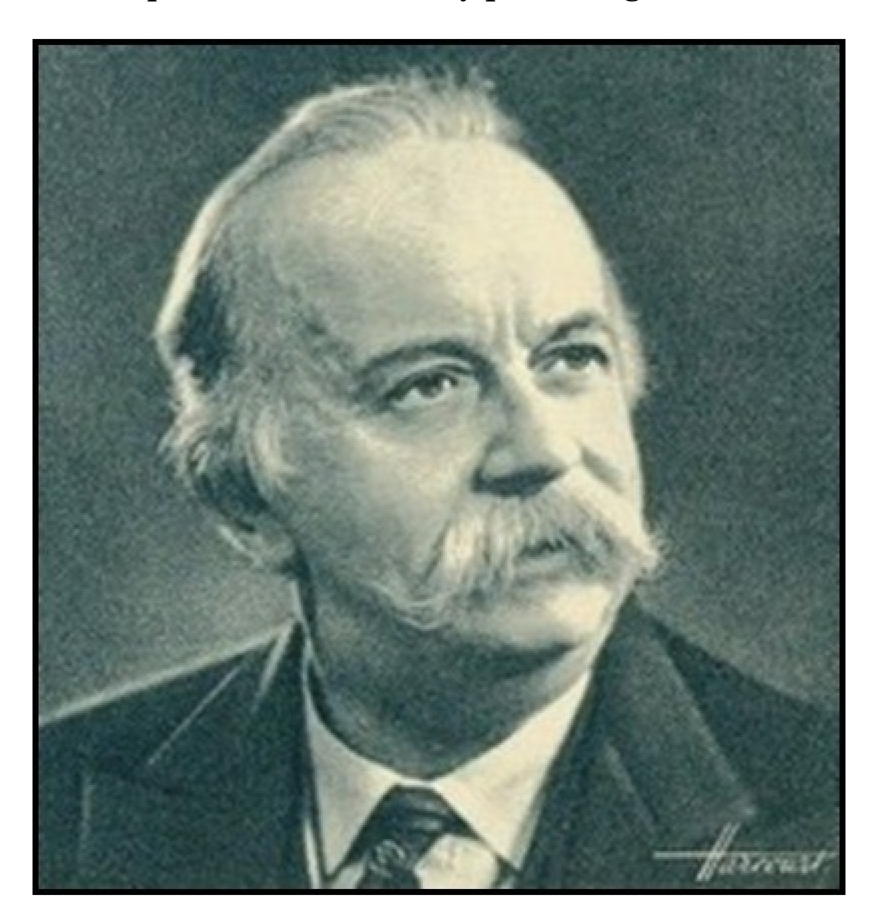
"Bien entendido, las intenciones no se discuten; pero las intenciones no salvan del error ni de sus consecuencias".

Las frases inquietantes se multiplican en *Le Sillon.* En 1899 (10 de abril) leemos que "el cristianismo ha sido siempre y es más que nunca, desde el Concilio de Trento, una obra de la razón humana".
Dos obras sirven de libro de cabecera a los sillonistas: *L'Eglise et le Sicle (La Iglesia y el Siglo)* de Mons. Ireland donde se decía que la Iglesia "bendice la democracia y la considera como el florecimiento de sus propios principios de igualdad, de fraternidad y de libertad de todos los hombres ante Cristo y por Cristo", y el *Roman rasse (Novela rusa)* del vizconde Melchior de Vogu que puso el tolstoísmo de moda en Francia: "la última revolución de este evangelio es su triunfo y advenimiento definitivo".

Le Sillon sostiene que desde el Concilio de Trento la Iglesia se encuentra en una postura "falsa, encogida, hostil, intolerante" y que los sillonistas zanjarán

“según las luces de su conciencia y de su experiencia, y no según la consigna de los clérigos, incluso de los obispos, incluso del Santo Padre”.

Viendo que León XIII a pesar de su política de Ralliement —de la que por otra parte comprueba el fracaso— no está en absoluto dispuesto a seguir a los “innovadores” al identificar Iglesia y democracia, *Le Sillon* escribe brutalmente: “no sería más franco confesar que el Papa parece estar renegando poco a poco, desde luego, de la obra de su glorioso pontificado en todo lo que tiene de humano y por consiguiente de destructible” .



Marc Sangnier

El mismo Sangnier se obstina y declara: “La creencia en la divinidad de Jesucristo es una fuerza que, subordinando el interés particular al general, hace posible la democracia” .

Sea, pero entonces hay que hacer cristianos antes de hacer demócratas, y él hace lo contrario.

En Sangnier hay algo de Jean Jacques Rousseau. Pone todas sus esperanzas en “una unanimidad moral tal que ya no habría, propiamente hablando, órdenes dadas por algunos y ejecutadas por otros”. Asegura que se obtendrá este resultado “si cada orden fuese formulada a la vez interiormente por todos... Nuestro ideal sería que cada uno se diese a sí mismo la orden a la que obedece”.

Es el mito de la “voluntad general”, del *Contrat social (El contrato social).*

Esta “orden interior” fuente de toda obediencia, él la lleva tan lejos que en 1902 (3 de octubre), en un discurso sobre el Ejército, hasta llegará a decir: “La disciplina militar debe ser consentida, y el servicio militar libremente aceptado. Hace falta pues, ante todo, escuchar la propia conciencia. Si la conciencia 1rohího a un soldado disparar, no debe disparar...
Un oyente le preguntó:
“—Y si la conciencia de un soldado anarquista le manda, como se le enseña en ciertos manuales, disparar sobre los oficiales, ¿debe matar a sus jefes?
“Sangnier tuvo algunos momentos de vacilación, pero no pudiendo escaparse de las consecuencias de su principio, ni ver lo que la pregunta encerraba de contradictorio, respondió:
“—Perfectamente, obedecerá a su conciencia”

La penetración de *Le Sillon* en los seminarios se volvía inquietante. *L'Action Française* del 15 de enero de 1908, traía el siguiente testimonio de un sacerdote:
"Cuando llegué en octubre de 1906, al seminario de Filosofía de Z. . . los sillonistas tenían dentro un grupo organizado, un grupo que yo llamaría de reclutamiento y una influencia bastante grande (...) *L'Eveil Démocratique* llega regularmente (...) los almanaques de *Le Sillon* de 1907 circulan en número considerable y esto a pesar de la interdicción expresa y reiterada de Mons. XXX y del Consejo de los Directores".

Fue en febrero de 1907, en el congreso de *Le Sillon* en Orléans, cuando Marc Sangnier reveló sus verdaderos propósitos. Se trataba de constituir un "Sillon más amplio", donde serían admitidos protestantes y librepensadores. Tendría por objetivo "realizar un nuevo centro de unidad moral" reuniendo a "todas las fuerzas a las que consciente o inconscientemente anima el espíritu cristiano", a los que, compartiendo nuestra fe, positiva o no, están verdaderamente animados de nuestro IDEAL cristiano, y únicos capaces por ello de llevar a la democracia un sentido real de la justicia y de la fraternidad.

La religión ya no se percibe a través de la enseñanza de la Iglesia, sino como un "espíritu" que sopla en cada uno.

"Los que hablan sin cesar de *Le Sillon,* como de yo no sé qué realidad objetiva —dirá Sangnier— me hacen reír. Son víctimas de su propio entusiasmo y corren el riesgo de tomar por fin un medio, por un ser vivo un simple ropaje (...) He aquí por qué las transformaciones, las evoluciones incesantes de nuestro movimiento no me inquietan nada (...) Siempre estoy un poco turbado cuando veo con qué glotonería nuestros amigos se lanzan sobre los libros o las octavillas que se proponen definir lo más exactamente posible lo que es *Le Sillon;* me temo que pidan a estas publicaciones lo que no pueden darles.

Efectivamente, se fotografía mal lo que siempre está en movimiento; para conocer *Le Sillon* es completamente insuficiente saber lo que ha sido en un momento de su existencia, y es pueril intentar aprender de memoria algunas definiciones, cuando lo que hace falta para ser un buen sillonista, es llevar dentro de uno mismo, en el propio espíritu y en el alma *Le Sillon* futuro y no recitar de memoria una descripción de *Le Sillon* pasado, o presente"

Sangnier pide a sus discípulos que le sigan allí donde ni él mismo sabe a dónde va. Este profetismo en la oscuridad tiene algo de absurdo, pero *Le Sillon* vive bajo una verdadera dictadura del 'Maestro'.

El P. Desgranges, que había sido un ferviente sillonista contará cómo había llegado a abandonarle:
"Nuestra separación de *Le Sillon* atestigua la sinceridad con la cual queremos poner de acuerdo nuestros principios y nuestros actos. Es porque *Le Sillon* — de declaraciones tan ardientemente republicanas y democráticas— ESTÁ ORGANIZADO INTERIORMENTE COMO LA MÁS ABSOLUTA DE LAS MONARQUÍAS; por este motivo hemos dejado *Le Sillon* como tantos otros.

Le Sillon está sometido a la autoridad exclusiva de M.Sangnier, autoridad complicada por la fuerza capitalista que su gran fortuna le permite hacer pesar sobre el movimiento. Es el único propietario del periódico, de la revista, de la sede social. Los grupos de provincias han sido desposeídos poco a poco de todo medio efectivo de control"

Lo más gracioso es que Marc Sangnier negó siempre a sus tipógrafos de *L'Eveil Démocratique* el derecho a sindicarse...
Bajo la dictadura de Marc Sangnier, *Le Sillon* se desliza cada vez más a la izquierda:
"Vendrá el día de las fiestas republicanas, y será como un atardecer sillonista

agrandado inmensamente. Al son religioso de los grandes himnos revolucionarios se mezdarán.., los cánticos poderosos y contenidos de la democracia que se está haciendo nacer” .

“Numerosos son los jóvenes sacerdotes, relegados a la sombra de los presbiterios silenciosos o al recogimiento de los vastos seminarios, que se sienten hijos de esos humildes curas del ‘89 que ponían su mano sacerdotal en la de los valientes plebeyos” .

“Robespierre, Danton y Desmou lins eran profundamente religiosos. Su filosofía religiosa era la sustancia misma del cristianismo del que Francia vivía”

Tales eran los nuevos Padres de la Iglesia democrática, de los que los sillonistas, con la espiga de trigo anudada por un lazo rojo en el ojal se hacían los propagandistas.

* * *

Charles Maurras había estado profundamente interesado por la evolución de Marc Sangnier. Acordándose del tiempo en que él mismo había sido seducido por Lamennais, pronto adivinó a donde iba a conducir el sillonismo. Habla, en su introducción al *Dilemme de Marc Sangnier (Dilema de Marc Sangnier),* de los “coqueteos” del fundador de *Le Sillon* con “el espíritu de la Revolución” que “arrastraría a sus oyentes y a sus lectores a tratar como enemigos los conceptos de patria, de progreso y de tradición. Que continuase el movimiento, Y UNO TENDRÍA EL DERECHO DE PREGUNTARSE SI EL ORDEN IBA A ENCONTRARSE DE UN LADO Y EL CATOLICISMO DE OTRO” .

En una página célebre, Maurras defendía contra Sangnier la “romanicidad” de la Iglesia.

“Sin duda —escribía— esta sociedad espiritual (la Iglesia) tiene un jefe, al que

encontráis demasiado poderoso. ¿Preferiríais entendérosla con treinta y nueve millones de jefes mandando a miles de millones de células nerviosas más o menos dispersas, con tantos jefes como cabezas, cada una de las cuales podría encontrar en su fantasía algún Dios LO QUIERE, y empujarla legítimamente, si es de su agrado, a los más sombríos extremismos? Pero esta anarquía os asusta, admitís a la Iglesia, y lamentáis solamente que tenga un jefe cara al exterior; deseáis la misa y las vísperas en francés, un clero autónomo absolutamente sustraído a toda autoridad del 'Romano', teniendo en cuenta la ruina que esto implica, ¿os fijáis en lo que sucedería? No dejaríais de horrorizaros de ello. Suprimido el 'Romano' y, con este Romano, la unidad y la fuerza de la Tradición abatidas, los monumentos escritos de la fe católica tomarían necesariamente toda la parte de influencia religiosa quitada a Roma. Se leerá directamente en los textos y se leerá sobre todo la letra. Esta letra que es judía actuará, si Roma no lo explica, al estilo judío.

"Alejándose de Roma, nuestros clérigos evolucionarán cada vez más, como han evolucionado los clérigos de Inglaterra, de Alemania y de Suiza, incluso de Rusia y de Grecia. Convertidos en sacerdotes 'pastores' y 'ministros del Evangelio', se volverán cada vez más al rabinismo y os harán navegar poco a poco hacia Jerusalén"

* * *

El 25 de agosto de 1910 Pío X puso fin al equívoco mantenido por *Le Sillon.* Lo hizo en una encíclica de tal importancia doctrinal que es necesario dar aquí muy amplios extractos de ella.

Después de haber recordado que su deber, como Pontífice, era "preservar a los fieles de los peligros del error y del mal", evocaba el ejemplo de sus predecesores condenando "las doctrinas de los supuestos filósofos del siglo XVIII, las de la Revolución y las del liberalismo". Hoy se trata de las doctrinas de *Le Sillon,* de sus "tendencias inquietantes" servidas por "almas huidizas";

también debía dar a conocer la verdad “a un gran número de seminaristas y de sacerdotes a los que *Le Sillon* ha sustraído, si no a la autoridad, al menos a la dirección y a la influencia de sus obispos. . y a la Iglesia, donde *Le Sillon* siembra la división y de la que compromete sus intereses”.



San Pío X pone fin al juego de Le Sillon

Los sillonistas —proseguía Pío X— “apelan al Evangelio, interpretado a su manera y, lo que es más grave todavía, a un Cristo desfigurado y disminuido”.

Los sillonistas de *Le Sillon* ampliado ¿pretenden ocuparse solamente de la cuestión social? Pío X da esta réplica: “En esta materia, los principios de la doctrina católica están fijados, y la historia de la civilización cristiana está ahí para testimoniar su bienhechora fecundidad”. León XIII “los ha recordado en páginas magistrales, que los católicos que se ocupan de cuestiones sociales, deben estudiar y tener siempre ante los ojos. Ha enseñado especialmente que la democracia cristiana debe mantener la diversidad de clases, que es con seguridad lo propio de la Ciudad bien organizada, y desear para la sociedad humana la forma y el carácter que Dios, su autor, le ha impreso” *(Graves de communi)* ha condenado “una cierta democracia que va hasta un grado de perversidad, como es el de atribuir en la sociedad la soberanía al pueblo y el perseguir la supresión y la nivelación de las clases”.

Ahora bien, los sillonistas “rechazan la doctrina recordada por León XIII sobre los principios esenciales de la sociedad, colocan la autoridad en el pueblo o casi la suprimen, y toman como ideal a realizar la liberación de clases. Van pues en contra de la doctrina católica hacia un ideal condenado”.

Sueñan “con cambiar” las “bases naturales y tradicionales y prometen una ciudad futura edificada sobre otros principios, que se atreven a llamar más fecundos, más benéficos que los principios sobre los que descansa la ciudad cristiana actual”, y Pío X dice que hace falta “recordarlo enérgicamente en estos tiempos de anarquía social e intelectual, en los que cada uno se coloca de doctor y de legislador, no se edificará la sociedad de otra forma sino como Dios la ha edificado; no se edificará la sociedad, si la Iglesia no pone las bases y no dirige los trabajos de ella; no, la civilización ya no hay que inventarla, ni construir la nueva ciudad en las nubes. Lo ha sido, lo es; es la civilización cristiana, es la ciudad católica. Sólo se trata de instaurarla y de restaurarla sin

cesar sobre sus fundamentos naturales y divinos, contra los ataques siempre renovados de la utopía malsana de la revuelta y de la impiedad: OMNIA INSTAURARE IN CHRISTO".

Volviendo a las teorías de *Le Sillon* Pío X comprueba que éste "coloca primordialmente la autoridad política en el pueblo de quien ella procede, después en los gobernantes, de tal manera, sin embargo, que continúa residiendo en aquél". Ahora bien, León XIII ha condenado formalmente esta doctrina en su Encíclica *Diuturnum iflud,* del Principado político, donde dice: "gran número de hombres modernos siguiendo las huellas de los que en el pasado siglo se dieron el nombre de filósofos, declaran que todo poder viene del pueblo; que, en consecuencia, los que ejercen el poder en la sociedad no lo ejercen con autoridad propia, sino con una autoridad que el pueblo ha delegado en ellos y bajo la condición de que pueda ser revocada por la voluntad del pueblo, del que ellos la reciben. Completamente distinto es el sentimiento de los católicos quienes hacen derivar de Dios el derecho a mandar, como de su principio natural y necesario".

"Sin duda *Le Sillon* hace venir de Dios esta autoridad que sitúa primero en el pueblo, pero de tal manera que asciende desde abajo para ir arriba, mientras que en la organización de la Iglesia el poder desciende desde arriba para ir abajo". Pero además de que es anormal que lo que se delega ascienda, puesto que es propio de su naturaleza descender, León XIII ha refutado por adelantado este intento de conciliación de la doctrina católica con el error del filosofismo. Pues, prosigue: "Importa indicarlo aquí: los que presiden el gobierno de la cosa pública pueden en ciertos casos ser elegidos por la voluntad y el juicio popular, sin repugnancia ni oposición de la doctrina católica. Pero si esta elección designa al gobernante, no le confiere la autoridad de gobernar, no delega el poder, designa a la persona que será investida con él".



San Pío X no teme corregir

“Si el pueblo permanece como detentador del poder —hace observar Pío X— ¿ en qué se convierte la autoridad? Ya no hay ley propiamente dicha, ya no hay obediencia. *Le Sillon* lo ha reconocido; puesto que en efecto reclama, en nombre de la dignidad humana, la triple emancipación política, económica e intelectual. La ciudad futura para la que trabaja no tendrá ya amos ni servi dores; todos los ciudadanos serán en ella libres, todos camaradas, todos reyes... Una orden, un precepto, sería un atentado a la libertad, la

subordinación a una superioridad cualquiera sería una disminución del hombre y la obediencia, una degeneración. ¿Es así, Venerables Hermanos, cómo la doctrina tradicional de la Iglesia nos representa las relaciones sociales en la Ciudad, incluso la má perfecta posible? ¿ Es que toda sociedad de criaturas independientes y desiguales por naturaleza no tiene necesidad de una autoridad que dirija su actividad hacia el bien común y que imponga su ley? Y si, en la sociedad, se encuentran seres perversos (siempre los habrá), la autoridad, ¿no deberá ser tanto más fuerte cuanto más amenazador sea el egoísmo de los malos?“.

Sostener lo contrario, proclama Pío X, “sería engaflarse torpemente sobre el concepto de la libertad”.

¿Habla *Le Sillon* de justicia social y de igualdad? Ahí también deforma la enseñanza tradicional de la Iglesia, “para él, toda desigualdad de condición es una injusticia o por lo menos una justicia menor”. Principio grandemente contrario a la naturaleza de las cosas, generador de envidias y de injusticia y subversivo de todo orden social.

“Así, la democracia sola inaugurará el reino de la perfecta justicia. ¿No es esto una injuria hecha a las otras formas de gobierno que se relega, de esta manera, al rango de gobiernos de impotentes males menores?”.

Le Sillon tiene una noción de la fraternidad que engloba en la misma tolerancia a todas las ideas “ahora bien, la doctrina católica nos enseña que el primer deber de la caridad no está en la tolerancia de las convicciones erróneas, por muy sinceras que ellas sean, ni en la indiferencia teórica o práctica hacia el error o el vicio en el que vemos sumergidos a nuestros hermanos, sino en el celo por su mejoramiento intelectual y moral, no menos que por su bienestar material”.

“Separando la fraternidad de la caridad cristiana así entendida, la democracia, lejos de ser un progreso, constituiría un retroceso desastroso para la civilización”.

En cuanto a la “dignidad humana”, *Le Sillon* también se hace de ella una “falsa idea”.

“Según él, el hombre sólo sería verdaderamente digno de este nombre el día en el que hubiese adquirido una conciencia clara, fuerte, independiente, autónoma, que pueda prescindir de amo, no obedeciendo más que a sí misma y capaz de asumir y de llevar sin fallo las más graves responsabilidades”.

“He aquí algunas palabras altisonantes con las cuales se exalta los sentimientos de la vanidad humana”.

Haría falta “cambiar la naturaleza humana”. ¿ Acaso los santos, que han llevado la dignidad humana a su más alto grado de exaltación, tenían una dignidad así? Y los hombres sencillos que no pueden subir tan alto y que se contentan con trazar modestamente su surco en el rango que la Providencia les ha asignado, cumpliendo enérgicamente sus deberes en la humildad, la obediencia y la paciencia cristianas, ¿no serían dignos del nombre de hombres, ellos, a quienes el Señor sacará un día de su oscura condición para colocarlos en el cielo entre los príncipes de su pueblo?”.

Respecto a *Le Sillon,* que se considera “como el instrumento de la sociedad futura”, “los estudios se hacen allí sin director, como mucho, con un consejero. Los círculos de estudio son verdaderas cooperativas intelectuales, donde cada uno es a la vez maestro y alumno (...) el sacerdote mismo, cuando entra allí rebaja la eminente dignidad de su sacerdocio y, por el

más extraño cambio de papeles, se hace alumno, se pone a nivel de sus jóvenes amigos y ya no es más que un camarada".

De ahí la "sorda oposición de los sillonistas a la Jerarquía, y es Pío X, quien dirigiéndose a los obispos, les describe cómo los ven los sillonistas:

"Sois el pasado, ellos son los pioneros de la civilización futura. Vosotros representáis la Jerarquía, las desigualdades sociales, la autoridad y la obediencia, viejas instituciones, a las cuales sus almas enamoradas de otro ideal, no pueden doblegarse". Se enseña a la juventud "que desde hace diecinueve siglos (la Iglesia) no ha conseguido todavía organizar en el mundo la sociedad sobre sus verdaderas bases; que no ha comprendido las nociones sociales de autoridad, de libertad, de igualdad, de fraternidad y de dignidad humana; que los grandes obispos y los grandes monarcas que han creado y han gobernado tan gloriosamente a Francia no han sabido dar a su pueblo, ni la verdadera justicia, ni la verdadera felicidad, porque rio tenían el ideal de *Le Sillon*.

"EL SOPLO DE LA REVOLUCIÓN HA PASADO POR AHÍ, y podemos sacar la conclusión de que si las doctrinas de Le Sillon son erróneas, su espíritu es peligroso y su educación funesta".

¿ Cómo ve la Iglesia *a Le Sillon?* (sic), pregunta ahora Pío X.
"Primero, su catolicismo no se acomoda sino a la forma de gobierno democrático que estima ser la más favorable a la Iglesia, y confundirse por así decir con ella: enfeuda pues su religión a un partido político. No tenemos que demostrar que EL ADVENIMIENTO DE LA DEMOCRACIA UNIVERSAL ES INDEPENDIENTE DE LA ACCIÓN DE LA IGLESIA EN EL MUNDO; ya hemos recordado que la Iglesia ha dejado siempre a las naciones el cuidado de

darse el gobierno que ellas estimen más ventajoso para sus intereses (...) existe error y peligro en enfeudar, por principio, el catolicismo a una forma de gobierno". Por lo demás, no hay sino ver cómo *Le Sillon* "divide a los católicos, arranca a la juventud e incluso a los sacerdotes y a los seminaristas de la acción simplemente católica y gasta, en balde, las fuerzas vivas de una parte de la nación". Por lo demás, los sillonistas han fundado "una asociación interconfesional para trabajar en la reforma de la civilización", luego se trata aquí, de una "obra religiosa en el más alto grado, pues no hay verdadera civilización sin civilización moral y no hay verdadera civilización moral sin la verdadera religión: es una verdad demostrada, es un hecho histórico.

"Pero más extrañas son todavía, espantosas y entristecedoras a la vez, la audacia y la ligereza de espíritu de hombres que se dicen católicos, que sueñan con refundir la sociedad en semejantes condiciones y establecer en la tierra por encima de la Iglesia católica 'el reino de la justicia y del amor', con obreros venidos de todas partes, de todas las religiones, o sin religión, con o sin creencia, con tal de que olviden lo que los divide: sus convicciones religiosas y filosóficas, y que pongan en común lo que los une: un GENEROSO IDEALISMO y las fuerzas morales tomadas 'de donde puedan'. Cuando se piensa en todas las fuerzas, ciencias, virtudes sobrenaturales, que han sido necesarias para establecer la ciudad cristiana, y los sufrimientos de millones de mártires, y las luces de los Padres y de los Doctores de la Iglesia, y la entrega de todos los héroes de la caridad, y una poderosa jerarquía nacida del cielo, y ríos de gracia divina, y todo edificado, enlazado, compenetrado por la Vida y el Espíritu de Jesucristo, la Sabiduría de Dios, el Verbo hecho Hombre, cuando se piensa, decimos, en todo esto, asusta ver cómo se afanan nuevos apóstoles en hacerlo mejor con la puesta en común de un vago idealismo y de virtudes cívicas. ¿ Qué van a producir? ¿ Qué va a salir de esta colaboración? Una construcción puramente verbal y quimérica donde se verá espejear, todo revuelto y en una confusión seductora, las palabras de libertad, de justicia, de fraternidad y de amor, de igualdad y de exaltación humana, todo basado sobre una dignidad humana mal comprendida. Será una agitación tumultuosa, estéril para el fin propuesto y QUE APROVECHARÁ A LOS AGITADORES DE

MASAS MENOS UTOPISTAS. SÍ, VERDADERAMENTE, SE PUEDE DECIR QUE *Le Sillon* ESCOLTA AL SOCIALISMO, CON LA MIRADA FIJA EN UNA QUIMERA.



La quimera de Sangnier… Estampilla francesa

“Tememos que haya algo peor aún, el resultado de esta promiscuidad en el trabajo, el beneficio de esta acción social cosmopolita, no puede ser sino una democracia que no será ni católica, ni protestante, ni judía: una religión (pues el sillonisrno, sus jefes lo han dicho, es una religión) más universal que la Iglesia católica reuniendo a todos los hombres, convertidos al fin en hermanos y camaradas en el reino de Dios.

“No se trabaja para la Iglesia, se trabaja para la humanidad”. *Le Sillon* no es más que “UN MISERABLE AFLUENTE DEL GRAN MOVIMIENTO DE APOSTASÍA ORGANIZADO EN TODOS LOS PAÍSES PARA EL ESTABLECIMIENTO DE UNA IGLESIA UNIVERSAL QUE NO TENDRÁ NI DOGMA NI *JERARQUÍA,* NI REGLA PARA EL ESPÍRITU NI FRENO PARA LAS PASIONES, y que, bajo pretexto de libertad y de dignidad humana, traería al mundo, si pudiese triunfar, el reino legal de la astucia y de la fuerza y la opresión de los débiles, de los que sufren y trabajan.

“Nos, CONOCEMOS DEMASIADO LOS SOMBRÍOS LABORATORIOS DONDE SE ELABORAN ESTAS DOCTRINAS DELETÉREAS que no deberían seducir a los espíritus clarividentes. Los jefes de *Le Sillon* no han sabido defenderse de ellas: la exaltación de sus sentimientos, la ciega bondad de su corazón, su misticismo filosófico mezclado con una parte de iluminismo, los han arrastrado hacia un NUEVO EVANGELIO en el cual han creído ver el verdadero Evangelio del Salvador, hasta el punto de que se atreven a tratar a Nuestro Señor Jesucristo con una familiaridad extremadamente irrespetuosa, y que su ideal, estando emparentado con el de la Revolución, NO TEMEN HACER ENTRE EL EVANGELIO Y LA REVOLUCIÓN COMPARACIONES BLASFEMAS, que no tienen la disculpa de haber escapado de alguna improvisación tumultuosa.

“Si Jesús ha sido bueno para los extraviados y los pecadores, no ha respetado sus convicciones erróneas por muy sinceras que pareciesen; los ha amado a todos para instruirlos, convertirlos y salvarlos. Si ha llamado a El para aliviarlos a los que padecen y sufren, no ha sido para predicarles la envidia de una igualdad quimérica. Si ha levantado a los humildes, no ha sido para inspirarles el sentimiento de una dignidad independiente y rebelde a la obediencia. Si su corazón desbordaba de mansedumbre para las almas de buena voluntad, ha sabido igualmente armarse de una santa indignación contra los profanadores de la casa de Dios, contra los miserables que escandalizan a los pequeños, contra las autoridades que abruman al pueblo con pesadas cargas sin poner un dedo para aligerarlas. El ha sido tan fuerte como dulce; ha reñido, amenazado, castigado, sabiendo y enseñándonos que con frecuencia el temor es el comienzo de la sabiduría y que, a veces, conviene cortar un miembro para salvar el cuerpo, en fin, no ha anunciado para la sociedad futura el reino de una felicidad ideal del que sería desterrado el sufrimiento; pero por sus lecciones y por sus ejemplos ha trazado el camino de la dicha posible en la tierra y de la dicha perfecta en el cielo: el regio camino de la cruz. Esto son enseñanzas que estaríamos equivocados en aplicar solamente a la vida individual con vistas a la salvación eterna; son enseñanzas

eminentemente sociales, y nos muestran en Nuestro Señor Jesucristo algo más que un humanitarismo sin consistencia y sin autoridad".

En cuanto a la organización de la Sociedad, Pío X enseña que "LOS MECANISMOS SOCIALES DEBERÍAN ESTAR ORGANIZADOS DE TAL MANERA QUE POR SU ENGRANAJE NATURAL, PARALIZASEN LOS ESFUERZOS DE LOS MALOS E HICIESEN ASEQUIBLE A TODA BUENA VOLUNTAD SU PARTE LEGÍTIMA DE FELICIDAD TEMPORAL".

Sin duda, desea que los sacerdotes tomen "una parte activa en la organización de la sociedad con este fin" pero los advierte que tengan cuidado de no dejarse arrastrar "en el dédalo de opiniones contemporáneas, por EL ESPEJISMO DE UNA FALSA DEMOCRACIA; que no tomen de la retórica de los peores enemigos de la Iglesia y del pueblo un lenguaje enfático lleno de promesas tan sonoras como irrealizables. Que estén persuadidos que la cuestión social y la ciencia social no han nacido ayer, que en todos los tiempos la Iglesia y el Estado felizmente concertados, han suscitado con este fin fecundas organizaciones; que LA IGLESIA QUE JAMÁS HA TRAICIONADO LA FELICIDAD DEL PUEBLO POR ALIANZAS COMPROMETEDORAS, NO TIENE QUE DESPRENDERSE DEL PASADO Y QUE BASTA CON RECOGER, CON EL CONCURSO DE LOS VERDADEROS OBREROS DE LA RESTAURACIÓN SOCIAL, LOS ORGANISMOS ROTOS POR LA REVOLUCIÓN Y ADAPTARLOS, CON EL MISMO ESPÍRITU CRISTIANO QUE LOS HA INSPIRADO, AL NUEVO AMBIENTE CONTEMPORÁNEO, PUES LOS VERDADEROS AMIGOS DEL PUEBLO NO SON NI REVOLUCIONARIOS, NI INNOVADORES; SINO TRADICIONALISTAS".

Aprovechando la lección de esta condenación de estas ideas madres de *Le Sillon* y de la democracia cristiana, Maurras dirá:
"El Pensamiento *traza* su círculo y si estáis fuera de él os indica sencillamente que estáis fuera de él, que erráis. 'No os CONOZCO', 'YA NO OS CONOZCO',

este es todo el sentido del anatema. Mucho se han compadecido de las víctimas de la sentencia. hoy, debe admirarse de cuanta ayuda era esta sentencia para el innumerable pueblo anónimo al que defendía y afianzaba".

Siguiendo el consejo de Fogazzaro, Marc Sangnier se sometió. *Le Sillon* desapareció, pero "es más fácil decretar la desaparición de un espíritu —ha subrayado M. Nel Aris—, que la creación de un espíritu contrario. La obra de saneamiento no puede realizarse más que por una reforma lenta y profunda de las ideas".

* * * * *

LA IGLESIA OCUPADA – CAPITULO XIV

LA FERIA DE LAS RELIGIONES

Nolite conforman huic saeculo.
SAN PABLO

El parisiense guasón hará un chiste del coleccionista escéptico a quien un amigo desmañado le dejó caer un ídolo de la estantería: "Desgraciado! ¡A lo mejor ese era el Dios verdadero!".
ARTHUR LOTH

(La Vérité, 19 de octubre de 1895)

*

Capítulo XIV: Un parlamento de las religiones — El padre Charbonnel — La época era un poco loca — El padre Hyacinthe — La Iglesia no es nada o lo es todo — El Americanismo — Una idea masónica — La Alianza Israelita Universal y los innovadores

*

La idea de un *“Parlamento de las religiones”* nació, al final del siglo XIX, en los Estados Unidos... con ocasión de la Exposición de Chicago en 1893.

Dos años antes se había constituido un comité donde estaban juntos luteranos, metodistas, unitarios, un judío, el rabino Hirsch y Mons. Fechan, arzobispo católico de Chicago. Este comité había publicado un manifiesto, invitando a los representantes DE TODAS LAS CREENCIAS, a prestar su concurso *“para ofrecer al mundo, en la Exposición de 1893, un cuadro de las armonías religiosas de la humanidad”.*

Se proponían *“reunir en una conferencia, por primera vez en la historia, a los principales representantes de las grandes religiones del mundo”, “mostrar a los hombres de una manera interesante, LA NATURALEZA Y EL NÚMERO DE VERDADES FUNDAMENTALES que son el tesoro común de las diversas religiones...*



Reunión de las "grandes religiones" del mundo...el Parlamento...

El cardenal Gibbons declaraba que “el fin de este Parlamento (de las religiones)” era *“presentar a los espíritus que buscan la verdad, los postulados respectivos de las diversas religiones, a fin de que pudiesen abrazar entre todas ellas aquélla que se impusiera a su conciencia”*

Dicho de otra forma, se abría una especie de campaña electoral en la cual las religiones, como si fueran partidos, iban a ensalzar sus méritos respectivos. Pero las campañas electorales tienen sus leyes, la más importante de las cuales es que no hay que chocar al elector y también los católicos norteamericanos tuvieron la idea de que convenía silenciar ciertas afirmaciones doctrinales de la Iglesia romana.

Los norteamericanos incluso se permitieron ir a Francia a dar

lecciones a los católicos franceses. De paso por París, el cardenal Gibbons declaraba que los sacerdotes franceses *“no hablan a los hombres de este siglo el lenguaje de este siglo. Hablan como en otros tiempos y parecen venir de regiones lejanas, oscuras, en las que se hubiesen ignorado los cambios”.*

A lo que el gran periodista católico Arthur Loth, respondía valientemente en *La Vérité:*
“El Evangelio ha sido hecho para todos los siglos, para todos los países, para todos los estados de la sociedad.. La doctrina de la sociedad moderna es completamente contraria a la del Evangelio… Evidentemente, la predicación evangélica debe ser apropiada a los tiempos y al país en que se ejerce; pero la acción del clero y de los católicos, para ser eficaz en el seno de una sociedad materialista como la nuestra, debe ante todo inspirarse en este consejo de San Pablo, QUE CONVIENE TANTO A NORTEAMÉRICA COMO A FRANCIA: ‘guardaos de conformaros al siglo’. —NOLITE CONFORMARI HUIC SAECULO”.

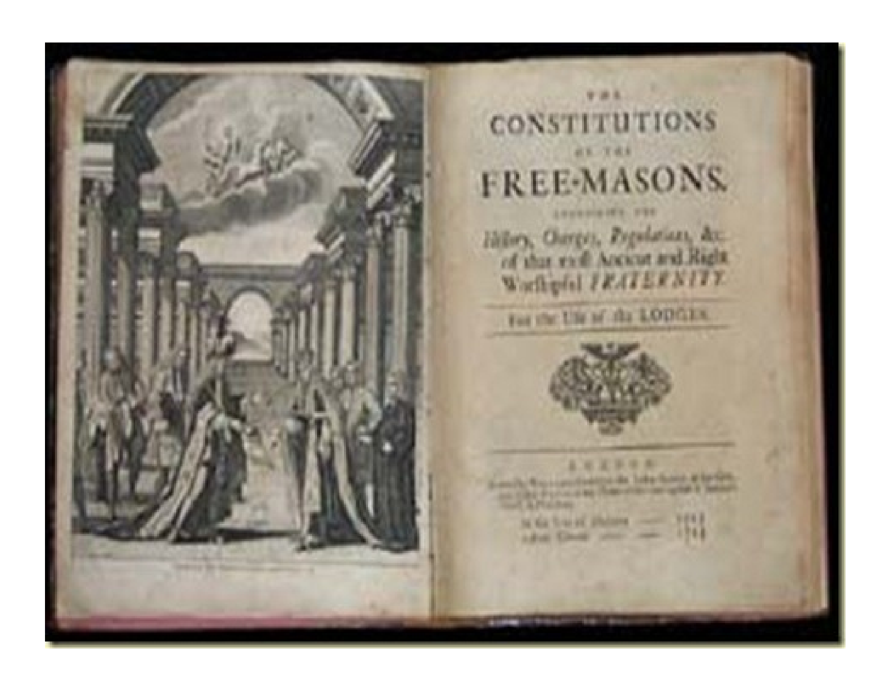
El 15 de septiembre de 1895 León XIII condenaba el principio mismo de la “Feria de las Religiones” y escribía al cardenal Gibbons:
“Hemos sabido que en Norteamérica se celebraban asambleas en las cuales, indistintamente, los católicos se unen a los que están separados de la Iglesia para tratar de cuestiones religiosas o de cuestiones morales. No hay que creer que no exista ningún pecado en este silencio, en el cual se omite intencionadamente y se relegan al olvido ciertos principios de la doctrina católica. Pues todas estas verdades, cualesquiera que sean, no tienen más que un solo y mismo Autor y Doctor, el Hijo único que está en el seno del Padre”.

Esto no impidió que durante diecisiete días se viera al cardenal Gibbons con su ropaje escarlata, a un brahmán vestido de rojo tocada la cabeza con un turbante verde, a un budista envuelto en una toga blanca, a mandarines chinos y bonzos japoneses cubiertos de seda, exponer lo que hacían sus cultos por la felicidad espiritual y temporal del hombre.

Esta "Feria de las Religiones" rica en color y dentro del estilo de los desfiles norteamericanos, acaso no chocaba en Chicago, pero cuando los padres Klein y Charbonnel lanzaron la idea de organizar un Congreso universal de las religiones en París, con ocasión de la Exposición Universal, el escándalo fue tal, que debieron renunciar; León XIII mandó decir: que era *"más prudente que los católicos tuviesen su congreso aparte".*

Pero el asunto estuvo candente. El padre Charbonnel había lanzado una "Unión moral de las religiones". *"Se hará* —escribía en la Revue de Paris del 1 de septiembre de 1895— *UN PACTO DE SILENCIO SOBRE TODAS LAS PARTICULARIDADES DOGMÁTICAS QUE DOMINAN LOS ESPÍRITUS y un pacto de acción común por aquello que une los corazones, por la virtud moralizadora que está en toda fe. Sería el abandono de los viejos fanatismos, sería la ruptura de esta larga tradición de EMBROLLOS que mantiene a los hombres exasperados por sutiles disensiones de doctrina y el anuncio de nuevos tiempos (...). Ha llegado la hora —concluía el padre Charbonnel— para esta UNIÓN SUPREMA DE LAS RELIGIONES".*

Esta era muy exactamente la doctrina masónica expuesta en las CONSTITUCIONES de 1717, que establecían que los francmasones no están obligados más "que a esta religión en la que todos los hombres están de acuerdo, dejándoles la elección de sus opiniones individuales.



Constituciones de la masonería...

POR AHI, LA MASONERÍA SE CONVERTIRÁ EN EL CENTRO Y EL MEDIO de crear una fraternidad verdadera entre gentes que, sin esto, habrían quedado divididas para siempre".
De esta forma, desde fines del siglo XIX, la penetración de las ideas masónicas se hace visible en una parte del clero y de los fieles.

COMIENZA LA OCUPACIÓN

Los modernistas notables, como los padres Lemire y Naudet aplaudieron la iniciativa de Charbonnel. Fonsegrive y Goyau compartían esta opinión. En *Le Monde,* del cual era director el P. Naudet, tuvo lugar una reunión preparatoria. Naudet hablaba "de

bajar los puentes levadizos" y aseguraba: *"los católicos DEBEN participar en el Congreso de las religiones"* .

"*Hace treinta años, veinte años, diez años solamente* —escribía Arthur Loth— *la idea de añadir a una exposición de artes industriales un Congreso cosmopolita de las religiones hubiese parecido extravagante a todo el mundo... Jamás los Dupanloup, los Maret, los Montalembert, los Falloux, habrían soportado que la Iglesia Católica que ellos habían intentado reconciliar con el siglo, viniese a abrir una tienda en la feria de las religiones"*

Le Monde, ganado por los "innovadores", aseguraba que sería una afirmación grandiosa "hecha por todas las religiones, decir que la religión es una cosa buena. Y no serán en absoluto UNOS DIOSES los que se coloquen en primer plano, sino que será LA IDEA DE DIOS, DEL QUE TODAS LAS RELIGIONES SON VEHÍCULOS MÁS O MENOS PERFECTOS".

No, respondía Arthur Loth, esto será una lección de escepticismo. *"La vista de la diversidad de religiones es lo que hay de menos propio para hacer nacer en los espíritus incrédulos el reino de Dios, y lo más capaz de hacer perder la fe a los demás. Así ha sido en todos los tiempos. Los romanos comenzaron a perder la fe en sus dioses, a medida que conocieron las divinidades de los pueblos extranjeros. Primero, los identificaron con los suyos para hacerse creer a sí mismos y hacer creer a sus súbditos que eran los mismos dioses; después terminaron por no creer en ninguno. La mezcla había sido la causa de su incredulidad.*

"Así sucederá en París. El espectáculo de esta multitud de religiones asociadas con un mismo fin, confundidas en una misma

representación, no hará más que fortalecer la duda. En presencia de tantas religiones, se creerá más fácilmente, o que todas ellas son buenas, o que todas ellas son indiferentes; viendo tantos dioses, uno se preguntará si ninguno vale nada o si hay uno que valga. El parisiense guasón hará un chiste del coleccionista escéptico a quien un amigo desmañado le dejó caer un ídolo de la estantería: ' Desgraciado! ¡ A lo mejor ese era el Dios verdadero !"
.

La época era un poco loca. El vizconde Melchior de Vogué, hablaba de "neocristianos". Se los llamaba "las Cigüeñas", según el título de uno de sus artículos de la *Revue des Deux Mondes.*

En resumen, como en el tiempo de Lamennais, se tenía la impresión de que el cristianismo comenzaba solamente en este final del siglo XIX y que le hacía falta silenciar sus dogmas para "ganar el corazón de los extraviados".

León XIII comenzaba a dudar de las excelencias de la política del "Ralliement". Muy atento a la acción subterránea de la Francmasonería que no dejaba de denunciar, hizo saber que este pacto del silencio *"tendría por efecto separar a los católicos de la Iglesia en lugar de hacer volver a los disidentes".*

Henry Béranger confesará algunos años más tarde: *"En realidad, no es verdad que la Iglesia católica se haya beneficiado del movimiento neocristiano que nos arrastraba... La Iglesia no ha reconquistado una sola alma de entre las nuestras, y nosotros hemos conquistado muchas de entre las suyas"*

El sacerdote apóstata Hyacinthe era naturalmente uno de los más ardientes defensores de este congreso de las religiones que se quería reunir en la Exposición de 1900:
"El Padre Hyacinthe —escribía Arthur Loth— encontró buenas todas las ocasiones para afirmar que en el futuro se formará entre los diversos cleros y los diversos creyentes, una religión superior que los reunirá a todos y de la que él se ha constituido en sacerdote desde ahora: esto es un efecto de su apostasía.. . Les es lícito al pastor Holland y al Padre Hyacinthe, organizar con los rabinos, los muftíes, los derviches, los faquires y otros hierofantes de falsos dioses, todos los congresos y teatros de las religiones que quieran imaginar para la diversión de la Exposición de 1900; pero la Iglesia Católica debe permanecer fuera de todas las exhibiciones de este género. Ella es la Iglesia de Jesucristo. Es lo que es por su Divino Fundador. Ella sola es la depositaria de la verdad religiosa. No solamente no tiene nada que tomar o que recibir de las otras religiones, sino que tiene que darles todo. No admite ni tolerancia, ni compromiso en materia de dogma y su moral es la moral misma del Evangelio."

"La Iglesia Católica no puede aparecer en medio de las otras religiones sino con la superioridad que le da su divina institución. ELLA NO ES NADA O LO ES TODO".



La feria de las religiones hoy en día...

Habiendo prohibido el cardenal arzobispo de París la “feria de las religiones” el padre Charbonnel le escribió:
“El congreso de las religiones, parece que es la glorificación del principio de tolerancia. Tanto mejor, ciertamente. Pero nuestros buenos sectarios —y los hay ‘de todas clases’, como entre los jesuitas de Pascal— no recuerdan que ‘toda verdad es intolerante, y sobre todo la verdad religiosa’, que ‘la intolerancia es el principio de la vida de la Iglesia Católica’. Los innovadores estarían pues en el error, pero el error, proclama Charbonnel ‘el error no existe en sí’.

Sólo se le podría concebir como ‘no ser’ la verdad y únicamente se le podría alcanzar en la persona. El error, es a fin de cuentas el pensamiento de alguien... Acosar un error fue y sigue siendo, cualquier casuística que se haga, acosar a las personas (...) LAS RELIGIONES DEBEN SER CONSIDERADAS DEL LADO DEL HOMBRE. No se trata tanto de religiones como de hombres religiosos, y no tanto de CREDO y de verdad, como de almas creyentes y de sinceridad. Y también, más allá de sectas y capillas, en una comunión superior de aspiraciones, de sentimientos, de oraciones, se forma la noble elite de las almas religiosas, verdaderamente la

'Iglesia' de tantos elegidos que, por la ascendente paz de las creencias o por sentimientos y deseos de fe, o por los torrentes de un pensamiento inquieto, o por las llamadas de su sufrimiento, con la mirada hacia la luz, buscan a Dios".

Y Charbonnel se queja de que haya sido ahogada "la voz de Lamennais, de los Lacordaire, de los Montalembert", pero proclama que hoy *"un Manning de Inglaterra, un Ireland de Norteamérica, y un León de Roma, han querido hacer revivir el viejo y liberal Evangelio prescrito: EL EVANGELIO DE LAS MULTITUDES".* Charbonnel se quedó solo obstinándose y acabó por secularizarse.

La gran idea de los innovadores, a finales del siglo pasado, es la de fundar la Iglesia "en el Siglo", como ellos dicen: *"¡ La Iglesia y el Siglo! —escribe Mons. Ireland—. Ponedlos en íntimo contacto, sus corazones baten al unísono; EL DIOS DE LA HUMANIDAD opera en el uno, EL DIOS DE LA REVELACIÓN SOBRENATURAL opera en el otro; en ambos es el mismo y único Dios".*

Como el siglo va a la Democracia (¡y qué!, ¿acaso solo?) la Iglesia, estima Monseñor Ireland, debe aliarse a la Democracia: "Estamos actualmente en la edad de la democracia. Los monarcas ya no ocupan el trono sino para ejecutar la voluntad del pueblo. Pobre de la religión si no comprende este hecho" .

La Iglesia *"ha comprendido",* dicen ellos. León XIII compromete a los católicos franceses en la política del "Ralliement" y Mons. Ireland asegura que *"las gloriosas encíclicas a la nación francesa,*

traen el beso de la paz, tan largamente deseado, de la Iglesia a la democracia. La sonrisa de la Iglesia, que los emperadores y los reyes reclamaban en otro tiempo como su derecho exclusivo, se vuelve ahora hacia la forma más bella y la representación más elevada de los derechos populares, hacia la República".

Sin embargo, el arzobispo de San Pablo de Minnesota es un poco como M. Zola. Duda de la vocación democrática de Francia y proclama, dos años después de que León XIII haya condenado estas tesis:
"Creo que una misión divina ha sido asignada a la República de los Estados Unidos; esta mishón es la de preparar el mundo por el ejemplo y por la influencia moral, al reino universal de la libertad humana y de los derechos del hombre. Norteamérica no vive para ella sola; LOS DESTINOS DE LA HUMANIDAD ESTÁN CONFIADOS A SU CUSTODIA. Ninguna doctrina de Monroe confina su democracia a las costas del Atlántico y del Pacífico".

Texto singular donde ya se dibuja ese imperialismo pandemocrático que va a caracterizar la política norteamericana a todo lo largo del siglo XX. La idea de enganchar la Iglesia a este imperialismo, destinado a imponer las ideas de 1789 en el mundo, era la más asombrosa que se puede imaginar, pero la época es la de las grandes desviaciones del espíritu.

En su prefacio a la traducción francesa del libro de Mons. Ireland, verdadero manifiesto del modernismo, condenado en la época bajo el nombre de "americanismo", en razón de su origen geográfico, el padre Klein aseguraba que la Iglesia *"bendice la democracia y la considera como la eflorescencia de sus propios principios de*

igualdad, de fraternidad, y de libertad de todos los hombres ante Cristo y por Cristo".

La VIE DU P. HAEKER *(Vida del P. Haeker)* traducida también por el P. Klein, y precedida de una introducción de Mons. Ireland y de una carta de Mons. Gibbons, fue otro manifiesto del partido. Condenado, el libro fue retirado de la venta. Los autores se inclinaron *"pero las ideas no se eliminan fácilmente de los cerebros que les han dado asilo".*

Más tarde, Charbonnel confesará: "Sin ninguna duda, debo a las ideas que estos hombres (el P. Haeker, Mons. Ireland, Mons. Koane y el padre Klein) representan, si se quiere, mi apostasía, y yo digo mi Liberación".

Se trata pues bien claramente de una "nueva Iglesia" que ya tiene sus "nuevos sacerdotes". Descansa en la idea de una unión moral de religiones, "es decir, de un terreno que no pertenece en particular a ninguna y a todas"; es la misma definición de la francmasonería:

"La Masonería es la moral universal que conviene al habitante de todos los climas, AL HOMBRE DE TODOS LOS CULTOS... su moral una e inmutable, es más amplia y más universal que las de las religiones nativas siempre exclusivas".

"Hay una religión universal, enseñaba ya el Gran Oriente a mediados del siglo XIX, QUE ENCIERRA TODAS LAS RELIGIONES PARTICULARES DEL GLOBO: es la que nosotros profesamos".

Curiosamente, también ésta era la idea de "la Alianza Israelita Universal", desde su fundación:

Adolphe Crémieux, Presidente de la Alianza Israelita Universal, además de fervoroso masón.

"La Alianza Israelita Universal —escribía su fundador Adolphe Crémieux— apenas nacida (1861), ya hace sentir su influencia saludable a lo lejos. … NO SE LIMITA A NUESTRO SOLO CULTO, SE DIRIGE A TODOS LOS CULTOS. QUIERE PENETRAR TODAS LAS RELIGIONES, como penetra en todos los países. Que los hombres cultivados SIN DISTINCIÓN DE CULTO, se unan a esta Asociación Israelita Universal cuyo fin es tan noble, tan ampliamente civilizador. Tender una mano amiga a todos esos hombres que nacidos en una religión distinta a la nuestra, nos tienden una mano fraternal, reconociendo que TODAS las religiones cuya moral es la base y cuya cima es Dios deben ser amigas entre ellas, haciendo así caer las barreras que separan LO QUE DEBE REUNIRSE UN DÍA, he aquí, señores, la bella, la gran misión de nuestra Alianza Israelita Universal".

De este modo, se dibuja un inmenso movimiento en la segunda mitad del siglo XIX a favor de la idea masónica de una Religión Universal. Ya tiene sus adeptos en el seno mismo de la Iglesia romana, aunque constituye la negación del fundamento mismo de la Iglesia: la Revelación.

Los espíritus más avisados observan este movimiento con inquietud.

****

LA IGLESIA OCUPADA – CAPITULO XV

¿UNA SOCIEDAD SECRETA DENTRO DE LA IGLESIA?

Se combate mal a un adversario si no se le conoce a fondo.
CHARLES MAURRAS
La Démocratie Religieuse, pág. 110

*

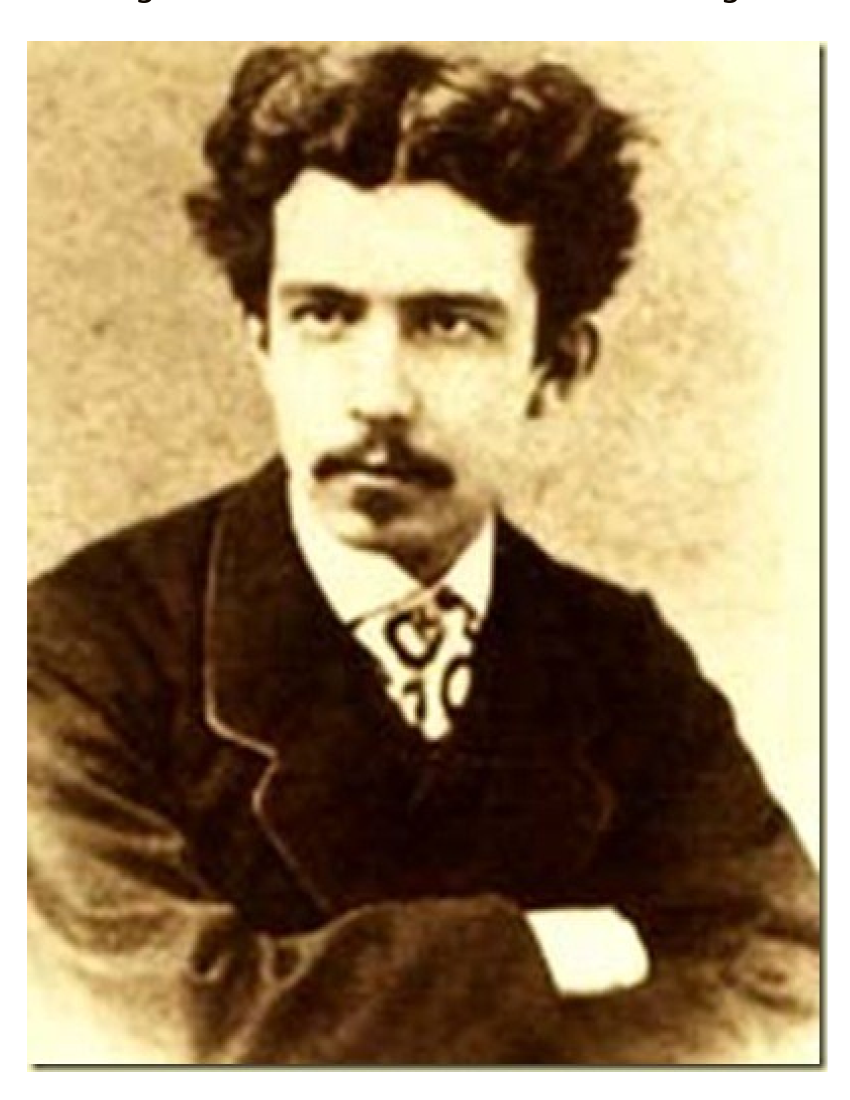
Capítulo XV: Los conjurados de Subiaco — Conquistar la Iglesia desde el interior — La reunión secreta de la vía Della Vita — "Percibo el mal olor de Lutero..." — El subconsciente y la Verdad —Antonio Fogazzaro — *Il Santo* en el *Indice* — Un cardenal en la conjuración — La conferencia de París — "Cristianos a la búsqueda" — Romper la cadena — Un refugio contra el siglo.

*

La idea de infiltrarse en la Iglesia para desviar su doctrina y controlar a su jerarquía, por extraña que pueda parecer, no ha dejado de obsesionar a las sectas ocultas. Las tentativas más conocidas son las de los "Iluminados" de Baviera, en el siglo XVIII, y la de la Alta Venta en el siglo XIX.

En 1906, aparecía en París la traducción francesa de un libro del escritor italiano Antonio Fogazzaro, *Il Santo (El Santo).* La mediocre intriga novelesca no hubiera sin duda llamado la atención si no hubiese servido para difundir las consignas de la SECTA MODERNISTA.

Estas eran bastante sorprendentes: se trataba de constituir una sociedad secreta en el seno de la Iglesia, con vistas a adueñarse de los principales puestos de la Jerarquía y lograr así una evolución de la Iglesia, favorable a las ideas del siglo.



Antonio Fogazzaro. Su libro Subiaco expone ideas de infiltración en la Iglesia...

En Subiaco, Giovanni Selva, el protagonista de Fogazzaro exponía estas extrañas ideas a un grupo de amigos:

“Somos un cierto número de católicos, en Italia y fuera de Italia, eclesiásticos y laicos que deseamos una reforma de la Iglesia…

Para ello, tenemos necesidad de CREAR UNA OPINIÓN QUE LLEVE A LA AUTORIDAD LEGÍTIMA A ACTUAR SEGÚN NUESTRAS MIRAS, aunque fuese dentro de veinte, treinta o cincuenta años… He creído que para la propagación de nuestras ideas sería muy útil que por lo menos pudiésemos conocernos. Esta noche, nos reunimos un pequeño grupo Para un primer contacto”.

Giovanni Selva pide entonces que se comprometan bajo secreto y, uno de los oyentes que comprendió perfectamente lo que se proponía, sacó la conclusión de que se trataba de fundar una “francmasonería católica”. No una contra-masonería, sino una sociedad que emplease los métodos de la Francmasonería: secreto e infiltración.

Las ideas que intercambian “los modernistas de Subiaco” son no hace falta estar de acuerdo en todo, “los acuerdos positivos madurarán interiormente, como los gérmenes vitales en el caduco despojo de los frutos… un acuerdo negativo es bastante”**.**

“En el tema que nos ocupa, el proceso lógico está oculto”

La idea fundamental de los conjurados es la de no abandonar la Iglesia por ningún motivo. Separados de ella, no serían más que una secta visiblemente herética. Su objetivo es más ambicioso: conquistar la Iglesia desde DENTRO.

“Trabajemos para hacer sentir universalmente la necesidad de renovar todo lo que en nuestra religión es ropaje y no cuerpo de la verdad... hagámoslo permaneciendo en el terreno del puro catolicismo, esperando de las caducas autoridades las nuevas leyes, demostrando sin embargo que, si no se cambia esas vestimentas llevadas desde hace tanto tiempo y bajo tan rudas inclemencias, ninguna persona cultivada consentirá ya en ser de los nuestros. Y quiera Dios, que muchos de entre nosotros no se las quiten sin permiso por no poder soportar más la repugnancia que les causan”.

Pero tal trabajo oculto en el seno de la Iglesia, ¿ no corre el riesgo de ser descubierto? Es el temor que expresa uno de los conjurados:

“Creéis que os será posible navegar bajo el agua como peces prudentes y ya no pensáis que el ojo penetrante del Soberano Pescador o Vice-Pescador puede descubriros. Yo no aconsejaré jamás a los peces más finos, más sabrosos, más buscados, que se junten. Comprendéis lo que sucedería si cogieran a uno de ellos y lo sacasen del agua. Y no ignoráis que el Gran Pescador de Galilea ponía los peces en vivero, pero el Gran Pescador de Roma los pone en sartén”.

La respuesta que se le dio es muy reveladora:

“Aisladamente, cualquiera puede ser alcanzado: hoy, el profesor Dana, por ejemplo, mañana Dom Faré, pasado mañana Dom ‘Clément. Pero el día en el que, el imaginario arpón... pescase unidos por un hilo, laicos de marca, sacerdotes, monjes, obispos, tal vez cardenales, ¿quién será, decidme, el pescador pequeño o grande que del susto, no deje caer al agua el arpón y todo lo demás?”.

El plan está claro: contaminar los espíritus en tan gran número que Roma (el Papa, designado veladamente como “Gran Pescador”) dude en condenar. Ese día la Iglesia será conquistada desde dentro, ahogada por la opinión; pues los modernistas saben que se puede “fabricar la opinión” y van a dedicarse a ello.



Antonio Fogazzaro, escritor y poeta.

La conjuración se ha extendido y Fogazzaro cuenta la reunión secreta que tuvo lugar en Roma, via Della-Vita:

“A la caída de la noche un señorial carruaje se detuvo ante una casa de la calle Della-Vita, en Roma. Dos damas descendieron de él precipitadamente y desaparecieron por una oscura puerta. El carruaje partió.

“Dos minutos después llegó otro, dejó a otras dos damas que desaparecieron por la misma puerta y el carruaje partió.

“En un cuarto de hora, llegaron cinco carruajes y la oscura puerta se tragó por lo menos a doce damas. Después, la callejuela volvió a quedar silenciosa.

“Media hora más tarde, comenzaron a venir del Corso grupos de hombres. También ellos se detenían ante la misma puerta, leían el número a la luz del farol más próximo y entraban. Y la oscura puerta se tragó también de esta manera a unas cuarenta personas. Los últimos fueron dos sacerdotes. El que miró el número era miope y no conseguía leer las cifras. El otro riendo le dijo:

“Entra. Percibo el mal olor de Lutero: debe de ser aquí”

Después de tal comienzo en la Ponson du Terrail, Fogazzaro nos transmite el discurso que pronunció el “profeta” del movimiento: Benedetto, “el Santo”.

Comenzó por leer una carta que había recibido: “Hemos sido educados en la fe católica, decía el comunicante, y ya hechos hombres, hemos aceptado de nuevo, por un acto de libre voluntad, sus más arduos misterios, hemos trabajado por ella en el campo administrativo y social; pero en esta hora, otro misterio se levanta en nuestro camino y nuestra fe vacila ante él. La Iglesia católica, que se proclama fuente de verdad, obstaculiza hoy la búsqueda de la verdad cuando esta búsqueda se lleva a cabo en

sus propios fundamentos, en sus libros sagrados, en las fórmulas de sus dogmas, en su pretendida infalibilidad…

Para nosotros, esto significa que está destinada a la muerte, a una muerte lejana pero ineluctable... ¿Qué debemos hacer?”

Benedetto pregunta entonces: “,Por qué os habéis dirigido a mi?” y parodiando el Evangelio cuenta esta parábola:

“Unos peregrinos sedientos se acercaron a una famosa fuente. Encuentran un pilón lleno de agua estancada de sabor desagradable. La fuente viva está en el fondo del pilón, pero no la encuentran. Decepcionados, se dirigen a un cantero que trabaja cerca de allí en una galería subterránea. El cantero les ofrece agua pura, ellos le preguntan el nombre del manantial. ‘Es la misma que la del pilón, les responde, en el subsuelo toda esta agua sólo forma una corriente’. El que cava, encuentra”.

Y Benedetto explica lo expuesto:
“Los peregrinos sedientos sois vosotros; el oscuro cantero soy yo; la corriente escondida en el subsuelo es la verdad católica. En cuanto al pilón, no es la Iglesia, la Iglesia es todo el campo por el que corren las aguas vivas. Si vosotros os habéis dirigido a mí, es porque sabíais de una manera inconsciente que la Iglesia no es la jerarquía únicamente. Que es el universal conjunto de fieles, GENS SANCTA, y que del fondo de todo corazón cristiano puede brotar el agua viva del manantial mismo, de la Verdad misma”.

El “reformador”, hábilmente, no niega la Jerarquía. Si los conjurados deben infiltrarse en ella, es importante dejarle bastante fuerza para ayudarlos en su conquista oculta, pero la aprisionan en la opinión, la opinión que ellos van A HACER “Yo no juzgo a la Jerarquía... digo nada más que la Iglesia no es solamente la Jerarquía”.

Pero si la Verdad no nos llega por la enseñanza de la Jerarquía, ¿por qué canal llegará entonces?

Hay, responde el "reformador", una región del alma "la del subconsciente, donde las facultades ocultas realizan un trabajo oculto". "Este otro mundo del pensamiento está en relación directa e incesante con la Verdad...

TIENDE A RECTIFICAR LAS IDEAS DOMINANTES, cuando la enseñanza tradicional de estas ideas no es adecuada a lo verdadero". Esta es "la fuente de una AUTORIDAD LEGÍTIMA", "la Iglesia es la Jerarquía con sus conceptos tradicionales y ES TAMBIÉN la sociedad laica perpetuamente en contacto con la realidad, ACTUANDO PERPETUAMENTE SOBRE LA TRADICIÓN".

Esta es la impugnación permanente instalada en la Iglesia. La "logia modernista" imaginada por Fogazzaro había pasado a casa de uno de los afiliados que había ofrecido su apartamento: "Las reuniones se celebraban allí dos veces por semana. Había eclesiásticos, mujeres y hasta un judío llamado Viterbo, a punto de hacerse católico y en el que el maestro fundaba grandes esperanzas".

"El objeto de estas reuniones era hacer conocer a personas atraídas por Cristo, PERO A LAS QUE REPUGNABA EL CATOLICISMO, lo que el catolicismo es verdaderamente", pues se les enseñaba que las formas de la religión son "modificables" por las reacciones de la "conciencia pública". Fogazzaro no vacilaba en enviar a su héroe ante el Papa para ordenarle que reuniese con frecuencia a los obispos en "concilios nacionales" y que hiciese "participar al pueblo en la elección de los obispos".

Esto era introducir la democracia en la Iglesia; una democracia que no podía ser sino "progresista" porque, explicaba Fogazzaro, "los

católicos, eclesiásticos y laicos dominados por el espíritu de inmovilidad creen agradar a Dios, como los judíos celosos que hicieron crucificar a Jesús.

Todos los clérigos, el Santo Padre, y también todos los hombres religiosos que hoy se oponen al CATOLICISMO PROGRESISTA, habrían hecho crucificar a Jesús de buena fe en nombre de Moisés. Son idólatras del pasado, desearían que en la Iglesia todo fuese inmutable."

Los conjurados habían comprendido perfectamente que la INMUTABILIDAD de la Iglesia, la formidable construcción dogmática asentada sobre la tradición constituía una barrera infranqueable para los "innovadores". La primera tarea a realizar, era hacer penetrar en la opinión que la Iglesia DEBÍA cambiar, evolucionar. ¿ A dónde la llevarán? Eso sería la segunda etapa: LO PRIMERO HACER ADMITIR LA IDEA DEL CAMBIO.

En su lecho de muerte, *Il Santo* deja esta consigna a los conjurados:
"¿ Os digo que toméis públicamente el lugar de los Pastores? No. Que cada uno trabaje en su propia familia, que cada uno trabaje entre sus amigos personales, que los que puedan, trabajen por medio de sus escritos. De esta manera, TAMBIÉN VOSOTROS PREPARARÉIS EL TERRENO EN EL QUE SE FORMAN LOS PASTORES".



Fogazzaro en su estudio

Antonio Fogazzaro había nacido en Vicenza el 25 de marzo de 1842. Su juventud había transcurrido en tiempos del "Risorgimento". El día de su boda se había cruzado con la calesa del rey del Piamonte que entraba victorioso en Vicenza. Había sufrido la influencia de los románticos. Su libro preferido era *Les Memoires d'OutreTombe (Memorias de ultratumba)* y su poeta, Heme.

Con tales maestros, su fe religiosa pronto evolucionó hacia un vago espiritualismo, después se convirtió en un simple sentimentalismo. Al fin, no sintiéndose ya sostenido por una fe profundá, dejó de practicar. "La primera vez que me fui a pasear en lugar de ir a la Iglesia —dirá— experimenté una satisfacción como si hubiera roto una pesada cadena" "Ya no hacía nada, mis ideales se habían derrumbado, ya no esperaba nada de la vida".

Fogazzaro entra en relación con un curioso personaje: Chialiva, un viejo carbonario de los comienzos, que había ido a Inglaterra, al

Perú, había encontrado una ruina de oro y había vuelto a Lugano. Su villa "La Tanzia", había servido de refugio a los conspiradores de Mazzini. En 1859, Chialiva se había instalado en Milán y continuaba conspirando a favor de la República. Era un feroz anticlerical.

¿Se aficionaría Fogazzaro a las sociedades secretas con Chialiva? Es posible. En todo caso, no encontró en éste un guía moral. Lleva una vida desordenada y lo más notable de su actividad consiste en escribir poemas.

Pero Fogazzaro sigue siendo un inquieto. Incapaz de ordenar su vida sobre la práctica cristiana, intenta aferrarse a una vaga religión del corazón. Lo que él ha llamado su "conversión" tuvo lugar en 1873, después de haber leído la *Philosophie du Credo (Filosofía del credo)* del Padre Gratry que trataba del "deseo del corazón".

"Esto es lo mío", piensa Fogazzaro.
Il Santo hizo algún ruido. Demasiado, pues fue puesto en el *Indice,* el 5 de abril de 1906. Fiel a la táctica que ha preconizado en su libro, Fogazzaro se somete. Por otra parte no faltan quienes le animan secretamente. Hasta se tiene, del cardenal Mathieu, una carta reveladora de la penetración del "modernismo" en la Jerarquía. El 30 de julio de 1906 el cardenal escribe a Fogazzaro que acaba de ver su libro puesto en el *Indice.*
"Un cardenal no puede quitar la razón a un tribunal romano...", "pero habría poco que corregir (en *Il Santo).* Vengaos, señor mío, a la manera del sol de J. Baptiste Drousseau, el Dios que prosiguiendo su carrera derramaba torrentes de luz sobre los oscuros blasfemos. Haré todo lo posible por ir a saludaros a Vicenza... Será necesario que esta visita se haga DE INCÓGNITO e IN IGRIS por el miedo de que yo también sea puesto en el *Indice.*

“Recibid, estimado señor, toda la respetuosa adhesión *y* toda la ADMIRACIÓN de vuestro humilde servidor, P.D. CARDENAL MATHIEU”.

A principios de 1907, Fogazzaro toma aires de director de escuela. Emprende en Francia, Suiza e Italia, una gira de conferencias sobre “las ideas de Giovanni Selva”, el doctrinario de *Il Santo.* Fue acogido en París “por una multitud de católicos, de SEMINARISTAS y hasta, se dice, por un obispo”. (¿Acaso el cardenal Mathieu? En el momento en que *L’Action Française* informaba del rumor que corría de que había un obispo adepto a los conjurados, se ignoraba la carta del cardenal Mathieu a Fogazzaro, que no fue publicada hasta 1920 por Gallarati-Scotti).

Fogazzaro iba acompañado del padre Rómulo Murri, jefe del partido democrático italiano, quien algunos meses más tarde sería excomulgado, y se entrevistó con Marc Sangnier, el cual vería condenado *Le Sillon* tres años después.

“Giovanni Selva —declara Fogazzaro— pertenece al mundo de la realidad tanto como vosotros y como yo. Le he inventado un falso nombre. Su nombre verdadero es ‘legión’. Existe, piensa y trabaja en Francia, en Inglaterra, en Alemania, en América y también en Italia. LLEVA LA SOTANA y el uniforme y la levita, se deja ver en las universidades, SE ESCONDE DE LOS SEMINARIOS”

Fogazzaro reitera públicamente la consigna de los conjurados de *Il Santo:* permaneced en la Iglesia para infiltrar secretamente en ella las nuevas ideas:

“No es exiliándose de la patria —dice— ni haciéndose desterrar por el gobierno como se consigue ejercer una influencia en la legislación nacional para hacer derogar o modificar las leyes. La primera cosa que hay que hacer CONTRA ELLAS, es obedecerlas”.

Para los conjurados, la obediencia a la Iglesia no es sino una apariencia para no ser expulsado de ella.

La gira de Fogazzaro, ¿fue una imprudencia, una falta a la consigna de la acción clandestina? ¿ Se creyeron los innovadores lo bastante seguros como para desenmascararse a medias? El caso es que atrajo la atención sobre la oculta cofradía de los “modernistas”. Astucia irrisoria: Fogazzaro había creído hábil denominarse MODERNO y no MODERNISTA pero al mismo tiempo aparecía en Milán una revista: *Rinnovamento,* en la que colaboraba y de la que *L’Univers* podía decir que era “el órgano de la famosa sociedad de reformadores silenciosos cuyo programa y método se encuentran expuestos a lo largo de la novela del senador por Vicenza (Fogazzaro había sido nombrado senador del reino de Italia en 1900). Nuestros reformadores modernos creen que para realizar su obra tienen que PERMANECER A TODA COSTA EN EL INTERIOR MISMO DE LA IGLESIA**,** cualesquiera que sean las divergencias que se irán señalando cada vez más entre sus concepciones filosófico-religiosas y la fe católica; POR SÍ MISMOS NO ABANDONARÁN LA IGLESIA, BUSCARÁN REALIZAR EN ELLA SIN RUIDO SU TRABAJO DE ZAPA Y DE DISOLUCIÓN —ellos dicen de transformación y de renovación—, pero esto no los hace menos peligrosos”.

Con una fórmula asombrosa, Fogazzaro declaraba que el agnosticismo moderno “estaba mucho mejor dispuesto hacia Cristo que hacia Barrabás”, pero que estaba “sin embargo resignado a dejar morir el cristianismo, si insiste demasiado en proclamarse la verdad absoluta”.
“Ya han dejado escapar el ‘quid’ de la cuestión, comentaba *L’Univers:* lo que nuestros reformadores reprochan más a la Iglesia es el de proclamarse —y ser— una verdad absoluta”.

No sin razón los innovadores iban contra la noción misma de la verdad. Puesta en duda ésta, sometida a la Interpretación de cada uno, todo el edificio dogmático de la Iglesia quedaba quebrantado.

Con una audacia que no han superado los progresistas cristianos de hoy, *Rinnovamento* proclamaba: “Si creemos posible una nueva civilización cristiana es con una sola condición, a saber, que el espíritu de Cristo significa espíritu de liberación sin que nadie lo sujete a teorías, hipótesis, o sistemas puramente suyos, sino SINTIÉNDOLO CADA UNO EN SU CORAZÓN como un mandamiento inmanente de elevar su propia vida en todas las actividades”.

Hay que “remontarse de los mitos a la divinidad”. “La única apología posible hoy, es LA BÚSQUEDA MISMA”.

Aquí tenemos a los abuelos de los “cristianos en búsqueda de hoy”.

Se podría analizar ampliamente la obra de Fogazzaro para encontrar en ella los temas de los “progresistas” cristianos.

Si el afecto de los católicos PROGRESISTAS a su Iglesia, escribía, no está disminuido por las amarguras y los sacrificios que con frecuencia son su suerte, es porque siempre están seguros de encontrar un refugio “EN LA REGIÓN INVISIBLE DE LA QUE SE SIENTEN MIEMBROS por la fe viva y la inmortal esperanza de una fraternidad conocida plenamente de Dios solo; a resguardo de toda ofensa y de la que nadie en el mundo, por muy poderoso que sea, podrá privarlos en la eternidad”.

Fogazzaro profesaba una gran admiración por otro maestro del pensamiento de los “modernistas”: Tyreli, “el hombre ante quien —decía— todos los Giovanni Selva del mundo se inclinan con veneración” Por lo demás, tiene la intención de organizar giras de conferencias con Tyreil y Loisy, los dos futuros condenados.

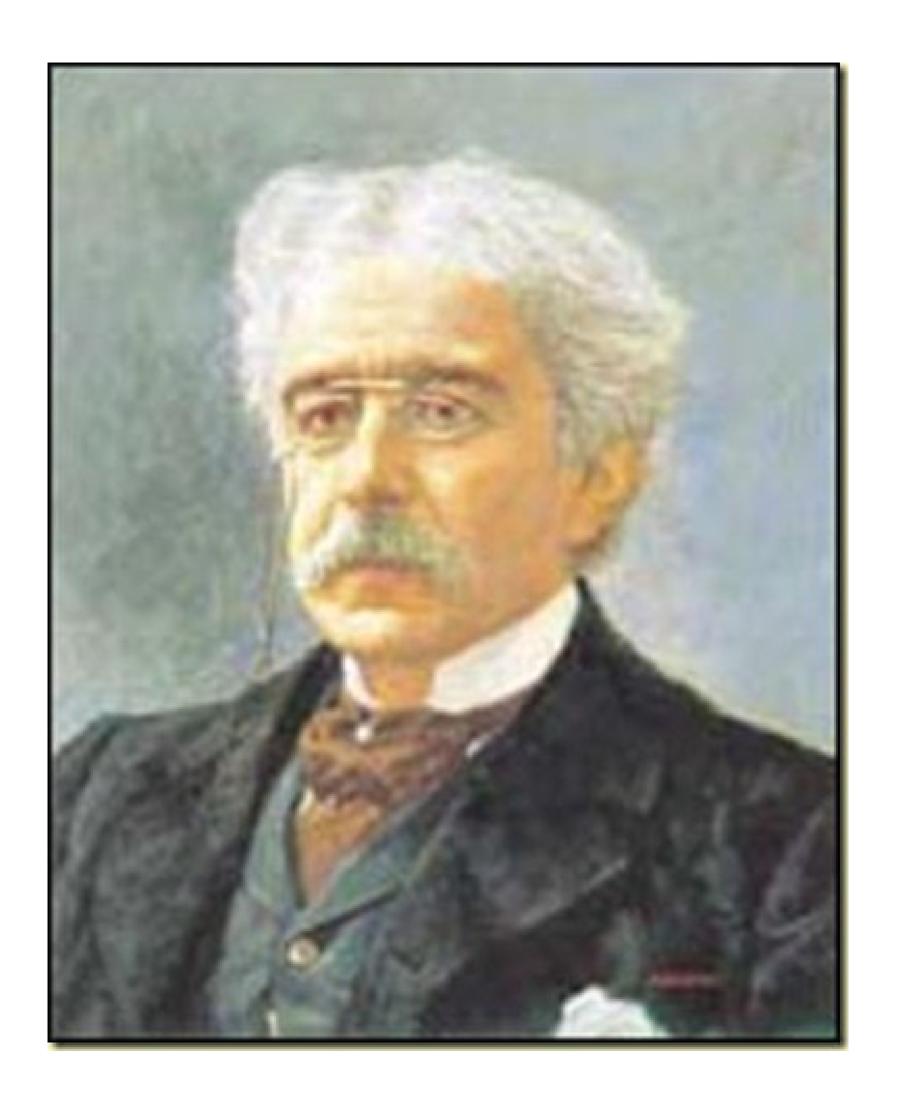
Los principales del partido se reunieron un día secretamente en Moivono, para decidir la táctica a seguir. Von Hágel sostuvo que si en los siglos pasados, principalmente desde el siglo XVI, “un considerable grupo de laicos, sacerdotes y obispos hubiesen actuado firme y dignamente COMO HOMBRES LIBRES, responsables y sinceros frente a la autoridad papal, el Papa no habría llegado jamás a pedir una obediencia pasiva que repugna a la conciencia moderna”. Pero ahora, “el Papa pide actos de renuncia a nuestra libertad que le parecen muy sencillos y naturales, simplemente porque proceden de la tradición secular y son absolutamente necesarios para su continuidad”.

Para “romper esta cadena”, hay que unirse.

Fogazzaro insistió sobre la necesidad de no romper de ninguna manera con la Iglesia, “DE PERMANECER A TODA COSTA EN EL INTERIOR PARA PODER TRABAJAR EN LO CONCRETO... Dejarse eliminar, sería retardar el triunfo de nuestras propias aspiraciones en la Iglesia”.

Actuando así, Fogazzaro prometía que un día se vería “LA AUTORIDAD EN MANOS DE HOMBRES QUE PIENSAN COMO NOSOTROS”.

Nunca se subrayará lo suficiente el método de los “modernistas”: “No separarse jamás, sino adueñarse”.



Fogazzaro. Retrato.

En el transcurso de su conferencia en París, Fogazzaro había declarado cínicamente que se trataba de "preparar un estado de conciencia colectivo QUE, MÁS TARDE, SE MANIFESTARÁ ESPONTÁNEAMENTE EN LOS ACTOS DE LA AUTORIDAD".

La objeción que nos viene inmediatamente a la mente, es ésta: ¿cuál es el valor de tal "estado de conciencia" en relación con la Tradición constante de la Iglesia?

No deja de tener interés observar que esta objeción fue percibida perfectamente por los contemporáneos, incluso por aquellos que, como Paul Souday, no eran catóilcos. El crítico de *Le Temps* hacía

observar que Fogazzaro "profesaba una admiración un poco simplista y beata por la vida moderna". "Se le llenaba la boca con ella —escribía— y no cesaba de insistir en la necesidad de adaptar el catolicismo a la tan preciosa vida moderna. ¡ Qué puerilidad !".

"El tiempo presente —proseguía Souday— es una mezcla de lo bueno y de lo malo. ¿A título de qué atribuirle un privilegio y juzgar insuficiente para él una religión que bastó a Bossuet y a Pascal?". Y, muy sutilmente hacía notar: "El impulso automático de los ingenuos y de los ignorantes exalta su época por encima de cualquier otra, porque no conocen las épocas anteriores y porque ésta tiene la superioridad de haberlos engendrado. Es un reflejo elemental creer en el progreso desde los orígenes hasta nosotros".

"Los enamorados del pasado —concedía Souday— pueden caer en algún exceso", pero "sus prevenciones, por lo menos, se apoyan en una cultura seria, una imaginación vivaz y un sentido crítico aguzado que les ha permitido JUZGAR SU SIGLO EN CONTRA DE SU INSTINTO. Llegan a pensar que lo que es característico de un siglo, moderno o antiguo, tiene poco valor y que LO IMPORTANTE ES LO QUE DURA. El catolicismo tiene LA SUPERIORIDAD DE SUS MIL NOVECIENTOS AÑOS DE EXISTENCIA sobre las ideas de las que Fogazzaro está tan satisfecho por ser modernas y que acaso mañana habrán pasado. Lejos de *querer* modificarlo para ponerlo a la moda, se puede pensar que su principal atractivo reside, por el contrario, en UNA *INMUTABLE* PERENNIDAD Lejos de subordinarlo al siglo, se tiene el derecho de amarlo POR CONTRASTE Y COMO REFUGIO CONTRA EL SIGLO".

****

LA IGLESIA OCUPADA – CAPITULO XVI

TODO SE SOSTIENE
O TODO SE DERRUMBA

Traman su ruina desde dentro, hoy el peligro está casi en las entrañas mismas y en las venas de la Iglesia.

San Pío X

Encíclica *Pascendi*

*

Capítulo XVI: León XIII condena el "modernismo" — Cristo no cambia — San Pío X desvela la conjuración La encíclica *Pascendi* — El enemigo está en el corazón de la Iglesia — La conspiración del silencio — Cómo se fabrica la opinión.

*

¿Y Roma?, se dirá. ¿Qué hacia Roma ante la pretensión de nivelar las doctrinas de la Iglesia con las del Siglo?

No hay que pensar que León XIII, cuya política del "Ralliement" fue discutible, haya tenido la menor complacencia por el "modernismo".



Papa León XIII

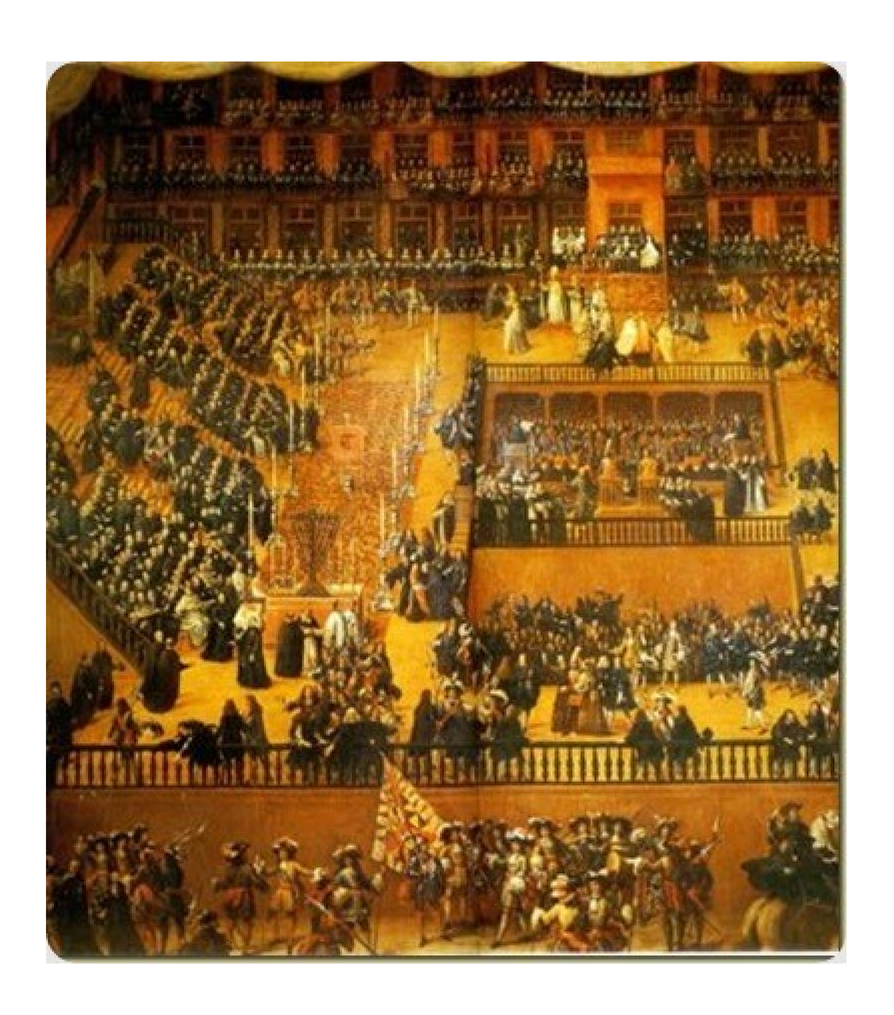
Decía este Pontífice en su Encíclica *Testem benevolentiae,* que para volver a atraer a las masas al cristianismo —éste era el gran argumento de los innovadores— había surgido una nueva opinión que se puede resumir así:

“Hace falta que la Iglesia se adapte más a la civilización de un mundo llegado a la edad adulta y que, desprendiéndose de su antiguo rigor, se muestra favorable a las aspiraciones y a las teorías de los pueblos modernos. Ahora bien, muchos hacen llegar este principio, no solamente a la disciplina, sino también a las doctrinas que constituyen el depósito de la fe. Sostienen, en efecto, que, para ganar los corazones de los extraviados, es oportuno callar ciertos puntos de doctrina, como si fuesen de menor importancia o atenuarlos hasta el punto de no darles ya el sentido mantenido siempre por la Iglesia.

“Que se guarden de suprimir algo de la doctrina recibida de Dios o de omitir algo de ella por cualquier motivo que sea —precisaba León XIII— pues el que lo hiciere tendería más bien a separar al católico de la Iglesia que a llevar a la Iglesia a los que están separados de ella.

“La historia de todos los siglos lo atestigua, esta sede apostólica que ha recibido no solamente el magisterio, sino el gobierno supremo de la Iglesia, SE HA MANTENIDO SIEMPRE EN EL MISMO DOGMA, CON EL MISMO SENTIDO, CON LA MISMA FÓRMULA...

“El designio de los innovadores es aún más peligroso y más opuesto a la doctrina y a la disciplina católicas. Piensan que hay que introducir cierta libertad en la Iglesia con el fin de que una vez restringidos, hasta cierto punto, el poder y la vigilancia de la autoridad, le sea permitido a cada fiel desarrollar más libremente su iniciativa y su actividad. Afirman que esto es una transformación necesaria, como la libertad moderna que constituye casi exclusivamente, en la hora actual, el derecho y el fundamento de la sociedad civil”.



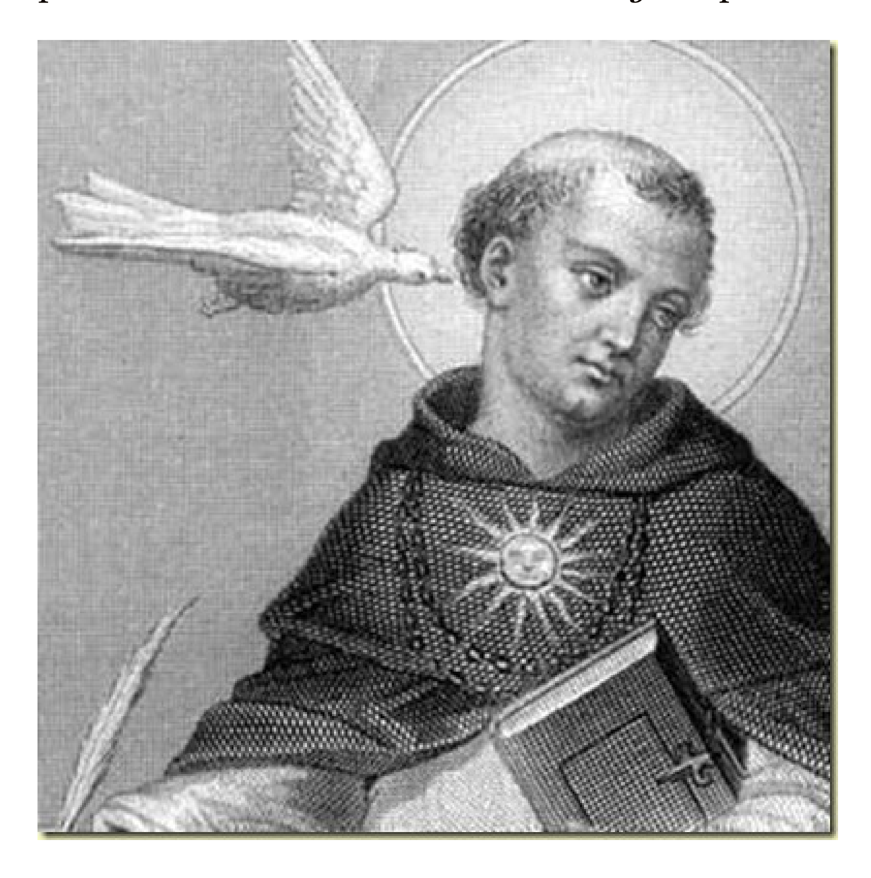
La Reforma

León XIII situaba el origen de este desorden de los espíritus en la Reforma: "Bajo el impulso de los innovadores del siglo XVI —decía— se han puesto a filosofar sin ninguna consideración para la fe y mutuamente se han concedido plena libertad para abandonar el pensamiento a su capricho y carácter. De ello resultó, de una forma totalmente natural, que los sistemas de filosofía se multiplicaron con exceso y que opiniones diversas y contradictorias surgieron incluso sobre los objetos más importantes de los conocimientos humanos. De la multitud de opiniones se llegó fácilmente a la vacilación y la duda, de la duda al error; la caída es fácil ¿quién no lo ve?

"Los hombres se dejan arrastrar de buen grado por el ejemplo, esta pasión de la novedad pareció haber invadido en ciertos países el espíritu de los mismos filósofos católicos. Desdeñando el patrimonio de la sabiduría antigua, prefirieron edificar de nuevo que acrecentar y perfeccionar el nuevo edificio,

proyecto ciertamente poco prudente y que sólo se ralizó con gran detrimento de las ciencias. En efecto, estos sistemas múltiples, apoyados únicamente en la autoridad y el juicio de cada maestro particular, no tienen más que una base móvil y por consiguiente, en lugar de una ciencia segura, estable y robusta, como era la antigua, no pueden producir más que una filosofía vacilante y sin consistencia".

Es necesario volver a Santo Tomás de Aquino, concluía León XIII, quien proclamaba al autor de la *Summa teologica* "patrón de las escuelas católicas".



"Es necesario volver a santo Tomás"

Se estaba lejos del "modernismo". Atacado en su origen el libre examen, y denunciado en sus prolongaciones, no se le reconocía ningún lugar en la Iglesia. Si se organizaba para ocuparla por sorpresa, ¿conseguiría con ello una legitimación? Su influencia, la importancia de sus adeptos, el punto extremo al que podía llegar ¿modificarían en lo que fuese, un error en contradicción total y evidente con la enseñanza tradicional de la Iglesia?

EN CUALQUIER GRADO DE SU PENETRACIÓN QUE SE LE TOME, NO DEJA DE SER UN ERROR FORMALMENTE CONDENADO DESDE SU APARICIÓN Y DEL CUAL NO PUEDE DESPRENDERSE.

"Cristo no cambia —responde León XIII a los que le apremian para que adapte la Iglesia al siglo—, El es el mismo hoy que ayer y lo será por los siglos de los siglos".

Si existe una contradicción entre el espíritu del siglo y el de la Iglesia, es el primero el que debe volver sobre sí mismo, no el segundo. Si la Iglesia "se adapta" —y adaptarse quiere decir hacer suyas las nuevas ideas— es Ella la que seguiría al siglo. La verdad ya no estaría en Ella, sino en las ideas cambiantes de los siglos; perdería toda autoridad al perder su inmutabilidad. Esto es tan evidente, que se requiere toda la habilidad dialéctica de los 'innovadores' y la despreocupación de los fieles para pretender escapar a esta alternativa: o bien la Iglesia se ha equivocado desde hace veinte siglos, o bien son los innovadores de hoy los que se equivocan. Pero si la Iglesia se ha equivocado desde hace veinte siglos, ¿quién nos garantiza que los que pretenden hoy hablar en su nombre no se equivoquen?

Todo se sostiene o todo se derrumba.



San Pio X asesta un golpe al modernismo.

San Pío X comprendió muy bien el método de infiltración secreta empleado por los “modernistas”. Midió todo su peligro y lo denunció con energía:

“Evidentemente, son rebeldes los que profesan y difunden, bajo formas artificiosas, errores monstruosos sobre la evolución del dogma, sobre el regreso al puro Evangelio —es decir, descargado, como dicen, de las explicaciones de la teología, de las definiciones de los Concilios, de las máximas de la ascética— sobre la emancipación de la Iglesia, PERO DE UNA MANERA NUEVA, SIN REBELARSE PARA NO SER SEPARADOS, PERO SIN

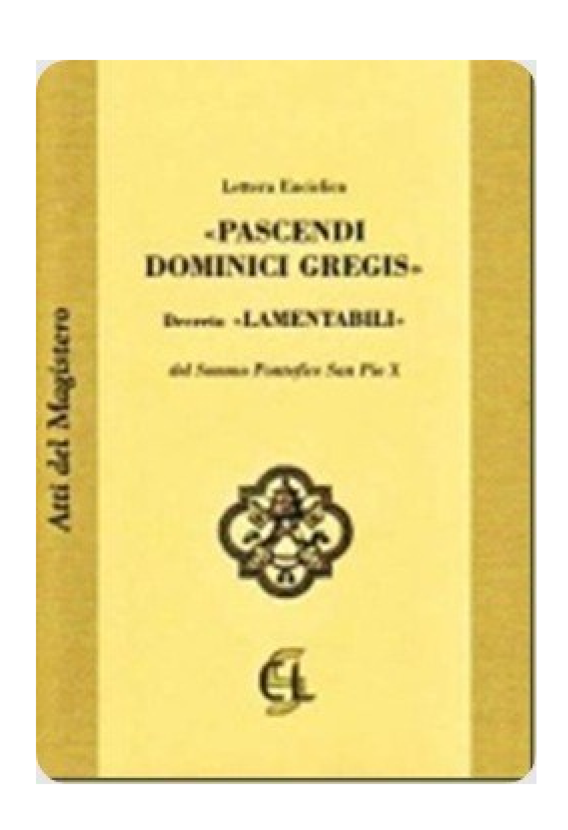
SOMETERSE para no faltar a sus propias convicciones; y finalmente, sobre la adaptación a los Tiempos presentes (...) Todos estos errores se propagan en opúsculos, revistas, libros ascéticos y hasta en novelas"

Pero el carácter de SOCIEDAD SECRETA que toma el "modernismo" es lo que preocupa al gran santo que es Pío X.

"Los modernistas, aún después de que la encíclica *Pascendi* descubriese la máscara con la que se cubría, no abandonaron sus designios de turbar la paz de la Iglesia.

En efecto, no han cesado de buscar y de agrupar EN UNA ASOCIACIÓN SECRETA, nuevos adeptos, y de inocular con ellos, EN LAS VENAS DE LA SOCIEDAD CRISTIANA, el veneno de sus opiniones, por medio de la publicación de libros y de folletos en los que callan, o disimulan los nombres de los autores (...). Estos adversarios son tanto más de temer cuanto más de cerca nos tocan; ABUSAN DE SU MINISTERIO para lanzar el anzuelo con un alimento envenenado con el fin de sorprender la buena fe de los que no están sobre aviso, propagan a su alrededor una apariencia de doctrina que contiene la suma de todos los errores".

La Encíclica *Pascendi,* del 8 de septiembre de 1907, había denunciado claramente la existencia de una sociedad secreta en el seno mismo de la Iglesia. Este sacerdote, aquel obispo, ¿ estaban afiliados a la secta? En la Iglesia se instalaba la duda. A lo que hoy asistimos no es más que el resultado de una lenta ocupación de la Jerarquía por los conjurados y no tiene otra comparación posible —con secretos vínculos?— más que con la penetración oculta de la francmasonería en la sociedad política.



Encíclica Pascendi.

"Los artífices de errores —decía San Pío X en la Encíclica *Pascendi*— no hay que buscarlos hoy entre los enemigos declarados. SE ESCONDEN y son objeto de temor y de muy viva angustia, EN EL SENO MISMO Y EN EL CORAZÓN DE LA IGLESIA, enemigos tanto más temibles cuanto que lo son menos abiertamente. Hablamos de un gran número de católicos laicos y, lo que es todavía más de lamentar, de SACERDOTES que bajo capa de amor a la Iglesia, totalmente pobres de filosofía y teologías serias, impregnados al contrario hasta la médula del veneno del error extraído de los adversarios de la fe católica, se colocan, despreciando toda modestia, como renovadores de la Iglesia (...). Ciertamente, enemigos de la Iglesia lo son y AL DECIR QUE NO LOS HAY PEORES, no nos apartamos de la verdad. En efecto, no es desde fuera, DESDE DENTRO TRAMAN SU RUINA; HOY EL PELIGRO ESTÁ CASI EN LAS ENTRAÑAS MISMAS Y EN LAS VENAS DE LA IGLESIA; sus golpes son tanto más seguros cuanto mejor saben dónde herir. (Disimulan) bajo mentirosa apariencia de sumisión una audacia sin límites. Inclinan hipócritamente la cabeza mientras que, con todos sus pensamientos, con todas sus energías, prosiguen más audazmente que nunca EL PLAN TRAZADO (...).

LES INTERESA PERMANECER EN EL SENO DE LA IGLESIA PARA TRABAJAR EN ELLA Y ALLI MODIFICAR POCO A POCO LA CONCIENCIA COMÚN".

Y ved cómo actúan en la sombra:

"QUE UNO DE ELLOS ABRA LOS LABIOS, LOS DEMÁS APLAUDEN AL UNÍSONO ENSALZANDO EL PROGRESO DE LA CIENCIA; ALGUNO TIENE LA DESGRACIA DE CRITICAR UNA u otra de sus novedades, por monstruosa que sea, SE ECHAN SOBRE ÉL EN APRETADAS FILAS; quien la niega es tratado de ignorante, quien la abraza y la defiende es ensalzado hasta las nubes. Engañados, muchos de los que van a ellos si se diesen cuenta de las cosas retrocederían horrorizados. Al amparo de la audacia y la prepotencia de los unos, de la ligereza y de la imprudencia de los otros, se ha formado como una atmósfera pestilente que invade todo, penetra todo y propaga el contagio (...) Los modernistas persiguen con toda su malevolencia, con toda su acrimonia a los católicos que luchan vigorosamente en favor de la Iglesia. No hay ninguna clase de injurias que no vomiten contra ellos. La preferida es la de la ignorancia y la de la obstinación.

"Si se trata de un adversario al que su erudición y su fuerza de espíritu le hacen temible, buscan reducirle a la impotencia organizando a su alrededor la CONSPIRACIÓN DEL SILENCIO.

"Se adueñan de las cátedras en los seminarios, en las universidades y las transforman en cátedras de pestilencia. Disfrazados acaso, siembran sus doctrinas desde la cátedra sagrada; las profesan abiertamente en los Congresos; las hacen penetrar y las ponen en boga en las instituciones sociales".

Es significativa la manera en que Fogazzaro acogió la Encíclica condenando el "modernismo". El 4 de noviembre de 1907 escribe a uno de sus corresponsales:

“He aconsejado QUE SE HAGA SILENCIO SOBRE LA ENCICLICA... Tyrell se equivoca al contestar — ¡ y en qué tono! Los autores de la RIPOSTE se equivocan ya desde el título: RIPOSTE” .



Fogazzaro herido.

San Pío X asestó un golpe muy duro a los modernistas: sus planes son expuestos públicamente, sus contradicciones subrayadas con raro vigor, y Fogazzaro acusa el golpe:

“Lo que más me oprime el corazón, sabedlo, me atrevo a decirlo, es menos el rigorismo del Vaticano que LA PROFUNDA INDIFERENCIA DEL PÚBLICO”

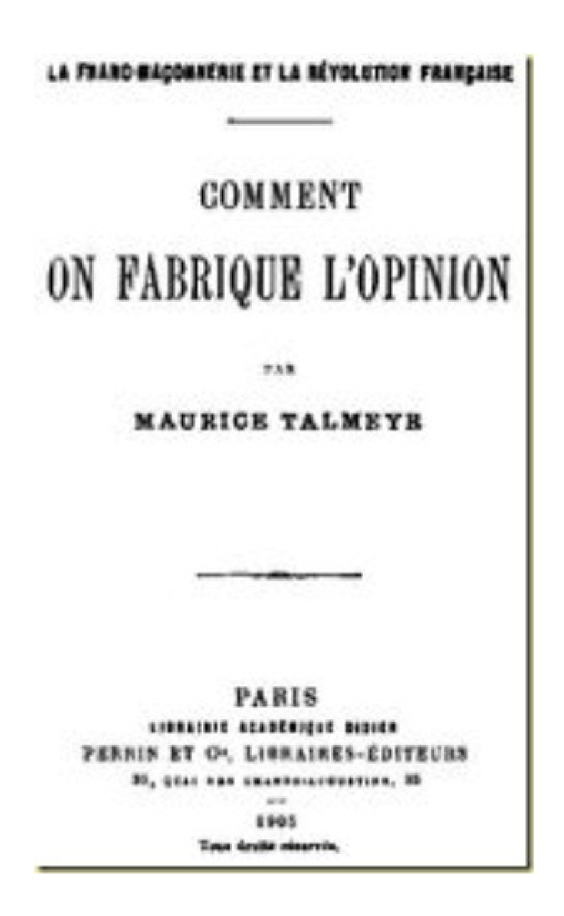
Es el reverso de la fanfarronada de los modernistas, hacen mucho ruido, intimidan a los tontos, pero en realidad poca gente los sigue.

Alrededor de Fogazzaro se ha hecho un gran vacío. Los más fanáticos le encuentran timorato, el Vaticano desconfía. Arrastra la vida tres años todavía y muere el 7 de marzo de 1910.

Sin embargo, su consigna permanece tal como la dio en *Il Santo:* “No déis nombre a vuestra asociación, no habléis jamás colectivamente, no publiquéis jamás escritos sobre cuestiones religiosas difíciles de vender, pero distribuidlos prudentemente”.

El método que Voltaire preconizaba en una carta a Helvetius era ya éste. Hablando de los libritos filosóficos contra la religión, decía:

“No se venden, se dan a personas afiliadas para que los distribuyan entre los jóvenes o las mujeres”.



LA FRANC-MAÇONNERIE ET LA RÉVOLUTION FRANÇAISE

COMMENT

ON FABRIQUE L'OPINION

PAR

MAURICE TALMEYR

PARIS

PERRIN ET Cie, LIBRAIRES-ÉDITEURS

1905

Cómo se fabrica la opinión...

étodo de Este macción había chocado a Maurice Talmeyr quien en su libro *Comment on fabrique l'opinion (Cómo se fabrica la opinión)* exponía que así se podía, "mediante una colaboración anónima, sin ruido, sin despertar sospecha, ni caer en responsabilidades, crear un estado de espíritu, fabricar la opinión". ¡ Y cuántas ventajas en esta coalición oculta! "Cuando unos hombres pertenecen ostensiblemente a una secta o a una escuela, cuando manifiestan que lo son, LA OPINIÓN está prevenida contra su espíritu de cuerpo y se pone en guardia. Pero unos hombres a los que nada une en apariencia, QUE NI ELLOS MISMOS SABEN QUE LO ESTÁN, y piensan y juzgan igual de todo, estos hombres realizan precisamente lo que se trata de realizar, un CONSENSUS. Un CONSENSUS artificial, un CONSENSUS fabricado, pero que parece espontáneo y que impresiona fuertemente".

El "modernismo" no es solamente una herejía, es también un método de propagación de la herejía y esto es lo que le ha permitido progresar encubierto

hasta el día en que explote el "CONSENSUS artificial" que da la impresión de una opinión general y espontánea.

San Pío X, que veía hacia dónde iban las cosas, tuvo estas palabras dramáticas en una de sus últimas intervenciones, el 27 de mayo de 1914:

" Oh! Cuántos navegantes, cuántos capitanes al confiar en las novedades profanas y en la ciencia engañosa de los tiempos, en lugar de llegar al puerto HAN NAUFRAGADO!".

Las condenaciones hechas alcanzan la herejía en cualquier grado de penetración al que haya llegado. La "ocupación" de la Iglesia explica los conflictos presentes y sólo la conciencia que se tome de ellos permitirá resolver la situación.

****

LA IGLESIA OCUPADA – CAPITULO XVII

EL MODERNISMO

> ***"En sus orígenes, Cristo era un pobre y humilde judío que no sabía lo que fundaba. Ha sido cargado de riquezas por las generaciones. Perdón, Sr. Loisy, pero, ¿es Dios?"***
> **MAURICE BARRÉ S**
> **Cahiers, VII, p. 19**

> ***" No hay malos tiempos. Hay malos clérigos. Todos los tiempos pertenecen a Dios, pero desgraciadamente no todos los clérigos le pertenecen..."***
> **CHARLES PEGUY**

*

Capítulo XVII: El testimonio de Benedetto Croce — Las divagaciones del padre Loisy — La verdad del padre Laberthonnière — Las extravagancias del padre Davry — El nombre según el padre Hecker —

La cuestión de Barrès — Una palabra reveladora del padre Klein — La santa cólera de Péguy — El asunto de los seminaristas — La herejía que se disimula — La opinión de los protestantes — Ya no había que pagar por las sillas — Los apóstatas — Pío X impone el juramento antimodernista — ¿Puede un error convertirse en verdad con el tiempo?

.

* * *

En su Histoire de l'Europe au XIX siècle (Historia de Eurpa en el siglo XIX), Benedetto Croce abordando el intento de penetración de las ideas liberales en la Iglesia, hace una observación muy interesante:

"Este esfuerzo de acercamiento y de conciliación, diverso y a veces de distinto espíritu según los países y atemperado o mezclado de forma diferente —escribe—, tomó el nombre de catolicismo liberal. En esta denominación, está claro que la sustancia estaba del lado del adjetivo, Y SE LLEVABA LA VICTORIA NO EL CATOLICISMO SINO EL LIBERALISMO al que este catolicismo se decidía a acoger y en cuyo viejo mundo introducía su levadura.

El viejo filósofo napolitano de la vía Trinitá Maggiore se burlaba de ello, como se había burlado del liberalismo de Mussolini que le había dejado publicar su revista Crítica, durante todo el régimen fascista, pero tenía bastante honradez intelectual para reconocer que la Iglesia había tenido razón para defenderse, y rendía un homenaje a Pío X:

"Entre los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX —escribía— surgió impetuosamente entre los católicos más cultivados, bajo la influencia de la filosofía y de la historiografía laicas, el movimiento llamado 'modernismo' (...) pero, en ese momento la Iglesia, a cuya cabeza se encontraba Pío X, se defendió firme y valientemente en sus viejas trincheras bien fortificadas y finalmente, después de haber condenado el modernismo por la encíclica Pascendi (1907), lo extirpó y lo arrojó al fuego. Sin embargo esta defensa y esta victoria le costaron la pérdida de un buen número de las inteligencias más ricas en doctrina y las más elegantes que la Iglesia poseía. PERO ESTA PÉRDIDA ERA MUCHO MENOS GRAVE QUE LA PÉRDIDA DE SU PROPIA RAZÓN DE SER QUE SE HABRÍA PRODUCIDO INELUCTABLEMENTE SI HUBIESE CAPITULADO O SI HUBIESE LLEGADO A UN ACUERDO".

Porque en el dominio del espíritu, las tentaciones son las mismas en todas las épocas, el testimonio del filósofo anticlerical conserva un valor de advertencia.

* * *

El padre Loisy —el futuro apóstata— describía bastante bien la evolución del espíritu de los "modernistas" en un artículo de la Revue du Clergé Français, de diciembre de 1898:

"Es fácil de comprender —escribía— que el cristianismo debía tener un desarrollo... porque era una religión universal que no podía dejar de transformarse, de enriquecerse y de agrandarse por efecto de sus relaciones con el mundo en el que estaba llamada a vivir: porque era imposible, incluso en los puntos de doctrina más importantes, atenerse a la letra de la Escritura sin caer en un vano culto de fórmulas; (...) porque la revelación acusa en la misma Escritura un desarrollo progresivo y no se ve por qué el desarrollo se pararía en seco a la muerte del último apóstol; porque la idea de una doctrina absolutamente perfecta desde el comienzo y que no tuviese nada que ganar por las investigaciones, las aplicaciones, las experiencias posteriores, es inconcebible y absurda...

"El poder de asimilación... asegura a la Iglesia su forma de desarrollo legítimo, LO QUE YA ANTES HABÍA REALIZADO LA HEREJÍA DE MANERA INCOMPLETA E IRREGULAR. Así, vemos a los montanistas preludiar el ascetismo religioso, a los gnósticos la teología cristiana, a los sabelinos la concepción trinitaria de San Agustín...

"En un sentido muy exacto, el cristianismo es un desarrollo del judaísmo postexiliano, el cual es un desarrollo de la religión patriarcal que tiene su punto de partida en la noción de humanidad prehistórica".

Dicho de otra manera, ¡ la Iglesia no avanzaría más que bajo el empuje de las herejías!

Cuando el padre Laberthonnière, otro jefe de filas de los modernistas, afirmaba que: "la idea fundamental que, a pesar de todas las divergencias, se ha afirmado más enérgicamente que nunca en la filosofía moderna, a saber, que no hay verdad que el hombre tenga que soportar, porque esta verdad sería entonces para él una opresión en lugar de una dilatación del ánimo, la esclavitud en lugar de la libertad, la muerte en lugar de la vida, esta idea la aceptamos con pleno conocimiento de causa (...). Entonces, cuando los filósofos para permanecer filósofos, para salvar la autonomía que constituye nuestra personalidad moral, reclaman una verdad que tenga por característica el ser 'inmanente', es decir, que se relaciona con ellos, que pueden encontrar en ellos, en lo que son y en lo que deben ser, no podríamos hacer otra cosa que darles la razón, puesto que toda verdad que no tuviese este carácter sería inevitablemente opresora, al imponerse desde fuera"

Las ideas más extravagantes fluyen de las plumas eclesiásticas:

Es el padre Davry quien escribe en los Annales de pliilosophie chrétienne (enero de 1899)

"Ha llegado la hora para el hombre moderno, después de haber sido el hombre pagano, y luego el hombre cristiano, de convertirse con la ayuda de los dos, en EL HOMBRE EMINENTEMENTE HOMBRE... de inventarse una doctrina para él, extrayéndola con una mano del paganismo y con la otra del cristianismo (sic)".

Este mismo padre Davry proclamaba:

"No podría haber una peregrinación de sacerdotes que irían a bautizarse como hombres (sic), que irían a sacudir las cadenas de un sistema odioso en el que el vicario no piensa más que por el párroco, el párroco por el obispo, y el obispo por el gobierno? Entre nosotros, la jerarquía mata al individuo.

"...El Altar construido en el estilo del siglo XVII está destinado a ir a reunirse con el Trono, hay que rejuvenecer el edificio entero y ponerlo en armonía con el gust y las necesidades de las generaciones futuras"

Para el P. Hecker, "el hombre es y no puede ser sino bueno, dotado de la razón que tiende a lo verdadero y de la libertad que tiende al bien; si la razón abraza lo falso, es bajo apariencia del bien. El pecado original no ha dejado en el hombre ninguna mala cualidad"

El desorden de los espíritus había llegado a tal punto que uno ya no se asombra de ver escrito en la Justice Sociale:

"Hoy día ya no son los párrocos, ya no son los católicos quienes predican las ideas fundamentales del Cristianismo, sino los socialistas y los anticlericales".

* * *

Maurice Barrès hacía constar en sus Caihers lo que tenía de absurdo el razonamiento de los modernistas. Para ellos, decía, "la ciencia nos dice que todo lo que está vivo evoluciona. Luego si el cristianismo está vivo, evoluciona. Si Cristo está vivo en mí, evoluciona, no es lo que era. En sus orígenes Cristo era un pobre y humilde judío que no sabía lo que fundaba. Ha sido cargado de riquezas por las generaciones.

"—Perdón, Sr. Loisy, pero ¿es Dios?

"—¿Dios? Sr. Barrès, ese es el sentimiento que está en Ud.

"Eso son necedades. ¿Y por qué esos señores sacerdotes conservan sus vestimentas y dicen misa? Si se avergüenzan de su sacerdocio que cuelguen los hábitos".

Barrès refería esta significativa anécdota sobre el padre Klein, uno de los cerebros de la secta:

“El padre Klein conversaba con varios universitarios con los que estaba divagando y le hacían hablar sobre la idea de Dios (pues no trataban de Dios, sino de la idea de Dios), el padre no estaba en uno de sus días inspirados, se embrollaba, entonces se le escapó decir: ‘es curioso, cuando se ha estado mucho tiempo sin pensar en ello, ya no se sabe bien lo que se encierra en este concepto’”.

Esta anarquía clerical provocaba naturalmente vivas reacciones. Vemos por ejemplo que La Semaine Religieuse de Versalles se alarma con los que, queriendo “limpiar las avenidas del catolicismo ante la ola ascendente de la democracia”, hablan de bautizar la revolución. Pero La Semaine Religieeuse recordaba que, “no es solamente una ruina dinástica la que ha marcado su nacimiento, sino la eliminación sacrílega, la erradicación de los derechos de Dios y la instauración oficial de ese ateísmo social contra el cual se debate desde hace un siglo la sociedad francesa (...). No se puede sacar luz de la sombra, orden del desorden. ¿QUAE AUTEM CONVENTIO CHRISTI AD BELIAL? Se trata de un mal incurable porque radica en la misma esencia del ser que se aspira a transformar: en resumen, es un vicio original y radical, que no puede borrar ningún bautismo: nada bueno puede florecer de un mal principio: ‘¿ se cosechan uvas de las espinas?’ ha dicho el Maestro” .

Péguy decía más brutalmente:

“Los curas trabajan para demoler lo poco que queda. Lo hacen con mucho éxito. Incluso sólo en ese campo tienen éxito. Pero hay que hacerles justicia, porque en él trabajan activamente”.

Se dice: ¡ son los malos tiempos!

“No hay malos tiempos —respondía Péguy— hay malos clérigos. Todos los tiempos pertenecen a Dios. Desgraciadamente, todos los clérigos no le pertenecen.

“Hay personas que quieren perfeccionar el cristianismo. Es un poco como si se quisiese perfeccionar el norte, la dirección del norte... el norte está fijo de forma natural; el cristianismo está natural y sobrenaturalmente fijo. Así como los puntos fijos han sido dados de una vez por todas en uno y otro mundo, en el mundo natural y en el mundo sobrenatural, en el mundo físico y en el mundo místico. Y todo el trabajo, codo el esfuerzo que hay que hacer después es, por el contrario, conservarlos y mantenerlos”

* * *

El “modernismo” ganaba los seminarios donde se organizaba clandestinamente. En 1901, el padre Maignen publicó en La Vérité Française una serie de artículos denunciando una organización oculta “que abarcaba unos cincuenta seminarios y que afiliaba cerca de un millar de alumnos”. Además de las correspondencias confidenciales, se incitaba a los seminaristas a leer los periódicos modernistas: la Justice Sociale y La Voix du Siècle que se les enviaba por un precio

irrisorio. Al obispo de Quimper le impresionaron las facilidades dadas para la lectura de estos dos periódicos “funestos para la disciplina eclesiástica” y el padre Naudet ofreció, por toda respuesta, un abono gratuito de tres meses a la Justice Sociale, a cualquier sacerdote que acabase de ser ordenado y que le enviase simplemente su tarjeta haciéndolo constar.

“Tengamos la franqueza de decirlo —escribía el padre Fontaine: el mal está en nuestras casas de formación sacerdotal. . .   Recordemos las chaines y otras pequeñas publicaciones clandestinas que circulaban en los Seminarios Mayores a espaldas de los directores, hace algunos años. Se asegura que esto ha sido reemplazado por círculos de estudio más o menos ocultos en donde se debaten las cuestiones de moda. Allí se imparte UNA ESPECIE DE ENSEÑANZA ESOTÉRICA que recibe estímulos indirectos. . . Se proporciona a estos jóvenes revistas, periódicos y libros que corroboran sus más avanzadas opiniones. Se consideran como una élite intelectual que vive en una atmósfera superior que no podrían frecuentar las vulgares mentes que los rodean. Se aprovechan las vacaciones para desarrollar estas nociones adquiridas clandestinamente y bien diferentes de sus manuales teológicos o escriturarios”.

Se está bien claramente frente a un complot. Algunos hombres se habían dado por misión hacer desviar la enseñanza tradicional de la Iglesia y formar verdaderas sociedades secretas dentro del clero.

“Tengo la convicción profunda —escribía Mons. Turinat en 1902— de que los más graves peligros de la Iglesia de Francia en este momento no vienen de fuera... vienen de falsas y peligrosas doctrinas que alcanzan directa o indirectamente la fe misma, son tentativas que tienen por resultado romper los lazos de la disciplina, sembrar en el clero la división y la revuelta, transformar de manera deplorable el espíritu y la educación de los seminaristas y de los jóvenes sacerdotes”.

Jamás se ha conocido exactamente la amplitud ni el verdadero origen de esta organización oculta que “abarcaba unos cincuenta seminarios y que alistaba cerca de un millar de alumnos con sus publicaciones, sus celadores, y sus recursos propios”.   Mons. Dubillard, obispo de Quimper, se daba cuenta, por entonces, de “la analogía existente entre este trabajo subterráneo y los programas elaborados en las logias masónicas”. “Se trata —decía— no solamente de periódicos como la Justice Sociale y la Voix du Siècle que se ponen a la disposición de los seminaristas durante las vacaciones a precios irrisorios y cuya lectura no puede ser sino funesta para la disciplina eclesiástica y para la formación del joven clero, sino también y sobre todo, de ciertas correspondencias litografiadas, hechas exclusivamente para los seminaristas y que se difunden, en la hora actual, en casi todas las diócesis de Francia. Estas correspondencias llevan nombres diferentes pero todas están redactadas con el mismo espíritu”.

Se guardó tan bien el secreto que jamás se pudo saber el nombre de la que circulaba en la diócesis de París. Cinco publicaciones diferentes eran difundidas en

los Seminarios, divididos en cinco grupos: Le Trait d'Union, impreso en Lyon, comprendía dieciocho Seminarios; Le Lien, redactado en Orléans e impreso en Lyon, comprendía diez Seminarios; La Chaine de Auch, comprendía catorce Seminarios, Caritas para el norte, comprendía cinco. Una caja común era alimentada por los fondos que un misterioso "Nicodemo" traía de los frecuentes viajes a través de Francia. "A estas pequeñas hojas sociológicas se añadía otra, la más secreta de todas, que circulaba bajo capa, o más bien bajo la sotana". En ella se encontraban artículos prohibidos como los del padre Loisy.

Esta penetración interior de la secta modernista estaba sostenida por el régimen y un hecho, que refiere M. Nel Ariès, ilustra bien las subterráneas maniobras a las que el clero estaba sometido.

"Los Institutos católicos no consiguen desembarazarse de ciertos profesores notoriamente modernistas. Un tal Bureau es mantenido en su puesto, por ejemplo, gracias a las presiones ejercidas sobre los miembros del consejo episcopal del Instituto católico. Por la oficiosa mediación de un personaje político conocido por sus compromisos, han sido advertidos que todo acto de rigor ejercido contra M. Bureau llevaría a la Cámara, por parte de los sectarios que hacen causa con él, una demanda de supresión de los Institutos católicos por intolerancia y despotismo religioso" '.

* * *

León XIII se inquieta. En 1899, se dirige al clero de Francia e invita a los profesores de los seminarios a vigilar a sus alumnos para "proteger la tan preciosa gracia de la llamada divina contra todas las funestas influencias, sean de fuera, SEAN DE DENTRO". Recuerda que la causa de los males que padece la sociedad consiste en "las opiniones erróneas sobre todas las cosas", llegando a los errores que penetran al clero:

"Es para Nos un profundo dolor saber que desde hace algunos años, ciertos católicos han creído poder ir a remolque de una filosofía que, bajo pretexto de liberar la razón humana de toda idea preconcebida y de toda ilusión, le niega el derecho de afirmar algo que esté más allá de sus propias aspiraciones, sacrificando así a un subjetivismo radical todas las certezas que la metafísica tradicional, consagrada por la autoridad de las más rigurosas mentes, daba como necesarias e inquebrantables fundamentos para la demostración de la existencia de Dios, de la espiritualidad y de la inmortalidad del alma y de la realidad objetiva del mundo exterior".

"Nos contamos —decía León XIII a los obispos— con que redoblaréis vuestra solicitud PARA APARTAR DE LA ENSEÑANZA DE VUESTROS SEMINARIOS ESTA FALAZ Y PELIGROSA FILOSOFÍA". Y recordaba a los directores de los Seminarios las palabras de San Pablo: "Guardad con cuidado el depósito que os ha sido confiado; huid de las nuevas palabras profanas y de las objeciones que se encubren con el falso nombre de ciencia".

Al clero, agitado por las nuevas ideas, León XIII le recordaba que “la misma virtud puede convertirse en un defecto y en un principio de desorden”. ¿ No era esto lo que había sucedido con los sacerdotes agrupados alrededor de Judas Macabeo’? “Habiendo querido librarse de las reglas de la disciplina, se comprometieron temerariamente en un combate en el que fueron vencidos”. El Espíritu Santo nos dice de ellos “que no eran de la raza de los que pueden salvar a Israel. ¿Por qué? Porque NO HABÍAN QUERIDO OBEDECER SINO A SU PROPIA INSPIRACIÓN”.

Y León XIII condena “las más peligrosas innovaciones de lenguaje, de aspecto, de relaciones que confunden los espíritus”. Son “pendientes resbaladizas que conducen a la apostasía, al americanismo penetrado de naturalismo”.

“En presencia de los esfuerzos combinados de la incredulidad y DE LA HEREJÍA, para consumar la ruina de la fe católica, SERÍA UN VERDADERO CRIMEN PARA EL CLERO permanecer vacilante e inactivo. En medio de tan gran desbordamiento de errores, de un tal conflicto de opiniones, no puede faltar a su misión que es la de defender el dogma atacado, la moral disfrazada y la justicia con tanta frecuencia desconocida. A él le pertenece oponerse como una barrera al error invasor y a la HEREJÍA QUE SE DISIMULA”

* * *

El que sectas ocultas hayan intentado penetrar en la Iglesia a través de los Seminarios desde hace mucho tiempo, ya se sabía por una carta del cardenal Bernetti, Secretario de Estado de Gregorio XVI, quien escribía en 1845:

“El Papa y el gobierno buscan un remedio al mal, un escape al contagio; uno y otro ganan terreno sin que se pueda detener el curso DE ESTE TORRENTE DESCONOCIDO. ALREDEDOR DE NOSOTROS SE AGITAN COSAS VAGAS Y MISTERIOSAS.

“Nuestro joven clero está imbuido de las doctrinas liberales y las ha absorbido por el lado malo. Son sacerdotes, pero ASPIRAN A SER HOMBRES, y es inaudito todo lo que mezclan de fe católica y de extravagancias bajo ese título de hombre que preconizan con burlesco énfasis.

La mayoría se deja llevar de SUGESTIONES DE LAS QUE NACERÁN EVIDENTEMENTE GRANDES CRISIS PARA LA IGLESIA”.

Y he aquí que en 1899, medio siglo más tarde, se lee en los Annales de philosophie chrétienne:

“Ha llegado la hora para el hombre moderno, después de haber sido el hombre pagano y luego el hombre cristiano, de convertirse, con la ayuda de los dos, en EL HOMBRE EMINENTEMENTE HOMBRE, de HACERSE UNA DOCTRINA PARA ÉL, tomándola con una mano del paganismo y con la otra del cristianismo”.

El padre Naudet estima que “la formación del clero es demasiado exclusivamente clerical, NO SUFICIENTEMENTE HUMANA”. El padre Davry pide que los sacerdotes se hagan “bautizar como hombres”.

Bien se ve aquí el “burlesco énfasis” del que hablaba. el cardenal Bernetti.

También Pío X vuelve su inquieta mirada hacia el clero. En su encíclica del 20 de julio de 1906 habla de “el espíritu de insubordinación y de independencia” que se manifiesta entre el clero. “ Ay!, dice; una atmósfera envenenada corrompe en gran medida los espíritus de nuestros días... Pero que tal espíritu PENETRE TAMBIÉN HASTA EN LOS SANTUARIOS... Es una cosa que nos llena el alma de inmenso dolor. Y sobre todo es entre los jóvenes sacerdotes donde un espíritu tan funesto lleva la corrupción, difundiendo en medio de ellos teorías nuevas y reprensibles SOBRE LA NATURALEZA MISMA DE LA OBEDIENCIA. Y lo que es más grave y muy propio para ganar nuevas adhesiones al NACIENTE GRUPO DE REBELDES es que, para tales doctrinas, se hace UNA PROPAGANDA MÁS O MENOS OCULTA ENTRE LOS JÓVENES QUE SE PREPARAN PARA EL SACERDOCIO A LA SOMBRA DE LOS SEMINARIOS”.

Ya Pío IX, en un Breve del 6 de marzo de 1873, había hablado acerca de una manera de mantenerse “en el límite de las opiniones condenadas” que acabará, decía, por volver a ciertos católicos “más peligrosos y más funestos que los enemigos declarados, pues secundan sus esfuerzos in hacerse notar”.

Ahora, audazmente franqueados los límites, la “tropa” de los rebeldes comienza a “ocupar” la Iglesia.

Para convencerse de que la ofensiva se inscribía en el cuadro más vasto de una conjuración mundial político-religiosa, decía Mons. Dubillard que bastaba con ver lo que escribía L’Univers Israélite que pedía a la Alianza Israelita Universal que se ocupase de los Seminarios, especialmente en Francia, pues Francia, gracias a su espíritu generalizador y expansivo puede estar llamada un día a hacer por la síntesis religiosa, lo que ha hecho para la reconstitución civíl y política del mundo”.

En el Congreso eclesiástico de Bourges en 1900, ya se ve surgir la idea de “sustituir el gobierno de las Iglesias por un gobierno mixto y modelado sobre el parlamentarismo”.

Por su lado, los protestantes estaban vivamente interesados por el movimiento modernista. M. Sabatier, decano de la Facultad de Teología protestante de París, escribía en Le Journal de Genève del 20 de octubre de 1898:

“El elogio de las virtudes ACTIVAS en oposición a las virtudes PASIVAS de la antigua piedad, las reclamaciones a favor de la iniciativa individual, la acción inmanente del Espíritu Santo en el alma cristiana, no son sino influencias persistentes del protestantismo. El P. Hecker era un convertido, pero

evidentemente había guardado de su primera educación, hábitos mentales y principios de vida que actuaron como un fermento en su piedad católica".

M. Sabatier alababa al ex abate Charbonnel por haber afirmado que el "americanismo" era neoprotestantismo. Declaraba que "si este espíritu de libertad y de individualismo triunfaba, haría estallar en pedazos el yugo de la disciplina absoluta y uniforme de la Iglesia".

La revista protestante Foi et Vie; que contaba con Marc Sangnier entre sus conferenciantes, enumeraba las posiciones adquiridas por los que ella llamaba los "jóvenes católicos", a los que Fogazzaro denominaba los "católicos progresistas":

"Son un pequeño número. . Lo que no quiere decir que no sean de consideración. Desde Mons. d'Hulst, han ocupado un amplio lugar en el Instituto Católico de París:

Los diversos institutos en donde están las Facultades libres de Francia les han dado un punto de apoyo. Tienen revistas, periódicos y estas hojas tienen su público: La Quinzaine, hasta un cierto punto La Revue des Deux Mondes, francamente la Revue du Clergé, les Annales de Philosophie Chrétienne en manos del padre Laberthonniere. Han fundado una hoja semanal en París, Le Bulletin de la Semaine, y una en Lyon, Demain. No hace falta decir que son ellos los que publican el mayor número de libros. Están en todas partes. Cuando M. Combes ha prohibido a los religiosos el acceso a las cátedras en los Seminarios, ha hecho un gran servicio a los jóvenes católicos: ha sido necesario tomar sus nombres por hornadas. Hoy, son los mismos alumnos los que quieren en la enseñanza católica profesores de nuevas ideas".

Cuando vino la condenación, la revista protestante Foi et Vie, lanzó esta advertencia:

"Suceda lo que suceda, se quedarán. Se someten disciplinariamente, pero su conciencia sigue libre y reanudan la discusión, la propaganda. Creen en el futuro. "No hay que equivocarse. En el catolicismo de hoy se trata de un choque formidable, de un choque trágico de dos mentalidades, de dos concepciones del mundo y de la religión, de DOS CATOLICISMOS...

" Qué lleva en sí el nuevo catolicismo, en qué se va a convertir? El protestantismo debe esperar que se vuelva sencillamente cristiano. Entonces..."

Entonces, en el espíritu del escritor protestante, los nuevos católicos se habrán vuelto protestantes.

Un Director de Seminario escribe a M. Paul Sabatier:

"He leído a mis alumnos las páginas que dedica a los seminaristas y, a pesar de mis reservas sobre la indiferencia dogmática que Ud. parece preconizar,

esos sentimientos se corresponden con los que animan a los mejores de entre ellos, LOS FUTUROS DIRIGENTES DE LOS CATOLICOS”

Se comprende que M. Sabatier haya escrito:

“Se puede decir que si los innovadores, como se los llama, están tan a gusto con los protestantes, si no los huyen obsesivamente, como se hacía hasta aquí, es PORQUE LOS HAN SOBREPASADO”.

* * *

La crisis modernista revelaba una situación extremadamente confusa. En junio de 1896, un cierto padre Bourrier de Marsella escribe a los periódicos reclamando un cisma. Declara que desde hace diez años ya no tiene fe.

“Mucho tiempo ha esperado para decirlo” —observaba Arthur Loth en la Vérité. Y además “¿ha dejado desde ese tiempo de decir misa, de confesar, de administrar los sacramentos? ¿Ha dejado de recibir los emolumentos de su función vicarial? Un hombre honrado, un convencido, hubiese abandonado la sotana y rescindido sus funciones desde el día en el que se hubiese convencido de que había perdido la fe.

“Y ahora, ¿ qué va a hacer este sacerdote marsellés? ¿Qué pide? Una religión sin Iglesia, una fe sin dogma, una vida cristiana sin culto, sin observancias prácticas (...) Anuncia con soberbia que ‘el romanismo con sus dogmas está acabado, sus variaciones ya no cuentan, su jerarquía vestida de oro y coronada de magníficos diamantes se admiran aún, pero ya no hacen temblar; su culto formalista, esotérico, pagano”.

Y el padre Bourrier reclama una “religión democrática”.

“¡Pero esto no es nuevo, señor cura! —replicaba Arthur Loth—. El puro Evangelio es tan viejo como la hipocresía y la vanidad humanas. Los fariseos han sido los primeros en querer el puro Evangelio. Todas las herejías hasta M. Loyson, su predecesor inmediato en Francia, han reclamado el puro Evangelio”.

También hubo un padre Michaud que se fue a fundar en Neuilly una “Iglesia” a su manera. “La religión del padre Michaud era una religión democrática, al gusto del padre Bourrier. Ni dogmas de ninguna clase, ni infalibilidad, ni Inmaculada Concepción, ni Sagrado Corazón, ni reliquias, ni cofradías, ni órdenes terceras, ni ‘beaterías’ ninguna en su Iglesia y para colmo de reforma, ¡ya no había que pagar por las sillas...!”.

Le Chrétien français fundado por un sacerdote apóstata “se ufanaba de haber causado la apostasía de una veintena de sacerdotes y de haber seducido a muchos más que continuaban OCUPANDO SUS PUESTOS”.

En Le Siècle, otro apóstata estimaba que los que, ganados por las ideas modernistas permanecían en la Iglesia, contribuían más eficazmente a su disgregación. El pastor Roth animaba a esta actitud estimando que, si los sacerdotes abandonan sus errores “papistas”, serán mucho más útiles quedándose dentro de la Iglesia que saliendo de ella.

M. Paul Sabatier, ese protestante liberal del que ya hemos hablado, escribía al padre Fontaine: “¿Por qué los sacerdotes con un nuevo espíritu iban a marcharse, si en conciencia están persuadidos de que interpretan mejor la enseñanza de la Iglesia?”.

En su libro: L crise du clergé (La, crisis del clero), puesto en el Índice, el padre Houtin citaba el caso del padre de Meissas quien escribió bajo seudónimo obras contra la Iglesia y el Papado, y conservó hasta su muerte las apariencias de un buen sacerdote para poder propagar sus ideas más eficazmente.

En resumen, uno ya no sabía de quién fiarse.

Fue entonces cuando Pío X impuso al clero el juramento antimodernista (septiembre de 1910).

Pienso que es necesario e interesante dar el texto del mismo:

“Abrazo y recibo firmemente todas y cada una de las verdades que la Iglesia por su magisterio, que no puede errar, ha definido, afirmado y declarado, principalmente los textos de doctrina que van directamente dirigidos contra los errores de estos tiempos.

“En primer lugar, profeso que Dios, principio y fin de todas las cosas puede ser conocido y por tanto también demostrado de una manera cierta por la luz de la razón, por medio de las cosas que han sido hechas, es decir por las obras visibles de la creación, como la causa por su efecto.

“En segundo lugar, admito y reconozco los argumentos externos de la revelación, es decir los hechos divinos, entre los cuales en primer lugar, los milagros y las profecías, como signos muy ciertos del origen divino de la religión cristiana, Y estos mismos argumentos, los tengo por perfectamente proporcionados a la inteligencia de todos los tiempos y de todos los hombres, incluso del tiempo presente.

“En tercer lugar, creo también con fe firme que la Iglesia, guardiana y maestra de la palabra revelada, ha sido instituida de una manera próxima y directa por Cristo en persona, verdadero e histórico, durante su vida entre nosotros, y creo que esta Iglesia está edificada sobre Pedro, jefe de la jerarquía apostólica y sobre sus sucesores hasta el fin de los tiempos.

“En cuarto lugar, recibo sinceramente la doctrina de la fe que los Padres ortodoxos nos han transmitido de los Apóstoles, SIEMPRE CON EL MISMO SENTIDO Y LA MISMA INTERPRETACIÓN. POR ESTO RECHAZO ABSOLUTAMENTE LA SUPOSICIÓN HERÉTICA DE LA EVOLUCIÓN DE LOS DOGMAS, según la cual estos dogmas cambiarían de sentido para recibir uno diferente del que les ha dado la Iglesia en un principio. Igualmente, repruebo todo error que consista en sustituir el depósito divino confiado a la esposa de Cristo y a su vigilante custodia, por una ficción filosófica o una creación de la conciencia humana, la cual, formada poco a poco por el esfuerzo de los hombres, sería susceptible en el futuro de un progreso indefinido. “Consecuentemente: mantengo con toda certeza y profeso sinceramente que la fe no es un sentido religioso ciego que surge de las profundidades tenebrosas del ‘subconsciente’, moralmente informado bajo la presión del corazón y el impulso de la voluntad, sino que es un verdadero asentimiento de la inteligencia a la verdad adquirida extrínsecamente por la enseñanza recibida EX CATHEDRA, asentimiento por el cual creemos verdadero, a causa de la autoridad de Dios cuya veracidad es absoluta, todo lo que ha sido dicho, atestiguado y revelado por el Dios personal, nuestro creador y nuestro Maestro”.

Estas cinco proposiciones constituyen el fundamento de la ortodoxia católica y el punto capital que hemos subrayado es que la doctrina no puede ser desarrollada más que “en el mismo sentido y con la misma interpretación”. Este es el punto firme de nuestra discusión de hoy con los que se dicen “innovadores” y que son sencillamente HERÉTICOS.

El juramento antimodernista impuesto al clero por San Pío X, termina así:

“En fin, de manera general, profeso estar completamente indemne de este error de los modernistas, que pretenden que no hay nada divino en la tradición sagrada, o lo que es mucho peor, que admiten lo que hay de divino en un sentido panteísta, de tal manera que no queda nada más que el hecho puro y simple dela historia, a saber: el hecho de que los hombres, por su trabajo, su habilidad, su talento continúan a través de las edades posteriores, la escuela inaugurada por Cristo y sus Apóstoles. Para concluir, sostengo con la mayor firmeza y sostendré hasta mi último suspiro, la fe de los Padres sobre el criterio cierto de la verdad que está, ha estado y estará siempre en el episcopado transmitido por la sucesión de los Apóstoles; no de tal manera que esto sea sostenido para que pueda ser mejor adaptado al grado de cultura que conlleva la edad de cada uno, sino de tal manera que LA VERDAD ABSOLUTA E INMUTABLE, predicada desde los orígenes por los Apóstoles, NO SEA JAMÁS NI CREÍDA NI ENTENDIDA EN OTRO SENTIDO.

“Todas estas cosas yo me comprometo a observarlas fiel, sincera e ÍNTEGRAMENTE, a guardarlas inviolablemente y a no apartarme jamás de ellas sea enseñando, sea de cualquier manera, por mis palabras y mis escritos...”.

* * *

Al término de este capítulo hagamos una pregunta:

¿puede un error convertirse en una verdad con el tiempo?

Si basta con perseverar en sus opiniones, con intrigar, con presionar para que un día sean aceptadas, se admitirá que perseveramos en las nuestras. Serán reconocidas un día. Pero hay una diferencia esencial entre los modernistas y nosotros: es que el día en que Roma reconozca que somos nosotros los que tenemos razón, no reconocerá unas ideas que nos pertenecerían en particular, que habríamos inventado, sino unas ideas que fueron las de siempre de la Iglesia y que ciertos clérigos han perdido en el camino.

¿Cómo lo que la Iglesia ha calificado unánime y constantemente de DESORDEN, podría haberse convertido hoy en el ORDEN? La verdad es que el desorden se ha metido en la Iglesia, como en todo el resto de la sociedad, bajo la acción del mismo principio y que hace falta expulsarlo.

* * * * * * *